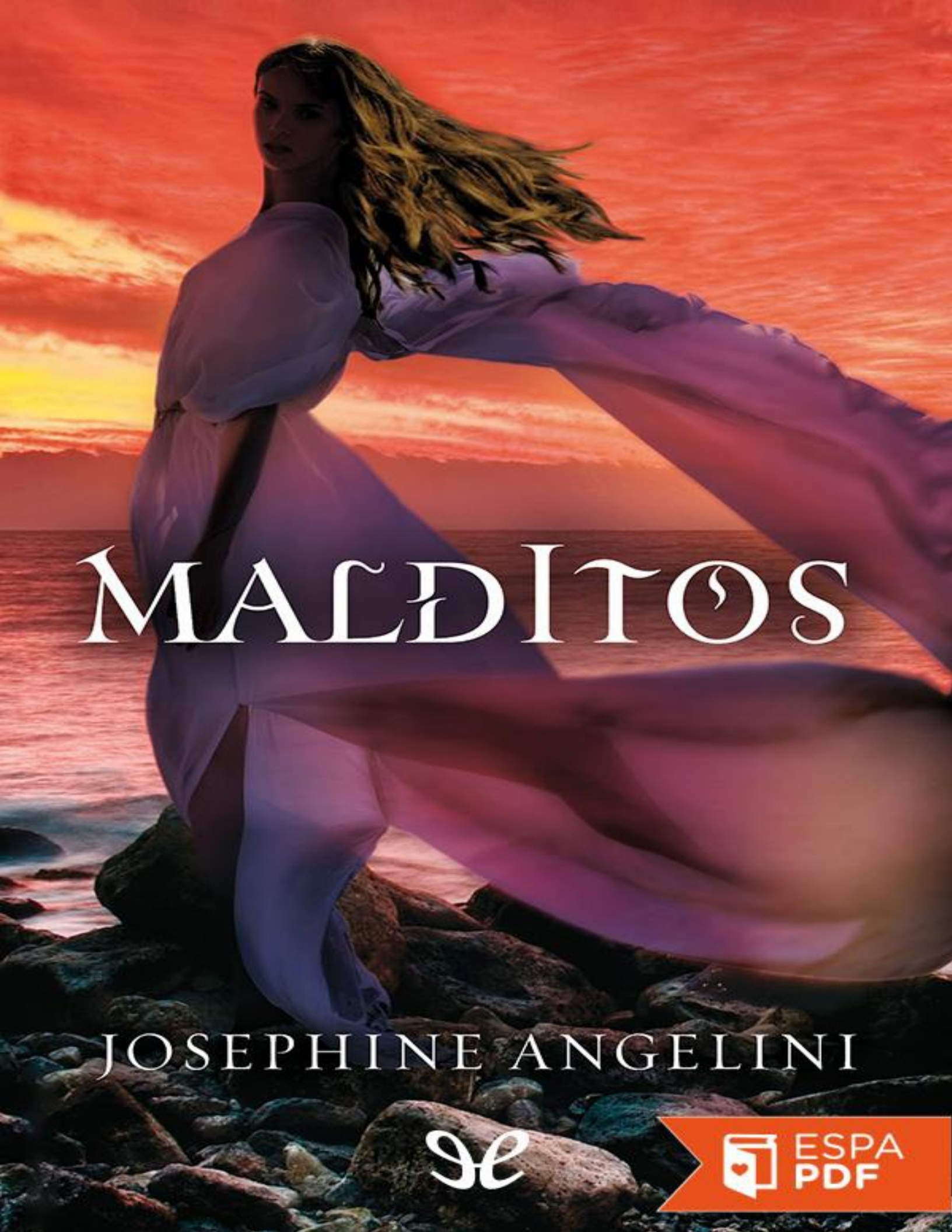

MALDITOS
JOSEPHINE ANGELINI

¿Puede olvidarse alguien del verdadero amor?

Helena es la única entre los vástagos de los inmortales griegos que es capaz de descender al inframundo a voluntad y por ello su misión es peligrosísima. Por las noches deambula por el Hades, intentando parar el interminable ciclo de venganza que maldice a su familia; durante el día, procura vencer al cansancio que está pasando factura a su cordura.

Sin Lucas a su lado, Helena no está segura de tener las fuerzas suficientes para seguir.

Sin embargo, justo cuando Helena está a punto de desfallecer, un nuevo y misterioso vástago aparece para rescatarla. Valiente y divertido, Orión la protege de los peligros del inframundo. Pero su tiempo se acaba: un enemigo feroz está intrigando en su contra y las Furias cada vez son más imposibles de silenciar.



Josephine Angelini

Malditos

El despertar - 2

ePub r1.0
Titivillus 17.09.17

Título original: *Dreamless*
Josephine Angelini, 2012
Traducción: María Angulo Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Prólogo

Las clases se cancelaron el lunes por la mañana. En algunas partes de la isla todavía no se había restablecido la luz y varias calles del centro del pueblo resultaban intransitables por los daños provocados por la tormenta.

«Sí, claro —pensó Zach mientras salía por la puerta principal de su casa —. Seguro que fue la tormenta la que dejó todo patas arriba, y no la nueva familia de raritos capaces de adelantar un coche.»

Aceleró el paso a lo largo de diversas manzanas, solo para alejarse un poco de su padre. No podía soportar estar en casa y oír sus continuas quejas sobre las faltas de asistencia del equipo, cuando, en realidad, lo que lamentaba era pasar un día más separado de sus tres atletas estrella, los fascinantes chicos Delos.

Zach tomó la calle India para echar un rápido vistazo a la escalinata del ateneo, que estaba completamente en ruinas. Docenas de lugareños observaban aquel escenario boquiabiertos. Todo el mundo decía que la noche anterior se había producido un cortocircuito en una alambrada eléctrica justo en mitad de la calle y que se calentó tanto que incluso llegó a fundir el pavimento. Zach miró el agujero del suelo y distinguió los cables eléctricos, pero sabía, sin temor al equívoco, que aquellos alambres no habían causado tales daños.

Del mismo modo que sabía que el cartel de salida del vestuario de las chicas no había podido chamuscar el gigantesco pedazo de jardín, pues estaba a casi cinco metros de distancia.

¿Por qué todo el mundo era tan estúpido? ¿Los jóvenes Delos habían deslumbrado a los pueblerinos hasta el punto de mostrarse dispuestos a pasar por alto el hecho que un maldito vendaval jamás podría resquebrajar los

peldaños de mármol de la biblioteca? ¿Acaso nadie se daba cuenta de que estaba sucediendo algo más? Para Zach era más que evidente. Había tratado de advertir a Helena, pero la joven estaba tan prendada de Lucas que no podía ver con claridad ni pensar con lucidez. Zach sabía que, en cierto modo, era como ellos, pero, aun así, intentó prevenirla. Helena parecía estar tan embobada con ellos como el resto de la isla, igual que su propio padre. Cegada por los Delos.

Zach paseaba entre las callejuelas del centro mientras lanzaba miradas fulminantes a todos los bobalicones que pululaban por allí y se admiraban cuando veían el asfalto fundido. Matt le vio y le saludó con la mano.

—Fíjate —indicó cuando Zach se acercó a él, junto a la cinta de precaución que había colocado la policía—. Ahora están diciendo que habría sido la línea eléctrica principal de la isla la que provocó todo esto. Es increíble, ¿no?

—Un agujero. Qué increíble —respondió Zach con sarcasmo.

—¿No te parece interesante? —preguntó de nuevo Matt, alzando una ceja.

—La verdad, no creo que un cable eléctrico hiciera todo esto.

—¿Qué más podría haber sido? —contestó Matt con su típico tono analítico mientras señalaba la escena de destrucción, justo delante de los dos.

Zach sonrió con cautela. Matt era más listo de lo que mucha gente podría llegar a imaginar. Era atractivo, vestía con la ropa más apropiada para cada ocasión, era el capitán del equipo de golf y además pertenecía a una vieja familia que se había ganado el respeto de los demás. Por si fuera poco, sabía cómo actuar con todo tipo de personas y era capaz de hablar de temas interesantes, como de deportes. De hecho, Zach siempre había sospechado que podría haber sido uno de los adolescentes más populares del instituto si así lo hubiera querido, pero, por alguna razón que desconocía, Matt había cedido su lugar en la cuadrilla de los más populares para ser escogido el Rey de los Pazguatos. Sin duda, tenía algo que ver con Helena.

Zach todavía no lograba explicarse por qué Helena también prefería rodearse de pazguatos teniendo en cuenta que era más guapa que cualquier estrella de cine o modelo que él jamás hubiera visto. Elegir ser una chica tímida y vergonzosa formaba parte de su misterio, y también de su atracción.

Era el tipo de mujer por la que los hombres estaban dispuestos a hacer cosas, como sacrificar su posición social, robar, o incluso luchar…

—No estaba aquí —dijo Zach, respondiendo así finalmente a la pregunta de Matt—, pero me da la sensación que alguien lo hizo a propósito. Como si creyera que podría irse de rositas después de tal destrozo.

—Piensas que alguien… ¿Qué? ¿Qué hizo añicos la biblioteca, arrancó un cable eléctrico de diez mil vatios de potencia con las manos y después fundió el asfalto para crear un agujero de más de un metro…, para gastar una simple broma? —preguntó Matt sin alterar el tono de voz. Entrecerró los ojos y dedicó a Zach una sonrisita burlona.

—No lo sé —dijo al fin Zach. De repente, se le ocurrió algo—: Pero quizá tú sí lo sabes. Últimamente pasas mucho tiempo con Ariadna.

—Así es, ¿y? —replicó Matt manteniendo la calma—. No entiendo a qué te refieres.

¿Matt sabía algo? ¿Los Delos le habían contado lo que estaba ocurriendo y habían decidido así excluirlo de todo el asunto? Zach le observó con detenimiento durante unos instantes, pero enseguida se convenció de que estaba defendiendo a la familia Delos, tal y como hacía el resto del pueblo cada vez que mencionaba lo extraños que eran.

—¿Quién dice que me estoy refiriendo a algo? Solo digo que jamás he visto que un cable eléctrico hiciera algo parecido. ¿Y tú?

—Así pues, la policía, la Delegación de Aguas y Electricidad y todos los expertos en desastres naturales están equivocados, y tú, en cambio, en lo cierto, ¿es eso?

Lo dijo de tal forma que Zach se sintió un tanto ridículo. No podía soltar como si nada que una familia de superhombres estaba intentando apoderarse de su isla. Sonaría como una locura. Simulando un tremendo desinterés, echó un vistazo al otro lado de la calle, hacia los peldaños derribados del ateneo, y se encogió de hombros.

Fue precisamente en ese instante cuando reconoció a alguien, a alguien especial, como Helena, como aquellos malditos Delos. Pero este tipo era diferente. Había algo inhumano en él. Cuando el extraño se movía, parecía deslizarse como un insecto.

—Qué más da. En realidad, me importa bien poco lo que ocurrió —

enmendó Zach, fingiendo que el asunto le aburría—. Diviértete mirando ese agujero.

Se alejó del gentío porque no quería perder ni un minuto más hablando con alguien que, obviamente, estaba del lado del clan Delos. Deseaba saber adónde se dirigía aquel extraño desconocido; quizá de ese modo, averiguar qué era lo que todos le estaban ocultando.

Siguió al forastero hacia el muelle y, una vez allí, contempló un velero maravilloso. Parecía sacado de un libro de cuentos de aventuras. Mástiles altísimos, cubierta de madera de teca, casco de fibra de vidrio y velas rojo carmín. Zach se acercó hacia la embarcación con la boca abierta. El velero era lo más hermoso que había visto jamás, a excepción de un rostro…, su rostro.

Zach notó que alguien le daba una palmadita en el hombro y, al darse media vuelta, el mundo se oscureció.

Capítulo 1

Gotas de sangre escarlata brotaban por debajo de las rasgadas uñas de Helena, y se acumulaban en la media luna de las cutículas y se escurrían como diminutos riachuelos entre los nudillos. A pesar del dolor, la muchacha se agarró con más fuerza al saliente con su mano izquierda para poder intentar deslizar la derecha hacia delante. Tenía los dedos resbaladizos por la cantidad de polvo y sangre que los recubría, y los calambres que sentía en la palma de la mano eran tan intensos que incluso empezaba a sufrir espasmos. Alargó la mano derecha, pero no tuvo la fuerza suficiente para auparse un poco más.

Se deslizó hacia atrás con un grito ahogado, pero logró quedarse colgada gracias a las yemas de sus dedos, que se aferraban al borde de la diminuta ventana con rigidez. Bajo sus pies, a unos seis pisos de profundidad, había un parterre marchito repleto de ladrillos y tejas hechas añicos que se habían desprendido del tejado de la destartalada mansión. No le hacía falta mirar hacia abajo para saber que ella también se rompería en mil pedazos si perdía el equilibrio y se soltaba del despedazado alféizar. Lo intentó una vez más y balanceó una pierna para tratar de alcanzar el sardinel. Sin embargo, cuanto más movía la pierna, menos seguro se volvía el agarre.

Sin dejar de morderse los labios, dejó escapar un sollozo. Llevaba colgada de ese alféizar desde que descendió al Submundo aquella noche. Le daba la sensación de que hacía horas que estaba allí, quizás incluso días, y empezaba a flaquear. Helena gritó, un chillido desesperado. Tenía que librarse de aquel dichoso alféizar para encontrar a las furias. Era la Descendiente y esa era su misión.

Debía encontrar a las furias en el Submundo, derrotarlas de algún modo y

liberar a todos los vástagos de la influencia de las tres figuras. Se suponía que ella era la elegida para poner punto final al ciclo de venganza que obligaba a los vástagos a matarse entre ellos. Sin embargo, allí estaba, colgada de un alféizar y sin saber qué hacer.

No quería caerse, pero sabía que no lograría acercarse un ápice a las furias si permanecía allí colgada para siempre. Y, en el Submundo, una sola noche duraba una eternidad. Sabía que debía poner fin a esa noche para iniciar otra, con un poco de suerte, más productiva. Si no era capaz de escalar, aquella era la única opción que le quedaba.

Helena sintió un leve cosquilleo en los dedos de la mano izquierda y perdió el punto de apoyo. Trató de convencerse de que no tenía sentido batallar para mantenerse allí, que lo mejor sería dejarse caer porque de ese modo, al menos, todo habría acabado. Pero continuaba pendida del alféizar, concentrando toda la fuerza que le quedaba en la mano derecha. Le aterrorizaba la idea de soltarse. Se mordió el labio ensangrentado y la mano derecha se escurrió entre el polvo y las losas de la ventana. Al fin, se despegó del alféizar.

Cuando golpeó el suelo, escuchó con clara nitidez cómo se rompía su pierna izquierda.

Helena se llevó una mano a la boca para evitar soltar un chillido que alterara el silencio de su dormitorio, en la isla de Nantucket. Pudo distinguir el sabor del polvo de pedernal del Submundo entre sus dedos.

Bajo la luz azul peltre del alba, la joven escuchó con suma atención los diversos ruidos que hacía su padre mientras se preparaba para ir a trabajar. Afortunadamente, Jerry no parecía oír nada fuera de lo habitual, así que bajó las escaleras para hacer el desayuno, como si no ocurriera nada en absoluto.

Tumbada en la cama y dolorida por la rotura de la pierna y la sobrecarga muscular, esperó a que su cuerpo sanara por sí solo. Unos lagrimones se deslizaron por las mejillas de la joven, dejando un rastro húmedo sobre su piel, fría como un témpano. Hacía un frío glacial en la habitación.

Helena sabía que tenía que comer para curarse por completo, pero no se veía con ánimos de bajar a la cocina con la pierna rota, así que decidió

mantener la calma y esperar. Con un poco de tiempo, su cuerpo recuperaría la energía suficiente para moverse, levantarse y caminar. No le quedaría más remedio que mentir y decir que se había quedado dormida.

Intentaría fingir que estaba estupendamente y así evitar que su padre se diera cuenta; sonreiría todo el tiempo y entablaría conversación mientras desayunaban. Después, con un poco de comida en el estómago, se recuperaría del todo.

Al cabo de poco tiempo estaría mucho mejor, se dijo a sí misma mientras lloraba sin hacer el menor ruido. Lo único que tenía que hacer era aguantar un poco más.

Alguien estaba agitando una mano delante del rostro de Helena.

—¿Qué? —preguntó, sobresaltada. Al darse la vuelta y ver a Matt, volvió a tener los pies en la tierra.

—Lo siento, Lennie, pero sigo sin pillarlo. ¿Qué es un vástago granuja? —quiso saber con la frente arrugada, preocupado.

—Yo soy una granuja —respondió con un tono algo vago. Se había despistado un segundo y había perdido el hilo de la conversación.

Helena se puso derecha y, tras echar un fugaz vistazo a la habitación, se percató de que todos la observaban con detenimiento. Todos excepto Lucas, que no dejaba de mirarse las manos, que tenía apoyadas sobre el regazo, y mantenía la boca cerrada.

Al acabar las clases, Helena, Lucas, Ariadna y Jasón se dirigieron a la residencia de los Delos. Ahora estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina, intentando poner al día a Matt y a Claire sobre algunos detalles de los semidioses. Eran los mejores amigos mortales de Helena, pero, a pesar de ser increíblemente inteligentes, había ciertas cosas sobre Helena y su pasado que resultaban demasiado complicadas para darlas por sentadas.

Después de todo lo que habían pasado, tanto Matt como Claire se merecían una respuesta. Los dos habían arriesgado sus vidas para ayudar a Helena y al resto de la familia Delos hacía más de una semana.

«Siete días —pensó Helena contando con los dedos para asegurarse—. Tras bajar al Submundo, me da la sensación de que han pasado siete semanas.

Quizás han pasado siete semanas para mí.»

—Parece muy confuso, pero no lo es —dijo Ariadna al advertir que Helena estaba abstraída en sus pensamientos y no iba a continuar su explicación—. Hay cuatro castas y cada una de ellas tiene una deuda de sangre con las demás desde la guerra de Troya. Por eso las furias provocan unas ganas irreprimibles de matar a alguien perteneciente a otra casta.

Venganza.

—¿Hace un billón de años, un miembro de la casta de Atreo asesinó a alguien de la casta de Tebas y precisamente tú debes pagar esa deuda de sangre? —preguntó Matt, algo dubitativo.

—Más o menos, aunque no solo se produjo una muerte. Estamos hablando de la guerra de Troya, donde muchísimas personas perdieron la vida, tanto vástagos semidioses como mortales, personas como vosotros —puntualizó Ariadna con una mueca de disculpa.

—Ya sé que mucha gente murió, pero ¿adónde os conduce este asunto de sangre por sangre? —insistió Matt—. Nunca acabará. Es una locura.

Lucas rio con tristeza y deslizó la mirada de su regazo hacia Matt.

—Tienes razón. Las furias nos vuelven locos, Matt —dijo con tono calmado y paciente—. Nos persiguen hasta que perdemos el control.

Helena recordó aquel tono de voz. Le parecía estar escuchando a un profesor de universidad. Podría escucharlo durante todo el día, pero era consciente de que no debería.

—Hacen que deseemos matarnos para poder cumplir con una justicia un tanto retorcida —continuó Lucas manteniendo el tono de voz—. Alguien mata a un miembro de nuestra casta y nosotros hacemos lo propio como represalia, y así ha venido repitiéndose la historia durante más de tres mil quinientos años. Y si un vástago arrebata la vida a alguien de su propia casta se convierte en un paria.

—Como Héctor —adivinó Matt, algo vacilante. Incluso pronunciar el nombre de su hermano y primo activaba la maldición de las furias, lo cual enfurecía sobremanera a todo el clan Delos—. Mató a tu primo, Creonte, porque este, a su vez, mató a tu tía Pandora, y ahora todos sentís unas incontrolables ganas de acabar con él, aunque seguís queriéndole. Lo siento, pero sigo sin entender cómo puede llamarse justicia a esto.

Helena miró a su alrededor y descubrió que Ariadna, Jasón y Lucas estaban apretando los dientes. Jasón fue el primero en calmarse.

—Por eso lo que está haciendo Helena es tan importante —comentó—. Baja al Submundo para vencer a las furias y detener todos estos asesinatos sin sentido.

Matt se rindió, pero a regañadientes. Le costaba aceptar la mera presencia de las furias, pero, por lo visto, nadie en aquella mesa parecía alegrarse de su existencia. En cuanto a Claire, la joven asiática necesitaba más tiempo para aclarar algunos asuntos.

—De acuerdo. Es un paria. Pero los granujas, como Lennie, son vástagos cuyos padres pertenecen a dos castas distintas, pero solo una puede reclamarlos, ¿me equivoco? De todos modos, todavía tienen una deuda de sangre con la otra casta —explicó Claire con sumo cuidado, como si supiera que lo que estaba relatando podía herir a Helena, pero tenía que decirlo de todas formas—. Tu madre, Dafne, te reclamó. O quizá su casta.

—La casta de Atreo —puntualizó Helena con ademán aburrido. En ese instante recordó el día en que su madre, a la que había perdido de vista cuando no era más que una cría, regresó para arruinar su vida con un montón de noticias inoportunas, hacía justo nueve días.

—Pero tu verdadero padre, y no me refiero a Jerry, aunque Lennie, si quieres que te sea sincera, Jerry siempre será tu verdadero padre para mí —enmendó Claire con fervor antes de seguir con el tema—, tu padre biológico, al que jamás conociste y que falleció incluso antes de que nacieras…

—Pertenecía a la casta de Tebas —finalizó Helena, que, por un breve instante, cruzó la mirada con Lucas—. Áyax Delos.

—Nuestro tío —añadió Jasón, mirando de reojo a Ariadna y Lucas.

—De acuerdo —dijo Claire algo incómoda. Entonces se dirigió hacia Helena y Lucas, quienes rehusaron a mirarle a los ojos—. Y como los dos fuisteis reclamados por castas enemigas, al veros por primera vez sentisteis unas ganas tremendas de mataros. Hasta que…

—Hasta que Helena y yo pagamos nuestra deuda de sangre a las castas, y estuvimos a punto de morir el uno por el otro —concluyó Lucas con aire triste, desafiando así a los demás a comentar el vínculo que los unía.

Helena deseaba poder cavar un agujero en las baldosas del suelo de la

cocina y desaparecer como por arte de magia. Podía sentir el peso de todas las preguntas que nadie se atrevía a hacer.

Todos se preguntaban lo mismo: ¿hasta dónde habían llegado Helena y Lucas antes de averiguar que eran primos hermanos? ¿Se habían besado alguna que otra vez o realmente habían tenido algo tan serio que les marcaría de por vida?

«Y… ¿todavía se desean, a pesar de saber que son primos?»

«Y… me pregunto si siguen viéndose a escondidas. No les costaría mucho, ya que pueden volar. Quizá se escabullen por la noche y…»

—¿Helena? Tenemos que volver al trabajo —interrumpió Cassandra con tono mandón. La jovencita estaba en la entrada de la cocina con un puño apoyado sobre la cadera.

Al levantarse de la mesa, Helena miró a los ojos a Lucas, que le sonrió, dándole ánimos para lo que se avecinaba. La muchacha le respondió con el mismo gesto discreto y siguió a Cassandra hasta la biblioteca de los Delos.

Se sentía más tranquila y segura de sí misma. Cassandra cerró la puerta y las dos continuaron con sus pesquisas particulares, aquellas que pudieran, de un modo u otro, ayudar a Helena en su búsqueda.

Helena dobló la esquina y se topó con una enorme montaña de óxido que bloqueaba el camino. Un gigantesco rascacielos se había venido abajo y había tapado todas las calles como si una mano de un tamaño descomunal lo hubiera aplastado como a un tallo de maíz.

Se secó el sudor, que le picaba la frente, e intentó encontrar la ruta más segura entre las grietas del cemento y el hierro retorcido. Sin duda, le costaría mucho esfuerzo trepar por allí y pasar por encima de aquel amasijo de cemento y polvo, pero la mayoría de los edificios de aquella ciudad abandonada se desmoronaban a la misma velocidad que el desierto inundaba la metrópolis. No tenía sentido alguno tratar de ir por otra vía.

Todas las calles estaban obstruidas por algún obstáculo y, además, Helena no tenía la menor idea de qué camino debía escoger. Lo único que podía hacer era seguir caminando entre las ruinas.

Tras alzarse sobre una enrejado dentado, y un tanto abrumada por el

penetrante olor del metal en estado de putrefacción, la muchacha percibió unos gemidos profundos, acongojados. Un tornillo se desenganchó de la junta y una viga metálica se soltó del techo, lo cual produjo una lluvia de óxido y arena. De forma instintiva, Helena alzó las manos en un intento de agarrarla, pero allí abajo, en el Submundo, sus brazos no poseían la fuerza vástaga. La viga le golpeó con dureza en la espalda, produciéndole un dolor indescriptible. Un segundo más tarde se hallaba sobre las barras entrecruzadas del suelo y con la viga sobre el estómago que la inmovilizaba por completo.

Procuró zafarse del peso de la viga, pero ni siquiera podía mover las piernas sin sentir un dolor atroz que le recorría desde las caderas hasta los pies. Sin duda, se había roto algún hueso, puede que la cadera, o la espalda, o incluso ambas.

Helena entrecerró los ojos y se tapó la vista con una mano. Estaba muerta de sed y, además, estaba desprotegida, atrapada como una tortuga girada sobre el cascarón. Ni siquiera se distinguía una nube en aquel cielo despejado que pudiera darle un momento de alivio.

Solo una claridad cegadora y un calor implacable…

Helena no podía dejar de divagar en la clase de Ciencias Sociales de la señorita Bee y, de hecho, tuvo que contener más de un bostezo. Creía que la cabeza le estallaría en cualquier momento, como si fuera un pavo de Acción de Gracias que se asa con lentitud. Estaba a punto de acabar la última clase del día, pero ni siquiera eso la consolaba. Bajó la mirada hacia sus pies y pensó en todo lo que le aguardaba. Cada noche descendía al Submundo para encontrar, otra vez más, un paisaje horrendo. No podía explicarse por qué acababa en ciertos lugares algunas veces, en otros tan solo una vez, pero estaba convencida de que, de un modo u otro, tenía algo que ver con su estado de ánimo. Cuanto peor fuera el humor con que se iba a dormir, más devastadora era la experiencia en el Submundo.

Entre el bullicio del pasillo, la muchacha caminaba arrastrando los pies y con la mirada clavada en el suelo cuando, de forma inesperada, notó unos dedos cálidos rozándole la mano. Al levantar la vista observó los ojos azul

zafiro de Lucas, buscándola con desespero. Tras un suspiro de sorpresa, contuvo la respiración durante unos segundos mientras miraba fijamente al joven.

La mirada del chico era suave y pícara, y las comisuras de sus labios se alzaron levemente en lo que Helena percibió como una sonrisa secreta. Sin dejar de caminar en dirección contraria, ambos volvieron la cabeza para mantener el contacto visual. Con cada segundo que pasaba, sus sonrisas crecían un poco más. De repente, tras tocarse el cabello de forma coqueta, Helena miró hacia delante y puso punto final a aquello con una sonrisa de oreja a oreja.

La mirada de Lucas la fortalecía. Hacía que se sintiera viva otra vez. Podía oír su risa entre dientes mientras se alejaba, casi con aire engreído, como si supiera a la perfección hasta qué punto podía influir en ella. Helena también se rio, sacudiendo la cabeza. Y entonces avistó a Jasón.

Estaba unos pasos por detrás, junto a Claire. El primo de Lucas había sido testigo de aquel juego de miradas. Tenía la boca torcida, en una expresión de preocupación, y una mirada triste. Meneó la cabeza hacia Helena, mostrando así su desaprobación. Ella bajó mirada, ruborizada y avergonzada.

Eran primos, Helena lo sabía de sobra. Cualquier coqueteo estaba fuera de lugar. Pero la hacía sentir mejor que cualquier otra cosa. ¿Se suponía que tenía que pasar por aquel calvario sin tan siquiera el consuelo de una sonrisa de Lucas? Helena entró en su última clase y se sentó tras su pupitre. Mientras sacaba la libreta no tuvo más remedio que contener las lágrimas.

Helena estaba envuelta por cientos de alargadísimas astillas que la obligaban a quedarse completamente quieta; de lo contrario, se arriesgaría a que una de ellas atravesara su cuerpo. Estaba atrapada en el interior del tronco de un árbol que se alzaba solo en el centro de un matorral marchito y desolado. Si respiraba demasiado hondo, las astillas le pinchaban por todos lados. Tenía los brazos retorcidos tras la espalda y las piernas dobladas en una postura más que incómoda. A tan solo unos milímetros de su ojo derecho había una larga esquirla que amenazaba con clavársele en el ojo. Si movía la cabeza hacia delante mientras trataba de liberarse de aquel infierno, incluso si

la hundía ligeramente por el cansancio, la astilla le atravesaría el párpado.

—¿Qué esperas que haga? —gimoteó a nadie en particular.

Helena sabía que estaba completamente sola.

—¿Qué se supone que debo hacer? —gritó de repente.

De inmediato, sintió decenas de pinchazos en el pecho y en la espalda.

Sin duda, gritar no ayudaba en nada, pero enfadarse sí. Le ayudaba a armarse de valor para aceptar lo inevitable. Ella se había metido en ese entuerto y, aunque hubiera sido involuntario, sabía cómo salir de allí. El sufrimiento siempre funcionaba como vía de escape del Submundo y la conducía de nuevo a su cama. Sin duda, saldría malherida, pero al menos saldría de allí.

Contemplaba con atención la astilla que le apuntaba a su pupila, a sabiendas de lo que aquella situación le exigía, pero no estaba segura de ser capaz de hacerlo. Mientras la rabia se filtraba por cada poro de su piel, unas lágrimas de desesperación manaron de sus ojos hasta recorrer las mejillas. Lograba oír sus gemidos, contenidos y sofocados, resonando en el interior de la claustrofóbica cavidad del tronco. Pasaron varios minutos, y los brazos y piernas de Helena empezaron a flaquear, pues la postura no era en absoluto natural.

El tiempo no cambiaría la situación. Y las lágrimas, tampoco. Solo le quedaba una opción, y sabía, por propia experiencia, que lo hacía ya o le esperaban horas de sufrimiento. Helena era un vástago y, como tal, un objetivo para las parcas. Jamás tendría otra opción. Con tan solo pensarlo, la rabia regresó.

Con un movimiento firme y seguro, inclinó la cabeza hacia delante.

Lucas no podía apartar la mirada de Helena. Incluso desde el otro extremo de la cocina distinguía a la perfección la piel translúcida que le cubría las mejillas. Su tez era tan pálida y cadavérica que empezaba a cobrar el tono azulado de las venas que corrían bajo la epidermis. El joven habría jurado que, al verla salir del despacho junto con Cassandra, tenía los brazos cubiertos de moratones violáceos.

La mirada de Helena ahora mismo era espectral, como si se sintiera

atormentada. Parecía mucho más asustada que hacía unas semanas, cuando todos creyeron que Tántalo y los Cien Primos querían darle caza.

Hacía poco Cassandra había pronosticado que estaban centrando casi toda su energía en encontrar a Héctor y Dafne, de modo que Helena no tenía nada que temer. Así pues, si ellos no la estaban atemorizando, sin duda esa mirada tenía algo que ver con el Submundo. Lucas se preguntaba si alguien la estaría persiguiendo, o incluso torturando, allí abajo.

La idea le desgarró por dentro, como si un animal salvaje le trepara por el pecho y le arañara cada uno de sus huesos. Tuvo que apretar los dientes para evitar soltar un gruñido aterrador. Últimamente siempre estaba enfadado y su ira empezaba a preocuparle. Sin embargo, el estado de Helena le angustiaba mucho más.

La jovencita se sobresaltaba al oír cualquier ruido y se ponía tensa cada dos por tres con los ojos como platos. Cuando Lucas la veía así entraba en un estado de pánico incontrolable. Sentía la necesidad física de proteger a Helena. Era como una especie de gatillo corporal que se accionaba y le empujaba a interponerse entre Helena y su dolor. Pero no podía ayudarla.

No podía descender al Submundo sin morir en el intento.

Sin embargo, Lucas no se daba por vencido y seguía intentando resolver el problema. No había muchas personas que pudieran bajar físicamente al Submundo, como Helena, y sobrevivir. De hecho, en toda la historia de la mitología griega solo aparecen un puñado de personajes capaces de realizar tal hazaña. Pero no se rendiría tan pronto. A Lucas siempre se le había dado bien solucionar problemas, sobre todo resolver misterios «sin solución». Por esa razón, ver a Helena de tal modo le dolía de una forma odiosa y persistente.

No era capaz de solucionar este enigma y ayudarla. Estaba sola allí abajo y él no podía hacer nada para remediarlo.

—Hijo, ¿por qué no te sientas a mi lado? —propuso Cástor, distrayéndole así de sus pensamientos. Su padre le ofreció la silla de su derecha mientras todos los demás se acomodaban alrededor de la mesa para cenar.

—Es el sitio de Cassandra —protestó Lucas sacudiendo la cabeza. En realidad, lo que pensó era que aquel solía ser el sitio de Héctor; y jamás soportaría sentarse en una silla que, para empezar, no debería estar vacía.

En cambio, tomó el asiento a la izquierda de su padre, justo al extremo del banco comunitario.

—Sí, papá —bromeó Cassandra al sentarse en la silla que, de forma automática, había heredado cuando Héctor se convirtió en un paria por asesinar al hijo único de Tántalo, Creonte—. ¿Tratas de relegarme o algo así?

—¿Acaso no lo sabrías si esa fuera mi intención? Vamos a ver, ¿qué clase de oráculo eres? —se burló Cástor haciéndole cosquillas en la tripa hasta desencadenar unas risotadas hilarantes.

Lucas advirtió que su padre estaba aprovechando esa extraña oportunidad para juguetear con Cassandra, porque en breve esas oportunidades dejarían de existir. Como oráculo, la hermana pequeña de Lucas estaba alejándose de su familia, así como también de la humanidad. Pronto se apartaría de cualquier ser humano para convertirse en el frío instrumento de las parcas, sin importar cuánto la adoraba su familia.

Cástor no solía perder ninguna ocasión que le permitiera jugar con su hija, pero Lucas sabía que, esta vez, su padre no estaba del todo centrado en las bromas y las risas. Tenía la mente en otro sitio. Por alguna razón que Lucas no pudo adivinar de inmediato, Cástor no quería que Lucas se acomodara en su sitio habitual.

Lo entendió un segundo más tarde, cuando Helena se sentó junto a él, en la silla que, con el tiempo y la rutina, se había convertido en su sitio de la mesa. Cuando la joven se deslizó por el banco de madera hasta acomodarse al lado de Lucas, Cástor arrugó la frente.

El chico decidió hacer caso omiso a la desaprobación que mostraba su padre y disfrutó de la sensación de tener a Helena al lado. Aunque era evidente que Helena estaba herida y apenada por lo que sucedía en el Submundo, su sola presencia le llenó de fuerza. Su figura, la suavidad de su piel al rozarle cuando le ofrecía un plato de la cena, el tono alegre y claro de su voz cuando participaba en la conversación… Todo sobre aquella chica amansaba la fiera salvaje que habitaba dentro de él.

Deseaba con todas sus fuerzas poder hacer lo mismo por ella. Durante la cena, no pudo parar de pensar en qué le estaría ocurriendo a Helena en el Submundo, pero sabía que tendría que esperar a estar a solas para poder preguntárselo. Helena sería capaz de engañar a la familia Delos, pero jamás le

mentiría a él.

—Eh —llamó más tarde.

El saludo detuvo a Helena en el pasillo a oscuras, justo entre el lavabo y el despacho de Cástor. Por un momento, la joven quedó paralizada pero, al volverse hacia Lucas, se relajó.

—Eh —suspiró acercándose a él.

—¿Una mala noche?

La joven asintió con la cabeza, aproximándose hasta tal punto a Lucas que este podía oler el jabón con aroma a almendra que acababa de utilizar para lavarse las manos. Lucas estaba convencido de que Helena no era consciente de cómo se acercaban, pero él lo sabía perfectamente.

—Cuéntamelo.

—Es muy duro —respondió encogiendo los hombros, como si tratara de esquivar sus preguntas.

—Descríbelo.

—Pues había un pedrusco… —empezó; enseguida dejó de hablar y comenzó a frotarse las muñecas mientras meneaba la cabeza con una expresión contraída—. No puedo. No quiero darle más vueltas de lo necesario. Lo siento, Lucas. No pretendo que te enfades —añadió tras el resoplido de frustración del joven.

Él se quedó mirando a Helena un momento, sin entender por qué ella creía que podía hacerle sentir así. ¡Estaba tan equivocada! Procuró mantener la calma cuando le hizo la siguiente pregunta pero, aun así, le costó una barbaridad.

—¿Alguien te está haciendo daño ahí abajo?

—Allí no hay nadie, excepto yo —respondió.

Por cómo lo dijo, Lucas intuyó que la soledad que sentía en el Submundo sobrepasaba, en cierto modo, la tortura.

—Pero tienes heridas —afirmó.

El chico acortó la poca distancia que los separaba y acarició la muñeca de Helena con la yema de los dedos, dibujando la forma de los moretones que él mismo había distinguido horas antes.

Helena mantenía el rostro impasible.

—En el Submundo no puedo utilizar mis poderes. Pero cuando me despierto, me curo.

—Explícamelo —insistió—. Sabes que puedes contarme absolutamente todo.

—Lo sé, pero, si lo hago pagaré por ello —rezongó con una chispa de ironía.

Ya que estaba de buen humor, Lucas no aflojó el interrogatorio. Además, ansiaba volver a verla sonreír, aunque solo fuera una vez más.

—¿Qué? ¡Cuéntamelo! —exclamó con una sonrisa—. No puede ser tan doloroso hablar conmigo sobre eso, ¿no crees?

Helena borró su sonrisa de repente y alzó la mirada. Entreabrió los labios y Lucas no pudo evitar fijarse en el borde brillante que asomaba de su labio inferior. Recordó el tacto de los labios de Helena, sus besos, y todo su cuerpo se puso en tensión. Intentó contenerse, pero solo lo consiguió durante unos segundos, antes de inclinar la cabeza para sentir esos besos una vez más.

—Es atroz —susurró Helena.

—¡Helena! ¿Cuánto tardas en ir al lavabo…?

Los gritos de Cassandra cesaron de repente, al ver que Lucas se escabullía por el pasillo mientras ella, ruborizada, corría como una flecha hacia la biblioteca.

Helena se dirigió a toda prisa hacia la habitación con las paredes forradas con papel estampado de petunias que empezaba a descolgarse a tiras sobre las tablas del suelo podridas junto al sofá infectado de moho. Al pasar corriendo delante del sofá le dio la sensación de que la miraba con detenimiento. Ya había pasado por ahí más de doce veces, o incluso más.

En lugar de entrar por la puerta de la derecha o la de la izquierda, que no conducían a ningún lugar, decidió que, ya que no tenía nada que perder, se metería en el armario.

Un abrigo de lana ocupaba la esquina del armario. El cuello estaba repleto de caspa y desprendía un olor rancio que le recordó a un anciano enfermo.

El abrigo se amontonó sobre ella, como si intentara ahuyentarla de su preciada guarida. Helena ignoró el abrigo cascarrabias y buscó hasta encontrar otra puerta oculta en uno de los paneles laterales del armario.

La abertura era del tamaño de un niño, de modo que ella tuvo que ponerse de rodillas para pasar. Inesperadamente, el abrigo de lana se arrastró por las perchas, como si tratara de agarrarla por la camiseta, pero Helena fue más rápida y se coló por la puerta del tamaño de las muñecas.

La siguiente habitación era un tocador cubierto de polvo, aderezado con siglos y siglos de perfumes fuertes y desagradables y repleto de manchas amarillentas. Helena estaba decepcionada, una vez más. Pero al menos había una ventana. Corrió hacia allí con la esperanza de poder saltar y librarse de esta terrible trampa. Deslizó esperanzada unas cortinas de tafetán de color melocotón muy chillón con una ilusión que cada vez era mayor.

La ventana estaba tapiada. Golpeó los ladrillos con los puños, al principio atestando golpes suaves, pero, a medida que su furia crecía, atizando con más fuerza, hasta que le sangraron los nudillos. Todo en aquel laberinto de habitaciones estaba podrido o desmenuzándose, todo excepto las salidas, que eran tan sólidas como el Fort Knox.

Helena llevaba allí atrapada días, o al menos esa era su impresión. Estaba tan desesperada que incluso había cerrado los ojos para intentar dormir, con la esperanza de despertarse en su cama. Pero no había funcionado.

Helena todavía no había averiguado cómo controlar sus entradas y salidas del Submundo sin tener que suicidarse. Estaba aterrorizada porque sentía que esta vez existía el peligro de morir de verdad. Además, no quería dedicar ni un minuto en pensar qué tendría que hacerse a sí misma para salir de allí.

Unos diminutos puntos blancos le nublaban la visión y, hasta aquel momento, había estado a punto de desmayarse por la sed y cansancio en varias ocasiones. No había tomado una gota de agua en muchísimo tiempo e incluso la mugre pegajosa que bajaba por los grifos de aquella casa del terror empezaba a parecerle apetitosa.

Lo más extraño de todo era que estaba aterrorizada, mucho más que en cualquier otra parte del Submundo, a pesar de no encontrarse en un peligro inminente. No estaba colgada de un alféizar de una ventana, ni atrapada en el interior del tronco de un árbol, ni tampoco encadenada a un pedrusco que la arrastraba por una colina hacia un precipicio.

Solo estaba en una casa, una casa interminable y sin salidas.

Las visitas a los lugares del Submundo donde no se hallaba en un peligro

inmediato duraban muchísimo tiempo y siempre acaban siendo las más complicadas. La sed, el hambre y la soledad aplastante que sufría allí eran los castigos más arduos y agotadores que se podían imaginar. El infierno no necesitaba piscinas de fuego para ser tormentoso. El tiempo y la soledad bastaban.

Helena se sentó bajo la ventana tapiada, dándole vueltas a la idea de tener que pasar el resto de su vida en una casta donde no era bienvenida.

Durante el entrenamiento de fútbol empezó a diluviar y, de repente, todo fue de mal en peor. Todos los chicos comenzaron a tropezar entre ellos, resbalándose en el barro del campo, arrancando el césped de raíz. Con este espectáculo, el entrenador Brant se dio por vencido y envió a todos a casa.

Mientras sus compañeros preparaban la bolsa para irse, Lucas observó de reojo al entrenador. No parecía tener muchas ganas de entrenar. Su hijo, Zach, había abandonado el equipo justo el día antes y, por lo que todos afirmaban, el entrenador no se lo había tomado para nada bien. Se moría por saber hasta dónde habría llegado la discusión. Zach no había aparecido por el instituto en todo el día.

Lucas sentía cierta simpatía por el hijo del entrenador porque conocía a la perfección la sensación de decepcionar a un padre.

—¡Lucas! ¡Vámonos! Me estoy congelando vivo —voceó Jasón, quien ya había empezado a quitarse la camiseta y corría camino al vestuario.

Tuvo que correr para alcanzarle.

Los dos se dieron mucha prisa en llegar a casa. Tenían un hambre terrible y estaban empapados, de forma que, al llegar, se dirigieron directamente a la cocina, donde se toparon con Helena y Claire charlando con la madre de Lucas. Las chicas, con sus uniformes de atletismo empapados, merodeaban expectantes alrededor de Noel y no pudieron ocultar su alegría cuando por fin pudieron secarse con unas toallas. Al principio, lo único que Lucas lograba ver era la silueta de Helena. Tenía el cabello enredado y las piernas le brillaban por las gotas de lluvia.

Entonces percibió un susurro en el oído y un destello de odio le corrió todo el cuerpo. Su madre estaba al teléfono y la voz que escuchaba al otro

lado de la línea era la de su primo Héctor.

—No, Lucas. No lo hagas —dijo Helena con voz trémula—. Noel, ¡cuelga!

Lucas y Jasón se abalanzaron hacia la voz del paria, incitados y alentados por las furias. Helena no dudó en ponerse delante de Noel. Lo único que hizo fue extender las manos ante su cuerpo, como si quisiera pedirles que frenaran, y los dos primos se chocaron contra sus manos como si de un muro sólido se tratara. Rebotaron y se desplomaron sobre el suelo, jadeando y sin respiración. Helena no se había movido ni un milímetro.

—Lo lamento mucho —dijo Helena antes de agacharse a comprobar su estado con una mirada de preocupación—, pero no podía dejar que abordarais a Noel.

—No te disculpes —gruñó Lucas frotándose el pecho. Jamás podría haberse imaginado que Helena fuese tan fuerte, pero no podía sentirse feliz por ello.

En el rostro de su madre se reflejaba una expresión de estupefacción, pero tanto ella como Claire estaban bien, y eso era lo primordial en aquel instante.

—Uuuhh —añadió Jasón, mostrando así la misma opinión que Lucas.

Claire se puso en cuclillas junto a Jasón y le dio unas palmaditas en la espalda con irónica compasión mientras este se daba la vuelta para recuperar el aliento.

—No esperaba que llegarais a casa tan temprano, chicos —tartamudeó Noel—. Héctor suele llamar cuando estáis entrenando…

—No es culpa tuya, mamá —la tranquilizó Lucas, interrumpiendo así a su madre. Después le ofreció la mano a Jasón para ayudarle a ponerse en pie y preguntó—: ¿Estás bien, hermano?

—No —dijo Jasón con total honestidad. Al incorporarse inspiró varias veces más, hasta dejar de notar la opresión del golpe en el pecho—. Odio esto.

Los primos compartieron una mirada afligida. Los dos echaban de menos a Héctor y no podían soportar la presencia de las furias. De repente, Jasón se dio media vuelta y salió de la cocina, encaminándose otra vez hacia la lluvia.

—Jasón, espera —llamó Claire, que no dudó en salir tras él.

—No pensé que llegaríais tan pronto —repitió Noel, más bien para sí

misma que para su hijo y su sobrino, como si no pudiera perdonárselo.

Lucas se acercó a su madre y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes. Todo irá bien —consoló con voz sofocada.

Tenía que salir de ahí cuanto antes. Con un nudo en la garganta, Lucas corrió escaleras arriba para cambiarse de ropa. A medio camino entre el pasillo y su habitación, y medio desnudo, Lucas escuchó la voz de Helena detrás de él.

—Tenía entendido que mentías muy bien —susurró—, pero ni siquiera yo me he tragado tu «todo irá bien».

Lucas dejó caer su camiseta mojada al suelo y se volvió hacia Helena. No consiguió resistirse y la rodeó por la cintura antes de apoyar la cabeza sobre el cuello de la joven. Ella recibió el gesto aceptando el abrazo de Lucas hasta que él se calmó lo suficiente como para poder hablar.

—Un parte de mí quiere salir en su busca. Darle caza —confesó, incapaz de contárselo a alguien más que no fuera Helena—. Cada noche sueño que le estrangulo con mis propias manos sobre la escalinata de la biblioteca.

Veo mi propia imagen, golpeándole una y otra vez y me despierto pensando que, quizás, esta vez sí le he matado. Y me siento aliviado… —Chis, tranquilo —le calmó Helena mientras le acariciaba el cabello húmedo, peinándolo, recorriéndole los hombros y los músculos de la espalda con las manos—. Yo me encargaré de arreglar todo esto —prometió—; te lo juro, Lucas; encontraré a las furias y pondré punto final a esta historia.

Él se apartó ligeramente para poder mirar a Helena y meneó la cabeza.

—No. Lo último que quiero es que te sientas todavía más presionada. Me atormenta que cargues tú con el peso de toda la responsabilidad.

—Lo sé.

Así de simple. Sin culpas, sin un «pobre de mí». Solo aceptación. Lucas la contemplaba con delicadeza mientras le acariciaba su hermoso rostro con los dedos.

Le encantaban los ojos de Helena. Cambiaban todo el rato. Le divertía clasificar las distintas tonalidades que cobraban. Cuando se reía, su mirada se tornaba de color ámbar pálido, como la miel en un tarro de cristal colocado junto a una ventana soleada. En cambio, cuando la besaba, se ensombrecían hasta tornarse del agradable color caoba, pero con destellos carmesíes y

dorados. En ese preciso instante se estaban oscureciendo, invitándole así a besarla.

—¡Lucas! —espetó su padre.

Los dos chicos se separaron súbitamente y al girarse descubrieron a Cástor en lo alto de la escalera, con el rostro desencajado y el cuerpo rígido.

—Ponte una camiseta y acompáñame al despacho. Helena, vete a casa.

—Papá, ella no…

—¡Ahora! —gritó Cástor.

Lucas no lograba recordar la última vez que había visto a su padre tan furioso.

Helena huyó del pasillo a toda prisa. Al pasar junto a Cástor agachó la cabeza y salió corriendo de casa antes de que Noel pudiera preguntar qué había sucedido.

—Siéntate.

—Ha sido culpa mía. Estaba preocupada por mí —empezó Lucas con una postura un tanto desafiante.

—Me da igual —replicó Cástor fulminando con la mirada a su hijo—. Me importa bien poco si empezó inocentemente. Acabó contigo medio desnudo, abrazándola y los dos a solas a varios pasos de tu cama.

—No iba a… —Lucas no fue capaz de acabar la mentira. Claro que iba a besarla, del mismo modo que era consciente de que si la besaba no se separaría de Helena a menos que ella misma o un cataclismo lo impidiera.

En realidad, ya no le importaba que un tío que él jamás había conocido fuera el padre de Helena. La amaba, y eso jamás cambiaría, por mucho que todos lo desaprobaran.

—Permíteme que te explique algo.

—Somos primos. Ya lo sé —interrumpió Lucas—. ¿Acaso no crees que me doy cuenta de que Helena es como Ariadna, familia, sangre de mi sangre?

Pero yo no lo siento así.

—No te engañes a ti mismo —dijo Cástor con cierto misterio—. El incesto ha acosado a los vástagos desde los tiempos de Edipo. Y ha habido otros en esta casta que se han enamorado de primos carnales, como Helena y

tú.

—¿Qué les ocurrió? —quiso saber Lucas, aunque estaba casi seguro de lo que su padre le iba a responder.

—El resultado es siempre el mismo —contesto mirando a Lucas con intensidad—. Al igual que la hija de Edipo, Electra, los niños engendrados de vástagos emparentados siempre sufren nuestra peor maldición.

Demencia.

Lucas se sentó mientras sus pensamientos iban a mil por hora, tratando de encontrar una vía de escape en aquel callejón sin salida.

—Pero…, pero nosotros no tenemos hijos.

No hubo ningún aviso que indicara que Lucas había ido demasiado lejos.

Sin producir sonido alguno, su padre se precipitó sobre él como un toro. El joven lo esquivó con un salto, pero después de eso no supo qué hacer. Era el doble de fuerte, pero no osó a utilizar sus manos, ni siquiera cuando Cástor le agarró por los hombros y le arrastró hasta inmovilizarlo contra la pared. Clavó la mirada en los ojos de su hijo y, durante unos instantes, Lucas creyó que su padre lo despreciaba.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —gruñó Cástor con tono indignado y furioso—. No quedan tantos vástagos en el mundo para que tú o Helena decidáis que no queréis tener descendientes. ¡Estamos hablando de nuestra especie, Lucas! —exclamó. Una vez le hizo entender sus razones, Cástor golpeó el cuerpo de Lucas contra la pared con tal fuerza que incluso empezó a desmenuzarse—. Las cuatro castas deben sobrevivir y seguir separadas para conservar la Tregua y mantener a los dioses encarcelados en el Olimpo. ¡De lo contario, cada mortal de este planeta sufrirá hasta la saciedad!

—¡Ya lo sé! —chilló Lucas.

Una lluvia de yeso se desprendió de la pared y, además de rociarlos por completo, llenó el aire de polvo. Lucas no desaprovechó la ocasión para librarse de las manos de Cástor.

—¡Pero ya hay otros vástagos que lo hacen! ¿Qué más da si Helena y yo no tenemos hijos?

—¡Porque Helena y su madre son las últimas de su linaje! Helena debe engendrar un heredero para preservar la casta de Atreo y mantener las castas separadas, no solo para esta generación, sino también para las venideras.

Cástor estaba gritando a pleno pulmón y hacía caso omiso a la lluvia de polvo blanco y pedazos de mampostería que se desprendían de la pared.

Era como si todas las creencias de su padre estuvieran desmoronándose sobre su cabeza, asfixiándole.

—La Tregua ha durado miles de años y debe persistir miles más o los Olímpicos convertirán a los mortales y a los vástagos en marionetas. Iniciarán guerras, violarán a nuestras mujeres y lanzarán horrendas maldiciones a su antojo —continuó Cástor con ademán implacable—. Piensas que un puñado de nosotros basta para preservar la raza y mantener la Tregua, pero no es suficiente para sobrevivir a los dioses. Debemos perdurar. Y para hacerlo, cada uno de nosotros debe procrear.

—¿Qué queréis de nosotros? —contestó Lucas inesperadamente, apartando a su padre de un empujón—. Haré lo que sea por mi casta, igual que Helena. ¡Tendremos hijos con otras personas si hace falta y encontraremos la forma de aceptarlo y vivir con ello! Pero no me pidas que me aleje de Helena, porque no puedo. Podemos soportarlo todo. Todo menos eso.

Se miraron fijamente durante unos segundos, ambos resollando de emoción y recubiertos de polvo que, al mezclarse con el sudor, se había vuelto pastoso.

—Es muy fácil para ti decidir lo que Helena puede o no puede soportar, ¿verdad? ¿Acaso no la has visto últimamente? —preguntó Cástor con dureza, soltando a su hijo con una mirada de indignación—. Está sufriendo, Lucas.

—¡Ya lo sé! ¿Acaso crees que no haría cualquier cosa para ayudarla?

—¿Lo que sea? Entonces aléjate de ella.

Fue como si toda la ira se esfumara de la voz de Cástor en un abrir y cerrar de ojos. En vez de gritarle, ahora le suplicaba.

—¿Te has planteado en algún momento que la tarea que Helena está procurando hacer en el Submundo no solo traería la paz entre las castas, sino que también traería a Héctor de vuelta a esta familia? Ya hemos perdido mucho. Áyax, Aileen, Pandora —enumeró, pero al pronunciar el nombre de su hermana pequeña, la voz se entrecortó. Su muerte era aún muy reciente—. Helena se está enfrentando a algo que ninguno de nosotros puede imaginar, y necesita cada gota de fuerza que tiene para conseguirlo. Por el bien de todos.

—Pero yo puedo ayudarla —se defendió Lucas. Necesitaba que su padre estuviera de su lado—. No puedo seguirla hasta el Submundo, pero puedo escucharla y darle todo mi apoyo.

—Crees que la ayudas, pero en realidad la atormentas —puntualizó Cástor meneando la cabeza con pesar—. Puede que tú hayas logrado perdonarte por lo que sientes por ella, pero Helena no puede controlar sus sentimientos. Eres su primo, y la culpabilidad la está desgarrando por dentro. ¿Por qué eres el único incapaz de darse cuenta? Existen más de mil razones para distanciarte de ella, pero ninguna es lo bastante importante para ti, así que, por lo menos, aléjate porque es lo mejor para ella.

Lucas quería replicarle, pero no encontró argumento alguno. Recordó que Helena le había dicho que si hablaba con él sobre el Submundo «lo pagaría más tarde». Su padre tenía toda la razón. Cuanto más cerca estuvieran, más sufriría Helena. De todos los razonamientos que su padre le había ofrecido, este le había atravesado el corazón. El joven se arrastró hasta el sofá y se acomodó en él para que su padre no se percatara que le temblaban las piernas.

—¿Qué debo hacer? —susurró Lucas, desorientado—. Es como un río que corre hacia abajo. Helena fluye como el agua de ese río hacia mí. No puedo apartarla.

—Entonces construye una presa —suspiró Cástor mientras se sentaba junto a Lucas y se limpiaba el yeso de la cara. Por su abatimiento, daba la sensación de haber perdido una batalla, aunque en realidad la había ganado al arrebatarle todo a su hijo—. Tú eres el encargado de parar todo esto. Evita las confidencias, el coqueteo en los pasillos del instituto y las charlas en voz baja en rincones oscuros. Tiene que odiarte, hijo.

Helena y Cassandra estaban trabajando en la biblioteca, tratando de encontrar algo, cualquier dato, que pudiera ayudar en el Submundo. Fue una tarde frustrante. Cuanto más leían e interpretaban, más convencidas estaban de que la mitad de las escrituras sobre el Hades fueron redactadas por escribas medievales bajo los efectos de una sobredosis considerable de algún estupefaciente.

—¿Alguna vez has visto esqueletos de caballos hablantes en el Hades? —

preguntó Cassandra con escepticismo.

—No. Ningún esqueleto hablante. Ni siquiera de caballo —respondió Helena frotándose los ojos.

—Creo que podemos clasificar este en la pila de «definitivamente, estaba colocado» —decidió Cassandra al dejar a un lado el pergamino. Después, clavó su mirada en Helena y preguntó—: ¿Cómo estás?

Helena encogió los hombros y sacudió la cabeza, mostrándose así poco dispuesta a hablar sobre el tema. Desde que Castor les había pillado junto a la habitación de Lucas, cada vez que Helena venía a estudiar e investigar se deslizaba por los pasillos de puntillas para después quedarse atrapada, noche tras noche, en la casa de los infiernos.

Una vez en el Submundo, solía pasar al menos una o dos noches a la semana en una playa infinita de arena que no conducía a ningún océano.

La joven vagaba por la playa, sin rumbo, perdida. Aquellas dunas eternas le resultaban más que molestas, pues sabía que no llegaría a ningún lugar en particular. Aunque, a decir verdad, comparado con la casa tapiada era como ir de vacaciones. No sabía cuánto tiempo más podría soportarlo, pero no se sentía cómoda hablando de esto con nadie. ¿De qué manera podía explicar el abrigo de lana pervertido y las espeluznantes cortinas de color melocotón sin sonar ridícula?

—Creo que debería ir a casa y comer algo —dijo Helena en un intento de no pensar en la noche que le esperaba.

—Pero es domingo. Te quedas a cenar, ¿no?

—Um. Creo que a tu padre no le hace mucha gracia que ande por aquí.

«Y creo que a Lucas tampoco», pensó. Lucas no la había mirado a los ojos desde el mismo día en que Cástor les había sorprendido abrazados en el pasillo, pese a que Helena había probado varias veces de sonreírle en el instituto. Pero él pasaba junto a ella como si nada, ignorándola por completo.

—Menuda tontería —respondió Cassandra con firmeza—. Formas parte de esta familia; si no te quedas a cenar, mi madre se sentirá ofendida.

La pequeña Delos rodeó la mesa y tomó la mano de Helena para arrastrarla hacia la cocina. La chica se quedó de piedra ante el gesto cariñoso de Cassandra, tan poco habitual en ella, y la siguió sin hacer el menor ruido.

Era más tarde de lo que las chicas habían supuesto y la cena ya había

empezado. Jasón, Ariadna, Palas, Noel, Cástor y Lucas ya estaban sentados. Cassandra tomó asiento en su tradicional lugar de la mesa, junto a su padre. Solo quedaba un sitio libre en el banco, justo entre Ariadna y Lucas.

Cuando Helena fue a sentarse, empujó por accidente a Lucas y rozó el brazo de este sin la menor intención. El joven se puso tenso al instante y, con un gesto muy poco discreto, se apartó ligeramente de ella.

—Perdona —farfulló Helena al mismo tiempo que intentaba apartar el brazo para no tocar el de Lucas, pero no había espacio en el banco. Notó que Lucas se molestaba y, por debajo de la mesa, buscó su mano y la apretó, como queriéndole preguntar: «¿Qué sucede?».

Lucas quitó la mano con brusquedad y desprecio. La mirada del joven estaba tan llena de odio que a Helena se le heló la sangre. La cocina quedó en silencio absoluto y la cháchara enmudeció de repente. Todas las miradas se giraron hacia Helena y Lucas.

Sin avisar, el joven Delos empujó el banco hacia atrás, lanzando al suelo a todos los que estaban allí sentados, Helena, Ariadna y Jasón. Lucas se puso en pie junto a Helena, mirándola con escrupulosidad y con el rostro contraído por la rabia y la furia.

Incluso cuando las furias les poseían e incitaban el odio entre los dos, desencadenando peleas casi a vida o muerte, Lucas jamás había atemorizado a Helena. Pero ahora la miraba con unos ojos sombríos y extraños, como si el Lucas que ella había conocido ya no estuviera allí.

Helena sabía que no era solo un efecto de la luz. Una sombra había oscurecido el interior de Lucas y apagado el brillo que antes hacía resplandecer sus ojos azules.

—Tú y yo no nos cogemos de la mano. No me hables. Ni siquiera me mires, ¿lo entiendes? —continuó sin piedad. El tono de voz fue subiendo y, lo que empezó siendo un susurro furioso se convirtió en un grito ronco que hizo alejar a una Helena estupefacta además de aterrorizada.

—¡Lucas, basta! —rogó Noel, espeluznada y con tono consternado. No reconocía a su propio hijo.

—No somos amigos —gruñó Lucas tras ignorar a su madre.

Avanzó amenazante hacia Helena, que trató de empujarse con los talones para distanciar su cuerpo tembloroso hacia la pared. Al rozar con las

baldosas, la goma de sus zapatillas deportivas emitía unos ruidos rechinantes muy desagradables.

—Lucas, ¿qué demonios? —gritó Jasón, pero su primo también le desoyó.

—No charlamos, ni bromeamos, ni compartimos cosas. Y, si alguna vez vuelves a pensar que tienes el derecho de sentarte a mi lado… Lucas alargó el brazo para agarrar a Helena por el cuello, pero su padre se adelantó y, desde atrás, le sujetó ambos brazos, evitando así que pudiera hacerle daño. Entonces Helena fue testigo de algo que jamás pensó que vería con sus propios ojos: Lucas se dio media vuelta y golpeó a su padre.

Cástor salió propulsado al otro extremo de la cocina hasta sobre la alacena, justo encima del fregadero.

Noel dejó escapar un grito ahogado y se cubrió la cara mientras fragmentos de platos rotos volaban en todas direcciones. Era la única mortal en una sala repleta de vástagos luchadores y corría el grave peligro de salir malherida.

Ariadna se dirigió apresuradamente hacia Noel y la protegió con su cuerpo, al mismo tiempo que Jasón y Palas saltaban sobre Lucas para inmovilizarlo.

A sabiendas de que su presencia solo enojaría aún más a Lucas, Helena avanzó a gatas por el suelo repleto de vajilla rota. Cuando al fin alcanzó la puerta que daba al jardín, saltó hacia el cielo y desapareció.

Al volar hacia su casa, la joven centró su atención en distinguir el sonido de su propio cuerpo en la atmósfera. Los cuerpos son ruidosos. En espacios silenciosos, como el Submundo o la atmósfera, uno puede oír todo tipo de chasquidos, roces y balbuceos que el cuerpo humano produce.

Pero el cuerpo de Helena estaba como una tumba. Ni siquiera lograba oír el latido de su corazón. Después de lo sucedido debería estar tronando en su pecho, pero lo único que sentía era una presión insufrible, como si una rodilla gigante le estuviera oprimiendo el pecho.

Quizás su corazón había dejado de latir porque se había roto.

—¿Esto es lo que querías? —gritó Lucas a su padre mientras se

zarandeaba para soltarse—. ¿Crees que ahora me odia?

—¡Soltadle! —les ordenó Cástor.

Palas y Jasón obedecieron, aunque poco a poco. Ambos desviaron la mirada hacia Cástor para asegurarse de que él estaba convencido. Este asintió con la cabeza antes de emitir su juicio.

—Fuera de aquí, Lucas. Sal de esta casa y no regreses hasta que seas capaz de controlar tu fuerza ante tu madre.

Lucas se quedó petrificado. Se giró justo a tiempo para pillar a Ariadna haciendo desaparecer una gota de sangre del rostro de Noel. Las manos resplandecientes de Ariadna estaban curando cada corte al instante.

Un viejo recuerdo y una serie de imágenes volvieron a la mente de Lucas como un rayo. Incluso cuando no era más que un niño ya era más fuerte que su madre y en una de sus pataletas le atestó un bofetón en la mejilla mientras ella trataba de darle un cariñoso beso para sosegarle. A Noel le sangró el labio.

Lucas recordó el quejido de dolor de Noel, un sonido que, después de tantos años, seguía avergonzándole. Se había arrepentido de aquel gesto el mismo día que sucedió y, desde entonces, jamás había tocado a su madre con menos delicadeza que a un pétalo de rosa. Pero ahora volvía a sangrar.

Por su culpa.

El muchacho se apartó con rudeza de su tío y de su primo, abrió la puerta trasera violentamente y se lanzó hacia el oscuro cielo nocturno. Le importaba bien poco adónde le llevaran los vientos.

Capítulo 2

Helena inhalaba diminutas bocanadas de aire. Le costaba una barbaridad respirar. Era la quinta noche seguida que descendía al mismo lugar del Submundo y sabía que, cuanto menos se moviera, menos se hundiría en las arenas movedizas. Incluso inspirar demasiado hondo la sumergía un poquito más hacia el fondo del hoyo.

Estaba prolongando la tortura, pero no podía soportar la idea de ahogarse en mugre otra vez más. Las arenas movedizas no estaban limpias, sino repletas de cuerpos muertos y en estado de putrefacción de víctimas anteriores. Podía sentir los restos descompuestos de todas las criaturas y monstruos allí hundidos, rozándola mientras, con suma lentitud, se deslizaba por la fosa. La última noche había palpado una cara, un rostro humano, en el interior de la arena contaminada.

Una bolsa de aire burbujeó en la superficie y lanzó una bocanada de asqueroso hedor. Helena no pudo controlarse y vomitó. Cuando se ahogara, lo cual acabaría pasando en un momento u otro, la putrefacta mugre se colaría por su nariz, sus ojos y su boca. Aunque solo estaba hundida hasta la cintura, lo veía venir. Rompió a llorar. Estaba harta y no era capaz de soportarlo una noche más.

—¿Qué más puedo hacer? —gritó, enterrándose un poquito más.

Sabía que arrastrarse por el suelo no funcionaría, pero quizás esta vez lograría alcanzar los juncos secos que se alzaban a la orilla del charco y sujetarse a ellos antes de que aquella charca de estiércol se la tragara. Se inclinó hacia delante, pero con cada milímetro de avance se hundía tres más. Cuando la hedionda arena le llegó al pecho no tuvo más remedio que dejar de moverse. El peso de la mugre le apretaba de tal forma que le resultaba

imposible respirar, como si tuviera una roca que le estrujara los pulmones, como si una rodilla gigante le estuviera oprimiendo el pecho.

—Ya lo he entendido, ¿vale? —lloriqueó—. Aterrizo aquí porque cuando me duermo estoy triste, desolada. Pero ¿cómo se supone que debo cambiar mis sentimientos?

Las arenas movedizas le llegaban hasta el cuello. Helena inclinó la cabeza y empujó la barbilla hacia arriba, tratando así de mantenerse a flote el máximo tiempo posible.

—No puedo hacer esto sola —le confesó al cielo—. Necesito que alguien me ayude.

—¡Helena! —llamó una voz grave y desconocida.

Era la primera vez que oía otra voz que no fuera la suya en el Submundo.

Al principio supuso que no era más que una alucinación. Seguía con la cabeza echada hacia atrás; si la movía se hundiría por completo en aquel charco de mugre y putrefacción.

—Agárrate a mi mano, si puedes —ofreció el joven con voz forzada, como si estuviera estirándose a más no poder desde el borde de la fosa—. ¡Vamos, inténtalo, maldita sea! ¡Dame la mano!

En ese instante se le taparon los oídos, de modo que dejó de escuchar al muchacho que la animaba a cogerle la mano. Lo único que consiguió ver fue un destello de luz dorada, un resplandor brillante que penetró en la claridad opaca y derrotada que reinaba en el Submundo, como el foco de salvamento de un faro. Atisbó una barbilla angulosa y unos labios moldeados antes de que el fango le nublara la vista. Después, bajo la superficie de las arenas movedizas, notó una mano cálida y fuerte que buscaba la suya y tiraba de ella.

Al abrir los ojos en su propia cama, Helena se incorporó enseguida y comenzó a rascar el barro seco que tenía en las orejas. La adrenalina todavía le recorría todo el cuerpo, pero se obligó a quedarse quieta y escuchar.

Distinguió los graznidos de Jerry en el piso de abajo, en concreto en la

cocina, un ruido agudo, como el de una sirena de emergencias que resultaba mucho más apropiado en una pista de baile que en el cómodo y acogedor hogar de Helena, en Nantucket. Jerry estaba «cantando». Bueno, lo intentaba.

Helena estalló en una carcajada de alivio. Estaba en su casa, sana y salva y, por si fuera poco, esta vez no se había roto ningún hueso, ni le habían atravesado ningún órgano, ni tampoco se había ahogado en una ciénaga purulenta. Alguien la había salvado.

¿O se lo había imaginado?

Recordó la voz profunda y la calidez de una mano que la socorrió cuando estaba a punto de hundirse en la fosa de arenas movedizas. Los curanderos, como Jasón y Ariadna, podían descender hasta el límite del Submundo en espíritu, pero nadie excepto Helena era físicamente capaz de bajar al Submundo con el cuerpo aún unido al alma. Tenía entendido que era imposible. Además, Helena había estado en el Tártaro, el lugar del tormento y el sufrimiento eternos. En los diversos estadios del Submundo, eso era inferior que el mismísimo Hades. Ni siquiera los curanderos más valientes y tenaces de la historia habían conseguido acercarse a ese sitio.

¿Estaba tan desesperada por conseguir ayuda que se lo había inventado?

Todavía confusa sobre si había imaginado o no aquel episodio, se acomodó en su cama empapada durante unos instantes y escuchó como su padre destrozaba la canción *Kiss*, de Prince, mientras preparaba el desayuno.

Jerry canturreaba la mitad de la letra mal, inventándose las palabras, lo cual significaba que estaba de buen humor. Las cosas entre Kate y él iban viento en popa; de hecho, iban tan maravillosamente bien que Helena apenas había visto a su padre en las últimas tres semanas. Hasta su ordenado sistema de turnarse para preparar las comidas se había deteriorado y ya nadie cumplía los horarios, pero a Helena no le importaba. Lo único que deseaba era que su padre fuera feliz.

Jerry repitió el verso «*you don’t have to be beautiful*» cuatro veces seguidas, seguramente porque no se acordaba de ninguna otra frase. Helena esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza. Cerró los ojos y dio las gracias por tener un padre como Jerry, aunque fuera un cantante horrible. No tenía ni idea de por qué le costaba tal esfuerzo aprenderse la letra de las canciones, pero sospechaba que tenía algo que ver con el hecho de ser padre. Por lo

visto, ningún padre cantaba Prince bien. Lo contrario, de hecho, sería inquietante a la par que perturbador.

Deslizando el cubrecama, Helena inició su ritual de limpieza. Hacía cosa de dos semanas, Claire la había acompañado a tierra firme para comprar unas sábanas especiales de plástico que algunas madres utilizan cuando sus hijos mojan la cama. Con cada movimiento, el plástico crujía, pero a Helena no le importaba. Las sábanas eran incómodas, y además pasaba una vergüenza horrenda cada vez que las iba a comprar, pero también eran una necesidad porque cada noche que regresaba del Submundo estaba cubierta de sangre o mugre.

Se levantó y empezó a deshacer la cama tan rápido como le fue posible.

Una vez en el cuarto de baño, se quitó los pantalones cortos manchados de barro y la camiseta hecha trizas y lanzó a la lavadora todo lo que podía rescatarse. Se dio una ducha rápida y después volvió a trazar su camino con un trapo para limpiar las huellas inmundas que desfilaban por el suelo.

Unos días antes había sopesado la idea de utilizar su velocidad ultrarrápida de vástago para aligerar este nuevo y molesto ritual matutino de limpieza, pero al final decidió que a su padre le daría un infarto si alguna vez la pillaba haciéndolo. Así que solo tenía dos opciones o levantarse al despuntar el alba, o correr como una histérica a velocidad humana para limpiar todo rastro de suciedad, como había hecho esa misma mañana. Tras tal pérdida de tiempo, se secó rápidamente con una toalla y se vistió con los primeros vaqueros que encontró y con una sudadera. Hacía tanto frío en su habitación que empezaba a notar los lóbulos de las orejas adormecidos, casi insensibles.

—¡Lennie! ¡Tu desayuno se está enfriando! —gritó Jerry desde el pie de la escalera.

—Oh, ¡por el amor de Dios! ¡Mierda! —maldijo Helena después de tropezar con su mochila. No había atinado a ponerse la sudadera y seguía con los brazos hacia arriba, tratando de acertar con las mangas.

Tras un momento de menearse como una marioneta, recobró el equilibrio e hizo una pausa para reírse de sí misma, preguntándose cómo una semidiosa podía ser tan torpe. Asumió que tenía algo que ver con su fatiga crónica. Al fin, con la ropa puesta en su sitio, se colocó la mochila al hombro y corrió

escaleras abajo antes de que su padre empezara a cantar *Kiss* una vez más.

Jerry había puesto toda la carne en el asador. Había preparado huevos, panceta, salchichas, avena con frutos secos y cerezas, y, por supuesto, tortitas de calabaza. Aquel era uno de los platos favoritos de padre e hija, pero en época de Halloween, para lo cual faltaba solo una semana y media, el menú diario siempre contenía algo con calabaza. Era una especie de competición entre los dos. Empezó con semillas de calabaza tostadas y acabó con sopas y ñoquis de calabaza. El ganador sería aquel que lograra introducir calabaza sin que el otro se diera cuenta del sabor.

Toda esa suerte de torneo de la calabaza comenzó cuando Helena no era más que una cría. Un octubre se quejó a su padre de que las calabazas solo se utilizaban como elemento decorativo y, aunque le fascinaba vaciarlas para crear monstruosas calabazas de Halloween, le seguía pareciendo un desperdicio y derroche de comida. Jerry estuvo de acuerdo y ambos decidieron que empezarían a comer calabaza en vez de solo utilizarlas para ornamentar las escaleras.

Por desgracia, descubrieron que la calabaza era insípida, tan desabrida que resultaba incomible. Si no fuera porque eran creativos en la cocina, habrían tenido que rendirse y olvidarse de su campaña «Salvemos a las Calabazas» después del primer año.

Probaron decenas de creaciones nauseabundas, de las cuales los helados de calabaza fueron, sin duda, la peor de todas, pero las tortitas fueron un gran acierto. De inmediato se convirtieron en una tradición de la familia Hamilton a finales de octubre, como el pavo relleno en Acción de Gracias.

Helena se fijó en que Jerry hasta había montado nata para servirla por encima. Se sintió tan culpable que fue incapaz de mirar a su padre a los ojos. Estaba preocupado por ella.

—¡Por fin! ¿Qué estabas haciendo allí arriba? ¿Acolchando el edredón? —bromeó Jerry, tratando de ocultar su preocupación mientras la escudriñaba de pies a cabeza.

Estupefacto, abrió los ojos de par en par y apretó los labios, pero enseguida se volvió hacia los fogones para servir el desayuno. Jerry no era un gruñón que daba la lata por cualquier tontería, pero Helena había adelgazado muchísimo en las últimas tres semanas. Había perdido tanto peso que

realmente daba escalofríos mirarla. Ese copioso desayuno era su forma de ponerle remedio sin tener que acudir al clásico sermón aburrido de padre a hija. Helena adoraba el modo en que intentaba manejar los problemas de familia. A diferencia de otros padres, Jerry no hostigaría a su hija si la viera convertirse en un espantapájaros, pero, aun así, se preocupaba lo suficiente para intentar hacer algo al respecto.

Helena intentó sonreír con valentía a su padre y después cogió un plato.

No dudó en engullir todas las tortitas de calabaza, sin dejar una miga.

Todo tenía sabor a serrín, pero aun así tragó las calorías sin inmutarse. Lo último que deseaba era que su padre se angustiara por su salud, aunque, para ser sinceros, incluso ella misma empezaba a alarmarse.

Toda herida que había sufrido en el Submundo desapareció enseguida, pero cada día que pasaba Helena estaba más débil. Lo cierto era que no tenía otra opción. Debía continuar descendiendo a las entrañas de infierno para encontrar a las furias a sabiendas de que el Submundo la enfermaba.

Había hecho una promesa y, aunque Lucas ahora la despreciaba, la cumpliría.

—Tienes que masticar la panceta, Lennie —le recomendó su padre con sarcasmo—. No se deshace así como así en la boca.

—¿Hablas en serio? —bromeó al advertir que se había quedado inmóvil, petrificada sobre el taburete. Trató de actuar con normalidad y soltar otro chiste—. Y me lo dices ahora.

Mientras su padre se reía entre dientes, Helena dejó de pensar en Lucas y sopesó todos los deberes que no había hecho. Ni siquiera había acabado de leer la *Odisea*, no porque no quisiera leerla, sino porque no había tenido ni cinco minutos libres.

Por lo visto, todas las tareas escritas en la lista de cosas pendientes de Helena tenían que haberse hecho el día anterior. Y, para colmo, su profesor favorito, Hergie, seguía insistiendo en que se sumara a las clases para alumnos avanzados. Lo último que necesitaba era ampliar su lista de lecturas obligatorias.

Claire aparcó el nuevo coche híbrido que sus padres le habían regalado en el andén del garaje de los Hamilton y gritó «¡pip-pip!» por la ventanilla en vez de hacer sonar la bocina. Jerry no pudo contener la risa al oír el agudo

chillido de Claire. Helena se metió en la boca el último pedazo de tortita de calabaza y, tras estar a punto de atragantarse, salió corriendo por la puerta con los cordones aún sin atar.

Bajó los escalones a toda prisa y miró de reojo el mirador del tejado, aunque sabía que estaría vacío.

Lucas le había dejado más que claro que jamás volvería a poner un pie en el mirador. No entendía por qué se molestaba en mirar hacia allí arriba, pero en cierto modo no podía evitarlo.

—Abróchate el abrigo, hace mucho frío —la amonestó Claire en cuanto se subió al coche—. ¿Lennie? Estás hecha un jodido desastre —continuó al mismo tiempo que ponía en marcha el coche.

—Eh… ¿buenos días? —saludó Helena con los ojos como platos.

Claire era su mejor amiga casi desde que nacieron, así que estaba autorizada a gritarle siempre que la ocasión así lo requiriese. Pero ¿era necesario que empezara a chillar como una energúmena tan pronto?

Helena abrió la boca para dar una explicación, pero eso no disuadió a su amiga, que continuó como si nada.

—La ropa te viene enorme y se te cae, te muerdes tanto las uñas que apenas se ven y además tienes los labios agrietados —despotricó Claire, hurgando aún más en la herida mientras echaba marcha atrás hacia la carretera—. Y luces unas ojeras tan espantosas que parece que alguien te haya dado un puñetazo en la cara. Dime la verdad, ¿estás siquiera intentando cuidarte un poco?

—Sí, lo intento —espetó Helena mientras se abrochaba los botones del abrigo, lo cual de repente parecía más difícil que un problema de álgebra en chino. Se dio por vencida con los botones y miró a su amiga a la cara, alzando las manos en un gesto de frustración—. Aquí arriba engullo como una lima, pero en el Submundo no hay nada de comida y, por lo visto, no como lo suficiente cuando estoy en el mundo real para compensarlo.

Créeme, lo intento, de veras. Mi padre acaba de prepararme un desayuno de campeonato.

—Bueno, al menos podrías echarte un poco de colorete, o algo. Estás blanca como la pared.

—Sé que tengo un aspecto horrible, pero tengo otras cosas en que pensar.

Todo este asunto del Infierno y vagar por él no es tan sencillo, ya lo sabes.

—¡Entonces no vayas cada noche! —exclamó Claire como si fuera algo obvio—. Tómate un descanso si lo necesitas, Helena. ¡Es evidente que no vas a solucionar este rompecabezas en un par de semanas!

—¿Crees que debería considerarlo como un trabajo a media jornada? —chilló Helena.

—¡Así es! —voceó aún más alto Claire.

Puesto que sabía que la joven asiática tenía un talento natural para alzar la voz, Helena se hundió en su asiento, intimidada por su pequeña amiga.

—¡Llevo aguantando esto tres semanas y he tenido más que suficiente!

¡Jamás encontrarás a las furias si estás tan agotada que eres incapaz de mantener abiertos tus estúpidos ojos!

Tras una breve pausa, Helena estalló en carcajadas. Claire se esforzó por mantenerse seria, pero al final se rindió y soltó sus fantásticas risas mientras conducía el coche hacia el aparcamiento del instituto.

—Nadie tendría una peor opinión de ti si decidieras reducir tus excursiones al Submundo a una o dos veces por semana, y lo sabes —dijo Claire con un tono mucho más amable tras apearse del coche. Al pasar por la puerta del colegio, añadió—: No puedo creerme que te obligues noche tras noche a ir allí abajo. Yo no sería capaz de hacerlo.

Claire se estremeció al recordar lo cerca que había estado del final cuando Matt atropelló a Lucas con el coche. La joven estuvo a punto de fallecer en el accidente; de hecho, su alma merodeó por el sequeral, el límite del Submundo. Semanas más tarde, los recuerdos de aquel lugar todavía la asustaban.

—Risitas, si tuvieras que hacerlo, lo harías. De todos modos, no funciona así. No es algo que yo decida o no hacer —confesó al tiempo que ponía un brazo sobre los hombros de Claire para disipar los perturbadores recuerdos de la sed y la soledad del sequeral—. Me voy a dormir y acabo allí. Todavía no he aprendido a controlarlo.

—¿Cómo es que Cassandra no puede ayudarte? Con lo sabia e inteligente que es y con todas las investigaciones que está llevando a cabo… —dijo Claire con cierto aire de superioridad.

Helena sacudió la cabeza. No le apetecía entrometerse en una contienda entre Claire y Cassandra.

—No culpes a Cassandra —contestó con cuidado—. Lo cierto es que no existe un manual para descender al Submundo. O por lo menos Cassandra y yo no hemos encontrado ninguno en aquella pila de libros sobre la antigua Grecia que la familia Delos denomina archivos. Hace todo lo que está en sus manos.

—Eso lo arregla todo —afirmó Claire cruzándose de brazos y entrecerrando los ojos con convicción.

—¿Arregla el qué? —preguntó Helena con cierta inquietud mientras giraba el cierre de seguridad de su taquilla.

—Está claro que Cassandra y tú no podéis hacer esto solitas. Necesitáis ayuda. Tanto si Cassandra está de acuerdo como si no, yo os voy a ayudar.

Claire se encogió de hombros, como si el asunto estuviera solucionado, aunque nada más lejos de la realidad.

Cassandra insistía en que aquellos archivos eran solamente para oráculos, sacerdotisas y religiosos de Apolo, aunque en los últimos tres mil quinientos años no se había conocido a ningún sacerdote o sacerdotisa real de Apolo. Matt, Claire, Jasón y Ariadna se habían ofrecido para colaborar con Cassandra en varias ocasiones, pero ella siempre rechazaba sus propuestas porque opinaba que iba en contra de la tradición y, para un vástago, obedecer las tradiciones era algo sagrado y que no debía tomarse a la ligera.

Desde siempre las parcas habían mostrado su desprecio por los vástagos en general, pero, si alguno se aventuraba a romper una tradición, aparecía de inmediato en la lista de individuos más odiados. Además, la mayoría de aquellos archivos estaban malditos y echaban maleficios a los no iniciados.

La única razón por la que Cassandra permitía que Helena estuviera en la biblioteca era porque no existía embrujo posible que pudiera hacerle daño.

Helena contaba con la protección del cesto. En el mundo real era inmune a prácticamente todo. Pero Claire no tenía la misma suerte.

Helena siguió a su cabezota amiga por el pasillo. Odiaba la idea de actuar en contra de la hermana pequeña de Lucas, pero cuando Claire se proponía llevar algo a cabo era imposible hacerle entrar en razón o discutir con ella. Solo confiaba en que el plan que Claire estaba urgiendo no la castigara con

una maldición permanente, con furúnculos o piojos o con algo igual de espantoso. Aquello podía tener graves consecuencias.

El timbre sonó justo cuando Helena y Claire entraron pitando en el aula de tutoría. El señor Hergeshimer o Hergie, como solían llamarle a sus espaldas, las miró con aire de desaprobación. Era como si pudiera percibir los problemas que se estaban gestando en la cabecita de Claire. Hergie les asignó a ambas dos palabras del día para la mañana siguiente como castigo previo de lo que obviamente estaban tramando. Desde aquel momento, el día de Helena fue de mal en peor.

Jamás había sido la estudiante más atenta y brillante de la clase, pero ahora que pasaba las noches arrastrándose por el Submundo aún estaba menos interesada en la escuela. La regañaban en todas las clases y recibía castigos cada dos por tres, pero le consolaba ver que uno de sus compañeros estaba en una situación aún peor.

Cuando el profesor de Física arremetió contra Zach por no tomar apuntes en el laboratorio, Helena se preguntó qué habría sucedido. Zach siempre había sido uno de esos chicos que parecía estar atento a cualquier asunto del día. En ciertos momentos incluso estaba demasiado alerta, metiendo las narices donde no debía. Helena nunca le había visto tan absorto en sus pensamientos y desconectado de las clases. Trató de buscarle con la mirada y sonreírle en solidaridad, pero él se volvió.

Helena se sentó sin dejar de mirarle, hasta que su cerebro adormilado al fin recordó que hacía una semana le había llegado el rumor de que Zach había dejado el equipo de fútbol americano. El padre de Zach, el señor Brant, era el entrenador del equipo y Helena sabía que lo presionaba para que fuera perfecto en todo lo que hacía. Sin duda, jamás habría permitido que su hijo dejara el equipo sin antes armar un escándalo. Se preguntaba qué habría sucedido entre ellos. Fuese lo que fuese, no podría ser bueno.

Zach tenía un aspecto horrendo.

Cuando sonó el timbre que indicaba el final de la clase, Helena cogió a Zach por el brazo y le preguntó si todo iba bien, pero el chico hizo oídos sordos y actuó como si no estuviera allí. Después salió del aula sin tan siquiera mirarla. Hubo un tiempo en sus vidas en que habían sido amigos.

De hecho, él solía compartir sus galletitas con forma de animal con ella

en el patio, pero ahora no estaba dispuesto a perder ni un minuto para hablar con su ex-amiga.

Helena decidió o preguntar a Claire sobre Zach y su misterioso estado durante su hora de atletismo. En ese preciso instante, atisbó a Lucas en la lejanía y todo a su alrededor se disolvió como la creta bajo la lluvia.

Haciendo gala de su educación, sujetaba la puerta formando un puente para que un compañero de clase, mucho más bajito que él, pasara por debajo de su brazo. Echó un rápido vistazo al pasillo y, de forma inesperada, reconoció el perfil de Helena. Los ojos del joven Delos se llenaron de rabia.

Helena se quedó inmóvil. Una vez más, notó una opresión en el pecho que le impedía respirar. «Ese no es Lucas», pensó. Le era imposible respirar o moverse.

Cuando el chico desapareció entre la muchedumbre de estudiantes, Helena retomó su camino hacia los vestuarios para cambiarse para el entreno de atletismo. De repente, la mente se le aclaró, como el cielo después de una tormenta.

En cuanto Claire entró por la puerta, empezó a hacerle todo tipo de preguntas; más bien era un interrogatorio. Varias semanas atrás, habría avasallado a su mejor amiga a preguntas porque sabía que, si la distraía con cotilleos, Claire no tendría tiempo de preguntarle cómo estaba. Pero esta vez ella necesitaba desahogarse. Jasón estaba teniendo un día espantoso y Claire estaba preocupada por él.

Aunque oficialmente no estaban saliendo, desde que Jasón la rescató y sanó se habían convertido en algo más que amigos. En pocos días, Claire se había ganado el puesto de la confidente más íntima de Jasón.

—¿Vas a pasarte por su casa después de atletismo? —preguntó Helena en voz baja.

—Sí, no quiero dejarle solo ahora. Sobre todo porque Lucas sigue desaparecido.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Helena, alarmada—. No ha ido a casa desde…

«¿Desde que me mandó al infierno, golpeó a su padre, puso en peligro a su madre y le echaron de casa?», finalizó Helena mentalmente.

Por lo visto, Claire imaginaba a la perfección lo que estaba pensando su

amiga, así que le apretó la mano para mostrarle su apoyo y le explicó todo.

—No, Lucas ha ido a casa algunas veces desde entonces. Pidió disculpas a sus padres, y tanto Noel como Cástor le perdonaron, por supuesto. Pero no pasa tiempo con su familia. Nadie sabe adónde va o qué hace cuando no está en casa y, ¿sinceramente?, todos le tienen demasiado miedo para preguntárselo. Ha cambiado, Lennie. No habla con nadie, excepto con Cassandra, y en contadas ocasiones. Se esfuma después de las clases y a veces no aparece por casa hasta la una o las dos de la madrugada, si es que va, claro. Sus padres se lo permiten porque, bueno, sin Héctor por allí nadie tiene la capacidad de pararle los pies. Jasón está preocupado —dijo Claire después de mirar de reojo a Helena—. Tú no le habrás visto últimamente, ¿verdad?

—Hoy, pero solo un segundo en el pasillo —contestó Helena poniendo punto final al turno de preguntas antes de que Claire pudiera preguntarle cómo estaba—. Mira, quiero acelerar un poco el paso. ¿Estás bien o prefieres que me quede para seguir charlando?

—Ve tirando —dijo Claire con el ceño fruncido.

Helena le regaló una pequeña sonrisa para demostrarle que estaba bien, aunque no fuera así, y después trotó velozmente para acabar la carrera en un tiempo suficiente para que la entrenadora Tar considerara que mostraba iniciativa.

Lucas vislumbró a Helena al otro extremo del pasillo y forzó un gesto furioso con la intención de que ella le despreciara… o le temiera. Daba lo mismo, siempre y cuando consiguiera que se distanciara de él. Por su propio bien.

Sin embargo, no reconoció odio o temor en sus ojos. Helena no se dio media vuelta, tal y como él había esperado. Parecía estar perdida, desorientada, pero nada más.

Le dolía tanto como masticar cristal, pero, aun así Lucas se obligó a darle la espalda y continuar caminando por el pasillo del instituto.

Su única intención era alejarla.

Pero las cosas se le habían ido un poco de las manos: había golpeado a su

padre; y su madre había acabado sangrando por su culpa. Era una rabia ciega que no conseguía controlar. Lucas conocía al milímetro la sensación de ira. Su primo Héctor y él se habían peleado casi a vida o muerte desde que eran unos críos. Pero esto no se parecía ni un ápice a lo que había experimentado antes. Había despertado a una bestia en su interior, un monstruo que, hasta entonces, no tenía la menor idea de que portase dentro de sí.

El genio había salido de la lámpara y no parecía dispuesto a volver a entrar.

Tras acabar la carrera bastante antes que Claire, Helena decidió que iría a trabajar a pie para poder pensar con más claridad. Envió un mensaje de texto a su mejor amiga para explicarle que esa tarde no necesitaba que la llevara en coche hasta la cafetería; seguramente Claire se alegraría de poder ir sola a casa de los Delos.

Jamás antes habían intentado evitarse, pero las cosas habían cambiado.

Sus vidas las empujaban a tomar caminos distintos. Helena empezaba a preguntarse si su amistad volvería a ser algún día la misma. La idea le hizo llorar.

En cuanto ascendió por la calle Surfside, justo en el centro del pueblo, la temperatura cayó en picado. Llevaba la chaqueta desabrochada y el tremendo peso de la mochila de clase y la bolsa de entreno, que llevaba sobre los hombros, le estiraban el abrigo de tal forma que no cerraba del todo. Con un chasquido de exasperación, Helena se descolgó las bolsas. Al agacharse para ponerlas sobre el suelo, notó un vértigo extraño. Durante unos instantes le dio la impresión de que la acera no encajaba con la calle, como si su percepción de la profundidad estuviera terriblemente afectada.

Cuando se irguió dejó escapar un grito ahogado y enseguida apoyó la mano en la pared para no perder el equilibrio. Sin apartar la mano, esperó a que la sangre acabara de llegarle a la cabeza. La sensación de vértigo se esfumó, pero otra más perturbadora e inquietante la sustituyó. Helena se sentía observada, vigilada, como si hubiera alguien justo enfrente de ella mirándola fijamente.

Dio un paso hacia atrás y alargó el brazo, pero no encontró más que aire.

Mirando a su alrededor con nerviosismo, dio media vuelta, recogió las bolsas del suelo y corrió hasta el centro del pueblo. Cassandra le había pronosticado que estaría libre de cualquier ataque por lo menos durante los próximos días, pero nunca aseguró que nadie la molestaría. Helena sabía que, con toda probabilidad, algún miembro de los Cien Primos la estaba vigilando muy de cerca, pero jamás se habría imaginado que la idea la volviera paranoica. De repente, sintió el aliento de un desconocido en la nuca. Sin volverse para comprobarlo, salió disparada hacia la News Store, como si alguien la persiguiera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kate mientras buscaba detrás de Helena al espectro que la había asustado—. ¿Te está siguiendo alguien?

—No es nada —respondió con una falsa sonrisa—. Este frío me da escalofríos.

Kate la miró con escepticismo, pero Helena consiguió escabullirse para dejar sus cosas detrás del mostrador antes de que pudiera hacerle más preguntas.

—¿Has comido algo después de atletismo? Ve a la trastienda y prepárate un bocadillo —ordenó cuando vio que Helena no contestaba enseguida.

—No tengo mucha hambre… —empezó la chica, pero Kate la cortó con ademán enfadado.

—¿Esa es tu última respuesta? Piénsalo un poco más —advirtió al tiempo que plantaba un puño cubierto de harina sobre la cadera.

Helena cerró el pico y se dirigió a la trastienda sin rechistar. Sentía que su padre y Kate la culpaban por adelgazarse tanto, pero no podía explicarles lo que ocurría. A ninguno de los dos.

Untó un poco de mantequilla de cacahuate sobre un pedazo de pan y echó un chorrito de miel por encima antes de tomar un descomunal bocado.

Masticó aquel manjar de forma automática, sin apenas poner atención en la bola de pan y pasta dulce que se estaba formando en su boca. De todas formas, notaba que se atragantaba con algo todo el tiempo, como si tuviera un fajo de palabras alojado de forma permanente en la garganta. ¿Qué importaba un poco de mantequilla de cacahuate comparado con eso?

Se bebió de un sorbo un vaso de leche y volvió arrastrando los pies hacia la tienda. No podía ahuyentar la sensación de culpabilidad por algo que no

dependía de ella. Para castigarse, evitó a Kate el resto de la noche.

Después de unas cuantas horas incómodas en la cafetería, mintió al decir que Claire pasaría a recogerla después de trabajar. En la más absoluta oscuridad de un callejón y tras haberse asegurado de que nadie podía verla, saltó hacia la bóveda nocturna para volar hacia su casa. Siguió ascendiendo, empujándose hasta llegar a la altura donde el aire enrarecido le tapaba los tímpanos y penetraba en sus pulmones.

Una vez prometió a Lucas que jamás saldría de la isla sin haber recibido más lecciones sobre viajes transoceánicos y, en términos técnicos, había cumplido ese juramento. Seguía sobre Nantucket, pero a una altura más que considerable. Helena siguió ascendiendo, hasta que logró ver la red brillante de luces nocturnas que conectaban todo el continente bajo sus pies. Voló hasta que se le humedecieron los ojos y las lágrimas se congelaron al rozar sus mejillas.

Se tumbó y dejó que su cuerpo flotara en el aire hasta que su mente se vaciara. Así debía sentirse uno cuando nadaba sin miedo en el océano.

Pero ella prefería nadar en un océano de estrellas. Dejó que el aire la arrastrara por el cielo hasta que el frío y la soledad se hicieron insoportables. Entonces, cambió de rumbo y regresó a tierra firme.

Aterrizó en su jardín y corrió hacia la puerta principal con la esperanza de que su padre no se diera cuenta de que no había llegado en coche. Pero Jerry no estaba en la cocina. La joven asomó la cabeza por la puerta de la habitación de su padre para asegurarse, pero tampoco estaba allí.

Entonces se acordó de que era viernes por la noche. Seguramente Kate y él habían hecho planes. Puesto que apenas había cruzado palabra con Kate en toda la tarde, no pensó en preguntarle si Jerry pasaría la noche en su casa. Ahora se arrepentía de haberle guardado rencor. La casa estaba demasiado vacía y aquel silencio sepulcral le presionaba los oídos.

Se lavó la cara, se cepilló los dientes y se fue a dormir. Mantuvo los ojos abiertos todo el tiempo que le fue posible, deseando sumirse en un profundo sueño, pero estaba tan cansada que rompió a llorar.

Sabía que, si se dormía, descendería al Submundo y se zambulliría en una soledad aún más insoportable e inquietante que la que sufría en el mundo real. Tumbada en su cama, Helena no podía dejar de pensar en Lucas. Se

frotó la cara con las manos y se secó las lágrimas. Aquel insufrible peso estaba empezando a aplastarle el pecho. Otra vez.

No podía permitirse caer en la autocompasión o en cuestión de segundos estaría revolcándose en la putrefacción de las arenas movedizas. Y entonces una idea le cruzó por la cabeza.

Quizás esta vez no estaría sola en el Submundo.

Aunque era probable que su salvador no fuera más que un espejismo, se sentía desesperada. Incluso tener un espejismo era preferible a vagar por el mismísimo Infierno completamente sola.

Mientras centraba toda su atención en la voz grave que había escuchado la noche anterior, Helena se relajó para dormirse. Se imaginó el destello dorado, la hermosa boca y la voz de aquel extraño pronunciando su nombre mientras le ofrecía la mano…

Helena estaba en una llanura similar a una pradera, recubierta por hierba marchita y colinas ondulantes. Ya había estado en esta parte del Submundo en otra ocasión, pero algo había cambiado. No sabía decir con exactitud el qué, pero todo parecía estar un poquito diferente. Excepto por una cosa, el ruido. Helena no recordaba haber oído ningún sonido en el Submundo que no proviniera de sí misma, ni siquiera el rumor del viento soplando sobre la hierba.

En cierto modo, el Submundo parecía real, no solo como una terrible pesadilla. Helena ya había notado esto antes, aunque durante pocos segundos, cuando por un milagro alguien la arrastró de las arenas movedizas. Por muy discordante que resultara esta nueva perspectiva del Submundo, también era un gran alivio. Por algún motivo, Hades tenía un aspecto menos infernal. Mirando a su alrededor, Helena no pudo evitar pensar en una escena de la película *El Mago de Oz*, cuando Dorothy vio todo en color por primera vez.

Entornó los ojos y vislumbró destellos dorados que danzaban en el horizonte a ritmo de graznidos, gruñidos y repiques metálicos. No le cabía la menor duda: alguien se estaba enfrentando a una encarnizada lucha y, por los sonidos, parecía brutal. Al menos Helena podía estar segura de algo. El tipo con las manos cálidas no era un espejismo.

Corrió tan rápido como pudo hacia el alboroto.

Cuando alcanzó la cima de una pequeña colina distinguió a un tipo gigantesco con una cabellera despeinada de rizos color avellana que empuñaba una daga para abrirse camino a cuchilladas entre una criatura medio buitre, medio murciélago que revoloteaba a su alrededor. A medida que Helena se aproximaba podía oír los gruñidos y palabrotas que soltaba el desconocido. Aunque estaba peleando para salvar su vida, Helena no pudo evitar fijarse en su cabellera desaliñada. Necesitaba un corte de pelo.

Y con urgencia.

«Corte de pelo» levantó la mano de repente. Helena advirtió una sonrisa que denotaba asombro a la vez que complacencia. Entonces, al percatarse de que seguía perdiendo la contienda, Helena vio que esa sonrisa se convertía en una mueca de asco y desprecio. A pesar de estar jugándose la vida, parecía mantener el buen humor.

—¡Eh! —saludó Helena al acercarse.

Corte de Pelo y la extraña criatura se quedaron inmóviles en mitad de la pelea, pero sin soltarse del cuello. El desconocido esbozó una sonrisa de sorpresa.

—¡Helena! —consiguió articular con la pezuñas del monstruo apretándole la garganta.

Aquel despreocupado espectáculo había dejado a la chica tan de piedra que a punto estuvo de desternillarse de risa. Entonces todo volvió a cambiar.

El mundo empezó a desacelerarse a su alrededor. Sabía que eso significaba que, en el mundo real, su cuerpo se estaba despertando. Una parte de su cerebro empezaba a reconocer un molesto ruido que parecía venir de otro universo. En ese instante supo que no lograría alcanzar a Corte de Pelo antes de abrir los ojos. Desesperada, miró a su alrededor y se agachó a recoger una piedra. Se irguió y la lanzó hacia el monstruo…

Y la piedra del Submundo atravesó la ventana de su habitación e hizo añicos el cristal.

Capítulo 3

Al oír el molesto estruendo de su despertador, Helena se levantó rápidamente. Para una noche en que de verdad prefería quedarse en el Submundo…, y se despertaba, menuda mala suerte. Todavía reinaba la oscuridad nocturna más absoluta, pero incluso en la penumbra de su habitación podía ver el desorden que había causado.

Cuando viera aquel lío, su padre la iba a matar. Haría caso omiso a los ruegos y súplicas de Kate, quien justificaría aquel desastre explicándole que estaba causado por el trastorno del sueño que sufría su hija. Esta vez Jerry no estaría dispuesto a aflojar y acabaría con ella.

Su padre tenía una fijación, de hecho más bien una manía, relacionada con conservar el calor, como si el termostato de la casa tuviera conexión directa con su mente. Y ahora, por el gigantesco agujero que ella misma había creado al romper el cristal se colaba una brisa fresca. Helena se golpeó la frente y se desplomó de nuevo sobre el colchón.

En fin, seguro que recibiría algún tipo de amonestación. Con toda probabilidad aquella monstruosidad voladora había devorado a Corte de Pelo, y todo porque Helena tenía que levantarse a las malditas ocho de la mañana para un campeonato de atletismo.

Los deportes del instituto suelen ser una complicación para los estudiantes que viven en islas diminutas. Para que los atletas isleños puedan competir con otros equipos se ven obligados a viajar en avión o en barco y, para Helena y el resto de sus compañeras de equipo, eso significaba despertarse antes del amanecer. Había ocasiones, como esta, en que detestaba vivir en Nantucket.

Reprimió un bostezo e intentó desechar la imagen de Corte de Pelo. Por

fin salió de la cama. Enganchó una manta con cinta adhesiva sobre el cristal roto, engulló un vaso de leche de avena y salió directa hacia el aeropuerto de la isla. Era irónico que Helena volara hasta allí. Por supuesto, no podía desplazarse del mismo modo hasta tierra firme. Perder el avión y después aparecer como por arte de magia en la concentración justo a tiempo desencadenaría todo tipo de preguntas, así que hizo lo más responsable.

Tras aterrizar a una distancia más que cauta, corrió por el asfalto de la carretera mientras el cielo se teñía de rosa. Atisbó a Claire aparcando el coche y aceleró el ritmo para poder ir juntas hasta el avión, que ya estaba esperándolas sobre la pista. Estaba emocionadísima con poder charlar con Claire sobre Corte de Pelo, pero, antes de que pudiera abrir la boca, su mejor amiga puso los ojos en blanco y agarró a Helena por los hombros.

—¡Oh, Dios bendito, Helena! —masculló Claire, completamente exasperada, mientras desataba los botones mal abrochados de la chaqueta de Helena para colocárselos como tocaba—. Pareces una niña de cinco años disléxica. ¿Tengo que pasarme por tu casa cada mañana para vestirte como Dios manda?

—¡Hamilton! —gritó la entrenadora Tar antes de que Helena pudiera decirle nada a Claire sobre lo ocurrido aquella noche—. Te sientas conmigo. Debemos planear una estrategia.

—Tengo algo que contarte. Vi a alguien allí, ya me entiendes, anoche.

Esperanzada, Claire abrió los ojos de par en par mientras a Helena la arrastraban por la pista.

Durante el resto del vuelo, la entrenadora parloteó entusiasmada sobre cómo Helena podía adelantar a tal corredora para después obligar a retirarse a tal otra… Eran un puñado de inútiles consejos, teniendo en cuenta que, si quería, podía sobrepasar la barrera del sonido. No le prestó mucha atención y trató de no preocuparse demasiado por Corte de Pelo.

Era corpulento, alto y de constitución fuerte. Además, a simple vista, parecía saber lo que hacía con aquel gigantesco puñal que había utilizado para defenderse. Intentó convencerse a sí misma de que seguramente estaría sano y salvo, pero no las tenía todas consigo.

Fuera quien fuese Corte de Pelo, tenía el aspecto de un vástago, sin duda.

Aunque quizá se trataba de un mortal increíblemente atractivo que se

ejercitaba en el gimnasio y medía casi dos metros. Además de tener una sonrisa embaucadora. Si ese era el caso, el pobre estaría muerto. Ningún ser humano sería capaz de vencer a aquel aguilucho.

A lo largo de la mañana, Helena trató de encontrar una oportunidad de charlar con su mejor amiga, pero no lo consiguió. Corrió su primera carrera procurando no ganar de forma descarada y categórica, pero estaba distraída por una duda que le rondaba por la cabeza. Se preguntaba si era posible morir en la tierra de los muertos. Aquello arruinó su concentración y acabó corriendo demasiado rápido. Helena fingió jadear al darse cuenta de que todos los espectadores la observaban con la boca abierta. Todos excepto uno.

Zach Brant no mostró un ápice de sorpresa al ver a Helena trotar a la misma velocidad que una liebre. La jovencita no tenía la menor idea de lo que hacía Zach en la competición, puesto que jamás había asistido a ninguna hasta la fecha. Por cómo clavaba la mirada en ella, asumió que había venido únicamente para verla, pero no se explicaba el porqué. Hubo un tiempo en que supuso que Zach la vigilaba porque, en cierto modo, sentía algo especial por ella. Pero había llovido mucho desde entonces, y, últimamente, parecía rechazar cualquier relación con ella.

Ganó la carrera y después animó a su mejor amiga mientras esta acababa la suya. Al fin, pudieron reunirse en el foso de arena del triple salto.

—¿Qué pasó? —resopló Claire, casi sin aliento después de correr.

—Vi… Helena se quedó callada de inmediato.

—Vayamos hacia allí —continuó señalando un espacio vacío del campo, justo al borde de la pista. Había un montón de espectadores pululando por allí y Zach estaba demasiado cerca de ellas.

No se aguantaba las ganas de contarle lo que había visto. Mientras se alejaban de la pista, le susurró al oído:

—Vi a alguien. A una persona de carne y hueso.

—Pero… tenía entendido que eras la única capaz de descender allí en cuerpo y alma, no solo como espíritu.

—¡Yo también! Pero anoche había un chico. Bueno, no era un «chico».

Quiero decir… que era más que enorme. Era un tipo de nuestra edad, o eso creo.

—¿Qué estaba haciendo allí? —quiso saber Claire.

No parecía muy convencida de que en verdad Helena hubiera visto a alguien.

—¿Romperse el culo para librarse de un águila harpía? —respondió Helena—. Pero espera, la noche anterior me sacó de una fosa de arenas movedizas. Uno de sus brazos era brillante, como si estuviera recubierto de oro.

Claire la miró con recelo y duda. Helena se dio cuenta de que sonaba como una loca de remate.

—¿Crees que estoy perdiendo la cabeza? Parece disparatado, ¿verdad? En teoría es imposible.

—¿Te importa? —espetó de pronto Claire. Se refería a Zach, que las había seguido desde la pista de atletismo—. Es una conversación privada.

El chico se encogió de hombros, pero no se alejó. Claire se tomó ese acto de rebeldía como un desafío. Le ordenó que se fuera de allí con tono autoritario, pero el muchacho no se amedrentó y permaneció en el mismo sitio. Al final no tuvo más remedio que coger a Helena por la mano y arrastrarla hacia el lindero del campo abierto, justo donde empezaba el bosque. Zach no se atrevió a seguirlas, pues se arriesgaba a que le montara un numerito delante de todo el mundo, pero, eso sí, no se dio la vuelta. Se quedó mirándolas fijamente mientras Claire empujaba a Helena hacia los matorrales.

—¿Es necesario? —preguntó Helena al sentarse a horcajadas sobre un arbusto recubierto de pinchos. Para colmo se le enredó la trenza con una rama quebradiza repleta de liquen de un pequeño abedul.

—Zach lleva días comportándose de una forma muy extraña y, si quieres que te sea sincera, no quiero que nos vea cuchicheando —dijo Claire, que frunció el ceño.

—Para ser exactos, él se ha negado a marcharse cuando se lo has ordenado y me has arrastrado hasta aquí porque no quieres que gane —le corrigió Helena.

—Eso también. Ahora cuéntame con todo detalle qué pasó —instó Claire.

Pero también las interrumpieron, aunque esta vez fue por culpa del sonido susurrante de las hojas. Provenía de las profundidades del bosque.

Una gigantesca figura apareció entre la maleza. Helena empujó a Claire

tras ella y dio un paso hacia el intruso, preparada para defenderse e iniciar una pelea.

—A ver, pareja de cabezas de chorlito, ¿no os habéis enterado que un puñado de tipos crueles merodean por los bosques de las concentraciones de atletismo de instituto? —dijo el gigante rubio con tono irritado y molesto.

—¡Héctor! —exclamó Helena, aliviada, antes de que saltara a sus brazos.

—¿Qué tal, primita? —saludó con una carcajada mientras la abrazaba con fuerza.

Claire se unió a ellos y le estrechó entre sus brazos antes de apartarse y asestarle un puñetazo en el pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo con desaprobación—. Es demasiado peligroso.

—Relájate, renacuajo —respondió él después de romper el contacto visual para mirar al suelo y hacer desaparecer su sonrisa—. He hablado con la tía Noel esta mañana y me ha asegurado que nadie de la familia os acompañaría.

—No andan por aquí, tranquilo. Y teníamos muchas ganas de verte —añadió Helena enseguida. Después, pellizcó a Claire por haber sido tan insensible con el pobre Héctor.

—¡Claro que nos alegramos de verte! —exclamó su amiga mientras se frotaba el brazo—. No lo decía en el mal sentido, Héctor, ya lo sabes.

¿Cómo has estado?

—Qué más da —respondió sacudiendo la cabeza—. Quiero saber cómo estáis vosotros. ¿Y qué tal Lucas desde la semana pasada? —agregó bajando el tono de voz.

Helena intentó no estremecerse, pero le fue imposible.

—Mal —contestó Claire con pesadumbre.

—Sí, ya me he enterado. La tía Noel me lo ha contado. Aún no me creo que Lucas hiciera algo así —dijo Héctor con una voz áspera. Acto seguido miró a Helena con compasión.

La joven intentó concentrarse en el dolor de Héctor en vez de en su propio sufrimiento. Había perdido a Lucas, pero él había perdido a toda su familia. Estaba tan preocupado por ellos que incluso estaba dispuesto a esperar todo un día escondido entre arbustos de una estúpida pista de

atletismo para contactar con alguien que estuviera cerca de su familia.

Aparte de Dafne, a quien apenas conocía, Héctor estaba solo. Helena reparó en que, de todas las personas a su alrededor, él era el que mejor podía hacerse una idea y comprender por lo que estaba pasando, lo cual era un tanto insólito teniendo en cuenta que, hasta hacía muy poco, se llevaban a matar.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó Helena. Necesitaba poner fin a ese triste silencio que se había creado entre ellos.

Héctor la miró con cautela.

—Está… ocupada.

Fue todo lo que dijo sobre Dafne antes de dirigirse a Claire para cambiar radicalmente de tema de conversación.

En general Héctor solía decir a todo el mundo lo que pensaba, sin importar si los demás querían saberlo o no. El modo en que eludió la pregunta de Helena le hizo preguntarse qué estaría tramando su madre exactamente.

La joven había intentado contactar con Dafne varias veces durante las últimas tres semanas, pero jamás obtuvo respuesta. ¿Era posible que su madre la evitara a propósito? Helena no tuvo oportunidad de indagar más en el asunto porque Héctor estaba demasiado ocupado tomándole el pelo a Claire, asegurando que parecía más bajita que la última vez. Y justo cuando los dos empezaron a empujarse en broma, una siniestra oscuridad envolvió el bosque.

Sin pretenderlo, Helena empezó a temblar y, asustada, rastreó los alrededores. Aunque sabía que estaba muerto, creía notar a Creonte levantándose de la tumba para arrastrarla hacia aquella horrible penumbra.

Héctor percibió el cambio de luz al mismo tiempo que Helena. De inmediato agarró el cuerpecillo enclenque de Claire y lo alzó sobre su hombro. Helena cruzó una mirada con Héctor. Ambos reconocieron aquel fenómeno tan sobrecogedor.

—¿Un maestro de la sombra? —susurró Helena—. ¡Pensé que Creonte era el único!

—Yo también —murmuró Hector mientras escudriñaba el bosque en busca de un objetivo. Pero aquella oscuridad era como una cortina que los rodeaba y los dejaba totalmente aislados. La vista apenas les alcanzaba un par de metros—. Coge a Claire y huye.

—No te dejaré… —empezó Helena.

—¡Corre! —gritó Héctor en el mismo instante en que el destello del filo de una espada rasgaba la cortina negra y le amenazaba desde las alturas.

El chico apartó a Claire de un empujón mientras se inclinaba hacia atrás y después daba una voltereta hacia un lado, como un gimnasta. La espada de bronce siseó junto a su pecho y quedó clavada a casi medio metro de profundidad en el suelo del bosque. Héctor pateó despiadadamente las sombras que le invadían y su atacante salió volando hacia el cielo, dejando así su espada clavada en el suelo.

Con un movimiento ágil, Héctor alzó el torso hasta alcanzar una postura vertical y se apoderó del arma. Mientras la arrancaba del suelo, aprovechó ese momento de tira y afloja para rasgar el pecho de la figura que apareció de la más absoluta negrura. Y todo a una velocidad más rápida que el latido del corazón de un colibrí.

Helena sintió el rasguño de pedazos de metal en la mejilla y, bajo aquella siniestra luz, atisbó los fragmentos brillantes de la punta de una flecha con forma de diente de león justo bajo su ojo derecho. Siguió su instinto y retrocedió. A pesar de resultar ilesa no dudó en caminar hacia atrás y, de repente, se topó con la pierna de Claire, quien yacía inconsciente en el suelo.

Helena no perdió un segundo en proteger a su amiga mortal. Aturdida y casi sin aliento, Claire todavía no podía ponerse en pie, y mucho menos correr, así que se plantó entre ella y los agresores e invocó sus rayos.

El chasquido de un látigo al azotar junto con el rancio aroma a ozono cubrió la atmósfera justo cuando una luz brotaba de las manos de Helena, creando un entramado muro de electricidad que las protegía a ambas. La espeluznante oscuridad que el maestro de la sombra había creado se tiñó de hálito azul y más de una docena de vástagos armados quedaron al descubierto. ¿De dónde habían salido?, se preguntó Helena, histérica.

¿Cómo se las habían apañado para acercarse con tal sigilo hasta ellos?

En el centro y la retaguardia del regimiento, justo en el lugar que Héctor le había enseñado a Helena que estaba reservado para los oficiales de infantería, la muchacha vislumbró durante un fugaz segundo un rostro aterrador, de otro planeta. Aquello, fuera lo que fuese, tenía los ojos rojos.

La miró detenidamente durante unos instantes y después desapareció de

nuevo tras la penumbra del maestro de la sombra.

—¡Son demasiados! —resopló Héctor al mismo tiempo que se libraba de dos enemigos.

—¡Detrás de nosotros! —gritó Helena.

Al girarse se percató de que cuatro combatientes los estaban flanqueando y, sin pensarlo dos veces, arrojó un débil relámpago que bastó para dejarlos aturdidos, aunque no fue suficiente para matarlos. Por desgracia para Helena, retener su fuerza requería más energía que lanzar rayos eléctricos.

Helena estaba mareada, pero, aun así, forzó la vista para distinguir a tres de los cuatro hombres tirados en el suelo, convulsionándose. El cuarto todavía tenía fuerzas para mantenerse en pie y dirigirse hacia ella. Había utilizado casi toda el agua de su cuerpo, de modo que le resultaba imposible crear otro rayo controlado. Podría soltar un relámpago capaz de matarlos a todos, pero no tenía valor para hacerlo.

Al saltar por encima de Claire, a quien todavía no se le había pasado el susto, Helena atizó un puñetazo al vástago. Jamás se le había dado bien la pelea cuerpo a cuerpo y, de hecho, aquel puñetazo apenas llamó la atención de su contrincante. Como respuesta, le propinó una bofetada con tal fuerza que Helena se desplomó sobre el flacucho cuerpo de su mejor amiga.

Una figura negruzca descendió como un rayo desde el cielo, aterrizó sobre el atacante de Helena y lo lanzó hacia los árboles a una velocidad supersónica. Era Lucas. Helena se quedó sin aliento. ¿Cómo había llegado hasta allí tan rápido? Lucas bajó la mirada hacia la joven, con el rostro imperturbable, y después se abalanzó hacia el regimiento de vástagos.

Oyó los bramidos de Héctor. Varios tipos estaban intentando encadenarle los brazos y las piernas con gigantescas esposas metálicas. Se levantó para ayudarle a deshacerse de los grilletes de metal mientras Lucas se ocupaba de los atacantes que habían resistido. Con una serie de movimientos rápidos logró desarmar y herir a dos de sus oponentes incluso antes de que Helena alcanzara a Héctor.

Al comprobar que su pequeño ejército no estaba a la altura de Helena, Héctor y Lucas, el repulsivo y escalofriante cabecilla del regimiento emitió un ruido estridente y la arremetida finalizó con la misma rapidez con que se había iniciado. Cargaron a los heridos sobre los hombros, recogieron sus

armas y la banda de vástagos desapareció entre los árboles antes de que Helena pudiera apartarse los mechones de pelo de su cara, sudorosa.

La chica se fijó en que Lucas les daba la espalda y se ponía en tensión.

Héctor, a su vez, se colocó ambas manos sobre las sienes y presionó las palmas con fuerza, como si intentara evitar que se le partiera el cráneo por la mitad.

—¡No, Héctor; no lo hagas! —rogó Claire a gritos antes de abalanzarse sobre él.

La muchacha le tapó los ojos con las manos para impedirle ver la imagen de su primo. Claire estaba a punto de asfixiarle, pero, aun así, Helena se percató de que el rostro de Héctor estaba rojo de rabia.

El gran esfuerzo que hacía Lucas para contenerse le hacía sacudir todo el cuerpo con violentos espasmos, pero, al fin, sucumbió. Al girarse para enfrentarse a Héctor, tenía una mirada enloquecida. Las furias lo habían poseído y le animaban a matar a su primo o, al menos, a morir en el intento.

—¡Por favor, Lucas, vete! ¡Vete! —suplicó Helena con voz rasgada.

Sabía que tenía órdenes de no tocarle nunca más, pero le daba lo mismo.

De un brinco le agarró por los hombros para apartarlo de Claire y Héctor.

Aunque Helena le aporreó el pecho con todas sus fuerzas, Lucas no apartó la mirada de Héctor ni un segundo. En su apremio de arrebatarle la vida al paria, Lucas arrojó a Helena al suelo. La joven gritó a pleno pulmón cuando se torció la muñeca, al desplomarse sobre un desnivel de sotobosque.

Oír el llanto de dolor de Helena pareció sacar a Lucas de su frenesí. Bajo la mirada y la contempló, de rodillas, acariciándose la muñeca dolorida.

—Lo siento —susurró.

Antes de que Helena pudiera ponerse en pie, el joven saltó al aire y desapareció.

Ella siguió su rastro con la mirada, con su nombre en la punta de la lengua, pero resistiéndose a articularlo. Quería llamarlo para exigirle algún tipo de explicación. Si la despreciaba, tal y como había demostrado, ¿por qué disculparse? De hecho, ¿por qué la protegía?

—¡Len, ponte las pilas! —gritó Claire tirándole del brazo—. ¡Hay un fuego!

Helena apartó la mirada del trocito de cielo por donde Lucas se había

esfumado y echó un vistazo a su alrededor mientras Claire la ayudaba a levantarse. Percibió una columna de humo que nacía de las ramas secas de un arbusto y empezó a oír los primeros gritos de alarma. Una muchedumbre se abría paso desde la pista de atletismo para dirigirse a toda prisa hacia el bosque.

—Tus relámpagos lo han iniciado —explicó Héctor en pocas palabras—. Tengo que irme. No debería estar aquí.

—¿Qué era eso? —preguntó Helena alzando la voz para impedir que Héctor se marchara sin más.

—Un batallón de los Cien Primos. Nuestro querido tío Tántalo está sediento de venganza por la muerte de Creonte y no parará hasta capturarme. No tengo la menor idea de cómo me han encontrado —añadió con desprecio —. Cuídate mucho, primita. Estaremos en contacto.

—¡Espera! —gritó Helena, pero justo en ese instante vario testigos aparecieron entre los árboles para ver el fuego y Héctor no tuvo más remedio que huir—. Me refería a esa cosa que daba órdenes a diestro y siniestro —finalizó con un murmullo mientras la silueta de Héctor desaparecía en la distancia.

Dejó que Claire se encargara de inventarse una coartada. Le resultó muy sencillo convencer a todos los presentes de que se había producido una tormenta muy extraña. Muchos de los testigos habían visto destellos de relámpagos y unas «nubes oscuras» que cubrían de forma misteriosa el bosque. En realidad, lo único que Claire tuvo que hacer fue asegurar que, de forma inocente y casual, Helena y ella pasaban justo por allí y por eso fueron las primeras en llegar a la escena. Aunque no estaba del todo segura, a Helena le pareció ver a Zach esbozar una mueca al escuchar aquella historieta. Se preguntaba si habría visto algo de lo ocurrido. Si era así, ¿por qué no decía nada?

En el avión de vuela a Nantucket, las dos amigas tuvieron tiempo de sobra para darle vueltas y buscar una explicación sobre lo sucedido. No podían correr el riesgo de que una de sus compañeras de equipo pudiera escuchar la conversación, pero no dejaron de cruzarse miradas de preocupación.

Ninguna quería pasar esa noche sola, así que planearon que Claire

durmiera en casa de Helena.

En cuanto Claire puso un pie en tierra firme, Jasón acudió corriendo a su encuentro. Estaba pálido y nervioso y los dos se miraban con una devoción tan evidente que a Helena se le encogió el corazón.

—Lucas no sabía si estabas herida o no —dijo Jasón mientras la abrazaba por debajo de la chaqueta. Bajo la capa de tela, recorrió los brazos y las costillas de Claire con las manos en busca de un hueso roto o de un derrame interno—. Me dijo que un vástago te había golpeado.

—Está perfectamente —dijo Helena con dulzura.

—Por supuesto, según tú, está perfectamente. No entiendes lo fácil que es hacerle daño porque tú eres inmune —espetó un Jasón malhumorado que fue subiendo el tono de voz poco a poco.

—Jamás permitiría que le pasara algo… —empezó Helena sin dar crédito a las palabras de Jasón, pero Claire le tomó por el brazo para silenciarla.

—Jasón, estoy bien —reafirmó con tono paciente mientras, con la otra mano, le acariciaba el hombro. La joven se agarró tanto a Jasón como a Helena, como si quisiera utilizar sus brazos como puente para unir el abismo que los separaba.

Al asentir con la cabeza se deshizo de una carga muy pesada y, al fin, aceptó que Claire estaba sana y salva. Sin embargo, cuando se dieron media vuelta para dirigirse al coche de Claire, miró de reojo a Helena, como si no se fiara de ella.

De camino hacia el aparcamiento, la joven asiática relató la conversación que habían mantenido con Héctor, pero no pudo dar a Jasón mucha información.

—Estuve casi todo el tiempo tirada en el suelo. Aunque todo pasó muy rápido —agregó con cierta vergüenza.

—Había un comandante repulsivo —intervino Helena—. No parecía normal.

—Lucas no lo mencionó —dijo Jasón sacudiendo la cabeza.

—Quizá no le vio —propuso Helena, incapaz de pronunciar el nombre de Lucas—. También había un maestro de la sombra.

—Lo sabemos —informó Jasón, que no dejaba de mirar a Claire con preocupación—. Lucas nos ha contado algo.

—Por cierto, ¿qué hacía Lucas allí? —quiso saber Claire.

—No nos lo ha querido decir —respondió Jasón encogiendo los hombros —. Por lo visto, cree que no tiene que dar explicaciones a nadie, salvo a sí mismo.

—¿Está bien? —preguntó Helena en voz baja.

Jasón frunció los labios.

—Claro —contestó alzando las manos, como si no pudiera decir nada más.

Sin embargo, ambos sabían que aquello no era verdad.

—¿Te parece bien ir hasta casa sola? ¿Vas a estar bien? —le preguntó Claire a Helena cuando Jasón las dejó a solas para recoger el coche.

Helena tardó en darse cuenta y, cuando lo hizo, se quedó petrificada.

Claire la estaba dejando plantada por Jasón.

—Héctor aseguró que le buscaban a él, no a mí. No estoy en peligro, de veras —dijo con voz glacial.

—No me refería a eso —aclaró su amiga alzando las cejas. Después obligó a Helena a que la mirara a la cara y añadió—: A Héctor le están persiguiendo y Jasón se está volviendo loco. Necesita hablar con alguien.

Helena no respondió. No estaba dispuesta a mentir y asegurar que le parecía genial que su mejor amiga echara por la borda sus planes cuando no era lo que sentía. Sabía que estaba actuando como una niña pequeña y egoísta, pero no podía evitarlo. Una parte de ella deseaba gritar que también necesitaba a alguien con quien hablar. Helena esperó junto a su mejor amiga hasta que Jasón aparcó al lado del coche de Claire, pero no volvió a abrir la boca. Cuando se marcharon corrió hacia una zona aislada y solitaria y, tras asegurarse de que nadie le estaba vigilando, despegó y voló hacia casa.

Helena sobrevoló su casa durante un buen rato, contemplo el mirador vacío del tejado. Por un momento, albergó la esperanza de que Lucas estuviera allí, esperando a que volviera a casa. Le daba la sensación de que podía palpar su presencia, como si su fantasma merodeara por allí, escudriñando el horizonte en su busca. Tratando de distinguir el mástil de su barco… Pero, como era habitual últimamente, allí no había nadie.

Helena aterrizó en el jardín y entró en casa. Jerry le había dejado una nota y la comida preparada. Kate y él se quedarían trabajando hasta tarde. Era

noche de reparto y eso significaba que pasarían horas y horas reponiendo las estanterías y haciendo inventario. Helena se quedó inmóvil en el centro de la cocina, con tan solo una luz encendida en el recibidor, y escuchó el vacío de la casa. Aquel silencio era abrumador.

En la penumbra de la cocina, echó un vistazo a su alrededor y pensó en la emboscada a la que había sobrevivido horas antes. Le recordó la noche en que Creonte la atacó en el mismo lugar donde ahora estaba. Lucas había venido para salvarle la vida. Justo después, el joven la sentó sobre la encimera y la alimentó con cucharadas de miel. Helena se frotó los ojos hasta ver puntos azules. En aquel entonces ninguno de los dos tenía conocimiento de su parentesco, así que era normal haber sentido lo que sintió. Sin embargo, ahora sabía que eran primos, con lo que no era conveniente revivir todo aquello.

Helena no podía permitirse quedarse allí petrificada mientras pensaba en Lucas. Estar quieta y sin algo con qué ocupar su mente solo la empujaría a darle más vueltas al asunto, lo cual, a su vez, la llevaría a llorar de una forma desconsolada. No podía dejar que eso ocurriera porque sabía que, si lloraba antes de irse a dormir, sufriría sobremanera en el Submundo.

Tras silenciar sus recuerdos, subió las escaleras y se cambió para irse a dormir. Lo único que ansiaba era tener a alguien con quien hablar antes de acostarse, pero, al parecer, todos se habían alejado de ella, incluso Jerry y Kate.

Advirtió que su padre había sustituido la manta que ella había pegado a la ventana para tapar el agujero con lona azul y sonrió. Quizá Jerry no estaba en cosa día y noche para que Helena encontrara un momento para hablar con él, pero al menos su padre la quería lo suficiente como para arreglar sus desastres. Se fijó en la cinta adhesiva que sujetaba la lona; a pesar de estar bien ajustada, la habitación estaba helada. De mala gana, se metió en la cama y se tapó con las sábanas de plástico hasta la nariz.

Echó una rápida ojeada a su habitación. El silencio le aporreaba los tímpanos y las paredes se le caían encima. Quería dejar de ser la Descendiente. Después de tanto sufrimiento, no había aprendido nada en absoluto. Además, no parecía avanzar en su tarea de liberar a los granujas y parias de la maldición de las furias. Era un fracaso total.

Estaba al borde del colapso. Estaba agotada, pero no podía permitirse el lujo de quedarse dormida en esas condiciones, pues no sabía si tendría fuerzas suficientes para volver a despertarse. Necesitaba algo, cualquier cosa, para mantener la esperanza.

De repente se le ocurrió algo, una idea que le cruzó por la mente; la dulce imagen de una mano fuerte dispuesta a tomar la suya. Tras aquella mano solidaria atisbaba una boca que sonreía al pronunciar su nombre.

Helena no solo quería un amigo, sino que lo necesitaba. Y no le importaba tener que bajar hasta el mismo Infierno para encontrarlo.

Automedonte observó a la heredera de la casta de Atreo sobrevolar su casa, trazando varios círculos desde lo alto del cielo nocturno antes de aterrizar en el jardín. Al principio, creyó que la joven se suspendía en el aire porque le había descubierto, de modo que se escabulló entre los arbustos del vecino e hizo uso de la extraordinaria quietud que tan solo una criatura de un linaje no humano podía alcanzar. Sabía que la chica era poderosa y que no debía subestimarla. Hacía miles de años que no veía un relámpago como el que con sus propios ojos durante la batalla en el bosque.

Sin embargo, al igual que la mayoría de los vástagos modernos, ignoraba por completo su verdadero potencial. Ninguno de aquello niños superdotados era consciente del poder que podrían llegar a ejercer. Los fuertes deberían reinar sobre los demás. Así era la naturaleza, desde el microbio más diminuto hasta el más gigantesco leviatán. Los débiles morirían y los más fuertes se convertirían en los reyes del nido.

Automedonte deseaba con todas su fuerzas que la quitina que cubría su piel se endureciera, pero entonces se percató de que la atención de la heredera no recaía sobre él, de modo que podía darse el gusto de relajarse en su rígido camuflaje.

Al parecer, la heredera decidió tomarse su tiempo para descender mientras contemplaba la plataforma vallada que se extendía sobre el tejado. Le resultó extraño. Daba la sensación de que esperara encontrar a alguien allí arriba, pero en las tres semanas que llevaba vigilando cada movimiento de la joven no había visto a nadie allí arriba. Tomó nota del repentino interés de la

joven por el vacío mirador. Su instinto le indicaba que aquel lugar escondía algo más.

Aterrizó en el jardín y, al mirar por encima de su hombro, la luz de la luna le iluminó las mejillas. Hacía muchos años, en un país muy lejano, Automedonte había visto un rostro igual de exquisito, besado por el mismo suave resplandor. Por las ansias de poseer aquel rostro se había derramado un océano de sangre.

La heredera entró en casa, pero no encendió ninguna luz. Automedonte escuchó atento cómo se quedaba inmóvil en la cocina. Su extraño comportamiento le hizo dudar sobre si uno de los Cien Primos se habría atrevido a desobedecer las órdenes de Tántalo, teniendo en cuenta el monumental fracaso de la emboscada al paria aquella misma tarde. ¿Uno se había colado en su casa? Automedonte perdió los estribos y salió de su escondite. Sin embargo, sabía que no debía tocar a la heredera, todavía no.

Al dar un paso adelante, la oyó subir las escaleras. La muchacha se metió en el cuarto de baño, encendió una luz y empezó a ducharse, como era habitual. Automedonte se replegó en su nido y escuchó con interés.

Logró oírla tumbándose en la cama. Tenía la respiración agitada, como si estuviera asustada por algo. Automedonte extendió las trompas que yacían bajo su lengua de aspecto humano y las deslizó hacia el exterior para examinar las feromonas que planeaban en el aire. Tenía miedo, pero había algo más en la rúbrica química de la joven. Distinguió varias emociones contradictorias danzando en la superficie; todas ellas hacían cambiar la química de la heredera demasiado rápido, así que Automedonte no tuvo apenas tiempo de identificarlas con claridad. El peso de su tarea estaba aplastándola. Percibió varios sollozos y gemidos, pero al fin se calmó y, tras unos instantes, notó que su respiración se adecuaba al ritmo suave del sueño. Cuando abrió el portal que la conduciría hasta el Submundo, el frío sobrenatural del vacío absorbió los últimos vestigios de calor de su habitación.

Durante una milésima de segundo, su cuerpo se desvaneció de este mundo pero Automedonte sabía que reaparecería, al igual que ocurrió con los otros descendientes, sana y salva, aunque cubierta con el polvo estéril de otro mundo. La muchacha permanecería tumbada en la cama, demasiado quieta

para el ojo humano, y se despertaría horas después. Al levantarse, la heredera tendría la sensación de haber pasado semanas en el Submundo.

Podía estar tendida en la misma postura durante horas, pero, tras varias semanas de observación, Automedonte había aprendido que esta descendiente jamás descansaba. En más de una ocasión, había entrado a hurtadillas en su habitación y, colgado del techo, esperó al revelador movimientos de ojos bajo los párpados que indicaba la llegada de un sueño profundo y reparador. Sin embargo, aquel movimiento nunca se produjo.

Sin poder descansar ni un ápice, cada día se despertaría más débil y agotada, y así hasta el día en que su maestro decidiera atacarla.

Capítulo 4

Helena reconoció el aire añejo propio del Submundo envolviéndola. Se estremeció y miró a su alrededor, un tanto inquieta por averiguar si su intento de pensar de modo positivo había fracasado y, por lo tanto, aparecería de buenas a primeras en la fosa de mugre y fango.

—¿Siempre te paseas por el Infierno con el pijama puesto? —preguntó una voz sardónica desde la distancia.

Helena se dio media vuelta y distinguió la silueta de Corte de Pelo a unos pocos metros.

—¿Qué? —farfulló Helena echando un fugaz vistazo a su indumentaria.

Llevaba una camiseta de dormir y unos pantalones cortos con estampado de calabazas con sonrisas burlonas y gatos negros erizados.

—No me malinterpretes; me gustan los pantaloncitos cortos y, a mi parecer, el estampado de Halloween es muy divertido, pero me entra frío con solo mirarte.

Corte de Pelo se quitó la chaqueta y no dudó en abrigar a Helena sin tan siquiera preguntarle si, en realidad, tenía frío. Durante unos instantes, ella se planteó si debería rechazar su ofrecimiento, pero en cuanto notó el agradable tacto de su chaqueta se dio cuenta de que estaba tiritando de frío, así que al fin decidió que lo mejor sería no quejarse en absoluto.

—Llevo la ropa con que me acosté —se justificó Helena en tono defensivo mientras se colocaba el cabello por fuera de la chaqueta. Nunca se había fijado en el atuendo que lucía cuando descendía al Submundo—. Entonces…, ¿tú siempre te vas a dormir con ese estúpido brazalete dorado?

El muchacho bajó la mirada y se rio entre dientes. Helena no podía recordar haber oído el sonido de una carcajada en el Submundo ni una sola

vez, de modo que le costó horrores creer que estaba oyendo algo parecido a una risa.

—Se pasa un poco de llamativo, ¿verdad? ¿Y qué me dices de esto?

La rama de un árbol se deslizó alrededor de su antebrazo y empezó a reproducirse hasta convertirse en una gruesa pulsera dorada. Con su diseño de hojas tallado sobre el metal, rodeó la muñeca de Corte de Pelo, como si de unas esposas se tratara. Helena solo había visto otro objeto que, de un modo mágico, se transformaba de tal forma: el cesto de Afrodita que llevaba alrededor del cuello, un collar con un colgante en forma de corazón.

—¿Quién eres?

—Soy Orión Evander, el líder de la casta de Roma, heredero de la casta de Atenas, el tercer jefe de los vástagos granuja y portador de la Rama Dorada de Eneas —dijo con voz grave e imponente.

—Uuh —soltó Helena en tono sarcástico—. ¿Se supone que debo saludarte con una reverencia o algo por el estilo?

Para su sorpresa, Orión se tronchó de risa. A pesar de todos los títulos distinguidos y aristocráticos que parecía poseer, aquel chico no era nada estirado.

—Dafne me aseguró que eras poderosa, pero jamás mencionó que fueras tan sabelotodo —dijo Orión.

De inmediato, el gesto divertido de Helena se esfumó.

—¿Cómo conoces a mi…, a Dafne? —preguntó. Le incomodaba utilizar la palabra «madre».

—La conozco desde siempre —respondió Orión con ademán afectado. Dio un paso hacia delante, acercándose un poco más a Helena, y la miró a los ojos, como si quisiera dejar claro que ya no estaba de broma—. Dafne se arriesgó muchísimo para conseguir que pudiera venir hasta aquí para echarte una mano. ¿Acaso no te contó que vendría?

Helena sacudió la cabeza y agachó la mirada al recordar la gran cantidad de mensajes de Dafne sin contestar que había dejado en el buzón.

—No charlamos mucho —masculló.

Le avergonzaba admitirlo ante un desconocido, pero Orión no le dedicó ninguna mirada inquisitiva que la acusara de ser una hija terrible. De hecho, esbozó una sonrisa melancólica y asintió con la cabeza, como si supiera

exactamente cómo se sentía la joven. Y entonces volvió a mirarle con ojos tiernos y amables.

—En fin, aunque no estéis muy unidas, Dafne quería que… ¡Agáchate! —gritó de repente mientras empujaba la cabeza de Helena hacia abajo.

Los gruñidos de un perro negro planearon sobre Helena y golpearon directamente a Orión en el pecho. El muchacho recibió el impacto y se desplomó sobre su espalda, pero al momento empuñó su espada mientras, con la otra mano, agarraba al perro por la garganta. Sin saber qué debía hacer, Helena se incorporó sobre las rodillas y alcanzó a ver a Orión sujetando la cabeza del animal. Seguía apoyado sobre su espalda y no conseguía encontrar el momento apropiado para clavarle una puñalada mortal. Helena se levantó, pero no tenía la menor idea de cómo entrar en la refriega. Las zarpas de la bestia rasgaron el pecho de Orión, y dejaron tras de sí unas rastro de heridas sangrientas.

—¡Esto no es un espectáculo deportivo! —chilló Orión desde el suelo—. ¡Dale una patada en las costillas!

Helena por fin salió de su asombro, se plantó sobre el pie izquierdo y, con todas sus fuerzas, pateó al monstruo. Por lo visto, el cancerbero ni siquiera notó el golpe. Sin embargo, si captó la atención de la bestia. Helena retrocedió, temblorosa. La criatura desvió su mirada rubí y la clavó sobre la joven. La chica no pudo reprimir un grito de terror al ver que la criatura trotaba hacia ella.

—¡Helena! —exclamó Orión, temeroso.

En ese instante el joven logró agarrar a la bestia por la cola, sujetando así su embestida. De las mandíbulas del perro resbalaban hilos de saliva y, con cada mordisco, se acercaba un poquito más a Helena. Se cubrió la cabeza con los brazos para protegerse; entonces, en ese preciso momento, oyó al Cerbero gritar por un dolor inesperado. Orión había hundido el puñal en la nuca del can.

Helena se despertó entre sacudidas, alargando los brazos y las piernas, como si tratara de mantener el equilibro sobre una ola. Estaba de nuevo en su habitación.

—¡Imposible! —gritó sumida en una oscuridad absoluta.

No podía creer que le hubiera pasado otra vez lo mismo. Tenía que aprender a controlar la entrada y salida del Submundo o, de lo contrario, jamás podría ser útil en ninguna batalla contra las furias. Sobre todo ahora que había encontrado a Orión. No podía permitirse el lujo de desaparecer siempre que le acechara algún peligro.

Helena no quería perder un segundo más, así que acto seguido llamó a su madre. Quería interrogarla sobre Orión, pero, como de costumbre, tras el segundo tono saltó el buzón de voz. Le dejó un mensaje, pero, en vez de mencionar a Orión y su encuentro, se enfadó tantísimo que malgastó el minuto preguntando una y otra vez si trataba de evitarla. Colgó molesta y disgustada por el tono quejica que había utilizado. Dafne jamás había estado junto a Helena cuando la había necesitado, así que era absurdo molestarse en llamarla por teléfono.

La muchacha se frotó el rostro con las manos. Estaba sana y salva, pero no podía decir lo mismo de Orión. Jamás se lo perdonaría si le ocurría algo malo. Quería volver a deslizarse por debajo de la manta para regresar al Submundo, pero sabía que era malgastar esfuerzos. El tiempo y el espacio se movían de forma distinta allí abajo y, aunque descendiera ahora mismo, no llegaría ni al mismo lugar ni al momento en que estaba al despertarse.

Consternada, se cruzó de brazos y, al hacerlo, se percató de que todavía llevaba la chaqueta que Orión le había prestado. Palpó los bolsillos y notó un bulto en la cartera. Tras medio segundo de objeciones morales, Helena la sacó del bolsillo y curioseó en su interior.

El chico tenía dos permisos de conducir, uno de Canadá, y otro del estado de Massachusetts. Según ambos documentos, tenía dieciocho años y contaba con una licencia legal para operar con máquinas pesadas. Sin embargo, en ninguno de los dos permisos aparecía el apellido con el que se había presentado a Helena. Según su permiso de conducir americano, su apellido era Tiber y, según el canadiense, Attica. Además también tenía un carné de estudiante de la Academia Milton, un instituto privado de inmejorable reputación situado en la costa sur de Massachusetts. Según este último documento, Orión, en realidad, se llamaba Ryan Smith.

Smith. Cómo no. Helena se preguntó si todos los vástagos padecían de

una deficiencia de creatividad en lo referente a alias o nombres falsos. O eso, o «Smith» era la broma habitual entre semidioses.

Rebuscó entre los bolsillos de la chaqueta para ver si encontraba algo que pudiera darle más información, pero solo halló cuatro dólares y un vale de descuento. Merodeó por su habitación, que más bien parecía un frigorífico, y consideró si Orión estaba bien, pero no sabía si sería una buena idea husmear todavía más en la vida personal del joven. Con cuatro apellidos distintos, era más que evidente que Orión era un chico bastante reservado.

Helena no podía salir en su busca sin revelar la entidad secreta que el muchacho había creado a su alrededor.

Por un momento se preguntó por qué necesitaba tantos nombres falsos, y, casi al instante, resolvió su duda. Los Cien Primos creían haber aniquilado a los miembros de las demás castas y, hasta que supieron de la existencia de Helena y su madre, estaban convencidos de que eran los únicos vástagos sobre la faz de la tierra. Como líder de la casta de Roma y heredero de la de Atenas, Orión se habría pasado toda su vida huyendo, escondiéndose de los Cien Primos, la mayor facción de la casta de Tebas.

Se habían propuesto dar caza a cualquier vástago perteneciente a alguna de las otras tres castas y matarlo a sangre fría. Si Helena se empeñaba en fisgonear por ahí para encontrarle, solo conseguiría delatarle. Del mismo modo que había traicionado a Héctor.

Hasta ese momento jamás lo había pensado, pero ahora no le cabía la menor duda: a Héctor le habían atrapado por su culpa. Cassandra había vaticinado que los Cien Primos, en aquel momento no andaban en su busca y captura, pero el oráculo también había asegurado que la vigilaban muy de cerca, sin perder de vista ninguno de sus movimientos. Y descubrieron a Héctor en cuanto se puso en contacto con ella. Si Helena seguía la pista de Orión, solo conseguiría guiar al ejército de Tántalo hacia él.

Se estremeció, en parte por el frío y en parte por el miedo. Se abrigó con la chaqueta de Orión y llegó a la conclusión de que no podría volver a dormirse enseguida, así que bajó a la cocina y calentó la cazuela que su padre le había dejado para cenar. Se sentó junto a la mesa de la cocina para comer, entrar un poco en calor y reflexionar sobre el siguiente paso que tenía que dar.

Cuando acabó la cena, a altas horas de la madrugada, volvió a la cama.

Seguía dándole vueltas a la idea de hablar con el clan Delos sobre Orión o seguir manteniéndolo en secreto. Empezaba a pensar que, cuanto más alejada se mantuviera de Orión, mejor sería para él.

—Arrodíllate, esclavo —ordenó Automedonte mientras observaba el sol, que empezaba a asomar por el horizonte.

Zach cumplió la orden sin rechistar. Oyó a su maestro farfullar alguna frase en griego y logró ver como sacaba un precioso puñal con joyas engarzadas de una vaina que le colgaba de la cadera. Automedonte acabó su discurso, besó la hoja de la espada y se encaró con Zach.

—¿Cuál es tu mano más firme? —preguntó casi con simpatía. Ese repentino tono agradable asustó a Zach.

—La izquierda.

—La marca de Ares —recalcó Automedonte dando así su aprobación.

Zach no sabía cómo responder a aquel comentario. ¿Acaso era un cumplido? Decidió mantener el pico cerrado. Además, por lo visto hasta entonces, su maestro le prefería cuando estaba en silencio.

—Extiéndela —exigió Automedonte.

Zach alargó la mano izquierda e intentó con todas sus fuerzas disimular el tembleque. Su maestro despreciaba cualquier debilidad.

—¿Ves esta espada? —preguntó Automedonte sin esperar una respuesta —. Era la espada de mi hermano de sangre. Su madre se la entregó antes de ir a la guerra. Es bonita, ¿no crees?

Zach asintió solemnemente con la cabeza mientras su mano temblaba bajo la hermosa hoja que brillaba bajo la luz fría del amanecer.

—¿Sabías que parte del alma de un guerrero subsiste en las armas que empuñó y en su armadura? ¿Y que, cuando mueres en una batalla y tu oponente te arrebata la armadura y la espada, se queda con un pedacito de tu alma?

Zach asintió con la cabeza. En la *Ilíada* se producían diversas batallas encarnizadas cuando llegaba el momento de decidir quién se quedaba con qué armadura. Más de un gran héroe pereció por culpa de su armadura.

Sabía que era un asunto muy serio.

—Eso se debe a que todos juramos por nuestras armas. Es el juramento es el encargado de deslizar nuestras almas dentro del metal —explicó Automedonte con pasión. Zach asintió con la cabeza, dando así a entender que había captado el mensaje—. Prometí mi lealtad sobre esta espada una vez, al igual que lo hizo mi hermano antes que yo. Juré que cumpliría como un caballero aunque muriera en el intento.

Zach notó una quemazón en la palma de su mano, como sí una aguja de fuego acabara de atravesarle la piel. Agachó la mirada y se sorprendió al descubrir que estaba sangrando profusamente. Era una herida bastante superficial de modo que no le causaría un daño permanente. Automedonte le agarró la muñeca y la inclinó para que el hilo de sangre bañara el filo de la espada hasta que toda la hoja quedó impregnada de la sangre de Zach.

—Jura por tu sangre, derramada sobre esta espada, que cumplirás como un caballero o morirás en el intento.

¿Qué otra opción tenía?

—Lo juro.

A la mañana siguiente, Helena se sentó junto a Cassandra en la biblioteca de los Delos, dispuesta a iniciar otra sesión de investigación. En secreto, a la muchacha le gustaba referirse a esas reuniones como «Domingos con Sibila». Todavía no había decidido si contarle a la familia Delos su encuentro con Orión o seguir manteniéndolo oculto. Abrió dos veces la boca para preguntarle a Cassandra si podía «ver» a Orión vivo o muerto, pero en ambas ocasiones no articuló palabra. Cuando se disponía a intentarlo por tercera vez, Claire entró a empujones en la biblioteca, seguida muy de cerca por Matt, Jasón y Ariadna. Los cuatro exigían que se les permitiera el acceso a la biblioteca para unirse a la tarea de documentación.

—Ya hemos hablado de esto mil veces —anunció Cassandra con tono autoritario—. No podemos arriesgarnos tanto. Algunos de estos pergaminos contienen maldiciones insertas en los textos que podrían herir a los no iniciados.

Los tres se volvieron hacia Claire, para ver cuál sería su reacción.

—Entonces inícianos —replicó la chica. Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, retando así al oráculo de los Delos—. Conviértenos en sacerdotes y sacerdotisas de Apolo.

—Repite eso otra vez —farfulló Jasón volviéndose hacia Claire. Estaba tan atónito y asombrado por las palabras de la muchacha que apenas tenía expresión en el rostro.

—¿Ese es el plan que has estado tramando los últimos dos días? ¿Ese plan sobre el que no teníamos que preocuparnos? —preguntó Matt, cuyo tono cada vez resultaba más agudo.

—Sí —contestó la joven, sin inmutarse.

—Oh, cariño. Me niego en rotundo a transformarme en una sacerdotisa —protestó Ariadna sin dejar de negar con la cabeza—. No me malinterpretes; arriesgaría mi vida para ayudar a Helena, pero ¿entrar a formar parte del clero? Nada, nada. Lo siento.

—¿Por qué no? ¿Acaso sabes qué significa convenirse en una sacerdotisa? —inquirió Claire—. Para vuestra información, he estado indagando por ahí y, creedme, no es lo que imagináis.

Claire les explicó que en la antigua Grecia se tomaban el asunto de los sacerdotes mucho más a la ligera que en cualquier religión moderna. No se les permitía tener hijos mientras sirvieran al dios Apolo, pero nadie estaba obligado a ser un sacerdote, o sacerdotisa, hasta el fin de sus días. Uno podía abandonar ese cometido cuando lo deseara. Había un puñado de normas que debían seguir, como mantener ciertas partes del cuerpo limpias, quemar ofrendas susurrando cánticos básicos o realizar un día de ayuno cuando había luna nueva para honrar a la hermana gemela de Apolo, Artemisa. Y eso era todo.

—Oh. Visto así, me apunto —dijo Ariadna con una sonrisa de oreja a oreja—. Creo que no habrá problema en limpiarme a conciencia los dedos de los pies antes de sentarme a la mesa. Pero, por favor, no me pidáis que deje a un lado…

—Lo hemos pillado, Ari —interrumpió Jasón, quien se negaba a escuchar lo que su hermana estaba a punto de decir—. Así pues, ¿cómo lo hacemos?

—Sino me equívoco, estamos obligados a pasar una especie de prueba —añadió Matt, intrigado. Por lo visto, la idea de pasar a ser un sacerdote de

Apolo empezaba a llamarle la atención.

—Las parcas sentencian quién puede entrar y quién debe quedarse fuera. Después, el oráculo celebra un ritual de iniciación —relató Claire con la mirada clavada en Cassandra.

—¿Yo? —dijo. Al parecer, el comentario la había pillado desprevenida —. Yo no sé cómo… Cassandra se quedó muda cuando Claire le entregó un antiguo pergamino con cierta vergüenza. Obviamente, lo había sustraído de la biblioteca de la familia, lo cual significaba que la joven asiática había estado entrando a hurtadillas en la sala para husmear entre los cientos de volúmenes repletos de pergaminos malditos hasta encontrar lo que estaba buscando.

Se produjo un momento de silencio cuando todos los presentes se percataron de lo peligrosa que había sido la hazaña de Claire.

—¡Tenía que hacer algo! —protestó la chica sin dirigirse a nadie en particular—. Helena se ha estado jugando el pellejo noche tras noche para bajar al Infierno, y me refiero literalmente al Infierno…

—¿Y qué te hacer pensar que Helena es más importante que tú? —preguntó Jasón tratando de contener la rabia, aunque su rostro enrojecido le delataba—. ¡Podrías haber sido una víctima mortal de algún texto escrito en esos pergaminos!

—Lo siento, pero no soporto quedarme de brazos cruzados mientras veo a mi amiga sufrir de este modo. No estoy dispuesta a aceptarlo, aunque «solo sea una mortal cualquiera» —gritó Claire, como si estuviera citando algo que Jasón le había dicho en alguna ocasión.

—No quise decir eso, y lo sabes perfectamente —se quejó mientras alzaba las manos en un gesto de frustración.

—Chicos —interrumpió Helena situándose entre ambos y haciendo el gesto universal que significaba «tiempo muerto».

—¡No te metas en esto! —chilló Jasón. El joven rozó el hombro de Helena al dirigirse a la puerta de la biblioteca—. No eres el centro del universo, a ver si lo entiendes de una vez.

Dio un terrible portazo y desapareció escaleras abajo. Tras el estruendo, la habitación se llenó del silencio más incómodo. Claire dio varias vueltas por la biblioteca hasta situarse frente a Cassandra.

—¿Puedes hacerlo? —quiso saber. Helena se sorprendió al ver que su

mejor amiga estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Puedes iniciarnos o no?

Cassandra echó un fugaz vistazo a los pergaminos que Claire le había entregado antes y que había leído muy por encima, y se tomó unos instantes para meditar.

A Helena le daba la impresión de que a la hermana pequeña de Lucas le importaba lo mismo la riña emocional entre Jasón y Claire que un programa de televisión que se oía de fondo mientras intentaba leer. En cierto modo, le parecía más desalentador que los reproches que se habían sucedido durante la pelea. Era más que evidente que Jasón le guardaba rencor a Helena, pero al menos se preocupaban el uno por el otro. La joven no sabía si podía decir lo mismo de la pequeña Cassandra.

—Sí, puedo —confirmó Cassandra—. Pero esa no es la pregunta apropiada.

—¿Debería Cassandra iniciarnos, Sibila? —preguntó Matt entrecerrando los ojos, como si estuviera poniendo a prueba una peligrosa teoría que podía estallarle en la cara.

De repente, la temperatura descendió en picado. La brillante y a la vez fantasmagórica aura del oráculo envolvió la figura de niña de Cassandra. El resplandor le presionaba los hombros, de forma que la jovencita quedó encorvada, a la vez que se le ensombreció el rostro. Ahora, parecía una anciana. Cuando volvió hablar, su voz era el coro de las tres parcas que hablaban a través de ella.

—Todos vosotros sois dignos de este conocimiento que tanto ansiáis, y, por lo tanto, no sufriréis ningún daño. Pero tened cuidado, porque un tremendo dolor os depara a todos.

El brillo ácido y púrpura del aura se esfumó y el cuerpo de Cassandra se desplomó sobre el suelo.

Antes de que alguno de los testigos pudiera recuperarse del impacto sufrido al ver con sus propios ojos la presencia de las moiras, Lucas apareció junto a su hermana y la recogió con suma ternura del suelo.

—¿Cuándo has entrado? —le preguntó Ariadna, no sin antes fijarse en la puerta de la biblioteca. Miró a Lucas con los ojos abiertos de par en par, pero su primo no se molestó en contestar. Tenía toda la atención puesta en su hermana pequeña.

Cassandra parpadeó varias veces antes de abrir los ojos y, tras recobrar el conocimiento, alzó la cabeza. El diminuto cuerpo de la pequeña se sacudió al darse cuenta de que Lucas la sostenía en volandas. Su hermano le dedicó una tierna sonrisa y ella le respondió con el mismo gesto; era evidente que no necesitaban palabras para comunicarse. Helena habría dado todo lo que tenía para que Lucas le sonriera así. Cuando sonreía, su rostro se convertía en una hermosa máscara y ella sentía unas irreprimibles ganas de tocarle.

El joven rozó a Matt al pasar junto a él cuando salía de la biblioteca con Cassandra entre los brazos y, en ese preciso instante, Helena se percató de que sus pasos eran silenciosos, que no emitían sonido alguno. De algún modo, durante las últimas semanas, Lucas se las había ingeniado para aprender a utilizar su habilidad de manipular el aire para crear un vacío silencioso. Era como si no estuviera allí. Acto seguido, a Helena se le encogió el corazón y por unos momentos pensó que se asfixiaría. De forma paulatina sin que nadie se diera apenas cuenta, Lucas se desvanecía, su figura se borraba y, con toda probabilidad, lo hacía para no tener que sufrir estar en la misma habitación que ella. Sin duda, el desprecio que sentía hacia Helena había alcanzado un límite inimaginable.

Claire puntualizó que, para leer los pergaminos sin correr peligro alguno, primero necesitaba una iniciación adecuada. De modo que tenían que esperar que Cassandra se recuperara para celebrar el ritual. Todos abandonaron la biblioteca en silencio, absortos en sus pensamientos, pero Helena prefirió quedarse unos segundos más en la sala para recuperarse.

Cada vez que veía a Lucas, empeoraba. El joven estaba cambiando, pero no para bien. Algo malo le estaba sucediendo.

La joven empezó a notar un escozor en los ojos, señal de que iba a llorar, y se regañó por ello. No tenía ningún derecho a preocuparse por él. No era su novia. Y, por lo visto, no estaba autorizada ni a mirarle.

Antes de que la idea pudiera abrumarla, se deshizo de ella con actitud desafiante. Tenía que mantener la mente ocupada. Entretenerse. Moverse.

Esa era la clave.

Al salir de la biblioteca, se topó con Claire y Jasón. La parejita estaba sentada en uno de los muchísimos peldaños de la escalinata trasera de la casa de los Delos. Por lo que Helena podía intuir, ya habían pasado la fase de

enfado de toda discusión y ahora se hallaban en la fase de comprensión y entendimiento. Mientras charlaban no se soltaron de la mano en ningún momento. Claire estaba un peldaño ligeramente más alto para compensar su pequeña estatura, pero eso no le impidió a Jasón acercarse a ella, como si quisiera trepar hasta sus ojos.

Helena se escabulló por la puerta antes de presenciar cualquier otro gesto cariñoso. Oyó unos golpes y bufidos que provenían de las antiguas pistas de tenis convertidas en un campo de batalla y se dirigió hacia allí preguntándose quién estaría entrenando a esas horas. Al principio creyó que Cástor y Palas estarían haciendo algo de ejercicio, pero al entrar distinguió a Ariadna y Matt luchando como un par de gladiadores con espadas de madera para practicar. Matt se cayó bruces y Helena sintió compasión por su amigo. Sabía perfectamente por lo que estaba pasando.

—Bien, Matt —le felicitó Ariadna mientras se inclinaba para ofrecerle la mano—. Pero sigues bajando demasiado la guardia cuando… Ariadna se quedó muda cuando percibió la figura de Helena observándolos.

—No sabía que estuvieras enseñando a Matt a luchar —reconoció Helena con torpeza, casi tartamudeando al darse cuenta de que tanto Matt como Ariadna se estaban ruborizando.

Los dos intercambiaron miradas de nerviosismo antes de volverse hacia Helena, con ademán preocupado.

—¿Chicos? ¿Qué ocurre? —preguntó al fin Helena. No lograba explicarse por qué se comportaban como si fueran culpables de algo.

—Mi padre no quiere que los mortales participen en ninguna pelea —admitió Ariadna—. En cierto modo, nos prohibió enseñar a Matt a usar una espada.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Ninguno se atrevió a responder.

Helena trató de imaginarse a Matt luchando con alguien como Creonte, y la imagen la dejó aterrorizada. Tenía que decir algo.

—Matt, sé que eres un buen atleta, pero, incluso con entrenamiento y esfuerzo, sería un suicidio enfrentarte con cualquier vástago.

—¡Ya lo sé! —aceptó con voz ahogada—. Pero ¿qué se supone que debo hacer si de repente me encuentro en medio de una reyerta? ¿O si vuelvo a

atropellaros con el coche? ¿Quedarme parado esperando a que venga alguien a rescatarme? Sabes que podría morir. Al menos así tengo una oportunidad.

—Los vástagos no suelen atacar a los mortales. No te ofendas, pero lo consideramos deshonroso —replicó Helena con timidez. No quería menospreciar al bueno de Matt, pero era la verdad.

—No hace falta que ataquen a Matt para que salga herido, o para que resulte muerto —añadió Ariadna con voz temblorosa.

—Soy consciente de ello, pero… —empezó Helena tratando de no herir sus sentimientos, pero prefirió no continuar. No podía evitar pensar que, tras varias semanas de duro entrenamiento, Matt empezaría a creer seriamente que podría enfrentarse por sí solo a alguno de los Cien Primos, lo cual era una locura—. Chicos, es una mala idea, de veras.

—¡No pienso quedarme de brazos cruzados y no hacer nada al respecto! ¡No tengo miedo! —gritó Matt.

Acto seguido, Ariadna dio un paso hacia adelante y apoyó la mano sobre el hombro del chico, para tranquilizarle.

—Nos has ayudado mucho —dijo con dulzura antes de volverse hacia Helena con una mirada acerada—. En mi opinión, estar rodeado de vástagos no es lo más apropiado para Matt, sin ni siquiera saber cómo empuñar una espada. Pero, con toda sinceridad, me da absolutamente igual si nadie más de esta familia está de acuerdo conmigo. Voy a enseñarle. Así que, ahora, la única pregunta importante es: ¿vas a contárselo a mi padre o no?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Helena con voz exasperada antes de dirigirse de nuevo a su amigo de la infancia—. Pero Matt, por favor te lo pido, ¡no intentes luchar con un vástago a menos que no tengas más remedio que hacerlo para defenderte!

—De acuerdo —replicó él con tono resentido y glacial—. ¿Sabes?, puede que no sea capaz de levantar un coche con los brazos, pero eso no significa que sea inútil.

Helena no había visto jamás a Matt mostrarse tan resentido por algo.

Intentó explicar lo que había querido decir, pero por alguna extraña razón empezó a titubear y se trabó varias veces. En el fondo, deseaba que su amigo fuera un poquito más cobarde. Posiblemente, de ser así viviría más años, pero no era el momento para decírselo.

Al ver que Helena no le daba una respuesta firme e inmediata, el chico decidió abandonar el campo de entrenamiento seguido por Ariadna.

Cuando se alejaron varios pasos de la zona cercada, Helena escuchó a Ariadna aconsejarle algo conciliador, pero Matt la interrumpió, frustrado.

Continuaron charlando mientras se alejaban, pero Helena ni siquiera intentó seguir oyendo a hurtadillas la conversación. Estaba demasiado cansada.

Se dejó caer sobre la arena y apoyó su cabeza entre las manos. No tenía a nadie a quien acudir, ni siquiera alguien con quien charlar unos minutos antes de enfrentarse a su cometido en el Submundo, hasta el momento una tarea aparentemente inalcanzable.

Empezaba a anochecer. Un día más estaba llegando a su fin, lo cual significaba que una noche más la esperaba en el Submundo. Levantó la cabeza y trató de reunir energía para volar hasta casa, pero estaba tan extenuada que apenas era capaz de enfocar la visión. Si se quedaba allí un minuto más, se quedaría dormida, y lo último que deseaba era descender desde el jardín trasero de los Delos.

Con un esfuerzo tremendo, se puso de pie y, al incorporarse, notó aquel extraño vértigo otra vez. Era como si una parte del mundo se hiciera añicos para después convertirse en una fotografía, mientras su cuerpo se movía a su alrededor. Perdió el equilibrio y tuvo que apoyar una rodilla en tierra para evitar vomitar. Los granitos de arena parecían nadar sobre el suelo y, por un instante, estuvo convencida de que en realidad se movían.

Helena se quedó inmóvil y cerró los ojos.

Percibió el suave latido de un corazón. Un corazón que no era el suyo.

—¿Quién anda ahí? —susurró mientras escudriñaba cada rincón. Invocó un globo de electricidad que permaneció sobre la palma de su mano—. Acércate un milímetro más y acabaré contigo.

Esperó unos instantes más, pero no obtuvo respuesta. De hecho, ningún sonido alteró la perfecta calma del ambiente. En realidad, se respiraba paz y tranquilidad. Dobló la mano para dejar que la electricidad se dispara y, de inmediato, una lluvia de chispas se deslizó entre sus dedos para rebotar de modo inofensivo sobre la arena. La joven sacudió la cabeza y se rio de sí misma, aunque fue incapaz de esconder una nota de histeria en la risa.

Estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, y lo sabía.

Cuando llegó a casa, empezó a preparar la cena para Jerry y para ella, pero, justo cuando estaba a punto de servirla, recibió la llamada de su padre. Por el tono severo e inflexible de su voz, sabía que deseaba regañarla por haber roto la ventana de su habitación, pero, puesto que la llamaba para decirle que no vendría a dormir a casa porque se había producido una terrible confusión en el envío de globos con forma de serpiente, se sintió tan culpable que decidió obviar todo el asunto del cristal. Ella procuró no sonar demasiado hosca al decirle que lamentaba que tuviera que trabajar hasta tarde. Después de colgar el teléfono, se quedó mirando la cena y decidió que no la serviría, pues de repente le parecía poco apetecible, así que guardó lo que pudo en la nevera y cenó un bol de cereales de pie, junto al fregadero de la cocina, antes de subir a su habitación.

Se cubrió los hombros con la chaqueta de Orión y abrió la puerta de su habitación. Justo cuando estaba a punto de entrar, sus pies no respondieron; se quedó así en el umbral. Su dormitorio solía ser su santuario, su refugio, pero ahora apenas lo reconocía. Era un lugar donde sufría noche tras noche. Y, por si fuera poco, hacía un frío polar. Todavía en el umbral, inspiró hondamente y, al dejar escapar el aire, formó una densa nube de vapor.

—Bueno, Orión Sea-Cual-Sea-Tu-Apellido —dijo al entrar en el cuarto. Después cerró la puerta y deslizó los pies en unas botas de goma—. Espero que cuando te ofreciste a ayudarme lo dijeras en serio, porque nunca he necesitado tanta ayuda como ahora.

Por supuesto, Orión no apareció. Helena malgasto un día entero en el Submundo deambulando por la periferia de los prados Asfódelos. Caminó por el resbaladizo barro de las marismas que rodeaban aquel prado de flores repulsivas y escalofriantes con la esperanza de que el chico apareciera en cualquier momento, pero no lo hizo.

Decidió no adentrarse en los prados porque las flores la deprimían. Los asfódelos eran flores pálidas y sin perfume que brotaban del suelo rígidas y estiradas. Crecían esparcidas de forma irregular, como lápidas en un cementerio. Había leído en alguna parte que lo asfódelos eran el único

alimento del que se nutrían los fantasmas hambrientos del Submundo y, a pesar de que todavía no había avistado ningún fantasma, podía notarlos a su alrededor y percibir sus miradas implacables en el aire.

Antes de sumirse en un profundo sueño, Helena se había concentrado en Orión confiando en aparecer en el Infierno junto a él. Todavía no había explorado cada rincón del Submundo ni por asomo, pero conocía lo suficiente como para saber que solo encontraría a Orión si él también descendía esa misma noche. Vagaba de un lado a otro, con la esperanza de que el joven apareciera en cualquier momento, pero, por alguna extraña razón, sospechaba que, si no se encontraba delante de él cuando descendía, era casi imposible que se cruzaran en el Infierno, aunque le aguardara durante una eternidad.

Después de darle decenas de vueltas a la idea, no tuvo más remedio que admitir que no estaba segura de que Orión se reuniera con ella la siguiente noche. Quizás el muchacho ya se había hartado del Submundo.

Intentó ser optimista y ver el lado bueno de todo el asunto. Al menos Orión le había regalado el consejo de vestir mejor antes de acostarse. Sería imposible explicarle a Jerry por qué se llevaba un par de botas de agua a la cama, pero siempre sería mejor eso que caminar descalza por ese barro mugriento y asqueroso.

El lunes por la mañana, se despertó y suspiró apenada. La entristecía saber que esa noche ya no tendría un incentivo para irse a dormir. Se recordó que Orión jamás había formado parte del trato. Siempre había creído que tendría que enfrentarse a su cometido sola. A regañadientes, se arrastró por la cama y se levantó para limpiar el fango que cubría las sábanas, antes de prepararse para ir al instituto.

Capítulo 5

«¿Has dormido bien?» ese era el mensaje que había recibido de un número desconocido. Helena agarró a Claire por el hombro y a punto estuvo de tirarla al suelo.

—¡Qué demonios haces, Lennie! —se quejó Claire, malhumorada.

Helena se hizo a un lado y procuró seguir el ritmo de su mejor y pequeña amiga para no llevársela por delante.

—Lo siento, Risitas… —farfulló un tanto distraída mientras tecleaba la respuesta al mensaje: «¿Quién eres?».

—¿A quién le estás enviando mensaje? —curioseó mientras Claire.

«¿Ya m has olvidado? Stoy desolado», contestó el misterioso número. «Muy hábil», pensó Helena. Tan hábil que decidió probar suerte y continuar con el juego.

«¿Desolado? ¿Pq tienes 4 apellidos?», replicó Helena. No pudo esconder una sonrisita bobalicona. Por una extraña razón empezó a sentir mariposas aleteando en su estómago.

—¿Lennie? ¿Qué está pasando? —pregunto Claire antes de agarrarla por el brazo y arrastrarla hacia el pasillo que conducía al comedor del instituto.

—Tengo la corazonada de que puede ser Orión, el chico que conocí en el Submundo, pero no logro explicarme cómo ha podido contactar conmigo. Jamás le di mi número de teléfono —masculló.

Claire guio a Helena por la cafetería, impidiendo así que chocara con alguna mesa mientras miraba absorta la pantalla de su teléfono. Quizá se trataba de una broma pesada, pero tenía que poner a prueba al enigmático desconocido para asegurarse de que era Orión. Saber que un extraño tenía su número de teléfono hacía que se sintiera bastante insegura. Por fin, recibió

una respuesta.

«¡Ja! 4 apellidos, pero 1 chaqueta. ¡Qué frío! ¿Quedamos sta noche?», escribió Orión. Ahora, Helena sabía que al otro lado de la línea solo podía estar él. Nadie más sabía que, de manera accidental, Helena se había llevado su chaqueta y había dormido con ella desde entonces. Ni siquiera había tenido la oportunidad de contárselo a Claire.

«Claro. Sta noche. Al menos, yo no t dejaré plantado», contestó. Justo cuando pulsó el botón de envió cayó en la cuenta de que la última línea resultaba un tanto arrogante y vanidosa, y, desesperada, trató de impedir que el mensaje llegara a la pantalla de Orión. La muchacha esperó durante horas. En realidad, no se trataba de una cita, ni mucho menos.

Simplemente era la primera vez que un chico no se presentaba. Un chico al que esperaba ver. No le haya sentado fenomenal, tan sencillo como eso.

«Eh, no es justo. No pude ir a las cuevas ayer. Examen hoy», fue la respuesta retrasada del joven.

¿Cuevas? Sintió cierto alivio al comprobar que Orión tenía una buena excusa, pero, en vez de detenerse y reflexionar que era eso de las cuevas, prefirió abordar asuntos más importantes primero. Entre ellos, como la había encontrado: «¿Cómo has conseguido mi n.º?», tecleó Helena al mismo tiempo que Claire la empujaba hacia su habitual lugar de la mesa y le sacaba el almuerzo. «Dafne», respondió el otro. «¡Qué! ¿¿¿Cuándo???» los pulgares de Helena pulsaban las teclas con tal fuerza que tuvo que hacer un ejercicio de autocontrol antes de partir el teléfono por la mitad. «Uh… ¿hace 5 min? Tengo q irme», respondió. «¿Has HABLADO con ella?».

Helena esperó sin apartar los ojos de la pantalla y con la boca desencajada, pero al no recibir una respuesta inmediata asumió que la conversación había acabado.

—Así que Orión, ¿eh? —dijo Claire con los labios fruncidos—. No me habías dicho que sabías su nombre.

—Bueno, nunca me volviste a preguntar por él.

—Lo siento —se disculpó Claire a sabiendas de que la había pifiado—. Estaba demasiado ocupada tratando de esquivar a Cassandra y a Jasón para conseguir ese pergamino. Cuéntame, ¿qué paso?

—Charlamos —espetó Helena mientras mordisqueaba distraída el

bocadillo que Claire le había colocado en la mano.

En cuestión de segundos se le había ocurrido al menos una docena de preguntas para Orión, pero tendría que esperar hasta la noche para obtener alguna respuesta. Lo primero que iba a preguntarle era por qué Dafne sí respondía a las llamadas de Orión y no a las de su propia hija.

Había dicho que conocía a Dafne de toda la vida. Quizá estaban muy unidos. ¿Más unidos que Dafne a Helena, sangre de su sangre? No sabía qué pensar sobre todo aquello.

—¿Vas a contarme algo sobre el tal Orión o tengo que quedarme aquí sentada viéndote masticar el pavo? —preguntó Claire con las cejas arqueadas —. Además, ¿por qué estás tan gruñona últimamente?

—¡No estoy gruñona!

—Entonces, dime: ¿por qué tienes el ceño fruncido todo el tiempo?

—¡Es que no sé qué pensar de todo esto!

—¡¿De todo qué?! —gritó Claire desesperada.

Una vez más, Helena se dio cuenta de que había muchas cosas que había dejado de compartir.

Para poder explicar la historia entera durante la hora del almuerzo, Helena relató los distintos episodios con suma rapidez y en voz baja, para ahuyentar a cualquier entrometido. Le narró cómo conoció a Orión mientras el muchacho intentaba sacarla de las mugrientas arenas movedizas. Después describió el tatuaje dorado en forma de rama que se enroscaba alrededor de su brazo. Tampoco se olvidó de mencionar que, hasta el momento, en dos ocasiones se había visto obligada a defenderse del ataque de dos monstruos infernales, lo cual era bastante sorprendente teniendo en cuenta que Helena jamás había visto algo parecido allí abajo, y cómo la había protegido durante cada uno de esos altercados.

—Preferiría que no le contaras nada de esto a Jasón, ¿de acuerdo?

Básicamente porque, aparte de cruzarnos un par de mensajes, solo he hablado con Orión en una ocasión y no sé qué pensar de él. Me dijo que Dafne le había enviado al Submundo para echarme una mano —explicó algo confundida mientras meneaba la cabeza—. Y, con toda sinceridad, Risitas, no sé qué se traen entre manos. Me da la sensación de que mi madre siempre está urdiendo algún plan, confabulando contra alguien.

—Eso no significa que Orión este conspirando contra ti. Tus poderes no funcionan en el Submundo, ¿verdad? —preguntó Claire con una mirada perspicaz—. ¿Es un buen luchador?

—Es un luchador inigualable y, por lo que he visto hasta ahora, no necesita más poderes para cuidarse solito. Casi mata con las manos a la criatura que se abalanzó sobre mí.

—Entonces puede que la única confabulación de Dafne sea intentar mantenerte con vida. De hecho, si haces memoria, tu madre te salvó la vida cuando os conocisteis —dijo Claire con una sonrisa indulgente.

Helena deseaba enzarzarse en una discusión, pero, como siempre, Claire tenía buenos argumentos. Dafne quería librarse de las furias y, según Cassandra, Helena era la única que podía conseguirlo. Por si fuera poco, era la hija de Dafne y, por lo tanto, su única heredera. Pero a pesar de todo eso, la muchacha todavía dudaba de que Dafne solo intentara protegerla.

Mordisqueándose el labio inferior, Helena se estrujó el cerebro tratando de encontrar una brecha en el argumento de Claire, pero, tras unos instantes, no tuvo más remedio que admitir que la única razón por la que seguía discrepando era porque Dafne la había abandonado cuando no era más que un bebé. Sencillamente, no se fiaba de ella. Quizás estaba siendo demasiado dura con su madre. Quizás esta vez Dafne solo intentaba ayudar.

—De acuerdo, tienes razón… Tengo problemas más importantes con Beth… o Dafne, o como prefiera llamarse en esta década. Pero no sospecharía tanto de ella si respondiera al maldito teléfono cuando la llamo —protestó Helena, exasperada—. No espero que me cuente todo lo que hace, pero al menos me gustaría saber en qué país está.

—¿Alguna vez te has planteado que el hecho de no saber dónde está o qué está haciendo es más seguro para ti? —preguntó Claire con suma amabilidad.

Helena abrió la boca para rebatir sus palabras, pero la cerró enseguida.

Sabía que este punto del partido tampoco lo ganaría. Pero, aun así, ansiaba saber dónde demonios estaba su madre cuando la necesitaba.

Dafne contuvo la respiración y permaneció inmóvil, como una estatua. Se

las había arreglado para convencer a sus pulmones de que solo necesitaba una pequeñísima fracción del oxígeno al que estaban acostumbrados, pero apenas logró interceder en el martilleo de su corazón. El hombre al que había jurado matar estaba en la sala de al lado. Tenía que encontrar un modo de calmarse o, de lo contrario, todo su sacrificio habría sido en vano.

Desde su escondite, en la habitación del tipo que había venido a matar, podía oírle en el despacho contiguo. Estaba sentado en el escritorio, redactando la legión de cartas que solía dirigir a su culto, los Cien primos.

Incluso por un instante evocó su antiguo rostro cincelado y su cabellera rubia. Los dientes empezaron a castañetearle al imaginarse a Dafne estaba a unos pocos metros de Tántalo, el líder y patriarca de la casa de Tebas y asesino de su querido marido, Áyax.

Pasaban las horas y Tántalo seguía garabateando en las hojas de papel.

Dafne sabía que todas y cada una de las cartas que se esmeraba en escribir serían recogidas por distintos mensajeros y mandadas a través de diferentes oficinas de correos esparcidas por toda la costa americana.

Era muy meticuloso a la hora de ocultar dónde estaba y, precisamente por tal motivo, Dafne había tardado diecinueve años en dar con su paradero.

Se había visto obligada a seguir el cuerpo sin vida de su hijo único hasta Portugal, sin perder de vista ni un segundo el cadáver, sin importar el número de veces que tuviera que transformarse. Estaba convencida de que tarde o temprano el mismísimo Tántalo aparecería para colocar la moneda sobre los labios de su hijo único, tal como dictaba el ritual, y había dado en el clavo.

Al fin, oyó que Tántalo dejaba el bolígrafo sobre la mesa y se puso en pie.

Hizo llamar al portero mortal para que llevara las cartas a los mensajeros.

Entonces se sirvió un vaso de algún licor del mueble bar, bien surtido de botellas de todo tipo y tamaño. El aroma del licor tardó varios segundos en inundar el rincón donde se escondía, pero lo identificó enseguida.

Burbon. Ni coñac ni *whisky* escocés. Un vaso de dulce bourbon traído directamente de Kentucky. Tomó varios sorbos, para degustar su sabor, y después se encaminó hacia la habitación. Cerró la puerta y empezó a hablar.

—Dafne, creo que deberías saber que una de esas cartas iba dirigida al esbirro que ha anidado en el encantador y diminuto jardín de tu hija, en Nantucket. Si no recibe noticias mías personalmente, puedes darla por

muerta.

Dafne estuvo a punto de lamentarse en voz alta. Sabía que Tántalo no mentía respecto al esbirro. La criatura estuvo en un tris de atacar a Héctor en el encuentro de atletismo de Helena. Si esa cosa estaba vigilando a su hija en vez de perseguir a Héctor, tal y como había supuesto, sabía que no tenía otra opción. Así que se tragó su orgullo y salió de su escondrijo.

Tántalo la miraba fijamente, como una fiera hambrienta que vigila a su presa, escudriñando cada milímetro de su cuerpo y de su rostro con ojos famélicos. Aunque su atenta mirada le ponía la piel de gallina, se armó de valor para soportarlo y se concentró en el perfume del bourbon que quedaba en la copa de Tántalo. Justo en ese instante descubrió cómo había sabido que estaba allí.

—Me has olido, ¿verdad? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Sí —suspiró, casi pidiéndole disculpas por ello—. Después de tantos años, todavía recuerdo el aroma de tu cabello.

Dafne invocó una chispa de energía en la palma de su mano a modo de advertencia.

—Si avisas a tus guardias, te mataré sin ningún miramiento y correré el riesgo de arrebatarte esa carta.

—De acuerdo, imaginemos que logras impedir que esa carta llegue a Nantucket. Y después, ¿qué? ¿Realmente crees que puedes vencer a un esbirro de más de quinientos años? ¿Una criatura que combatió al lado del propio Aquiles?

—Sola, desde luego que no —respondió Dafne con frialdad, sacudiendo la cabeza—. Pero ¿y con tus hermanos y sus hijos? A lo mejor juntos podríamos derrotarlo.

—No es probable —rebatió Tántalo—. Y las consecuencias serían devastadoras para ambos. Sabes que Héctor sería el primero en incitar la batalla, y el primero en morir. Me pregunto si podrías soportar perderle otra vez… Su parecido con Áyax es asombroso. Me pica la curiosidad, ¿se siente lo mismo?

—¡Eres un animal obsceno y asqueroso! —insultó Dafne; al instante, estallaron decenas de chispas a su alrededor, pero al fin logró controlarse.

Esa era la intención de Tántalo. Su plan desde el principio era que Dafne

malgastara toda su energía enfadándose en vano hasta que se quedara sin fuerzas. Eso fue precisamente lo que ocurrió la noche en que perdió a Áyax, aunque ahora era mayor y, por lo tanto, más sabía.

Retener un relámpago para aturdir al enemigo pero sin matarlo requería una cantidad de energía inimaginable, pero, tras años de práctica, Dafne se las había apañado para dominar ese aspecto de su modesto poder sobre los rayos. Lanzó un diminuto y aparentemente inofensivo relámpago azul al otro lado de la habitación que obligó a Tántalo a ponerse de rodillas.

—Tienes un esbirro, no un vástago, anidado en el jardín de mi hija. ¿Por qué? —quiso saber. Al ver que no respondía, cruzó la habitación y le rozó con su mano resplandeciente.

Tántalo suspiró de placer, hasta que Dafne arrojó una descarga eléctrica a través de las yemas de sus dedos.

—Está protegida… por el único heredero vivo de mi casta —resopló mientras todo su cuerpo se retorcía de dolor—. No puedo permitir más… parias. Atlantis… todavía está demasiado lejos.

Por lo visto, Tántalo no tenía la menor idea de la existencia de granujas, o eso asumió Dafne.

—Ese insecto no pertenece a ninguna casta de vástago, así que jamás se convertirá en un paria si asesina a Helena o a todo el clan Delos de Nantucket, lo cual, por cierto, te ahorraría muchísimos problemas —continuó Dafne, amplificando el voltaje—. Así que, dime: ¿por qué todavía no le has ordenado que ataque a mi hija?

—¿Cómo podría… evitar… que me mates… sin una garantía? —jadeó. Dafne cortó la corriente eléctrica para que Tántalo pudiera hablar con claridad—. Quiero gobernar Atlantis, no solo sobrevivir para verlo. Pero para ello debo volver a formar parte de mi casta.

Notó un fuerte espasmo en el pecho y se retorció de dolor por el suelo. Un segundo más tarde, Tántalo tomó aliento y, desde el mismo suelo, sonrió a Dafne, cuyo hermoso rostro tenía un efecto hipnótico sobre él.

—Estaba convencida de que un día u otro me encontrarías y vendrías a por mí.

Alguien golpeó la puerta con insistencia mientras hacía varias preguntas en portugués. Tántalo clavó la mirada en la puerta y después miró a Dafne.

Esta negó con la cabeza, dándole a entender que permaneciera en silencio. Ella no entendía el portugués y no estaba dispuesta a arriesgarse permitiendo que Tántalo respondiera al intruso, aunque el silencio del patriarca también suponía un peligro. Oyó que el guardia vacilaba junto a la puerta antes de salir corriendo, seguramente para pedir refuerzos.

Agarró a Tántalo por la camisa y le mostró los dientes.

—No olvides que siempre estaré detrás de la puerta, debajo de la cama o a la vuelta de la esquina, esperando la ocasión perfecta para matarte. Ahora está en mi sangre —le susurró con crueldad oído.

Tántalo comprendió el sentido de las palabras y esbozó una sonrisa. Dafne había hecho un juramento más vinculante que cualquier otro contrato humano jamás contraído. Algún día tendría que matarle, pues no hacerlo acabaría con ella.

—¿Hasta tal punto me desprecias? —preguntó, casi sobrecogido por la idea de que Dafne estuviera dispuesta a ligar su vida a la de él, incluso a sabiendas de que sería para siempre.

Llegaron más guardias y empezaron a aporrear la puerta, pero Tántalo apenas les prestó atención.

—No. Amé a Áyax hasta tal punto, y sigo amándole.

Dafne disfrutó sobremanera al darse cuenta de cuánto le dolía a Tántalo escucharle que seguía amando a otro hombre en vez de a él.

—Y ahora dime, ¿qué quieres de Helena?

—Lo que tú quieres, amor mío, mi diosa, mi futura diosa de Atlantis —canturreó Tántalo mientras, irremediablemente, volvía a caer en el hechizo de ese rostro.

Los guardias comenzaban a derribar la puerta de acero y hormigón, de modo que Dafne no tuvo otra opción que alejarse de Tántalo.

—¿Y qué quiero yo? —preguntó mientras echaba un rápido vistazo a las dos paredes de piedra de más de un metro de grosor del aposento, en busca de una vía de escape alternativa. No había otra salida.

Dafne asomó la cabeza por la ventana con bisagras que se abría tras ella y descubrió una caída en picado al océano. Alzó la mirada con la esperanza de encontrar un caminito que la condujera hacia el parapeto de la ciudadela, pero el alero del tejado se lo impidió. No era capaz de volar, a diferencia de

Helena. Además, no sabía nadar. Se le estaba acabando el tiempo, pero necesitaba oír lo que Tántalo iba a decir antes de saltar por la ventana y procurar no ahogarse en el intento. Lanzó sobre Tántalo una mirada penetrante e invocó los últimos rayos de energía para amenazarle y obligarle a hablar. Él le dedicó una triste sonrisa, como si el hecho de abandonarle le resultara más doloroso que su amenaza de muerte.

—Deseo que Helena logre su cometido en el Submundo y nos libere a todos de las furias —reconoció al fin, señalando la lujosa cárcel en la que estaba obligado a vivir como un paria—. Ella es mi única esperanza.

—¡Maldita sea! —exclamó Orión a pleno pulmón al mismo tiempo que se agachaba instintivamente para hacerse a un lado—. Cuando desciendes, ¿apareces de la nada?

Orión y Helena se hallaban en alguna parte de las marismas saladas que bordeaban un mar al que Helena jamás había conseguido llegar y, por lo tanto, sospechaba que, en realidad, no existía. Era otra encantadora cualidad del Infierno: prometía paisajes que nunca ofrecía.

Helena percibió el nerviosismo de Orión y cayó en la cuenta de que prácticamente había aparecido en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¡Lo siento! —exclamó avergonzada—. No quería acercarme tanto.

—¡Es muy desconcertante! ¿No hay algún modo de avisarme antes? —protestó Orión, aunque el muchacho no pudo reprimir una risa que enseguida contagió a Helena.

—Creo que no —farfulló la joven mientras reía.

Era una risita nerviosa. Helena procuró ignorarla. Le inquietaba pensar que, quizás, aquella noche Orión tampoco se presentaría; al comprobar lo contrario, se alegró más de lo que había imaginado.

—Eh, puede que te haya asustado, pero al menos me he acordado de traerte la chaqueta —añadió Helena encogiéndose de hombros para quitársela con cuidado. La muchacha bajó la cabeza para que Orión no se percatara de su rubor.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas ponerte? —le preguntó tras fijarse en que llevaba los brazos desnudos.

Se quedó petrificada. Había olvidado ponerse su propia chaqueta debajo y únicamente llevaba una camiseta de algodón.

—Hum… ¿Ups?

—Quédatela de momento —se ofreció sacudiendo la cabeza, como si no le sorprendiera que hubiera olvidado traer otra prenda de abrigo—, aunque me gustaría que me dieras la cartera.

—Te devolveré la chaqueta al final de la noche —prometió mientras le entregaba la cartera.

—Sí, claro.

—¡De verdad!

—A ver, ¿realmente quieres pasarte toda la noche debatiendo sobre si alguna vez las chicas devuelven la ropa que los chicos les prestan? Porque, si no me equivoco, una sola noche puede ser una eternidad aquí abajo.

Helena esbozó una amplia sonrisa. Tuvo que recordarse que apenas sabía nada de aquel chico, pues empezaba a sentir que se conocían desde hacía años.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó procurando no parecer demasiado intimidada.

Jamás había conocido a alguien como Orión. Sin duda, era tan fuerte y poderoso como los muchachos Delos, pero en cierto modo era diferente a ellos. A veces los Delos actuaban de un modo engreído y altanero, pero Orión parecía tener los pies en el suelo y era humilde.

—¿De dónde eres?

El joven gruñó.

—Después de todo, vamos a necesitar esa eternidad. ¿Originalmente? Nací en Terranova. Mira, la historia de mi vida es muy complicada, así que primero preferiría encontrar un buen refugio antes de que algo peligroso y hediondo nos encuentre.

—Sobre eso… —intervino Helena al mismo tiempo en que ambos daban la espalda al mar inexistente para dirigirse hacia una zona cubierta de hierbajos—. ¿Por qué cada vez que estamos juntos te ataca algún monstruo horrendo?

—La Rama Dorada —justificó señalando el brazalete dorado que le rodeaba la muñeca—. Uno de mis ancestros la creó a partir de un árbol

mágico que crece en el lindero del Submundo, y por desgracia para mí, todo monstruo siente una terrible atracción hacia ella, como las abejas por la miel.

—Entonces, ¿por qué no te la quitas? —preguntó Helena como si fuera obvio.

—Para que tú, la Unidad Elegida, puedas entrar y salir de este infierno cuando quieras.

El muchacho apartó algunos juncos altos para facilitarle el camino. Helena estaba a punto de rebatirle, pero no tuvo la oportunidad.

—Necesito la rama para abrir las entradas entre los dos mundos. Si no la llevara conmigo, ahora mismo estaría deambulando por el interior de un laberinto de cuevas en Massachusetts, completamente perdido.

—¿Cuál? —repitió Helena al recordar que no era la primera vez que Orión hacía referencia a ellas—. ¿La puerta de entrada al Submundo es una cueva en Massachusetts? —soltó incrédula.

Orión dibujó una sonrisa y se explicó.

—Hay cientos, y quizá miles de puertas de entrada al Submundo repartidas por todo el planeta. La mayoría de ellas se hallan en rincones fríos y húmedos, en el fondo de alguna cueva. Se trata de puntos estratégicos que no se convierten en puertas al Infierno al menos que las abras con una especie de llave. Por lo que sé, la Rama Dorada es la única reliquia que queda capaz de abrir esas puertas y, puesto que soy el heredero de Eneas, creo que soy la única persona que puede utilizarla.

Para Helena toda la historia tenía sentido. Ella misma portaba el cesto, una reliquia ancestral de la diosa Afrodita, que únicamente las mujeres nacidas en la casta de Atreo podían llevar.

—Pero tenía entendido que la magia no funcionaba aquí abajo —respondió, mientras de forma automática jugaba con el colgante en forma de corazón.

Sabía que la magia del cesto quedaba anulada en el Submundo o, de lo contrario, jamás habría resultado herida. Y cada vez que descendía, salía lastimada o malherida.

—Solo la magia del Submundo, funciona en el submundo —aclaró Orión —. Este universo es muy distinto al nuestro, tiene sus propias normas, seguramente ya te habrás dado cuenta, aquí abajo no poseemos nuestros

poderes de vástago.

—Sí, ya me he fijado en eso —replicó Helena.

Intrigado por la entonación de la joven, Orión examinó a Helena mientras apisonaba la altísima vegetación para crear un sendero. Se quedó callado unos instantes y no pudo reprimir una carcajada al descubrir qué se estaba refiriendo a su propia compañera.

—¡El cancerbero! ¡Te quedaste quieta con los ojos cerrados!

A Helena le empezaron a temblar los hombros mientras aguantaba carcajadas embarazosas.

—¡No sabía que hacer! ¡No sé cómo defenderme sin mis relámpagos!

—Te quedaste petrificada, como si estuvieras sufriendo un ataque de asma o algo por el estilo —se burló entre risas—. Durante un instante creí que tendría que hablar con Dafne para que me dejara traer un inhalador…

El muchacho enmudeció al percatarse de que el humor de Helena había cambiado por completo al oír el nombre de su madre. La joven odiaba como él se refería a Dafne, como si fueran grandes amigos.

—¿Tan mal lo llevas? —preguntó en voz baja tras un momento de tenso silencio.

—No sé a qué te refieres —espetó Helena con voz monótona y enfadada.

Se dio media vuelta para abrir un camino a través de los juncos, pero Orión la frenó colocándole la mano en el hombro.

—Yo también soy un granuja —continuó—. Sé qué se siente odiar a tu propia familia.

La furia de Helena se esfumó al ver la mirada triste de Orión. Alargó la mano para abrazarle, pero en el último segundo se arrepintió y se echó atrás. Por un momento había olvidado que los granujas como ella solo podían ser reclamados por una casta. Una parte de la familia de Orión se veía forzada a asesinarle si le reconocieran, lo cual sería más que probable.

Las furias eran como imanes, atraían a personas opuestas hasta hacerle colisionar. Helena había permanecido oculta en una diminuta isla y, aun así, la casta Tebas la había encontrado; supuso que algo similar le había sucedido a Orión.

—¿Alguna vez tu familia encontró una manera de esquivar a las furias? Ya sabes, como yo logré hacer con los Delos… —agregó entre susurros.

Helena no quería pronunciar el nombre de Lucas o explicarle cómo se habían desplomado desde lo más alto del cielo para después salvarse mutuamente. Confiaba en que Dafne hubiera contado a Orión algunos capítulos de su historia.

—No —respondió al comprender de inmediato a qué se refería—. Todavía mantengo mi deuda de sangre con la casta de mi madre, la casta de Roma.

—Pero al menos puedes estar con ella ¿verdad? —preguntó Helena con cautela.

—No, no puedo —dijo para dar la conversación por terminada. Helena se acordó de que Orión era patriarca de la casta de Roma y no el heredero.

Con toda seguridad había recibido el título de su madre cuando esta falleció.

—Entonces, ¿la familia de tu padre te reclamó? ¿La casta de Atenas? —insistió para alejar el fantasma de su madre de la conversación.

—Así es —confirmó apartando la mirada de Helena para poner punto final a la retahíla de preguntas.

—Eh, lo siento, pero solo intento entender todo esto. Además, fuiste tú quien decidió sacar el tema de la familia cuando me preguntaste sobre mi madre.

—Tienes razón, fui yo quien empezó a hablar del tema —asintió Orión al mismo tiempo que alzaba las manos dando así a entender que se rendía—. Se me da bastante bien escuchar a la gente, pero estoy poco acostumbrado a hablar de mí mismo. Y no tengo la menor idea de cómo te sientes ahora mismo porque no puedo utilizar mis poderes aquí. No puedo leer tu corazón y eso me saca de quicio —admitió meneando la cabeza—. Supongo que así es como se siente un adolescente normal y corriente, ¿no? Me asusta mucho, así que dame un segundo, ¿vale?

—De acuerdo —dijo Helena, incapaz de mirarle a los ojos. Reparó en que quizá no podría controlarse con Orión.

—Voy a volver a empezar —afirmó casi como si estuviera lanzando un aviso.

La muchacha asintió con la cabeza y, una vez se descubrió nerviosa, riéndose tontamente.

—De acuerdo, pero esta vez desde el comienzo —aconsejó sin alterar la voz para no parecer una pazguata que se reía de los demás.

—De acuerdo. Allá voy. Soy el líder de la casta de Roma, pero, como la casta de Atenas me reclamó, la de Roma ha estado persiguiéndome desde el mismo día en que nací. Sin embargo, por muchas otras complicadas razones la casta de Atenas jamás me ha aceptado —contó Orión. Miró a Helena como si estuviera a punto de precipitarse a un rocoso acantilado—. Cuando cumplí los diez años, mi padre se convirtió en un paira al defenderme de mis primos. Tuvo que matar a uno de los hijos de su hermano para protegerme. Desde entonces no puedo acércame a él. Las furias nos incitarían a matarnos…

—Ya lo sé —interrumpió Helena para evitar que el joven pronunciara en alto las siguientes palabras.

Orión asintió agradeciéndole que no le hubiera permitido continuar.

De repente, Helena se imaginó a sí misma tratando de matar a Jerry, enseguida borro la imagen de su cabeza: no soportaba la sola idea de atacar a su propio padre.

—Por una razón o por otra, todas las personas de mi familia me quieren ver muerto; por eso llevo escondiéndome toda la vida. Así que perdona por haberme puesto como una fiera antes, pero no me es fácil abrir mi corazón porque…, bueno, siempre que me he encariñado con alguien, las consecuencias son fatídicas.

—¿Has estado completamente solo desde los diez años?, ¿me equivoco? —murmuró mientras trataba de asimilar la historia de Orión—. ¿Siempre huyendo de tus dos familias?

—Y ocultando mi existencia a los Cien Primos —puntualizó Orión mirando al suelo con una mirada sombría—. Dafne siempre me ha echado una mano cuando ha podido. La primera vez que las casta de Atenas vino por mí, apareció tu madre y, además de intentar ayudar a mi padre, me salvó la vida. Así pago su deuda de sangre con mi casta, a diferencia de mí.

¿Dafne no te contó nada de todo esto?

—Ya te lo he dicho. No charlamos muy a menudo.

¿Acaso era mucho pedir que Dafne la hubiera puesto al tanto de este asunto? Pero había algo que seguía intrigándola.

—¿Cómo os encontró a tu padre y a ti?

—Dafne lleva liderando la misión de ayudar a los granujas y parias desde hace unos veinte años. Ha viajado por todo el planeta y, como las furias atraen a las parejas de vástagos, siempre que encuentra un vástago se encuentra con una confrontación. Cuenta miles de historias apasionantes.

No puedo creer que jamás te haya contado nada de esto.

Como era obvio, Helena no tenía la menor idea de todas estas batallitas, Apenas sabía algo de Beth Smith-Hamilton, su supuesta madre, pero menos aún de Dafne Atreo.

—De todas formas ha salvado muchísimas vidas, la mía incluida y ahora tu madre puede formar parte de cualquier casta. Por ese motivo Dafne es la líder de los granujas y de los parias.

Helena se quedó boquiabierta. ¿Dafne era una heroína? Su propia madre, una mujer turbia, que se aprovechaba de cualquier situación y de quien no te podías fiar, la misma mujer que Helena no lograba recordar, ¿era una especie de vástago salvador? De ser cierto, había algo que no encajaba en el universo o en su modo de entenderlo.

—Escúchame. He querido contártelo porque creo que así te será más fácil perdonar a Dafne. Y, por favor, confía en mí, Helena: tienes que perdonar a tu madre. Y no solo por su bien, sino también por el tuyo.

—¿Por qué la defiendes? —preguntó con cierto recelo. Recordó la influencia del cesto y se preguntó si Dafne lo estaría controlando—. ¿Te pidió que me contaras todo esto?

—¡No! Me has malinterpretado… Dafne jamás me pidió que te dijera nada —balbuceó.

Helena farfulló con un sonido desdeñoso para impedir que continuara excusándose. Estaba furiosa, otra vez, aunque no sabía muy bien por qué.

Y el hecho de no conocer el motivo la enfadaba más. Inesperadamente, se levantó y se sumergió con paso firme entre los hierbajos y los juncos.

Después de zigzaguear entre hierbas, comenzó a escalar una colina empinada cubierta por los restos de algún castillo medieval en ruinas. Al pisar sobre una antigua escalinata, la piedra se hizo añicos. Se preguntó por qué estaba enfadada. No había solo un único motivo habían unas cuantas cosas que la indignaban sobremanera, simultáneamente pero hasta ahora había preferido ignorarlas en vez de afrontarlas.

Primero, Dafne había enviado a Orión al Submundo sin tomarse la molestia de mencionárselo. Segundo, Cassandra estaba obstinada en impedir que Claire y Matt la ayudaran cuando era ella la que tenía que arrastrarse hasta el mismo Infierno y no Cassandra. Y Lucas…, ¿cómo podía tratarla de ese modo tan horrible y despreciable? Aunque la odiara ¿cómo podía hacerle eso? Por primera vez, Helena no sintió pena y nostalgia al recordar a Lucas, sino rabia e ira.

Mientras pisaba con fuerza las ruinas del castillo, advirtió que, por encima de todo estaba enfadada consigo misma. La tristeza la había dejado paralizada, incluso anulada, de modo que había dejado de tomar decisiones. Llevaba un tiempo dejándose llevar, deambulando a la deriva, como si fuera una hoja de viento indefensa. Eso tenía que acabar.

Cuando por fin se quedó sin aliento después de encaramarse por la rocosa pendiente a un paso atropellado, casi suicida, se abrazó a un gigantesco bloque de granito que había formado parte de la muralla del castillo. Se dio media vuelta para someter a un implacable interrogatorio a Orión, quien se esforzaba por seguirle el paso.

—¿Acaso sabes por qué estás aquí? —preguntó con brusquedad.

—Estoy aquí para ayudar —farfulló entre jadeos.

—Me dijiste que mi madre te había enviado. ¿Sabes qué es el cesto?

—Por cierto, hijo de Afrodita —resopló señalándose a si mismo—. El cesto no me afecta en absoluto. Dafne solo puede influir en el corazón. Puedo controlarlo.

—Oh, caramba. Vaya que poder más aterrador —masculló Helena, que por un momento se distrajo de su propósito—. Sin embargo, me da la sensación de que estás dispuesto a hacer cualquier tarea que Dafne te ordene, por muy horrible que sea. ¿Acaso tiene algún poder sobre ti?

—¡No! ¡No estoy aquí por Dafne, lunática! Estoy aquí porque considero asombroso lo que tú estas tratando de hacer. ¡Seguramente es lo más importante que un vástago jamás haya hecho desde la guerra de Troya!

Las furias acabaron con toda mi familia, y mi deseo es impedir que vuelvan a acabar con otra igual de unida. Eres la Descendiente y este es tu cometido, pero, sin tus poderes eres una luchadora vergonzosamente nefasta. Estoy aquí para sacarte de cualquier agujero maloliente en el que puedas

caerte y para que logres lo que todos esperamos de ti Helena cerró la boca con un ruido seco. Era evidente que Orión estaba siendo sincero. No tenía ningún plan oculto, aunque seguía sospechando que su madre tramaba algo. De hecho, cuanto más le miraba a los ojos, más se convencía de que estaría dispuesto a sacrificarlo todo para ayudarla a eliminar a las furias.

La Rama Dorada era un imán monstruoso, pero intuía que Orión sentía la imperiosa necesidad de ayudar en lo que pudiera, porque, de lo contrario se volvería loco. Permanecer continuamente en el anonimato y escondido en los lugares más recónditos del planeta debía de enloquecer a cualquiera. Helena era consciente de que, si tenía que hacer esto sola, el desconsuelo acabaría trastocándola. Precisaba ayuda, y Orión necesitaba ofrecerla. En cierto modo, era perfecto.

—Lo siento, Orión. He sido injusta contigo. Pero siento como si todo el mundo me dijera lo que tengo que hacer son molestarse en explicarme nada en absoluto… —Helena hizo una pausa en un intento de encontrar las palabras más apropiadas.

—Te entiendo. Lograr tu cometido es crucial para los vástagos, así que a todos les asusta decirte algo inadecuado. —Orión se sentó sobre el césped para descansar unos segundos y después añadió—: Pero yo no tengo miedo, Helena. Te contaré lo que sé, si tú quieres.

Un siniestro alarido retumbo en cada ladera del valle. Orión se levantó de un brinco y empezó a rastrear todo el paisaje con la esperanza de averiguar la procedencia de tal aullido. Sacó una daga que llevaba guardada bajo la camisa y agarró a Helena por el hombro para empujarla delante de él.

—Hacia arriba —ordenó con voz firme.

Helena estiró el cuello para echar un vistazo y, a los lejos, atisbó una hilera de carrizos sesgados que atravesaban una junquera. Aquella amenaza estaba apisonando el camino que la conduciría hacia ellos. Había visto suficiente para saber que la criatura que serpenteaba por el pantano era gigantesca.

Sin la fuerza ni la velocidad de un vástago, le daba la impresión de que en vez de correr, iba a la misma velocidad que una tortuga. Orión no dejaba de empujarla por la empinada pendiente para evitar que perdiera el ritmo mientras que con la otra mano empuñaba el cuchillo. La bestia que aplastaba

los juncos estaba a punto de alcanzarlos.

—¡Vete! —le grito al oído.

—¿A que te refieres? ¿Irme a dónde? —replicó ella, sin comprender.

El muchacho la propulsó con todas sus fuerzas hacia arriba. Helena dio un traspié y se magulló las manos y las rodillas.

Miró por encima del hombro a Orión, que tan solo estaba a unos metros de distancia. Estaba a punto de hacer frente a la criatura. Aquel monstruo se acercaba a él escarbando la tierra, pero Helena todavía no podía verlo. En ese instante, Orión se dio vuelta hacia la joven y la miró con los ojos tan verdes que parecían resplandecer. No era la primera vez que Helena veía esa mirada. Sabía perfectamente qué significaba. Orión estaba preparándose para atacar. No estaba dispuesta a salir corriendo y permitir que luchara con esa bestia solo. Se deslizó pendiente abajo para colocarse junto a él.

—¡Vete de aquí! —ordenó.

—¿Y dónde demonios se supone que…?

Capítulo 6

El sol empezaba a despuntar por el horizonte. Helena se despertó en su cama, temblando de frío y estirando el brazo para aferrarse a un chico que jamás había pisado su habitación.

—¡No! —exclamó con voz rasgada. Su respiración formaba diminutos hilos de humo en aquella sala bajo cero—. ¡Oh, no, no, no; esto no puede estar sucediendo!

Helena se levantó con cierta dificultad y, sin dejar de tiritar, corrió hacia el tocador en busca de su teléfono móvil. El icono de los mensajes estaba parpadeando, así que fue al buzón de entrada y leyó: «Qué rabia. M voy a la cama. Escríbeme luego».

Se sentó en el borde de la cama y, un tanto más aliviada, dejó escapar una risita. Los dientes le castañeteaban y todo el cuerpo le temblaba. La habitación estaba a una temperatura insoportable. Miró la hora y comprobó que Orión le había enviado el mensaje a las 4.22 de la madrugada. Ahora eran casi las 6.30, y Helena se preguntaba si quizás era demasiado pronto para responderle el mensaje. Tras convencerse de que no contactar con él era una soberana tontería, le contestó: «¿Sigues de 1 pieza?».

Esperó varios minutos, pero no obtuvo respuesta. Helena quería volar hasta tierra firme para asegurarse de que Orión estaba sano y salvo en la Academia Milton, pero lo último que necesitaba era meterse en otro lío por hacer novillos. Tras otros minutos, dejó pasar el tema y empezó a prepararse para ir a clase.

Al ponerse de pie se percató de que seguía llevando la chaqueta de Orión.

Ya podía escuchar sus burlas, aunque esta vez no era culpa suya que se hubiera quedado con la chaqueta puesta. Ladeó ligeramente la cabeza y notó

el rubor en las mejillas al rozar el cuello de la chaqueta con los labios.

Todavía mantenía el aroma de Orión, un olor fresco y un tanto salvaje, pero, sin duda, fiable.

Se quitó las mangas de la chaqueta con impaciencia mientras se repetía una y otra vez que no debía comportarse como una estúpida. Fue hacia el cuarto de baño para darse una ducha. No quiso dejar el teléfono en la habitación por si Orión intentaba contactar con ella. Se lavó el pelo tal y como Claire le había recomendado.

Mientras se secaba con la toalla y se cepillaba los dientes, Helena reflexionó sobre su situación. Tenía que dejar de estar a merced del Infierno. Llevaba deambulando sin rumbo fijo durante…, en fin, muchas más semanas de las que el tiempo en el mundo real reflejaba. Orión se merecía un plan mejor.

En cuanto llegó al instituto, lo primero que hizo fue localizar a Cassandra.

—Tenemos que reunimos esta tarde —propuso Helena.

—De acuerdo —aceptó la pequeña de los Delos con serenidad—. ¿Ocurrió algo anoche?

—Hay algo que quiero contarle a toda la familia. Y quiero invitar a todo el mundo. Claire, Jasón, Matt, Ari —añadió Helena caminando hacia atrás por un pasillo abarrotado de estudiantes.

—No están preparados —gritó Cassandra como protesta.

—Entonces, haz que estén preparados. Ya estoy harta de perder el tiempo —espetó sin darle la oportunidad de rebatir.

—¿Qué os parece un poco de la antigua Grecia esta noche? —preguntó Helena a Matt y Claire en la hora de tutoría.

—¡Me apunto! —respondió Matt, emocionado, como gran pazguato que era—. ¿Tengo que llevar algo?

—¿Claire? —insistió Helena encogiendo los hombros. En realidad, Matt quería preguntar qué necesitaban traer para el ritual de iniciación—. Tú fuiste quien encontró el pergamino.

—No tengo ni idea —admitió la jovencita—. No me leí todo el maldito texto.

No soy una suicida en activo, ¿sabes?

—Seguro que Cassandra lo sabrá. Ya lo descubriremos esta noche —dijo

Helena con confianza.

—¿A qué viene este cambio tan radical? —quiso saber Matt—. Si no recuerdo mal, la última vez te opusiste a que nos uniéramos al «grupo de estudio».

—Y fíjate lo bien que me ha ido —bromeó Helena—. Seamos sinceros, Matt.

Claire y tú me habéis ayudado a preparar los exámenes desde la guardería.

Anoche me di cuenta de que he intentado aprobar este examen sola y, seguramente por eso, lo único que he conseguido es suspenderlo una y otra vez.

Quería hablarle a Matt de Orión, pero reparó en la presencia de Zach, que la observaba fijamente, y decidió esperar hasta la noche para contárselo a todos. El timbre sonó y Helena dio la conversación por acabada. Se dirigió hada el aula de su primera clase preguntándose qué habría escuchado Zach y qué habría entendido.

Orión no se puso en contacto con Helena hasta después del almuerzo.

Todos los mensajes eran palabras como «zzz», «taco» y «H20». Ella entendió el significado de inmediato. No sabía cuánto tiempo habían pasado juntos en el Submundo la noche anterior; pero, como era habitual, se sentía cansada, famélica e increíblemente sedienta. Al menos, ahora había alguien en su vida capaz de entenderlo que tenía que soportar allí abajo.

Le preguntó cómo se las había apañado para salir del Infierno vivito y coleando, pero su respuesta fue: «He sufrido un tirón en el dedo pulgar».

Tras leer el mensaje, Helena asumió que o bien Orión prefería contárselo en persona, o bien quería evitar hablar del tema, así que lo dejó correr.

Esa tarde Cassandra aceptó convocar a Matt, Claire, Jasón y Ariadna en el campo de batalla con Cástor, Palas, Helena y Lucas como testigos. Recitó unos pasajes en griego antiguo mientras quemaba unos troncos repletos de resina en una especie de disco de bronce que, según Jasón la había informado, se denominaba brasero. Más tarde Cástor trajo una jaula repleta de diminutos pajarillos que empezaron a piar en cuanto deslizaron el manto que cubría la jaula.

—Un momento, ¿para qué son? —cuestionó Claire con una voz que

dejaba entrever que estaba al borde del pánico.

—Alégrate de que la ceremonia no exija un animal más grande como un caballo o una vaca —susurró Jasón. No estaba bromeando.

Cassandra dedicó una solemne reverencia a su padre y colocó las manos con las palmas hacia arriba, como si llevara una bandeja. Cástor tomó una diminuta daga del cinturón y la posó sobre las manos de su hija menor. Al hacerlo, la pequeña empezó a resplandecer; primero emitiendo un brillo verde, después violeta, hasta al final tomarse del color azul con destellos níveos de la incalculablemente ancestral aura del oráculo. Poseída por los Tres Destinos, Cassandra se volvió hacia Matt y le ofreció el puñal primero a él.

—Corta la cabeza de la ofrenda y arroja el cuerpo del animal muerto al fuego, mortal. Así sabremos si eres digno del don que te vamos a otorgar —repicaron las tres voces de armónica belleza.

Tras unos momentos de indecisión, Matt se acercó a la jaula y agarró a uno de los pajarillos con una mano mientras, con la otra, sujetaba el diminuto puñal. Bajo el resplandor del fuego, Helena advirtió la indignación que reflejaba el rostro de su amigo y, al clavar el filo en el cuello del animal, todos los presentes se fijaron en el ostensible temblor de sus manos.

Por suerte, Matt no titubeó y acabó con el sacrificio en un periquete.

Ariadna y Jasón siguieron las mismas instrucciones con eficacia como si se hubieran sometido a este ritual en ocasiones anteriores, lo cual seguramente había sucedido, asumió Helena. Claire fue la única en mostrarse reacia a realizar el sacrificio, así que Jasón no tuvo más remedio que tomarla de las manos durante todo el proceso.

Una vez que los cuatro fueron iniciados, las parcas abandonaron el cuerpo de Cassandra en un abrir y cerrar de ojos, y el fuego se extinguió como si alguien hubiera arrojado un cubo de agua. La pequeña Delos se tambaleó durante unos instantes, tratando de mantener el equilibro apoyándose en Lucas, pero al fin logró permanecer firme y de pie.

Al regresar a la biblioteca, Claire no pudo reprimir las lágrimas un tanto abrumada por lo que acababa de suceder. Helena ansiaba correr hacia su amiga para consolarla, pero Jasón se le adelantó susurrándole algo al oído que, al parecer, la tranquilizó. Helena vio que Claire hundía el rostro en el

pecho de Jasón, y dejó que la guiara a ciegas por el jardín.

Ante un gesto de tal ternura y cariño, Helena no pudo evitar volverse hacia Lucas, que caminaba justo al otro lado del grupo. Estaba lo más lejos de ella que podía y no había levantado la vista ni en una ocasión. La muchacha apartó la mirada. Notó una vez más el peso de la nostalgia en el pecho, pero esta vez la sensación, a la que ya estaba más que acostumbrada, iba acompañada de algo más. Frustración. Cada vez que veía a Lucas se desgarraba por dentro y el corazón se le partía en mil pedazos. Tenía que pararlo y concentrarse. Había demasiado en juego.

Cuando todos regresaron del jardín, Matt todavía no había recuperado el color en la cara. De inmediato, Helena empezó a parlotear para eludir cualquier pregunta embarazosa, por bien intencionada que fuera, sobre si estaba a punto de vomitar.

Les contó quién era Orión, sus batallas en el Submundo y la relación que mantenía con Dafne, su madre. Surgieron varias dudas sobre cómo había conseguido descender al Submundo y más de uno se mostró escéptico, ya que, supuestamente, ella era la única capaz de sobrevivir en el Infierno.

Así que Helena no tuvo más remedio que explicarles que Orión llevaba la Rama Dorada que le permitía viajar entre los distintos mundos.

—Y, sin duda alguna, no es un espíritu —dijo Helena, convencida—. Me prestó su chaqueta en el Submundo y, cuando me desperté por la mañana, todavía la llevaba puesta.

—¿Qué sabemos de ese robo en el Met? —preguntó Cástor con urgencia a su hermano en cuanto Helena mencionó la rama.

—No hay otra explicación. Lo único que sustrajeron fue una antigua pieza metálica. Una hoja de oro —respondió Palas—. La robó una desconocida que, simplemente, irrumpió en la sala, rompió el cristal de un puñetazo y abandonó el museo de rositas. Por lo visto, la mujer no se molestó en ocultar su rostro tras una máscara y no utilizó guantes, aunque no derramó ni una sola gota de sangre.

—Déjame adivinar —dijo Helena—. Mi madre, ¿verdad?

—Pero ¿por qué Dafne la robaría para después entregársela a Orión? —preguntó Jasón—. Es un objeto demasiado poderoso.

—Orión me confesó que es descendiente de Eneas, de modo que es el

único que puede beneficiarse de sus poderes —aclaró Helena.

—Entonces debe ser heredero de la casta de Roma —adivinó Cástor un tanto asombrado.

—De hecho, es el patriarca de esa casta. ¿Cómo lo has sabido? —quiso saber Helena.

—Todavía no te has leído la *Eneida*, ¿verdad? —preguntó Cástor sin ánimo de reprochárselo—. Eneas fue el mejor general de Héctor en la guerra de Troya y uno de los pocos que logró sobrevivir cuando Troya quedó devastada. Fundó la ciudad de Roma y, por lo tanto, es también fundador de la casta de Roma.

—Además es hijo de Afrodita —sonrió Ariadna de modo insinuante a Helena—, así que este Orión tiene que ser más atractivo que… ¡Ouch!

Jasón le había lanzado una patada a su indiscreta hermana gemela por debajo de la mesa. Cuando la joven lo miró, él sacudió la cabeza, sugiriéndole que no continuara hablando. Helena notó una oleada de calor que le enrojeció el rostro, aunque no podía explicárselo. No había hecho nada de lo que pudiera avergonzarse.

—Hace un momento has dicho «esa casta», como si estuviera relacionado con más de una —señaló Lucas sin levantar la vista del suelo.

—Así es —espetó Helena mirando a cualquiera antes que a Lucas—. Orión es el patriarca de la casta de Roma, pero también es el heredero de la casta de Atenas.

De repente, varias conversaciones cruzadas se mezclaron en la biblioteca.

Al parecer, Orión era el primer vástago de la historia en heredar dos castas, lo cual tenía bastante sentido para Helena teniendo en cuenta que las furias se esmeraban una barbaridad en mantener las castas separadas.

Entre tanta agitación, Helena logró hilar distintos fragmentos de la conversación y comprendió que existía una especie de profecía que afectaba a Orión y que, por lo visto, no era buena.

—¡Esperad! —interrumpió Helena al escucharles hablar de Orión de un modo que le desagradaba—. ¿Alguien puede explicarme que está pasando?

—No hay mucho que explicar —dijo la pequeña de los Delos—. Antes de la devastadora guerra de Troya, Cassandra de Troya pronunció una profecía.

Anticipó que habría un «heredero múltiple» y creemos que se refiere a un

vástago que hereda más de una casta. Este heredero múltiple o «el cántaro donde se ha mezclado la sangre de un vástago real», para ser más exactos, forma parte de una trinidad de vástagos cuyo cometido es sustituir a los tres grandes dioses, Zeus, Poseidón y Hades. Los tres vástagos gobernarán los cielos, los océanos y el mundo de los muertos si consiguen derrocar a los dioses para arrebatarles el trono, claro está. La mera existencia de un heredero múltiple es el indicio que nos hace creer que todo está a punto de empezar. El fin de los tiempos.

—Se le conoce con el sobrenombre de Tirano —dijo Lucas en voz baja, y todas las miradas se clavaron en él—. Algunos le describen como un ser «nacido del resentimiento» y muchos asumen que es capaz de «reducir todas las ciudades mortales a escombros»

—¿Como un vástago anticristo? —murmuró Claire a Jasón.

Sin embargo, reinaba tal silencio en la biblioteca de los Delos que todos pudieron oír la pregunta desesperada.

—No, querida, no es exactamente lo mismo —dijo Palas con dulzura mientras le apretaba la mano—. Para nosotros, el fin de los tiempos es el día en que los vástagos tendremos la oportunidad de luchar por nuestra inmortalidad. No tiene nada que ver con el fin del mundo que tú conoces.

Dicho esto, si la batalla final no resulta como esperamos, la mayoría de los mortales no sobrevivirían a ella. La llegada del Tirano es una de las señales que indican que todo está a punto de empezar.

—La profecía anuncia que todas las decisiones que tome el Tirano antes de la batalla final pueden decidir los destinos de los dioses, vástagos y mortales. Eso es realmente todo lo que sabemos —añadió Cástor.

—No olvidéis que esta leyenda es solo un fragmento de una profecía larga y muy compleja. La mayor parte del texto se ha perdido —explicó Ariadna a Helena, Matt y Claire—. Y, a decir verdad, existe el debate de si los fragmentos que poseemos deben leerse al pie de la letra o, todo lo contrario, si deben interpretarse como versos de un poema como en la *Ilíada*.

—Así que esta profecía de la que habláis podría no ser más que un puñado de palabras bonitas; sin embargo, no habéis tardado ni un segundo en afirmar que Orión es el tal Tirano —dijo Helena sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Al ver que nadie abría la boca para negarlo, continuó—:

Es muy injusto.

Lucas se encogió de hombros y masculló algo entre dientes, pero no despegó los ojos del suelo. El resto de los miembros del clan Delos intercambiaron miradas, pero no pronunciaron palabra. Helena miró uno a uno a los ojos y, al final, dejó caer las manos, frustrada por lo que estaba ocurriendo.

—No le conocéis —anunció en tono defensivo a todos los presentes.

—Tú tampoco —refutó Lucas con severidad.

Por primera vez en una semana, las miradas de Helena y Lucas se cruzaron. Pero la del chico era tan intensa y penetrante que Helena se quedó sin aire en los pulmones. Se produjo un momento tenso y todos se pusieron alerta, vigilando el próximo movimiento de Lucas. Al fin, el joven bajó la mirada.

—Pero él no es así —añadió Helena con un susurro apenas audible mientras negaba con la cabeza—. Orión jamás podría ser un tirano. Es una persona dulce y, en fin, muy compasiva.

—Hades también es así —intercedió Cassandra, como si estuviera hablando de un amigo al que perdió hace mucho tiempo—. De todos los dioses, es el más misericordioso. Al fin y al cabo, su tarea es estar a tu lado cuando tu vida pasa como un relámpago ante tus ojos. Quizá la clemencia de Orión le convierte en el sustituto idóneo de Hades.

Helena no tenía la menor idea de cómo rebatírselo, pero en lo más profundo de su corazón sabía que Cassandra se equivocaba al comparar a Orión con Hades, o al llamarle tirano. Era un chico lleno de vitalidad y optimismo, incluso había logrado hacerla reír en el mismísimo Infierno.

¿Cómo un tipo así podía ser el sucesor de Hades y convertirse en la versión vástago del dios de los muertos? Había una pieza que no encajaba.

—Todavía no hay nada decidido, Helena —dijo Ariadna al ver que ella empezaba a entristecerse—. Si dices que el tal Orión es un buen chico, yo te creo.

—Orión ha tenido que soportar mucho sufrimiento por culpa de las furias y está dispuesto a arriesgar su vida para ayudarme a deshacernos de ellas, para que nadie más padezca lo mismo. Creo que una mala persona jamás haría algo así —insistió Helena.

—Por lo visto lo conoces más de lo que has dicho antes —refunfuñó Lucas.

—Solo he charlado con él un par de veces, pero el tiempo es diferente allí abajo. Me dio la sensación de que fueron días, aunque en el mundo real solo fueran horas. No estoy diciendo que lo sé todo sobre su vida, porque no es así. Pero confió en él.

Helena podía notar las oleadas de fastidio irradiando del cuerpo de Lucas, pero el joven Delos no dijo nada más. En cierto modo, ella habría preferido que se hubiera puesto histérico y empezara a gritarla otra vez. Al menos así sabría lo que estaba pensando.

—Entonces esperemos que tengas razón, Helena. Por el bien de todos —añadió Cassandra algo pensativa.

La menor de los Delos se levantó del sillón y se encaminó hacia los pergaminos, un gesto muy discreto que interpretaba como una sugerencia de que todo el mundo abandonara la biblioteca. Tras la indirecta, todos se dirigieron a la cocina, y dejaron a Cassandra a solas.

Noel había preparado un pequeño banquete para celebrar la iniciación de los nuevos sacerdotes y sacerdotisas de Apolo desde hacía muchísimos siglos. Helena no pudo ocultar una sonrisa ante tal despliegue. Apreciaba el hecho de que la familia Delos utilizara la comida para todo. Peleas, celebraciones, convalecencias… Cualquier momento decisivo o crucial, o a veces simplemente los domingos por la mañana, merecía un festín por todo lo alto. Así, Noel, convertía aquella casa en un verdadero hogar. Helena sabía que era prima de todos ellos y, por lo tanto, formaba parte de esa familia, pero ya no se sentía bienvenida. Si se quedaba a cenar, Lucas no se sentaría con ellos a la mesa. Así que se quedó rezagada en la puerta de la cocina.

—¡Entra ahí y come algo! —ofreció Claire alegremente.

—¡Ajá! ¿Tan delgada estoy?

—Más delgada todavía.

—No puedo hacerlo, Claire —reconoció con voz quebrada.

—Él ya se ha ido, ¿sabes? Acaba de despegar, pero te entiendo —murmuró Claire encogiéndose de hombros—. Me da rabia que no te quedes para celebrarlo, pero no puedo culparte. Yo tampoco me sentiría cómoda.

—Ha sido muy valiente por tu parte —dijo Helena con tono serio—.

Hace falta tener agallas para unirse al sacerdocio.

—Debería haberlo hecho antes —admitió Claire en voz baja—. Dejo que te pasees sin ayuda por el Infierno unos cuantos días y…, bueno mírate. Lo lamento mucho, Lennie.

—¿Tan mal me ves?

—Sí —afirmó sin rodeos—. Pareces muy triste.

Helena asintió con la cabeza. Sabía que su mejor amiga no quería ser cruel, solo sincera. Le dio a Claire un fuerte abrazo y se escabulló por la puerta trasera antes de que alguien volviera a pedirle que se quedara a cenar. Estaba a punto de alzar el vuelo cuando, de repente, oyó que alguien se acercaba por el jardín.

—Solo prométeme que no le dejarás llevar la batuta por ahí abajo —susurró Lucas.

A pesar de separarlos más de cinco metros de distancia, él se detuvo y Helena se alejó todavía unos metros más. La postura del joven parecía amenazadora, y eso la incomodaba.

—No lo haré —prometió—. Orión no es como tú crees. Ya te lo he dicho, solo pretende ayudarme.

—Sí, claro. Seguro que eso es todo lo que pretende —farfulló manteniendo la voz inalterable y fría—. Puedes coquetear con él todo lo que quieras, pero eres consciente de que no puedes estar con él, ¿verdad?

Helena se quedó atónita.

—No estoy con él —resopló. Le había impactado de tal forma el comentario de Lucas que apenas podía respirar.

—No te olvides que el objetivo es mantener las castas separadas —puntualizó ignorando por completo la negativa de Helena—. Da igual lo encantador que sea el tal Orión, o las veces que te preste su chaqueta; recuerda que es el heredero de dos castas, y tú la heredera de otra. Jamás podréis estar juntos.

—Está bien. Creo que podré resistirme a casarme con él en esa pequeña capilla tan bonita del Infierno. Ya me entiendes, la que está justo al lado del hoyo purulento de cadáveres —dijo, enfadada. Ansiaba gritarle a pleno pulmón, pero al fin logró mantener la calma sin alterar la voz—. ¡Esto es ridículo! ¿Por qué me dices todo esto?

—Porque no quiero que un bomboncito romano de tres al cuarto te distraiga y te desvíe de tu cometido en el Submundo.

—No hables así de Orión —murmuró Helena a modo de advertencia—. Es mi amigo.

Había visto a Lucas enfadarse multitud de veces, pero jamás le había oído descalificar a alguien con tanta crueldad. Al parecer el chico notó su decepción y tuvo que apartar la mirada durante un momento, como si también se sintiera defraudado consigo mismo.

—De acuerdo. Quédate con tu amigo —dijo más calmado—. Pero recuerda cuál es tu cometido. El oráculo afirmó que tú eras la escogida para llevar a cabo esta tarea. No te confundas. Lo que estás intentando hacer en el Submundo es tan difícil que a lo mejor el Tirano ni siquiera tiene que enfrentarse a ti para impedir que lo logres. Quizá lo único que deba hacer es distraerte.

De repente, Helena se hartó de las lecciones de moral de Lucas. No tenía ningún derecho a decirle cómo debía comportarse y, desde luego, no tenía que recordarle, una vez más, cuál era su deber. La muchacha dio un paso hacia él.

—No estoy distraída y sé perfectamente cuál es mi cometido. Pero por mí misma, no estoy llegando a ninguna parte. ¡No tienes la menor idea de cómo me siento allí abajo!

—Te equivocas —susurró incluso antes de que Helena enmudeciera.

Entonces la joven lo recordó todo. Lucas había deambulado por el Submundo la noche en que ambos se desplomaron del cielo. Ahora que estaba más cerca de él, advirtió que sus ojos azules se habían oscurecido.

Su rostro tenía un aspecto más delgado y pálido, como si no hubiera visto el sol en semanas.

—Entonces deberías saber que es casi imposible cruzar ese lugar sin que nadie te ayude —añadió Helena. Tenía una apariencia tan enfermiza que utilizó un tono de voz más suave, pero aun así no se acobardó—. Y Orión me está ayudando, no distrayendo. Ha corrido muchos riesgos para estar ahí por mí, y mi corazón me dice que desea detener a las furias tanto o incluso más que nosotros. No creo que sea ese malvado tirano del que todo el mundo habla. No estoy dispuesta a juzgar a mi amigo basándome en una antigua

profecía que puede que, a lo mejor, no sea más que un puñado de tonterías poéticas.

—Y eso es muy justo por tu parte, Helena, pero no olvides que siempre hay un granito de verdad en las profecías, por mucha poesía que endulce o embellezca el sentido.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Nunca te había oído hablar así! —exclamó ella alzando la voz por primera vez. Le importaba un comino si toda la familia venía corriendo y les veía hablando a solas. Se acercó un paso más a él, y esta vez fue Lucas quien retrocedió.

—¡Te solías reír de todas estas estupideces sobre el «inevitable destino»!

—Exactamente.

No tuvo ni que acabar la frase. Helena sabía que estaba refiriéndose a ellos dos. Notó el escozor de las lágrimas y no vaciló. Lo último que deseaba era emocionarse delante de Lucas, así que, antes de romper a llorar, saltó hacia las estrellas y voló hacia su casa.

Estaba a punto de amanecer. El cielo nocturno empezaba a difuminarse hasta cobrar un azul de medianoche y, en cuestión de minutos, se teñiría de los brillantes colores del alba. Dafne no sabía si aquello era buena o mala señal. Había dejado de tiritar hacía horas, lo cual indicaba que sufría de hipotermia. Los cálidos rayos de sol le ayudarían a entrar en calor, pero a su vez también colaborarían en su ya avanzada deshidratación. Había utilizado casi toda el agua de su cuerpo para generar relámpagos no letales para asustar a Tántalo justo antes de lanzarse a la inmensidad del océano, lo cual había ocurrido hacía más de veintisiete horas.

Cambió de postura sobre los restos flotantes a los que había conseguido agarrarse tras arrojarse desde la ventana. Había descendido en picado más de trescientos metros antes de aterrizar sobre unas olas agitadas y revueltas y golpearse en repetidas ocasiones contra las afiladas rocas del acantilado. El profundo corte que le había rasgado la frente ya se había cerrado y tres de las cuatro costillas que se había fracturado ya estaban soldadas. Sin embargo, hasta que no comiera o bebiera algo no lograría deshacerse del pinchazo que le provocaba la cuarta costilla rota. Todavía tenía la muñeca izquierda partida

por la mitad, pero el suplicio de las costillas la torturaba aún más. Cada respiración, cada vaivén de las olas, parecía que iba a ser el último.

Pero no fue así.

Dafne alzó la cabeza y oteó a su alrededor en busca de tierra firme. La marea estaba cambiando. Pronto se acercaría a alguna orilla, como había sucedido la mañana anterior. Tenía la esperanza de que los guardias de Tántalo hubieran abandonado su búsqueda en la playa y confiaba en que el mar la hubiera arrastrado lo bastante lejos para poder soltar su patética red de pesca de espuma de polietileno unida con ramitas y así navegar hasta la orilla. Era consciente de que no podría aguantar mucho más en el agua. La balsa de desechos empezaba a hundirse. Con guardias o sin ellos, Dafne no tendría más remedio que dirigirse a tierra firme o, de lo contrario, se ahogaría.

Permaneció a ras de la superficie, vigilando la playa cada vez que la marejada lo permitía. Atisbó a un tipo gigantesco corriendo por la orilla a una velocidad tan rápida que el ojo mortal era incapaz de apreciar. Se quitó la ropa hasta la cintura y Dafne apreció unos rizos rubios que, parecían de oro.

Su amado Áyax, hijo del mismo Sol, había venido junto con el alba para rescatarla.

Dafne trató de gritar de alegría, pero, tras intentarlo, se dio cuenta de que apenas podía resollar, pues tenía la garganta hinchada y dolorida. Al ver a su marido, tan bello, sonrió, a sabiendas de que sangraría porque tenía los labios agrietados. Áyax estaba a punto de cogerla entre sus brazos para sacarla del peligro en que se hallaba. Como siempre había hecho, hasta que lo asesinaron.

Si Dafne hubiera podido llorar, lo habría hecho desconsoladamente.

Recordó que Áyax estaba muerto y le dolió tanto como cuando se enteró.

¿Para qué luchar tanto para no perder la vida si su amado la estaba esperando a orillas del río Estigio? Relajó su cuerpo malherido sin dejar de mirar a los ojos a aquella copia tan perfecta de su marido.

Las piernas musculosas del desconocido golpeaban el agua, resistiendo así al arrastre del oleaje. Deslizándose bajo la superficie, Dafne advirtió que coleaba como un pez entre las olas. Al sumergir los oídos, distinguió la voz de Héctor, hijo de Palas, gritándole al mar para pedirle que sostuviera su cuerpo, ya rendido y entregado a la muerte.

Dafne inclinó ligeramente la cabeza hacia el cielo y, casi atragantándose, tomó aire. Sintió un escozor indescriptible causado sal marina que había llegado hasta los pulmones cuando trató de articular las palabras «esbirro» y «Helena», aunque no logró emitir sonido alguno. Lo único que podía ver era la expresión de angustia de Héctor. Después de resistir tanto, Dafne al fin perdió el conocimiento.

Capítulo 7

Helena no coincidió con Orión en el Submundo durante varios días.

Descendía cada noche, lo quisiera o no, así que le aconsejó que no perdiera más el tiempo allí abajo hasta haber diseñado un plan.

«Por ahora es mejor que vaya sola —escribió mientras Claire conducía—. Después de todo, los monstruos creen que eres delicioso.» «Monstruos listos. Soy sabroso.» «¿Quién lo dice?» «¿No me crees? Compruébalo.»

«¿Ah, sí? ¿Cómo?» «Muérdeme.»

Helena se echó a reír a carcajadas. Claire la miró de reojo mientras atravesaban el aparcamiento del instituto.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó.

—Nada importante —murmuró como respuesta mientras escondía el teléfono en la mochila.

Orión y Helena estuvieron enviándose mensajes toda la mañana haciendo bromas sobre lo agotador que resultaba llevar una doble vida. A Helena le daba la sensación de que el joven estaba incluso demasiado aliviado por descansar unos días del Infierno.

«Tampoco haces falta que des saltos de alegría por NO verme esta noche, ¿sabes?», tecleó un tanto malhumorada de camino a la cafetería. «NO estoy contento por no verte. No contento pq tengo que estudiar. No puedo pagar la matrícula sin becas y mi culo no tendrá adónde ir. Malas notas = Orión sin techo :-(», le respondió.

Helena releyó el mensaje varias veces con el ceño fruncido. Estaba convencida de que había incluido la cara triste al final para restarle importancia a lo que había escrito, pero no había funcionado. La joven se quedó unos segundos petrificada al imaginarse cómo debía ser no tener otro

sitio donde vivir, excepto el internado.

«¿Dónde vas en verano? ¿Y en Navidades? ¿Te quedas solo en la residencia?» El chico respondió después de un rato: «Oh, vaya. Es un berenjenal… En verano, trabajo. En Navidades, me ofrezco voluntario».

«¿Y cuando eras un niño? ¿Cuándo tenías solo 10 años? —preguntó ella, que se acordó que Orión le había confesado que llevaba apañándoselas él solito desde esa edad—. Es imposible que tuvieras un trabajo tan joven.»

«No en este país. Mira, déjalo, ¿vale? M voy a clase.»

—¿Helena? —la llamó Matt conteniendo una sonrisa—. ¿Vas a estar enviándote mensajitos con Orión durante todo el almuerzo?

—Lo siento —se disculpó con gesto adusto. Apartó el teléfono sin dejar de darle vueltas a qué país se estaría refiriendo Orión. Le imaginó como un crío, trabajando en alguna horrorosa fábrica explotadora que consentía el trabajo infantil y empezó a sentirse indignada.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros? —preguntó Ariadna—. Pareces disgustada.

—No. Todo está bien —respondió Helena tan alegremente como pudo.

Todos la miraron con escepticismo, como si no la creyeran, pero no quería contarles de qué iba el asunto. Era privado.

Esa misma noche, Orión le escribió: «Buena suerte en el Submundo», pero envió el mensaje tan tarde que Helena no pudo leerlo hasta la mañana siguiente. Era obvio que la estaba esquivando, seguramente porque no quería volver a hablar sobre su infancia. Helena decidió dejar pasar el tema hasta que Orión confiara más en ella. Lo último que quería era presionarle para conocer el resto de la historia y, a decir verdad, le sorprendió descubrir que no le importaba esperar. Tenía que esforzarse un poco más para ganarse su confianza. ¿Y qué? El esfuerzo merecía la pena.

—¿Es Orión? —preguntó Claire arrugando la frente al ver cómo Helena brincaba para sacar su teléfono móvil.

—Dice que ha encontrado, algo —contestó Helena, ignorando por completo la inquietud de su mejor amiga.

Claire le lanzó una mirada de preocupación y ella hizo como si nada,

confiando en que su amiga de la infancia lo dejara correr. No tenía energía para entrar en el debate de «¿este tío te cae bien, o te gusta?» y someterse al interrogatorio de Claire, y menos aun cuando había tanto en juego.

—¿Y de qué se trata? —quiso saber Cassandra.

—Un pergamino del diario privado de Marco Antonio que habla sobre la vida después de la muerte. Me pregunta si quieres que te lo escanee y te lo envíe por correo electrónico.

Cassandra se frotó los ojos. Se habían encerrado en la biblioteca de los Delos cada día después de clases, tres noches seguidas sin dormir, en busca de alguna pista que los ayudara a diseñar una estrategia y, hasta el momento, no habían descubierto nada nuevo.

—Espera, ¿Marco Antonio? ¿El mismo Marco Antonio de Cleopatra? —preguntó Ariadna con los ojos haciéndole chiribitas—. Era una estirada.

Helena estaba de acuerdo. No pudo reprimir una sonrisa. Le hizo la pregunta a Orión y leyó su respuesta en silencio.

—Sí, lo mismo cree el romano. Supongo que es pariente de la familia de los primos de su madre. Parece muy enrevesado, ya lo sé, pero si investigamos un poco en el árbol genealógico de Orión descubriremos que la madre de Orión estaba emparentada con Marco Antonio y Julio César.

—Claro, pero documéntate un poco más y averiguarás que tú y yo seguramente también podríamos ser familia suya, Len —añadió Claire con sarcasmo.

Claire se peinó su cabellera negra azabache para resaltar lo genéticamente distintas que eran las dos amigas.

—¡Ja! Nunca lo había mirado así, pero lo más probable que tengas razón, Risitas —musitó Helena.

De repente, una idea inquietante empezó a formarse en su mente, pero Cassandra la interrumpió.

—Helena, dile a Orión que no se moleste. Marco Antonio ansiaba convertirse en faraón, así que solo se habría interesado en la vida después de la muerte según los egipcios —murmuró, claramente decepcionada.

Helena empezó a teclear la respuesta de Cassandra, añadiendo un «gracias» que la menor de los Delos había omitido de forma manifiesta.

—Espera un segundo, Len —cortó Matt antes de que pudiera enviarlo—.

Que la información de Orión proceda de una cultura distinta no significa que sea incorrecta.

—Estoy de acuerdo con Matt —agregó Jasón despertándose del estupor de su estudio—. Los egipcios estaban obsesionados con la vida después de la muerte. Es posible que supieran más sobre el Submundo que los griegos.

Podrían ofreceros la información exacta que Helena necesita para navegar por ahí abajo. Al menos, podríamos echarle un vistazo, aunque no seamos del todo imparciales y confiemos más en los griegos.

—¡Claro que sí! ¡Seguramente los egipcios trazaron un mapa tridimensional que plasmaba la totalidad del Submundo con contraseñas mágicas! —replicó Cassandra con tono irónico a medida que su decepción iba en aumento—. Pero Marco Antonio era un invasor romano. ¡Un sacerdote egipcio que poseyera el nivel de conocimiento que Helena necesita habría muerto antes de desvelarle a un conquistador uno de los secretos sagrados del Submundo!

Todos sabían que Cassandra les estaba recordando que se esperaba la misma devoción de los nuevos sacerdotes y sacerdotisas de Apolo que ella misma había iniciado. Jasón y Ariadna se habían criado para cumplir este tipo de expectativas. Matt y Claire, sin embargo, se tomaron unos instantes para meditar. Helena se dio cuenta de que sus dos mejores amigos intercambiaban miradas de preocupación y, al ver cómo se armaban de valor para afrontar tales exigencias, no pudo evitar sentirse orgullosa de ellos.

Helena echó una ojeada a la biblioteca, felicitándose en silencio por tener dos amigos tan maravillosos, cuando súbitamente se topó con la expresión de Jasón. El joven miraba a Claire como si acabara de anularse la Navidad. Al percatarse de que Helena le contemplaba, desvió enseguida la mirada hacia el suelo, pero seguía pálido como la pared.

—Lo que verdaderamente necesitamos son las profecías perdidas —murmuró Cassandra mientras andaba de un lado a otro de la biblioteca.

—¿Acaso no las convertiría en las profecías «encontradas»? —bromeó Matt.

—De acuerdo, ya lo pregunto yo —dijo Claire haciendo caso omiso al juego de palabras sin gracia de Matt—: ¿qué son las profecías perdidas?

—Son un misterio —respondió Jasón negando con la cabeza—. En teoría,

se trata de una colección de profecías de Troya anticipadas por Cassandra antes y durante los diez años que duró esa guerra. Pero nadie sabe qué contienen.

—Vaya. ¿Cómo se perdieron? —preguntó Claire.

—Apolo maldijo a Cassandra de Troya. La condenó a vaticinar todos los hechos con una claridad perfecta, lo cual no es cosa fácil, por cierto y a que nadie creyera ninguna de sus profecías —especificó Cassandra algo distraída.

Helena recordó la leyenda, aunque era una pequeña parte de la *Ilíada*.

Apolo se enamoró de Cassandra de Troya justo antes del inicio de la guerra.

Cuando la joven le confesó que preferiría permanecer virgen, rechazando así sus insinuaciones, el dios la condenó. El mayor memo de la historia.

—Por culpa de la maldición de Apolo, Cassandra fue tratada como una loca. Los sacerdotes siguieron escribiendo todas sus predicciones durante la guerra, pero jamás creyeron que fueran datos importantes. La mayor parte de estos registros se extraviaron y solo sobrevivieron algunos fragmentos —contó Ariadna con aspecto abatido, como si sus ancestros la avergonzaran—. Por ese motivo todas las profecías sobre el Tirano son poco consistentes. Ningún vástago moderno ha sido capaz de hallarlas.

—Qué vergüenza —dijo Matt con tono misterioso—. Me pregunto en cuántas ocasiones los dioses se han librado de un castigo criminal solo porque tenían el poder.

De repente, Ariadna se volvió hacia Matt al oírle hablar de un modo tan mordaz y duro. Le sorprendió que pudiera ser tan vehemente, aunque ya había visto ese lado del chico antes. Desde pequeño, sentía una especie de fobia hacia todos los tipos duros que se pavoneaban de su fuerza. De hecho, precisamente por esa razón quería ser abogado. Matt siempre había opinado que las personas más poderosas deberían proteger a los débiles, y no machacarlos ni aprovecharse de ellos. Helena veía cómo la misma ira infantil contra las injusticias hervía otra vez en su amigo al pensar que Apolo había condenado a una inocente jovencita por el simple hecho de negarse a acostarse con él.

Debía admitir que Matt tenía razón. En muchas ocasiones, los dioses se comportaban como fanfarrones que se creían por encima del bien y el mal.

La joven Hamilton no entendía cómo los humanos los habían adorado y venerado hasta tal punto. Mientras trataba de explicárselo, su teléfono volvió a vibrar.

—Orión cree que el diario es una apuesta arriesgada, porque es bastante ridículo —leyó Helena en voz alta. Se destornilló de la risa al leer el siguiente mensaje—: Acaba de llamar a Marco Antonio «maldito soplagaitas».

—¿Oh, de veras? Qué lástima —protestó Ariadna algo decepcionada mientras batía sus larguísimas pestañas—. Antonio siempre me ha parecido muy romántico en sus escritos.

—Shakespeare puede hacer que cualquiera parezca bueno —dijo Matt.

El joven no escondió una amplia sonrisa al ver que el incipiente rechazo de Ariadna por un tipo muerto se había esfumado en un segundo. Se giró hacia Helena y dijo:

—¿Sabes?, me alegro de volver a verte reír, Lennie.

—Bueno, es viernes por la noche. Y he pensado, ¿qué demonios? —bromeó Helena, pero a nadie le pareció gracioso el comentario. Todos, menos Cassandra, la miraban fijamente expectantes—. ¿Qué? —rogó al final, cuando el silencio era insoportable.

—Nada —respondió Claire, un poco molesta.

La chica se puso en pie y se desperezó, indicando así que, por lo que a ella respectaba, la noche ya había acabado. Siguiendo su ejemplo, Cassandra abandonó la sala sin despedirse siquiera. Los demás se levantaron y empezaron a recoger sus cosas sin musitar palabra.

—¿Te apetece quedarte y vemos una película? —le prepuso Jasón a Claire con optimismo. Miró a su alrededor para incluir a todos los presentes en su invitación—. Vamos, es viernes.

Matt miró de reojo a Ariadna. La muchacha sonrió, pidiéndole así que se quedara y después todos clavaron su mirada en Helena. No quería irse sola a casa, pero sabía que no soportaría estar sentada en una sala a oscuras con dos parejitas cargadas de hormonas.

—Caería rendida antes de sacar las palomitas del microondas —mintió Helena, que fingió una risita—. Pasadlo bien, chicos; yo creo que debería descansar un poco.

Nadie discutió su decisión ni intentó convencerla para que se quedara. Al

salir al jardín, Helena se preguntó si sus amigos no habían insistido porque sabían que necesitaba dormir o por que preferían estar solos, sin ella. No podía culparlos, si realmente deseaban que se marchara; a ninguna pareja le gusta tener alrededor a alguien que aguante la vela, y menos si le han roto el corazón.

Aspiró una bocanada de aire fresco con aroma a otoño y se volvió hacia la bóveda nocturna con la intención de alzar el vuelo. De repente, las tres estrellas titilantes que formaban el cinturón de Orión le llamaron la atención y, sonriendo a la constelación, dijo «Hola», en silencio.

Sintió el irreprimible impulso de ir a casa caminando en vez de volar.

Estaba lejos, casi al otro extremo de la isla desde Siasconset, pero últimamente se había acostumbrado a deambular en la oscuridad durante horas. Con las manos en los bolsillos, empezó a avanzar por la carretera sin pensárselo dos veces. Echando un fugaz vistazo al cielo estrellado, se dio cuenta de que lo que en verdad quería era estar junto a Orión, aunque este Orión fuera tan solo un puñado de estrellas. Le echaba de menos.

Tras recorrer la mitad de la calle Milestone, Helena empezó a plantearse si algún vecino podría tomarla por loca al verla pasear por una carretera que atravesaba el oscuro interior de la isla a altas horas de la madrugada cuando, de repente, su teléfono vibró. En la pantalla no aparecía el teléfono, sino la palabra «Desconocido». Durante un segundo creyó que podría ser Orión, así que contesto rápidamente la llamada con la esperanza de que fuera él. Al reconocer la voz de Héctor al otro lado de la línea, se quedó tan alucinada que apenas logró articular un saludo.

—¿Helena? Cierra el pico y escúchame —dijo con su ya habitual franqueza—. ¿Dónde estás?

—Bueno, ahora mismo estoy caminando hacia casa. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó más curiosa que ofendida por el tono hosco de Héctor.

—¿Caminando? ¿Desde dónde?

—Desde tu casa. Desde tu antigua casa, quiero decir —aclaró mordiéndose el labio, confiando en no haber dicho nada estúpido.

—¿Y por qué no estás volando? —chilló.

—Porque he preferido dar un… Espera, ¿qué diablos ocurre?

Sin dar muchos detalles, Héctor le contó como Dafne se había enfrentado

a Tántalo, sin olvidar que había estado más de un día herida y perdida en medio del océano. Le contó que había tardado casi tres días en recuperarse lo suficiente para poder explicarle que había un esbirro acechando en el jardín de Helena.

La joven sabía que debía preocuparse por el estado de saludo de su madre, pero al escuchar la palabra «esbirro» tuvo que interrumpir a Héctor para preguntarle qué era.

—¿Por casualidad has leído la *Ilíada*? Seguro que no, ¿verdad? —la reprendió Héctor alzando otra vez el volumen de su voz.

Helena podía imaginarse la cara de Héctor, morada por la frustración.

—¡Claro que la he leído! —protestó.

Héctor soltó varias palabrotas y después, con suma sinceridad, le explicó que los esbirros son los guerreros de élite que lucharon junto a Aquiles durante la guerra de Troya. Ahora Helena lo comprendió todo. El espeluznante pelotón de soldados que apoyó a Aquiles le resultaba más que familiar, pero era la primera vez que escuchaba la palabra correctamente pronunciada. Los esbirros no eran seres humanos sino «hormigas» que Zeus transformó en hombres.

—¡El tipo asqueroso que nos atacó en la concentración de atletismo! —exclamó Helena tapándose la boca con la mano. Por fin reprendió por qué el líder del grupo, el capitán adivinó entonces, le había inquietado tanto. Porque no era un ser humano—. Creí que las hormigas soldado eran mujeres —añadió Helena algo confundida.

—Ya, y yo creía que las hormigas eran hormigas, y los humanos, humanos —añadió Héctor con cierta ironía—. No te dejes engañar, Helena. Esa criatura no es un ser humano y, sin duda alguna, carece de sentimientos humanos. Sin mencionar el hecho de que es increíblemente fuerte y cuenta con miles de años de experiencia en guerras.

La muchacha recordó un documental de televisión sobre las hormigas. Podían caminar durante días, llevar cargas de cien veces su propio peso, y algunas de ellas eran sorprendentemente agresivas.

Echó un fugaz vistazo a ambos extremos de la calle, sumida en una inmensa oscuridad. De repente deseó que Héctor estuviera allí, junto a ella, a pesar de ser un incordio gruñón el noventa por ciento del tiempo. Anhelaba

haberle prestado más atención cuando le asestó varios puñetazos en la cara. Al menos así a estas alturas sabría defenderse.

—¿Y qué hago? —preguntó mirando a su alrededor, rastreando cada rincón oscuro.

—Alzo el vuelo. Esa criatura no puede volar. Helena, en el cielo estarás más a salvo. A partir de ahora, cuando estés en peligro, recuérdalo, ¿de acuerdo? —la aleccionó—. Regresa a mi casa y cuéntale a mi familia lo que te he explicado. Después quédate allí con Ariadna. Ella te mantendrá sana y salva. Lucas y Jasón buscarán el nido de la bestia en tu jardín. Con toda seguridad, mi padre y mi tío tendrán que viajar hasta Nueva York para presentar este peliagudo asunto ante los Cien Primos. Entonces Cassandra será la encargada de tomar las decisiones. No debes preocuparte.

Como el gran general que siempre había sido, Héctor era capaz de planear cada momento de una confrontación. Sin embargo, a Helena no le pareció muy convincente al prometerle que estaba segura.

—Este esbirro te asusta, ¿verdad?

Que a Héctor le asustara aquella bestia aterrorizaba a Helena más que la carretera vacía que se extendía frente a ella. Entonces le oyó suspirar.

—Los vástagos han utilizado a los esbirros como asesinos a sueldo durante miles de años. Aparte de la casta de Roma, que se rige según una laguna jurídica en lo que respecta al asesinato familiar, si un vástago ansía matar a un familiar sin ser nombrado un paria, siempre recurre a un esbirro. Por supuesto, a nadie le gusta hablar sobre este tema. Los esbirros forman parte de nuestro universo, y cabe reconocer que no todos son asesinos deshonrosos. Aunque muchos sí. Utilizar una criatura como esta para espiar a tu propia familia es como una bandera roja; indica que alguien está a punto de ser asesinado; por lo tanto mi padre y mi tío tienen el derecho a convocar una reunión formal a puerta cerrada con los Cien Primos. Este tipo de reunión se denomina cónclave.

—Pero eso es bueno, ¿verdad? —preguntó Helena, algo nerviosa—. Cástor y Palas pueden convocar este cónclave y solucionarlo, ¿no?

—Solo si pueden demostrar que eres hija de Áyax y que formas parte de nuestra familia, los Cien Primos obligarán a Tántalo a deshacerse del esbirro. Si no lo consiguen, bueno, entonces para ellos no serás más que un miembro

de la casta de Atreo y, por lo tanto, un objetivo por eliminar.

Pero no sé qué harán. No estoy allí, ¿sabes? —comentó. A Helena le dio la sensación de que Héctor se lamentaba por no estar allí y, en cierto modo, trataba de disculparse por dejarla sola a sabiendas de que corría un grave peligro. Pero Héctor estaba en el exilio. Antes de que pudiera rebatírselo, Héctor continuó—: Haz exactamente lo que te he pedido, y así estaré más tranquilo. ¿Lo has entendido?

—Si —prometió, sintiéndose un poco culpable, pues sabía que no podría mantener la promesa.

Charlaron brevemente sobre Dafne, aunque Héctor no estaba dispuesto a desvelarle dónde estaban. Le aseguró que su madre se recuperaría del todo y juró que volvería a ponerse en contacto con ella cuando pudiera.

Tras colgar el teléfono, Helena sobrevoló la isla para localizar el «nido» ella sola. Al menos, quería ubicarlo y asegurarse de que su padre estaba bien.

Además, quería ser ella quien decidiera si era peligroso o no. Ya no tenía cinco años. Era lo bastante madura y competente como para analizar la situación y decidir, por sí misma, si valía la pena lanzar la voz de alarma.

Además, no estaba del todo indefensa o desamparada. Tenía el cesto, que la protegería de cualquier daño, y podía lanzar un relámpago capaz de eliminar al contrincante si se ponía gallito. Si un hombre-hormiga se acercaba a Jerry o a ella, lo carbonizaría antes de inventarse una excusa para explicárselo a su padre.

Tras registrar al vecindario de cabo a rabo desde el cielo, Helena imaginó el nido como una estructura de telaraña y, por alguna razón, asumió que sería pegajoso. Pero no observó nada extraño que llamara su atención.

Estaba a punto de rendirse cuando, de repente, se fijó en que junto a la pared de la casa vecina, medio oculto tras un gigantesco rododendro, se acurrucaba lo que parecía un diminuto bulto, como si la madera de la pared estuviera un poquito inflada por la humedad.

Era tan sutil y discreto que, como era evidente, sus vecinos mortales jamás podrían haberlo advertido. El nido estaba perfectamente camuflado y podía confundirse con un pedazo de madera que cubría la pared, de la misma textura y color. El esbirro incluso había enmascarado el bulto dejando un espacio entre las falsas tablillas para crear una ilusión óptica.

Helena observó el nido durante unos instantes, notando su propio pulso en los oídos y esperando a que realizara algún movimiento. Al no percibir el más débil sonido de un ocupante respirando en el interior, decidió que era seguro echarle un vistazo más de cerca. Se frotó las sudorosas palmas de la mano con el pantalón y, armándose de valor, se repitió que ya no era un bebé y se aproximó al nido. Estaba hecho de alguna especie de material parecido al cemento y contenía incontables mirillas. Tal y como había sospechado, la mayoría de los agujeritos apuntaban directamente a su casa. Desde aquel ángulo incluso podía vislumbrar el interior de su habitación.

Al imaginarse a un insecto gigante espiándola mientras se cambiaba de ropa, un escalofrío le recorrió la espalda. Y, justo en ese instante, oyó un ruido sospechoso.

Se elevó de nuevo hasta alcanzar a una altura segura. Como una flecha volando al revés, ganó altitud sin apartar la mirada del suelo, tratando de averiguar de dónde provenía aquel ruido. Entre los arbustos del jardín de su vecino distinguió el mismo rostro esquelético y los mismos ojos saltones de color rubí que había visto en el bosque. La criatura movía la cabeza tan rápido que a Helena le resultaba imposible registrar cada movimiento, como si en lugar de un cuello tuviera una suerte de pedúnculo. Y ese ligero pero asombroso movimiento bastó para perder los nervios. Sobrevoló la isla hasta aterrizar en el inmenso jardín de los Delos.

Caminando a toda prisa hacia la puerta principal, reparó en lo tarde que era. Todos se habían ido a dormir. Asomó la cabeza por las silenciosas ventanas de la planta baja sin dejar de moverse, inquieta. Le parecía poco apropiado llamar al timbre y despertar a toda la casa a las dos de la madrugada. Al final y al cabo, no corría un peligro inminente. Según Héctor, el esbirro llevaba espiándola desde hacía semana y, sin embargo, no había intentado atacarla. Helena no sabía si debía regresar a su casa, enfrentarse al esbirro sola y explicar toda la historia a sus primos por la mañana.

Entonces oyó un ruido sordo detrás de ella y, con el corazón en la garganta, se dio media vuelta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Lucas en un susurro rasgado mientras recuperaba el estado de gravidez de su cuerpo. De inmediato, tras posar los pies en el suelo, se dirigió hacia ella con contundencia. Su

expresión se convirtió en una máscara de sorpresa al percatarse del estado de ansiedad de Helena. Por el modo en que inspeccionaba los alrededores, retorciéndose las manos, sabía que no tenía nada que ver con él—. ¿Qué ha ocurrido?

—Yo… —empezó jadeando. Y entonces, una idea inquietante la distrajo —. ¿Ahora llegas a casa? ¿Dónde estabas?

—Por ahí —respondió lacónicamente.

Lucas avanzó varios pasos hacia ella. Solo se detuvo cuando estuvo lo bastante cerca de Helena como para obligarla a levantar la cabeza para mirarle a los ojos. Sin embargo, ella se negó a dar su brazo a torcer. No estaba dispuesta a seguir temiendo las reacciones de Lucas.

—Primero responde a mi pregunta: ¿qué te ha pasado?

—Me ha llamado Héctor. Dafne ha descubierto que Tántalo envió un esbirro para vigilarme. Esa cosa acaba de pillarme fisgoneando su nido hace como… dos segundos.

Sin previo aviso, Lucas cogió a Helena por la cintura y la lanzó hacia los aires. La muchacha se liberó de su gravedad como acto reflejo y ascendió diez, veinte e incluso treinta metros gracias a la propulsión de Lucas. El joven pasó como un cohete junto a ella y la agarró de la mano. Arrastró el cuerpo de Helena a una velocidad inmensurable. Incluso se le taparon los oídos por la presión de la bomba minisónica que ambos habían creado.

—¿Dónde está el nido? ¿Cerca de mi casa? —gritó frenéticamente entre las oleadas de viento.

—En casa de mi vecino. Lucas, ¡para! —ordenó Helena. Tenía miedo, pero no de él, sino de la velocidad a la que iban.

Por fin Lucas empezó a aminorar la marcha y se puso delante de ella, aunque sin soltarle la mano ni un segundo. La miró discretamente a los ojos en busca de una mentira.

—¿Te ha clavado el aguijón?

—No.

—¿Héctor te pidió que rastrearas el nido sola? —Pronunció las palabras tan rápido que la muchacha apenas tuvo tiempo para procesar lo que había dicho.

De forma inesperada, empezó a notar un insoportable dolor de cabeza y la

vista se le nubló. Habían alcanzado tanta altura que el aire era peligrosamente delgado. Ni siquiera los semidioses podían sobrevivir en el espacio. Lucas la había llevado al límite.

—Héctor me dijo que no me acercara…, pero quería verlo con mis propios ojos antes de que cundiera el pánico. Lucas, ¡tenemos que descender! —suplicó.

Lucas bajó la mirada al pecho de Helena y descubrió que se hinchaba demasiado, como si le costara inspirar el oxígeno necesario. Se arrimó todavía más a ella y Helena notó cómo compartía la pizca de aire que le envolvía con ella. Una ráfaga de oxígeno le acarició con suavidad las mejillas. Inhaló hondamente y enseguida se sintió mucho mejor.

—Podemos reunir más aire respirable, pero antes debes relajarte —aconsejó Lucas, que por lo visto volvía a ser el mismo de siempre.

—¿A qué altura estamos? —preguntó Helena mirándole fijamente. La repentina amabilidad de Lucas la había dejado atónita. No sabía qué más decir.

—Mira hacia abajo, Helena.

Abrumada, siguió las indicaciones de Lucas y bajó la vista.

Durante un instante, sus cuerpos flotaron ingrávidos por encima de una Tierra que giraba con suma lentitud bajo sus pies. Un cielo más sombrío que la misma noche bordeaba la neblina blanca y azulada de la atmósfera que envolvía el planeta. El silencio y la desolación del espacio solo sirvieron para enfatizar lo hermosa y milagrosa que era su diminuta isla de vida.

Era la imagen más bella que Helena jamás había visto, aunque no podía disfrutar de aquel paisaje del todo. Si alguna vez se atrevía a alcanzar esa altura, siempre recordaría que Lucas la había llevado allí primero. Una vez más, volvían a compartir un instante inolvidable. La joven estaba tan confundida que incluso quería llorar. Lucas le había exigido que le dejara en paz, que se alejara de él.

—¿Para qué te molestas en mostrarme esto? ¿O enseñarme cualquier cosa? —dijo Helena, sin conseguir que no se le trabara la lengua—. Me odias.

—Jamás he dicho eso —respondió con una voz carente de emoción.

—Deberíamos bajar —propuso sin mirarle a la cara. Nada de esto le

parecía justo y no estaba dispuesta a permitir que Lucas jugara con ella de esta manera.

El joven asintió con la cabeza y le agarró la mano con más fuerza. Helena trató de soltarse, pero Lucas se resistió.

—No lo hagas, Helena —amenazó—. Sé que no quieres tocarme pero podrías desmayarte en cualquier momento aquí arriba.

Helena deseaba gritar con todas sus fuerzas que estaba equivocado. De hecho, lo único que quería era tocarle; las ganas la estaban consumiendo por dentro. En ese instante, se imaginó acercándose a él, rozándole el rostro, acariciándole hasta notar la calidez de su piel. Fantaseó con su aroma, abrumándola, acompañando las oleadas de esa calidez. Era consciente de que no debía evocar ese tipo de pensamientos, pero no podía evitarlo. Fuera lo correcto o no, pudiera dejarse llevar o no; eso era lo que verdaderamente deseaba.

Lo que no quería era que jugaran con ella, dándole instrucciones contradictorias porque, al final, ya no sabía cómo debía comportarse.

Además, no tenía idea de cómo se suponía que debía actuar cuando Lucas revoloteaba a su alrededor. Estaba resentida con él por eso, pero, aún peor, estaba decepcionada consigo misma por seguir amándole incluso después de haberla tratado de un modo tan despreciable.

Avergonzada por las ideas que se le estaban ocurriendo, Helena no quiso mirar a Lucas mientras descendían. Cuando notó que podía respirar sin dificultad sin el oxígeno de Lucas, se fijó que estaban sobrevolando una parte muy oscura del contienen. Buscó las redes de iluminación que era capaz de reconocer, como las de Boston, Manhattan o Washington; las encontró en periquete, lo cual la dejó anonadada. Estaban a cientos de kilómetros de distancia.

—¿A qué velocidad vamos? —consultó a Lucas, sobrecogida.

—La verdad es que no he logrado batir la velocidad de la luz… todavía —dijo con un brillo pícaro en los ojos.

Helena se giró hacia él, maravillada al comprobar que Lucas volvía a comportarse como siempre. Eso la confortaba. Ese era el Lucas que había conocido. El joven esbozó una nostálgica sonrisa que enseguida procuró borrar. Sin dejar de mirarla, acercó los labios hacia ella.

Helena no pudo resistirse ante aquella tentación. Sin duda, Lucas era una especie de agujero negro emocional para ella. Sencillamente, su corazón no era capaz de no latir con fuerza siempre que Lucas deambulada cerca de ella. Helena logró zafarse de la mano del joven y aceleró el vuelo para adelante. Necesitaba un momento para recomponerse y reubicarse.

Haciendo un inmenso esfuerzo para concentrarse y tomar el control de la situación, la muchacha desvió la atención hacia el tema que les había llevado hasta el mismísimo espacio. Tenía que mantener la mente ocupada o, de lo contario, estaría perdida.

—Por vuestras reacciones imagino que este esbirro supone un verdadero problema —dijo.

—Sí, y de los grandes, Helena. Los esbirros son más veloces y fueres que los vástagos y, para colmo, no sienten ningún tipo de emoción. Tener a uno de ellos espiándote es un contratiempo que tenemos que solucionar cuando antes. No me di cuenta que estaba ahí —suspiró, como si, en cierto modo, fuera culpa suya.

—¿Cómo podrías haberlo sabido? Hace más de una semana que no nos vemos.

—Vamos.

Lucas empezó a volar en dirección a la Costa Este norteamericana, desoyendo por completo el comentario de la joven.

—Tenemos que volver a casa y explicárselo a mi familia.

Helena asintió. Esta vez decidió llevar las riendas. No se cogieron las manos al descender, pero notaba la presencia de Lucas a su lado, inquietamente cálido y sólido. No dejó de repetirse que todo era producto de su imaginación, que en realidad no estaban sincronizados, pero los hechos demostraban justo lo contrario. Aterrizaron al mismo tiempo, cambiaron de estado y se dirigieron hacia la residencia de los Delos sin romper el paso, como dos gotas de agua.

Lucas abrió la puerta principal, encendió todas las luces del pasillo y empezó a llamar al resto de la familia en voz alta. Instantes más tarde, todos se habían reunido en la cocina para oír a Helena repetir, una vez más, todo lo ocurrido esa noche, exceptuando la pequeña visita al espacio exterior con Lucas.

—Es motivo suficiente para convocar un cónclave —anunció Cástor a su hermano—. Traer a un esbirro a escena podría considerarse como un acto de guerra dentro de la casta.

—¿Han podido ver la cara del esbirro? —preguntó Cassandra.

Helena asintió y procuró no estremecerse al recordar cómo aquella criatura había girado la cabeza, como si fuera un extraterrestre.

—Tenía los ojos rojos —respondió con expresión de asco.

—¿Héctor te dijo el nombre de este esbirro? —quiso saber Palas—. Nos sería de gran ayuda saber a quién nos estamos enfrentando.

—No. Pero se lo puedo preguntar cuando vuelva a llamar —respondió Helena con mucho tacto, pues sabía que el mero hecho de pronunciar el nombre de Héctor entristecería a Palas.

Sabía que el único deseo de Palas era poder hablar con su propio hijo directamente. No era justo que Héctor no pudiera estar allí, con todos ellos, pensó, algo enfadada. Le necesitaban.

Cassandra ordenó a todo el mundo que acudiera a la biblioteca. La pequeña fue directa hacia un libro tan frágil que incluso Cástor y Palas lo habían desmontado para colocar cada página en una cubierta de plástico.

Helena se acercó a Cassandra al mismo tiempo que la menor de los Delos hojeaba la pila de páginas y enseguida reparó en que aquel libro era muy antiguo, tan antiguo como el rey Arturo.

—Se trata de un códice de la época de las Cruzadas —informó Cassandra mientras señalaba una página con una ilustración de un caballero ataviado con una armadura negra. Al igual que el esbirro, tenía los ojos pintados de rojo carmesí y unos rasgos cadavéricos.

—Se parece muchísimo a él —opinó Helena mientras observaba la imagen de detenimiento. Era una obra de arte hermosa, pero no era una fotografía, sino un dibujo. Se encogió de hombros y añadió—: Pero no puedo asegurarte que sea él. ¿Todos los esbirros tienen el mismo aspecto?

—No, algunos poseen una mirada sombría y polifacética, y otros una tez ligeramente colorada. Se rumoreaba que unos pocos tenían antenas escondidas debajo de los cascos de guerra —continuó Cástor con aire pensativo—. Helena, ¿estás segura de que esbirro que viste tenía los ojos rojos?

—Oh, sí, de eso no tengo ninguna duda —contestó procurando ser positiva—. Además le brillaban mucho.

—Automedonte —concluyó Palas mirando a su hermano.

Fue entonces la primera vez que Helena escuchó a Cástor pronunciar una palabrota en inglés, y de las más desagradables, al mostrarse de acuerdo con Palas.

—Tiene sentido —opinó Cassandra—. Ningún vástago se ha jactado de haberle matado.

—Porque nadie puede vencerle —comentó Lucas mirando a Helena, negando con la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo—. Es inmortal.

—De acuerdo, eso es lo que no entiendo —dijo Helena un tanto nerviosa. Buscaba una grieta, una explicación lógica que mejorara la situación y la hiciera parecer un poquito menos nefasta—. Si los esbirros son inmortales, ¿por qué el mundo no está plagado de esas bestias?

—Oh, pueden perecer en la batalla. Y, de hecho, la mayoría de ellos fueron asesinados en algún momento de la historia de la humanidad. Pero Automedonte es distinto de los demás —dijo Ariadna en tono de disculpa—. Existen leyendas de soldados que aseguran haberle cortado la cabeza para después ver cómo el propio Automedonte la recogía del suelo y volvía a colocársela sobre el cuello para continuar luchando.

—Me tomas el pelo —soltó Helena con las cejas arqueadas—. ¿Cómo puede ser? No es un dios. Un segundo, ¿es un dios? —le preguntó a Ariadna.

—No, no es un dios —respondió su hermana pequeña, Cassandra—, aunque existen la remota posibilidad de que comparta sangre con uno. Es solo una conjetura, pero si Automedonte se hermanó con un dios inmortal hace miles de años, antes de que los encerraran para siempre en el Olimpo, Automedonte sería invencible, y nadie podría matarle, ni siquiera en una guerra.

—¿Hermanarse? ¿Hablas en serio? —preguntó Helena, algo incrédula. Se imaginó a dos críos debajo de una casita del árbol pinchándose los dedos con un imperdible.

—Para los vástagos, hermanarse es un rito sagrado y, de hecho es bastante complicado hacerlo fuera de combate —aclaró Jasón con una sonrisa

al comprender la confusión de Helena—. Deber estar dispuesto a morir por alguien, y ese alguien a sacrificar su vida por ti. Y justo cuando os estéis salvando la vida mutuamente, debe producirse un intercambio de sangre.

De inmediato, Helena lanzó una mirada a Lucas. Solo podía pensar en cómo habían conseguido romper la maldición de las furias al estar a punto de morir el uno por el otro. Por la expresión de Lucas, sabía que estaba pensando lo mismo. No habían intercambiado una gota de sangre la noche que se desplomaron desde el cielo, pero se había salvado la vida y eso les había unido por y para siempre.

—No puedes provocarlo, ni tampoco planearlo. Es algo que surge en una situación extrema —puntualizó Lucas—. Y si ambos logran sobrevivir, a veces comparten algunos poderes vástagos. Así que imagínate si uno de ellos es un dios. En teoría, podrías gozar de su inmortalidad.

—Pues no sabéis seguro si ese es el caso de Automedonte —retó Helena —. Cassandra ha dicho que era solo una conjetura.

—Tienes razón, pero las conjeturas de Cassandra suelen ser bastante acertadas —espetó un tanto malhumorado.

—¡No hagas una montaña de un granito de arena! ¡Has estado exagerando desde el primer segundo en que te lo conté! Cuando más lo pienso, más dudo de que esté realmente en peligro —continuó, un tanto a la defensiva.

El rostro de Lucas empalideció de repente.

—¡Basta! —gritó Noel desde el umbral—. Lucas, sube a tu habitación e intenta dormir.

El joven dio varias vueltas por la cocina para contestar a su madre, pero Noel no le dio la oportunidad de iniciar otra riña.

—¡Estoy harta de veros discutir! Estáis tan agotados que lo que decís ha dejado de tener sentido. Helena, vete con Ariadna. Esta noche dormirás aquí.

—No puedo dejar a mi padre solo con esa cosa en el jardín —protestó Helena, dejándose caer sobre el escritorio de Cástor.

Noel tenía razón. Fue como un jarro de agua fría, pero todo aquel campo de minas emocional por el que tenía que navegar cada vez que aparecía Lucas estaba acabando con ella. Estaba exhausta.

—Confía en mí, Helena. Si estás aquí, esa criatura no andará muy lejos.

Sé que te va a costar aceptarlo, pero Kate y tu padre estarán más seguros sí, a partir de ahora, pones un poco de distancia —aconsejó Noel con todo el cariño y tacto que pudo, aunque las palabras eran muy duras—. Lucas, quiero que acompañes a tu padre y a tu tío al Cónclave. Creo que te iría muy bien pasar unos días en Nueva York.

—¡Noel! Todavía no ha cumplido los dieciocho —reprochó Cástor un tanto indignado.

—Pero es el heredero de la casta de Tebas —contrapuso Palas con delicadeza—. Creonte está muerto. Después de Tántalo, tú eres el siguiente en la lista. Y eso convierte a tu hijo mayor en el heredero. Lucas tiene todo el derecho a asistir al Cónclave antes de cumplir la mayoría de edad.

—Tántalo podría tener otro hijo —propuso Cástor, impaciente.

—El paria, marcado por la muerte, no podrá traer más hijos al mundo —citó Cassandra con diversas voces desde una esquina de la sala.

El sonido estremeció a Helena, que sintió un escalofrió por toda la espalda, como si alguien hubiera vertido un hilo de agua helada por el cuello de la camiseta. Todos se volvieron para ver la fantasmagórica aura del oráculo titilar alrededor de la figura de Cassandra, envolviéndola de un espeluznante manto que cambiaba de color, tiñendo su silueta de purpura, azul y verde. De repente, su dulce rostro infantil se transformó en el de una anciana.

—Lucas, hijo del Sol, siempre ha sido el elegido heredero de la casta de Tebas. Y así debe ser —murmuró el oráculo mientras el pequeño cuerpo de Cassandra se convulsionaba.

De repente, el resplandor se apagó y Cassandra reculó varios pasos. Miró a su alrededor con expresión aterrorizada y se abrazó el cuerpo, encogiéndose de miedo ente la ropa. Helena quería mostrarle su apoyo para tranquilizar a la pequeña, pero no podía ignorar el estremecimiento que le sacudía el cuerpo. No podía obligarse a salvar la distancia hasta Cassandra, que seguía asustada en un rincón.

—Todo el mundo a la cama —mandó Noel con voz temblorosa, rompiendo el silencio.

Empujó a todos hacia la puerta y los acorraló junto a las escaleras. La pequeña Cassandra se quedó a solas en la biblioteca. Helena se arrastró hacia

la habitación de invitados y cayó rendida en la cama, sin molestarse antes de desnudarse ni en apartar las sábanas.

Al día siguiente, cuando se despertó, la joven estaba recubierta de cieno seco. Helena se había acostado de tan mal humor que cuando llegó al Submundo apareció hundida en una ciénaga prehistórica, sumergida hasta el cuello. No era la misma fosa de arenas movedizas, lo que representó un tremendo alivio, pero apestaba de idéntico modo. Invirtió todos sus esfuerzos en impedir que el agua pantanosa le entrara en la boca mientras intentaba salir de aquella marisma y, como siempre, estuvo a un tris de ahogarse. Después de una noche de pánico, Helena se despertó más cansada que el día anterior.

Se levantó de la cama y descubrió que llevaba la camiseta medio rota, que tenía el pelo enredado con ramitas y hojas podridas y que había perdido un zapato. Como no podía ser de otro modo, se topó con Lucas de camino al cuarto de baño. El joven se quedó mirándola perplejo durante varios segundos, escudriñando cada parte de su destartalada figura sin moverse, completamente rígido.

—¿Qué? ¿Vas a volverme a gritarme? —desafió Helena, demasiado agotada como para hablarle con más tacto.

—No —susurró—. Estoy harto de pelearme contigo. Es evidente que no sirve de nada.

—¿Entonces, qué?

—No puedo hacerlo —se dijo a sí mismo—. Mi padre está equivocado.

Helena todavía no había procesado las palabras cuando, súbitamente, Lucas abrió la ventana más cercana y, de un brinco, se lanzó hacia el cielo.

Le vio alejarse volando, demasiado exhausta como para sorprenderse.

Continuó caminando hacia el cuarto de baño, dejando un rastro de mugre y barro tras cada pisada. Al fijarse en cómo había ensuciado el pasillo, no quiso ni imaginarse cómo quedaría el baño cuando se desvistiera. La única solución que se le ocurrió en ese instante fue meterse en la ducha vestida. Mientras frotaba la camiseta convertida en jirones con una pastilla de jabón con aroma a limón empezó a partirse de risa. Eran unas carcajadas inestables, que amenazaban en convertirse en sollozos en cualquier momento.

Ariadna llamó a la puerta. Helena se tapó la boca con la mano, pero era

demasiado tarde. Ariadna entendió el silencio de Helena como una señal de que algo estaba sucediendo y entró en el cuarto de baño a empujones.

—¡Helena! ¿Estás…? Oh, vaya.

El tono de voz de Ariadna cambió de preocupado a estupefacto en una milésima de segundo. Advirtió que Helena estaba completamente vestida a través de la mampara de la ducha.

—Vaya, sabes que te has saltado un paso, ¿verdad?

Helena rompió a reír otra vez. La situación era tan absurda que lo único que podía hacer era reírse.

—¿Ni siquiera te has quitado un zapato? —bromeó Ariadna.

—Me he… levantado… ¡con solo uno puesto! —explicó Helena alzando el pie descalzo y señalándolo.

Las dos jovencitas se desternillaban de risa ante el desaliñado aspecto de Helena.

Ariadna la ayudó a limpiar la suciedad más superficial de la ropa y entre las dos arrastraron todas las sábanas hasta el lavadero. Cuando al fin entraron a la cocina para desayunar, todos habían acabado.

—¿Dónde está Lucas? —preguntó Noel mirando ansiosa detrás de Helena.

—Saltó por la ventana —respondió Helena.

Cogió una taza y se sirvió café. Al levantar la cabeza se percató de que todos la miraban con los ojos como platos.

—No estoy de broma. Nos hemos encontrado en el pasillo y, al verme, saltó literalmente por la ventana. ¿Alguien más quiere café?

—¿Te dijo adónde iba? —preguntó Jasón, preocupado.

—No —dijo sin alterar la voz.

Le temblaban las manos, pero, aun así, consiguió verter un poco de leche en la taza y dio un sorbo. En el estado que estaba supuso que un café con leche caliente le calmaría los nervios. Notaba el cuerpo ardiendo y gélido al mismo tiempo.

—¿Helena? ¿Estás enferma? —preguntó Noel arrugando el ceño.

Helena lo negó con la cabeza, un tanto confundida por la pregunta. Era imposible que un vástago contrajera una enfermedad mortal, pero al tocarse la frente notó un sudor frío. En ese instante oyó el motor de un coche

eléctrico que avanzaba por la carretera y aparcó junto a la casa.

—¡Lennie! ¡Trae tu culo y échanos una mano con estos libros! —gritó Claire desde la entrada del garaje.

Helena se asomó por la ventana de la cocina y vio a Claire y a Matt apeándose del coche de su amiga. Agradecida por la interrupción, se encabulló de la mirada inquisitiva de Noel y corrió a ayudarlos.

—Hemos oído que tienes un problema con una hormiga —dijo Claire con una sonrisa mientras cargaba a Helena con un montón de libros.

—Porque eso es exactamente lo que necesito, ¿verdad? —bromeó con pesar—. Más problemas.

—No te preocupes, Len. Nos dividiremos en dos grupos y los abordaremos por partes. Seguro que encontramos una solución —dijo Matt, convencido. Se colocó una mochila repleta de libros sobre la espalda y cerró el maletero de golpe. Mientras se dirigía hacia la casa, rodeó a Helena con el brazo y añadió—. Claire y yo estamos en la lista de los más buscados de PETA por pura casualidad, ¿sabes?

Justo cuando Helena, Claire y Matt estaban a punto de cruzar el umbral de la puerta principal oyeron a Cástor y a Palas despidiéndose y prefirieron quedarse fuera para dejarles unos momentos a solas. Por lo que Helena había entendido, el Cónclave era una especie de reunión de suma importancia y urgencia, como un juicio de la Corte Suprema y una cumbre internacional juntos. Una vez iniciado, no se permitía a nadie abandonar la sala hasta que se tomaba una decisión, de modo que a veces estas reuniones podían durar semanas.

Helena procuró no prestar demasiada atención a los abrazos de despedida, aunque no pudo evitar oír a Cástor arrastrar a Noel a otra habitación para preguntarle si Lucas finalmente los acompañaría o no.

—No sé adónde ha ido. A estas horas podría estar en el Tíbet —respondió Noel, a punto de perder los nervios—. Tenía la esperanza de que pasara con vosotros unas semanas en la Gran Manzana. Así saldría de aquí y tendría la oportunidad de…

—¿La oportunidad de qué? —interrumpió Cástor con voz triste al ver que Noel se quedaba sin argumentos—. Déjale en paz.

—¡Ya le he dejado en paz y es evidente que no sirve para nada en

absoluto! —protestó Noel—. Está siempre enfadado, y creo que la situación está empeorando cada día.

—Lo sé. Nuestro hijo ha cambiado, Noel, y creo que no tenemos más opción que aceptarlo. Confiaba en que solo me odiara a mí, pero al parecer desprecia al mundo entero —admitió Cástor—. Y, si quieres que te sea sincero, no le culpo. ¿Te imaginas que alguien intentara separarnos como yo los he separado a ellos?

—No tenías elección. Son primos hermanos. Y eso no es algo que podamos cambiar —rebatió Noel con rotundidad—. Sin embargo, si tu padre nos hubiera hecho lo que tú a Lucas…

—No sé cómo habría reaccionado —reconoció Cástor como si no quisiera planteárselo.

Helena les oyó darse un beso y, de inmediato, desactivó el oído vástago.

—¡Vayamos a la biblioteca y pongamos manos a la obra! —sugirió en voz alta a sus dos amigos.

Dieron una vuelta a la casa para utilizar la otra entrada. Su mente iba a mil por hora. ¿De verdad Cástor los había separado? Y de ser así, ¿cómo? Pensó en el numerito de la cena y recordó que Lucas estaba tan furioso con Cástor como con ella, o quizás incluso más. ¿Acaso Lucas la había tratado de un modo despreciable porque su padre así se lo había ordenado?

—¿Len? Sabes que te quiero, pero tienes que dejar de desconectar tan a menudo —dijo Claire con una tierna sonrisa.

Helena miró a su alrededor y enseguida se dio cuenta de que se había quedado paralizada en mitad del pasillo que conducía a la biblioteca, como si las piernas no le respondieran.

—¡Lo siento! —se disculpó antes de apresurarse a alcanzar a sus amigos.

Lucas rodeó el museo Getty, un edificio blanco y elegante construido sobre la cima de una de las colinas más escarpadas de la cuidad de Los Ángeles.

El monumento de piedra de nívea que cubría la punta rocosa y árida de la pequeña montaña tenía un parecido asombroso con el Partenón. En su origen, el Partenón era la tesorería de Grecia, de modo que Lucas prefirió pensar que

entraría en el Getty para retirar algunas monedas.

Estaba buscando un rincón lo bastante escondido para que nadie pudiera ser testigo de su aterrizaje, pues tenía que aminorar la marcha al descender y alguien podía avistarle. Lucas se movió a una velocidad que el ojo humano era incapaz de apreciar y al fin se posó sobre el suelo con tal ligereza que no dejó ni una pisada. En cuanto puso los pies sobre el suelo, salió disparado hacia la puerta principal con tal rapidez que lo único que las cámaras de seguridad habrían registrado sería una figura borrosa. Al llegar a la entrada, frenó en seco y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Durante las últimas semanas, había aprendido que, sin desplazarse de un mismo lugar, era capaz de dispersar la luz, de forma que la superficie de su cuerpo se volvía transparente, proyectando así lo que tuviera detrás. Al principio, antes de perfeccionar su capa invisible, sabía que era posible que un vástago creara una débil grieta entre la imagen que había concebido y si entorno. Por suerte, tan solo un vástago se había dado cuenta, y todo por su maldita culpa.

Tras media hora de eterna espera, el tipo de mantenimiento por fin salió por la puerta con un rastrillo en una mano y un termo de café en la otra.

Con suma agilidad, Lucas se deslizó a su alrededor y entró en el edificio sin que saltara ninguna alarma. Podría haber arrancado de la puerta del marco, pero no quería llamar demasiado la atención. Aunque no sabía si su plan funcionaría, no deseaba que su familia empezara a sospechas e interfiriera.

De pequeño, le había enseñado que los museos eran lugares sagrados porque albergaban multitud de reliquias de origen vástago, pero jamás podría haberse imaginado que un día se vería obligado a asaltar uno de ellos. Estaba desesperado. Tenía que hacer algo para ayudar a Helena.

Su padre se había equivocado desde el principio. Cualquiera que echara un vistazo a la chica podía intuir que estaba sufriendo en el Submundo, pues siempre amanecía con la ropa rasgada y cubierta de fango negro.

Lucas sabía perfectamente que él no era el problema de Helena. Había obedecido las órdenes de sus padres sin rechistar, pero, aun así, la joven sufría mucho. Alejarse de ella no bastaba.

Lucas era consciente de la fortaleza de la chica y confiaba en su madurez

a la hora de tomar decisiones, a pesar de que en muchas ocasiones discrepaba. Había insistido en que Orión le estaba siendo de gran ayuda, así que, aunque la idea de imaginárselos juntos y a solas le mortificaba, decidió distanciarse.

En ese instante recordó una promesa que se había hecho tras la violenta muerte de Pandora. El sol empezaba a despuntar y, sentado en el mirador de Helena, se juró que soportaría todo sufrimiento para que Helena siguiera adelante con su vida y la viviera plenamente. En un intento de romper todo vínculo entre los dos, Lucas se había convertido en un retorcido y maquiavélico. Y, sin embargo, esa misma mañana había visto a Helena con un aspecto más enfermizo y demacrado que antes de que decidiera alejarse de ella.

Lo que le estaba sucediendo a Helena iba mucho más allá de la nostalgia o la tristeza que le provocaba que su relación estaba condenada a la fatalidad.

Lucas avanzó con tal celeridad por los pasillos del museo que ni la cámara de más alta resolución podría haber captado una imagen de su rostro.

Aunque su entorno cambiaba cada nanosegundo, sabía hacia dónde se dirigía. Había varios carteles que le indicaban la dirección correcta. «Los Tesoros de la Antigua Grecia» eran un éxito de masas, y esta famosa exposición de objetos de oro que acaban de desenterrar ya había dado la vuelta al mundo. Este mes la muestra estaría alojada en el Getty, así que el personal del museo había empapelado la ciudad con carteles de seda para celebrarlo.

Además, en su página web aparecían infinidad de fotografías de los objetos. Al verdadero estilo de California del Sur, las piezas de oro más pequeñas y menos impresionantes, que el resto de los museos internacionales había descartado de las imágenes promocionales de la exposición, aparecían todas juntas en grupo, alardeando así de la cantidad de oro que reunía el museo. Los Ángeles era una ciudad obcecada en deslumbrar al resto del mundo y, tras dos semanas irrumpiendo en los museos más reconocidos del planeta, Lucas había encontrado lo que estaba buscando de un modo más sencillo. En Internet.

Comparado con otras piezas de la colección, el puñadito de monedas de oro no merecía estar en aquella exposición. Lucas tuvo que ir hasta uno de los

almacenes traseros a buscarlas, pero, al encontrarlas, no perdió ni un minuto. Según tenía entendido, las tres monedas, con una amapola cincelada en un lado, eran los últimos óbolos que se habían forjado en honor a Morfeo, el dios de los sueños.

El joven robó las tres monedas.

—¡Esto es inútil! ¡Estamos dando vueltas sin llegar a ningún sitio! —se quejó Helena mirando al techo de la biblioteca—. Sé que no tiene mucho sentido, pero, creedme, no existe la progresión geográfica allí abajo. ¿Os he hablado de la playa que no conduce a ningún océano? ¡Es solo arena!

¡No hay ni una gota de agua!

Estaba tan agotada que sentía que en cualquier momento sufriría un ataque de nervios. Y, por si fuera poco, de vez en cuando notaba unos repentinos escalofríos, lo cual empezaba a inquietarla. No podía permitirse el lujo de caer enferma. Era imposible a la par que fastidioso. En ese instante sonó su teléfono móvil. Orión quería saber si los «gurús griegos» habían averiguado algo. Helena esbozó una divertida sonrisa al leer cómo había bautizado al grupo de estudio y le respondió que todavía no había descubierto nada. También le preguntó qué estaba leyendo sobre los romanos: «Guerras, orgías, baños y vuelta a empezar. Me aburro. Casi ;) ».

—¿Es Orión otra vez? —preguntó Ariadna con el ceño fruncido.

Helena alzó la cabeza y asintió con expresión de fastidio sin dejar de teclear.

Aunque entendía la preocupación de todos, puesto que debían asegurar que las castas permanecieran separadas, a veces Helena se sentía insultada. Orión era guapísimo, desde luego. Y valiente. Y divertido a rabiar. Pero eso no significaba que estuvieran saliendo o algo parecido.

—¡Espera! ¡Puedes encontrar a Orión! —exclamó Claire, dispersando así los pensamientos de Helena.

—Sí, ya te lo he dicho. Si me concentro en su cara, aparezco junto a su lado, tal y como hacen Jasón y Ariadna cuando traen de vuelta a personas que se hallan al borde del Submundo. Pero solo puedo dar con él si está en la misma infinidad que yo —explicó Helena—. De otro modo, jamás le

encontraría, aunque descendiera… Oh, olvídalo.

—Helena, eso ya lo entiendo —refunfuñó su amiga, algo frustrada—. Mi duda es si Orión es la única persona que puedes encontrar pensando en él.

—Ya he tratado de encontrar a las furias así, Risitas. Muchísimas veces, créeme. Y jamás funciona.

—Pero las parcas no son personas —recalcó Claire tratando de mantener el entusiasmo—. ¿Y si te concentras con alguien que habita en el Infierno?

¿Crees que podrías utilizar a esa persona como una especie de almenara?

—Es el reino de los muertos, Risitas. Buscar a alguien que «viva» allí es una contradicción en términos, ¿no te parece? —preguntó Helena, perdida en la lógica de su mejor amiga.

—No si el mismísimo dueño del Infierno secuestra a alguien, «en cuerpo y alma» —aclaró Claire. Cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió con picardía, como si supiera un secreto.

Jasón parecía anonadado.

—¿Cómo puedes ser tan lista? —preguntó sin dejar de mirar a Claire con admiración.

—Afortunada, si no te importa —rebatió con una amplia sonrisa.

Ariadna, Helena y Matt se miraban confundidos mientras Jasón y Claire no dejaban de sonreírse, olvidándose durante unos momentos de que había más gente en la biblioteca.

—Ejem, ¿chicos? Odio interrumpiros, pero ¿de qué estáis hablando? —preguntó al fin Matt.

Jasón se levantó y se dirigió hacia la pila de papeles y pergaminos amontonados en el escritorio. La página mostraba una ilustración de una jovencita de raza negra alejándose, pero con una mirada que daba entender que no quería irse. Llevaba un vestido de flores y una corona con joyas ensartadas del mismo tamaño que las uvas. Parecía moverse con la misma gracilidad que una bailarina de *ballet* y, aunque aparecía de perfil, se intuía que era una belleza despampanante. A pesar de su elegante hermosura y abundancia de riquezas, su aspecto irradiaba una tristeza desoladora.

—Ah, sí —susurró Ariadna—. Ahora me acuerdo.

—¿Quién es? —quiso saber Helena, sobrecogida por la imagen de aquella mujer tan bella y a la vez tan triste.

—Perséfone, diosa de la primavera y reina del Submundo —aclaró Jasón —. De hecho, es un vástago. La única hija de la olímpica Deméter, la diosa de la tierra. Hades raptó a Perséfone y la engañó para que se casara con él. Ahora está obligada a pasar los meses de otoño e invierno en el Infierno. Se dice que Hades, le construyó un jardín nocturno junto a su palacio. El jardín de Perséfone.

—Ahora, solo se le permite abandonar el Submundo para visitar a su madre en primavera y en verano. Cuando regresa a la Tierra, deja un rastro de flores allí donde va —explicó Ariadna con aire soñador, como hechizada ante la idea de que Perséfone hiciera que el mundo floreciera a su paso.

—Es octubre. Debería estar allí —añadió Matt con cautela.

—¿Estáis seguros de que no es inmortal? —insistió Helena con el ceño fruncido—. ¿Cómo es posible que siga viva?

—Hades es el dios de los muertos, Helena. Perséfone no perecerá hasta que él así lo autorice —respondió Cassandra desde el otro extremo de la biblioteca.

El inesperado comentario de la pequeña la sobresaltó. Había olvidado por completo que estaba allí sentada, escribiéndole una carta a su padre, que seguía en Nueva York. Cástor y Palas solo podían recibir mensajes por escrito durante el Cónclave, y recientemente habían pedido información más específica acerca del esbirro. Cassandra siempre había tenido la inquietante habilidad de permanecer quieta como una estatua de mármol, pero últimamente esa habilidad se había acentuado de tal forma que empezaba a ser espeluznante. La pequeña se reunió con el resto del grupo para observar con detenimiento la imagen.

—Así que está atrapada en el Infierno —dijo Helena refiriéndose de nuevo a Perséfone.

—Pero, aun así, podría ayudarte —concluyó Cassandra—. Conocer cada rincón, cada secreto del Submundo.

—Es una prisionera —rebatió Helena con mala cara—. Nosotros somos los que deberíamos ayudarla a ella. Orión y yo, quiero decir.

—Imposible —sentenció Cassandra—. Ni siquiera el mismísimo Zeus consiguió que Hades se separara de Perséfone cuando Deméter exigió que le devolvieran a su hija. La diosa envió al planeta a una edad de hielo,

condenado así a toda la humanidad a una muerte casi segura.

—¡Es un secuestrador! —acusó Matt, indignado—. ¿Por qué razón Hades no está encerrado en el Olimpo como el resto de los dioses? Es uno de los tres dioses más importantes. ¿Acaso no debería formar parte de la Tregua?

—Hades es el hermano mayor de los tres hijos de Cronos y Rea, así que supongo que técnicamente es un olímpico, pero siempre ha sido distinto a los demás. No recuerdo ningún texto que relate que Hades pisara alguna vez el monte Olimpo —informó Cassandra con una mueca inquisitiva—. El Submundo también recibe el nombre de «Hades» porque es su reino, su territorio. No forma parte de la Tregua y, es más, ni siquiera de este mundo.

—El Submundo se rige según sus propias normas —enunció Helena, que entendía todo esas cosas mejor que los demás—. Asumo que todos creéis que Perséfone estaría más dispuesta a saltarse algunas, ¿me equivoco?

—No te hagas demasiadas ilusiones, pero, si hay alguien que puede ayudarte allí, es ella —dijo Jasón—. Es la reina del Infierno.

El teléfono de Helena vibró.

«¿Quieres saber el chiste favorito de Julio César?», había escrito Orión.

«Reúnete conmigo esta noche —respondió Helena—. Creo que hemos dado con algo.»

Capítulo 8

Helena miraba fijamente el cruasán deseando que uno de sus talentos fuera la visión de rayos X. Ansiaba saber qué se escondía bajo esa corteza hojaldrada tan apetecible. Si el relleno era de espinacas tendría que colocarla en la bandeja, al fondo del escaparate. Si escondía jamón y queso, en fin, entonces la almacenaría en su estómago.

—¿Lennie? Hace diez minutos que miras embobada ese cruasán —dijo Kate con total naturalidad—. Como no le pegues un buen bocado en menos de un minuto, se echará a perder.

La joven se irguió y trató de enfocar la vista mientras se reía, como si no ocurriera nada. La carcajada sonó tan forzada y fuera de tiempo que resultó casi espeluznante. Kate la miró un tanto extrañada y después señaló el cruasán. Por fin, Helena dio el esperado mordisco y, acto seguido, se arrepintió. Espinacas. Al menos así estaría entretenida y no se dormiría.

Tenía que mantenerse despierta durante todo su turno, aunque eso conllevara meterse cualquier bollo en la boca.

La vista se le había nublado en diversas ocasiones y, si por casualidad, se dormía y descendía al Submundo sin la viva imagen de Orión en la mente, sabía que no podría coincidir con él, tal y como habían planeado. Y, mucho más importante aún, no podía permitirse el lujo de echar una cabezadita y, un segundo más tarde, aparecer en la cafetería recubierta de la asquerosa porquería del Submundo.

Helena llevaba varios días muerta de miedo por si se dormía en clase, o incluso en el trabajo, descendía y se despertaba delante de todo el mundo envuelta en una capa de mugre inexplicable. En especial, esta noche estaba aterrada. Jamás se había sentido tan agotada en su vida. Para colmo, Zach

acababa de acomodarse en una de las mesas, al lado de la sección de pastelitos de Kate. Justo donde Helena estaba trabajando.

Procuró entablar conversación varias veces para saber qué le había traído hasta allí un sábado por la noche, pero el chico apenas le prestó atención.

Simplemente se dedicó a pedir comida y café mientras tecleaba en su ordenador de forma distraída, como si no estuviera escribiendo nada en particular, solo pulsando teclas sin ton ni son. No hubo contacto visual alguno en toda la tarde y, siempre que Helena le cazaba mirándola, lo cual sucedía más a menudo de lo que le hubiera gustado, le sorprendía con una mirada de asco e indignación. Como si la hubiera pillado hurgándose la nariz o algo parecido.

Mientras limpiaba el mostrador con un trapo por enésima vez para mantenerse despierta, Helena escuchó el tintineo de las campanillas de la puerta principal. Alguien acababa de entrar en la cafetería. Quería gritar.

Era demasiado tarde y la hora de cerrar se acercaba de modo tentador.

Solo quería que la noche acabara de una vez por todas para poder hacer caja, irse a casa y meterse en la cama. Podía decirle a Zach que se largara a las diez, pero un nuevo cliente alargaría todavía más la noche. Y entonces oyó a Kate chillar de alegría.

—¡Héctor!

En una milésima de segundo, Helena salió de detrás del mostrador para saltar a los brazos de Héctor.

El mayor de los Delos las levantó sin esfuerzo, sujetando a Helena y a Kate, una en cada brazo. Aunque Héctor solía tardar unos cinco minutos en soltar algo fuera de lugar que siempre sacaba de quicio a Helena, cuando este sonrió y las abrazó con tal cariño la joven se olvidó de lo molesto que podía llegar a ser. Estar abrazada al cuello de Héctor era como rozar el sol, una sensación de calidez y luz.

—¡Podría acostumbrarme a esto! —dijo él entre risas.

Las apretó contra sí con fuerza, hasta que las dos se quedaron casi sin respiración.

—¡Pero si he hablado con Noel hace un par de horas! Me dijo que seguías en Europa, estudiando. ¿Qué estás haciendo aquí, en Nantucket? —preguntó Kate cuando Héctor las dejó sobre el suelo.

—Tenía morriña —respondió encogiéndose de hombros. Helena sabía que estaba diciendo la verdad, aunque toda la historia de estudiar en Europa fuera mentira—. Es una visita rápida. No me quedaré mucho tiempo.

Los tres pasaron varios minutos charlando agradablemente, aunque Héctor no dejó de lanzar varias miradas hacia Helena que reflejaban intranquilidad. Que le preocupara su aspecto quería decir que estaba mucho peor de lo que imaginaba. Se excusó para ir a la trastienda y lavarse la cara con agua fría.

Cuando regresó a la sección de pastelitos de Kate, Zach no estaba en su silla, sino apresurándose por volver a sentarse. Recogió sus cosas deprisa y corriendo y salió disparado de la cafetería sin despegar los ojos del suelo.

Helena le siguió vacilante desde el pasillo, mientras el muchacho tropezaba con Héctor antes de salir por la puerta como un rayo. Al percibir el extraño comportamiento de Zach, Héctor levantó las cejas.

—Oh, qué lástima —dijo Kate con sarcasmo antes de comprobar la hora —. ¿Sabes qué? Si me doy prisa, puedo ir al banco antes de que cierren.

¿Puedes encargarte tú sola de cerrar la cafetería, Lennie?

—Ya la ayudo yo —se ofreció Héctor, arrancándole así una sonrisa a Kate.

—¿Estás seguro? Sabes que solo puedo pagarte con pastelitos, ¿verdad? —bromeó Kate.

—Trato hecho.

—¡Eres el mejor! Y, por favor, llévate todos los pasteles y bollos que quieras para tu familia —dijo mientras recogía sus cosas y se dirigía hacia la puerta.

—Lo haré —gritó Héctor al mismo tiempo que Kate bajaba las escaleras Parecía alegre y optimista, pero, en cuanto la mujer desapareció tras el cristal de la puerta, su expresión cambió por completo.

Aunque le habría encantado hacer caso a Kate, sabía que no le llevaría ningún pastelito a su familia. Helena le acarició el brazo para consolarle y, mientras le abrazaba, notó que él sacudía la cabeza.

—No podía estar tan lejos. Tenía que ver a alguien familiar —confesó apretando a Helena contra sí, como si a través de su abrazo pudiera estrechar a toda su familia—. Me alegro de poder estar contigo, princesa.

Mientras la rodeaba con los brazos, una ira oscura reemplazó la ternura de aquel gesto tan cariñoso, y nada tenía que ver con el hecho de que la llamara «princesa», aunque le había suplicado un millón de veces que dejara de hacerlo. ¿Cómo se atrevían las furias a separar a Héctor de su entorno más próximo? Era la persona más comprometida con su familia que Helena jamás había conocido. Ahora, más que nunca, la familia Delos necesitaba la fortaleza de Héctor para sobrellevar todos los problemas, pero era un paria. Helena tenía que encontrar a Perséfone y rogarle que le prestara ayuda. Tenía que acabar con esto de una vez por todas.

—¿Así que has pasado a saludar porque necesitabas un abrazo? —bromeó Helena con aire burlón para quitarle hierro al asunto.

—No —respondió con seriedad—. No es que un abrazo tuyo no valga la pena, pero hay algo más. ¿Te has enterado del robo en el Getty?

Helena negó con la cabeza. Héctor sacó un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta para mostrárselo.

—Es obra de un vástago, sin duda —dedujo Helena mientras leía la descripción de un imposible asalto para robar un puñado de objetos de oro—. ¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos. Dafne ha preguntado a todos los granujas y parias que conoce, pero, hasta el momento nadie ha reconocido su autoría.

El chico se acarició los labios con el pulgar. Era un gesto que su padre también hacía cuando le daba vueltas a algún asunto.

—No logramos explicarnos por qué robaron esas monedas de oro, y solamente esas monedas. Por lo que sabemos, no contienen ninguna magia que beneficie a cualquiera de las cuatro castas.

—Se lo preguntaré a la familia —dijo Helena al mismo tiempo que guardaba el pedazo de papel en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Se le escapó un gigantesco bostezo y enseguida se tapó la boca—. Perdóname, Héctor. Me cuesta una barbaridad mantener los ojos abiertos.

—Vine aquí porque sentía lástima de mí mismo, pero, ¿sabes qué?, ahora que he llegado, estoy más preocupado por ti. Parece que te hayan dado una paliza, Helena.

—Sí, sí, soy un desastre total y absoluto —se rio ella mientras intentaba arreglarse el pelo y alisarse la ropa—. El Submundo es…, en fin,

exactamente tan horroroso como puedas imaginarte. Pero al menos ya no estoy sola, algo es algo.

—Orión. Es serio y responsable —opinó Héctor dejando las bromas a un lado. Helena se sorprendió ante el comentario, y este continuó—: No lo conozco en persona, desde luego. Dafne nos puso en contacto cuando no tuve otra opción que irme de aquí. De vez en cuando nos enviamos mensajes y, para serte sincero, siempre está cuando le necesito. Ha tenido una vida dura y difícil, y sabe por lo que estoy pasando. Siento que puedo hablar con él.

—Tienes razón, resulta muy fácil hablar con Orión —aceptó Helena, algo pensativa. Se preguntaba si Héctor sabría algo más sobre la infancia del chico. La simple idea de que Héctor, y no ella, pudiera ser su confidente le fastidiaba. Quería ser ella quien escuchara los secretos de Orión, y no sabía qué significaba eso.

—Y se puede confiar en él. Me ayudó a encontrar a Dafne cuando se perdió en medio del océano. Es un vástago poderoso, Helena. Pero creo que es un buen amigo.

—Vaya, vaya. Cuánto entusiasmo —dijo Helena, aturullada por las alabanzas de Héctor—. ¿Qué pasa? ¿Has tenido un flechazo con Orión?

—Di lo que quieras —respondió Héctor sin seguirle el juego—. Mira, lo único que digo es que me cae bien. Eso es todo.

—Bueno, a mí me parece un buen chico —murmuró, sin saber que más decir.

—Y no veo razón para que pienses lo contrario. De hecho, me sorprende que solo te parezca un buen chico. No pasa nada —dijo Héctor—, pero es heredero de la casta de Atenas y Roma, y tú eres heredera de la casta de Atreo. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—Que juntos uniríamos tres de las cuatro castas —respondió Helena arrugando la frente.

Helena había supuesto que los celos habían enloquecido a Lucas hasta el punto de volverse en contra de Orión, pero, después de considerarlo mejor, empezó a tener serias dudas. Quizá le daba lo mismo si Helena estaba con otro chico o no. Quizá lo único que le importaría era mantener las castas separadas.

—No estoy diciendo que no podáis tontear un tiempo —añadió Héctor

enseguida, malinterpretando la expresión afligida de Helena—. Pero no podéis…

—¿No podemos qué, exactamente? —espetó Helena con brusquedad antes de cruzarse de brazos—. Va, continúa. Me muero por escuchar lo que dice el libro de reglas vástago sobre lo que puedo y no puedo hacer con Orión.

—Podéis divertiros y mucho, si queréis. No es por nada, pero he escuchado por ahí que los vástagos de la casta de Roma son especialistas en eso. Pero nada de intimar o compartir sentimientos, Helena —dijo con tono serio—. Ni hijos ni compromisos a largo plazo y, por lo que más quieras, criatura, no te enamores de él. Las castas deben permanecer separadas.

Le parecía muy raro estar hablando de esto con Héctor, aunque al mismo tiempo era natural. Helena sabía que no la estaba juzgando ni dándole lecciones. Lo único que deseaba era lo mejor para todos.

—Solo somos amigos —aclaró sin estar del todo convencida—. Ni Orión ni yo queremos nada más.

Héctor se quedó mirándola durante unos instantes, como si la compadeciera.

—El mundo entero podría enamorarse de ti y tú ni te darías cuenta, ¿me equivoco? Como ese chico tan extraño, el que estaba sentado en la cafetería. Podría pasarse horas y horas mirándote.

—¿Te refieres a Zach? —preguntó Helena, sorprendida—. Quizás hace un par de años te habría dado la razón, pero ya no. Zach me detesta.

—Entonces, ¿qué hace en una cafetería de pastelitos artesanales un sábado por la noche? —preguntó Héctor, algo dubitativo.

De repente, una idea le vino a la cabeza. Héctor empezó a escudriñar cada rincón del establecimiento hasta finalmente fijarse en el mostrador.

Estaba tan estupefacto que apenas podía gesticular.

—Lo sabe —susurro Héctor.

—Es imposible. Nunca le he contado nada.

—¿Siempre dejas tu teléfono por ahí?

Héctor señaló el mostrador y, como era de suponerse, el móvil de Helena estaba colocado justo al lado del trapo que había utilizado. Nunca dejaba el teléfono a la vista en el trabajo, especialmente ahora que empezaba a

intercambiar mensajes con Orión.

Helena cruzó furiosa la cafetería para comprobar la primera pantalla que se iluminaba al desbloquear el teclado. Apareció la cadena completa de mensajes de Orión, incluso los últimos donde se leía cómo habían quedado en el Submundo.

Zach le había cogido el teléfono de su mochila para husmear en los mensajes. Sin dar crédito a lo que acababa de suceder delante de sus narices no podía apartar la mirada de la pantalla. ¿Cómo había podido traicionarla así?

—Estaba en la reunión de atletismo, ¿verdad? —preguntó Héctor con aire adusto—. Recuerdo haberle visto en el bosque, siguiéndoos a Claire y a ti.

Justo antes de que los Cien Primos aparecieran «misteriosamente» entre los árboles.

—Sí, estaba allí —farfulló, todavía desconcertada—. ¡Confiaba en él! No lo suficiente para desvelarle quién era en realidad, pero jamás pensé que sería capaz de hacerme daño.

—Bueno, lo sabe y, sin duda, está filtrando información a los Cien Primos.

No pueden haberme encontrado de otro modo. —Héctor miró la cadena de mensajes y dejó escapar un suspiro—. Y ahora también sabrán de tu relación con Orión.

Hasta el momento a Helena no se le había ocurrido tal cosa, pero, después del comentario de Héctor, le empezó a entrar pánico. Como granuja que era, Orión había pasado toda su vida ocultando su existencia a la casta de Tebas y, sin pretenderlo, Helena los había conducido directamente a él. La joven empezó a teclear un mensaje desesperado.

—No te olvides de decirle que se deshaga de su teléfono —añadió Héctor mientras daba vueltas por la cafetería, buscando cualquier signo que indicara un ataque inminente.

Helena le explicó la situación a Orión tan rápido como sus dedos se lo permitían.

Orión no parecía sorprendido en absoluto: «Incluso antes de conocerte sabía que en algún momento darían conmigo. Relájate. Me he preparado para esto».

Helena no podía creer que Orión pudiera mantener la calma. Le volvió a decir que Zach había leído la cadena de mensajes, pero él le contestó que esos mensajes serían indescifrables para los demás. Le explicó que no existía modo alguno de rastrear el teléfono móvil que utilizaba y que no podrían hallar su paradero. Por enésima vez le dijo que estaba a salvo y que dejara de preocuparse.

«Son unos fanáticos. Te matarán», tecleó. Le resultaba increíble que todavía no estuviera haciendo la maleta. Él le respondió: «Mira, no tengo 4 apellidos porque sí. Confía en mí, ¿ok? Nos vemos esta noche».

Helena no pudo reprimir una sonrisa. Le aliviaba saber que, a pesar, de todo, Orión seguía dispuesto a ayudarla. Y justo después se enfadó. Él no se acobardó ni un ápice cuando le dijo que había sido descubierto. ¿Acaso no sabía lo peligrosos que eran los Cien Primos?

—¿Qué ocurre? —preguntó Héctor cuando acabó de inspeccionar el callejón trasero y reparó en su atormentada expresión.

—Dice que ya se ha ocupado de todo.

—Entonces no te preocupes por él. Orión lleva neutralizando intentos de asesinato desde que empezó a hablar. Si dice que ha tomado las precauciones apropiadas, entonces es cierto —concluyó Héctor. Hablaba con una fe tan absoluta en la capacidad de Orión de protegerse que Helena se quedó muda —. Céntrate en lo que debes hacer —aconsejó mientras echaba un vistazo a la calle, por donde no pasaba ningún transeúnte—. Tengo que volver con Dafne y explicarle todo esto.

—¿Piensas salir ahí fuera? —exclamó Helena con incredulidad. La joven saltó por encima del mostrador para detenerle—. ¡Podrían estar escondidos! Hay un nuevo maestro de las sombras, y lo sabes.

—Piensa estratégicamente, Helena. Si los Cien Primos no movieron ficha hace unos minutos, cuando estaba despistado y, por lo tanto, vulnerable, significa que no piensan atacar esta noche. La pregunta que un buen general se haría sería: ¿por qué no vienen a por mí cuando saben exactamente dónde estoy? —dijo con aire pensativo.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó señalándole con el dedo y entrecerrando los ojos con recelo—. ¿Qué más sabes?

Héctor esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza, como si ella no hubiera

entendido el mensaje.

—Sé de buena tinta que muchísima gente confía en que lograrás tu cometido. Es tan importante que incluso están dispuestos a permitir que me vaya de rositas para asegurarse que tu descenso no se vea trastocado —confesó. Abrió la puerta que daba al callejón y besó a Helena en la frente—. Recuerda que la gente que realmente te aprecia y te quiere te necesita más a ti que a tu cometido. Sea cual sea el plan que Orión y tú habéis tramado para esta noche, ten cuidado en el Submundo, princesa.

—¡Maldita sea! —gritó Helena.

—¿Acaso tenía que pasar algo? —preguntó Orión, expectante.

Se había imaginado el elegante rostro de Perséfone porque creía que ese era el modo de teletransportarse ante la reina. Pero no se habían movido ni un milímetro. No paraba de dar vueltas en un mismo círculo, pateando las diminutas ramitas cuando, de repente, se percató de que en realidad eran minúsculos huesos amarillentos.

—¿Por qué no funciona? —se quejó—. Me gustaría que por lo menos una vez trazáramos un plan que funcionara. ¿Es demasiado pedir?

Orión abrió la boca para decir algo que pudiera serenar un poco a Helena.

—¡Desde luego que no! —interrumpió ella alzando el tono de voz—. ¡Pero es que nada sale bien aquí abajo! No tenemos nuestros talentos, y por no hablar de la geografía. ¡Ese lago de ahí está inclinado sobre una colina!

¡Debería manar un río, pero no, aquí claro que no! ¡Eso tendría demasiado sentido!

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Tú ganas! Es ridículo —dijo Orión riéndose entre dientes. El muchacho posó las manos sobre los hombros de la joven para dejarla inmovilizada y añadió—: No te preocupes. Ya pensaremos algo.

—Es que todo el mundo confía en mí. Y, la verdad, creí que teníamos un buen plan, ¿sabes? —dijo Helena, que lanzó un suspiro. Dejó caer la cabeza hacia delante para apoyarla sobre el pecho de Orión. Estaba demasiado agotada.

Orión dejó que se reclinara sobre él mientras le acariciaba la espalda.

—¿Quieres que te diga la verdad? Nunca creí que fuera a funcionar —

declaró con sumo cuidado.

—¿De veras? —preguntó Helena, desalentada—. ¿Por qué no?

—Bueno, nunca has visto a Perséfone en persona, solo un dibujo de cuerpo.

—Tampoco había visto tu rostro cuando apareciste junto a mí la primera vez. Lo único que imaginé fue tu voz, tus manos y tu… boca.

Helena se atrancó al pronunciar las últimas palabras y, de forma involuntaria, bajó la mirada para admirar sus carnosos labios otra vez.

—Pero son fragmentos reales de mí, no solo fotografías —añadió Orión en voz baja y apartando la mirada de Helena—. De todas formas, no sabes si el retrato que viste de Perséfone es preciso y fiel a la realidad.

—¿Y cuándo pensabas mencionarme ese pequeño detalle?

Helena le asestó un suave puñetazo en el hombro para disipar la tensión con una chispa de humor.

—¿Por qué no me comentaste algo al respecto?

—¿Qué diablos iba yo a saber? —dijo, como si fuera obvio—. Mira, hasta que no averigüemos qué funciona aquí, prefiero no descartar ninguna idea. Conseguiremos descubrirlo, pero solo si tenemos una mentalidad abierta.

Helena se quedó un poco más tranquila. Orión sabía perfectamente cómo manejar sus cambios de humos por la falta de sueño. En cierto modo, le agradaba poder ser ella misma delante de él, por muy malhumorada que estuviera.

—Gracias —murmuró con una sonrisa de agradecimiento.

Helena notaba el latido de su corazón bajo su mano, palpitando con fuerza. La respiración de Orión empezó a acelerarse, aunque el joven intentó camuflarlo manteniendo un ritmo forzado. Súbitamente, ella se dio cuenta de que estaba abrazándola, estrechándola entre sus brazos. Pasó un momento de intensidad. Tenía la sensación de que Orión estaba esperando a que ella hiciera algo, así que, nerviosa, se echó a reír para ocultar su agitada respiración.

—Tienes razón. Deberíamos plantearnos todas las ideas —dijo mientras se separaba de él.

«¿Qué demonios estoy haciendo?», pensó. Apretó los puños hasta sentir

las uñas clavadas en la palma de la mano.

Lo que estaba haciendo era tratar de no pensar demasiado en el comentario de Héctor. No podía dejar de darle vueltas. Podía divertirse «y mucho» con un vástago de la casta de Roma. ¿Qué significaba exactamente eso? Después de todo, era la casta de la misma Afrodita…

—Por casualidad no se te ocurre alguna, ¿verdad? Alguna idea, claro está —añadió, dejando a un lado el tema de lo «mucho» que disfrutaría con Orión.

—De hecho, creo que sí —respondió enseguida Orión. La respuesta vino tan de inmediato que Helena dudó de haber interpretado bien la situación.

El joven contemplaba el lago mientras se mordisqueaba el labio inferior.

—Te escucho —murmuró Helena, solo para recordarle que seguía allí.

¿Estaba planteándose besarla? ¿O solo eran ilusiones suyas? Helena le observó acariciarse el labio con los dientes, suave y delicadamente. No sabía cuál de las dos opciones prefería.

¿Por qué Orión tenía que ser heredero? ¿Por qué no podía ser un chico maravilloso que acababa de conocer, o poder ser un mortal que no tuviera nada que ver con la Tregua? Todo sería mucho más sencillo si fuera un adolescente normal y corriente.

—¿Sabes?, he estado leyendo mucho sobre el Submundo últimamente y solo hay un puñado de cosas que se repiten en todos los textos —continuó el joven, ajeno a las fantasías de Helena—. Creo que los pocos hechos en que todos los historiadores coinciden son completamente ciertos.

Helena empezó a confeccionar una lista, una especie de inventario de ese puñado de hechos que podrían encajar en la descripción de Orión.

—En fin, ahora mismo estamos en el monte Erebus, es decir, perdidos en el vacío más absoluto. Hemos visitado los prados Asfódelos: espeluznantes. Y el Tártaro: puaj.

—Solo he estado en el Tártaro en una ocasión… Ah, cuando nos conocimos —dijo Orión refiriéndose al día en que la sacó de la fosa de arenas movedizas—. Y ya tuve más que suficiente.

—Además es donde los titanes están encarcelados. Sin duda, no es un lugar muy agradable para pasar una eternidad —dijo en tono grave—. Entonces, recapitulemos: el Tártaro, Erebus, los Asfódelos, los Campos Elíseos, alias el Paraíso. Estoy segura de que aún no he dado con ellos. ¿De

qué me estoy olvidando? Ah, sí, los cinco ríos. ¡Los ríos! —exclamó Helena al caer en la cuenta de su significado—. Todo aquí abajo está relacionado con los ríos, ¿verdad?

Como si fuera el vago recuerdo de un sueño febril, con más emociones que imágenes, Helena tenía la corazonada de que había un río especial, pero no sabía cuál de ellos era. En cuanto intentó recordar aquel sueño, la sensación se desvaneció como por arte de magia de su memoria.

—El río Estigio, el río Aqueronte… Todos y cada uno de ellos definen el espacio del Submundo, ¿cierto? —meditó Orión mientras procesaba esta nueva línea de pensamiento—. Podrían servirnos de guía, como caminos.

—¿Se puede saber cómo se te ha ocurrido, pequeño genio? —preguntó Helena con admiración. Se había olvidado por completo del recuerdo anterior, como si jamás hubiera existido.

—A partir de lo que has dicho sobre tu lago favorito, ese de allí —respondió con una sonrisa irónica—. Debería ser un río, pero no lo es. Eso me ha llevado a pensar que los ríos deben ser distintos. El resto de los paisajes del Infierno varían constantemente, como si pudieran intercambiarse entre sí. Pero los ríos no se mueven de su lugar. Siempre están aquí. Incluso los mortales han oído hablar del río Estigio, ¿verdad? En todos los relatos fidedignos sobre el Submundo que he podido leer se hace mención a los cinco ríos, y la mayoría de los libros afirman que existe un lugar donde «todos los ríos se unen».

—Entonces, si encontramos cualquier río y seguimos su curso, al final podremos encontrar el que necesitamos —recapituló Helena, que miraba a Orión sin pestañear, como si cualquier movimiento pudiera arruinar sus esperanzas—. El jardín de Perséfone está al lado del palacio de Hades, y se supone que el castillo está cerca de un río. Si localizamos ese río, quizá podamos encontrar a Perséfone.

—Sí, pero eso será como un dolor de muelas. El río que bordea el palacio de Hades es el Flegetonte, el río del Fuego Eterno. No es muy agradable pasear por sus orillas, de eso puedes estar segura —dijo Orión, arrugando la frente—. Y además tenemos que convencer a Perséfone de que nos ayude a deshacernos de las furias.

De repente, Orión empezó a mirar a su alrededor, como si hubiera oído

algo.

—¿Qué? —quiso saber Helena. Miró por encima del hombro pero no vio nada fuera de lo normal.

—Nada. Vamos —dijo algo incómodo. Orión arrastró a Helena por el brazo.

—Eh, ¿a qué viene tanta prisa? ¿Has visto algo? —insistió Helena mientras corría junto a Orión, pero no obtuvo respuesta alguna del joven—. Está bien, solo dime si tiene colmillos, ¿vale?

—¿Te has enterado del robo en el museo Getty? —preguntó de sopetón.

—Ah, sí —respondió Helena, sorprendida por el repentino cambio de tema—. ¿Crees que tiene alguna relación con lo que acabas de ver?

—No sé qué he visto, pero, independientemente de eso, hemos permanecido en el sitio demasiado tiempo —explicó algo molesto—. No debería haber dejado que eso sucediera. No puedo creer que haya… Helena esperó a que acabara la frase, pero Orión enmudeció. Seguía con el ceño fruncido, como si algo no encajara. Ella miraba a su alrededor en busca de algo que llamara la atención, pero no distinguió ningún tipo de amenaza.

Los diminutos huesos esparcidos en el suelo, los mismos que Helena había pateado sin piedad minutos antes, se agrandaban a pasos agigantados.

Tras correr varios metros, los esqueletos habían crecido de un modo espectacular, adoptando primero la silueta de un ratón, y convirtiéndose más tarde en felinos hasta alcanzar el tamaño de un elefante. En breve estarían serpenteando entre esqueletos más grandes que el de cualquier dinosaurio. Al observar las monstruosas estructuras calcificadas esparcidas por el suelo, Helena tuvo la impresión de que caminaban por un bosque de huesos.

Una serie de costillas se alzaban como los pilares de una catedral gótica.

Las articulaciones, repletas de bultos y recubiertas de colonias de liquen podrido y polvoriento, yacían como gigantescos pedruscos en su camino.

Helena reparó en que había distintos tipos de anatomías mezclados entre sí, como si centenares de criaturas del tamaño de un rascacielos hubieran muerto desplomándose unas encima de otras. La escala había alcanzado tales proporciones que era como si ella estuviera observando a través de un microscopio. Desde su perspectiva, cada poro de aquellos huesos del tamaño de una secuoya era tan enorme que daba la sensación de que estuvieran

fabricados con miles de capas de encajes. Acarició la superficie de un hueso con la mano y miró a Orión.

—¿Sabes qué criaturas eran? —susurró.

Orión bajó la mirada y tragó saliva.

—Los gigantes de hielo. He leído historias sobre esto, pero jamás pensé que fuera real. Es un lugar maldito, Helena.

—¿Qué pasó en este lugar? —bisbiseó ella. Estaba conmocionada, tanto por las bestias que veía ante sus ojos como por la reacción de Orión.

—Es un campo de batalla traído expresamente al Submundo. Eso solo puede ocurrir cuando todos los soldados están dispuestos a morir luchando. Los gigantes de hielo son criaturas extinguidas —dijo con voz monótona, como si hubiera perdido toda esperanza, lo cual era muy poco habitual en él —. He sufrido pesadillas donde aparece un campo como este, transportado al Submundo. Es idéntico, excepto por un detalle: los esqueletos no son de gigantes de hielo, sino de vástagos.

Su habitual gesto sonriente y optimista dio lugar a una expresión más adusta y seria. Justo en ese instante, Helena recordó las palabras de Héctor. Orión había tenido una vida muy dura. Ahora podía apreciar esa nota de tristeza en lo que debió de ser una canción alegre.

La jovencita ladeó la cabeza para poder mirarle a los ojos. Se acercó un poco más a él y le sacudió el brazo, como si tratara de despertarle.

—Eh —murmuró—. ¿Sabes qué me desquiciaba de la clase de Historia?

—¿El qué?

La pregunta de Helena, aparentemente al azar, había sacado a Orión de su ensoñación taciturna, tal y como ella quería.

—Todo gira alrededor de guerras y batallas y de quién conquistó a quién —explicó mientras le cogía de los antebrazos, como si quisiera arrastrarle hacia algún lado—. ¿Sabes lo que pienso?

—¿El qué?

Orión esbozó una juguetona sonrisa y permitió que Helena lo guiara hacia donde le apeteciera. A ella le fascinó que todos los nubarrones que parecían haber ensombrecido el rostro se desvanecieran tan rápido, como si la propia Helena tuviera el poder de hacerlos desaparecer.

—Creo que por cada fecha bélica que nos obligan a memorizar en clase

de Historia deberían hacernos aprender al menos dos datos increíbles. Como, por ejemplo, el número de personas que salvan los bomberos o cuánta gente ha pisado la superficie de la Luna. ¿Sabes lo peor de todo? Que no tengo ni idea de las respuestas a esas preguntas.

—Yo tampoco —reconoció Orión con una tierna sonrisa.

—¡Y deberíamos saberlo! ¡Somos estadounidenses!

—Bueno, oficialmente yo soy de Canadá.

—¡Al ladito mismo! —exclamó Helena ondeando con entusiasmo la mano—. Lo que quiero decir es que, teniendo en cuenta las cosas tan fantásticas que la gente es capaz de hacer, ¿por qué fijarnos solo en la guerra? Los humanos deberíamos ser mejores que eso.

—Pero tú no eres humana, al menos no del todo humana. De hecho, tienes un aire bastante divino —comentó con tono adulador.

De repente, Helena oyó un chirrido resonante y, acto seguido, un destello de luz brillante captó toda su atención. Orión había desenvainado una de sus muchas dagas y espadas que llevaba escondidas bajo la ropa. El joven la empujó detrás de él y le clavó los dedos en la cadera, impidiéndole así que intentara hacer algo estúpido, como dar un salto o moverse bruscamente.

—Acércate y enfréntate a mí —retó Orión a su adversario. Su voz sonó tranquila, glacial, como si hubiera estado esperando que eso sucediera.

Helena se decepcionó al verse tan desamparada sin sus rayos y decidió que aprendería a combatir como una mortal en cuanto regresara al mundo real. Si es que lograba volver, por supuesto.

Una carcajada retumbó en aquel extraño bosque de huesos y una cancioncilla evocadora e inquietante llegó hasta sus oídos.

—¡Oh, el diosecillo grandullón! ¡Más grande que los demás, como el cazador que lleva su nombre! ¿Quieres luchar conmigo, estúpido Cazador del Cielo? ¡Sé prudente! Yo inventé la guerra. Criaturitas, la inventé yo.

Pero no, el Cazador del Cielo me desoirá. ¡Combatirá! ¡Y perseguirá para siempre a su amada por las noches! ¡Cautivado por su belleza, belleza, belleza!

La voz cantarina se transformó en una serie de carcajadas infantiles tan espeluznantes que a Helena le empezaron a castañear los dientes.

Mientras Orión daba vueltas sin bajar la guardia, ella vislumbró una

figura desgarbada que se abría camino entre el cementerio de gigantes de hielo. Se trataba de una criatura escuálida que avanzaba casi desnuda y tenía el torso cubierto de unas florituras azules. De lejos, podía confundirse con un hombre salvaje sacado de la Edad de Piedra.

—Tan parecida a mi hermana, a mi amante. ¡Tan parecida al Rostro! ¡El rostro que amé y que tanta sangre, sangre, sangre derramó! ¡Más, más! ¡Quiero volver a jugar al juego con los bonitos diosecillos! —canturreó.

Sin dejar de reírse tontamente, la bestia se acercó a Orión, tendiéndole así una trampa para dejar a Helena desprotegida, pero el joven no mordió el anzuelo.

A medida que el hombre de la caverna se aproximaba, Helena pudo verlo con más claridad. Horrorizada, se escondió tras la espalda de Orión. Aquel salvaje tenía los ojos saltones y grises, y su cabello estaba enmarañado en decenas de rastas que debían ser de color rubio platino o incluso blancas antes de colorearlas de tinte azul y sangre coagulada. A Helena le daba la sensación de que la sangre brotaba a borbotones por cada poro de su piel.

Le corría sangre por la nariz, los oídos, incluso por el cuero cabelludo como si el cerebro podrido perdiera sangre por cualquier agujero hábil.

En una mano empuñaba una espada con el filo carcomido y oxidado.

Cuando Orión interceptó un amago del desconocido, Helena se dio media vuelta y distinguió el tufillo que desprendía el hombre salvaje. Al inspirar aquel hedor necrótico, se le revolvieron las tripas. Olía a una mezcla de sudor agrio y carne podrida.

—Ares —murmuró Orión a oído de Helena cuando el dios empezó a dar saltitos de alegría para esconderse entre los huesos—. No te asustes, Helena. Es un cobarde.

—¡Está como una cabra! —susurró ella con voz histérica—. ¡Está loco de remate!

—La mayoría de los dioses han perdido la chaveta, aunque tengo entendido que Ares es, de lejos, el que peor está —dijo Orión con una sonrisa reconfortante—. No temas. No permitiré que se acerque a ti.

—¿Hum, Orión? Si Ares es un dios, ¿no puede aplastarte como a un gusano? —preguntó lo más sutilmente que pudo.

—Nuestros poderes quedan anulados cuando bajamos aquí, así que ¿por

qué debería él tener sus talentos divinos? —dijo con los hombros encogidos —. Y es él quien huye de nosotros, lo cual acostumbra a ser una buena señal.

Orión tenía razón, pero aun así, Helena no se quedó tranquila. Todavía podía oír al lunático dios tarareando mientras trotaba en la distancia. A decir verdad, no parecía tenerles mucho miedo.

—¡Eh, tú, diosecillo! ¿Escondiéndote de los demás? —preguntó de repente Ares, a varios metros de distancia—. ¡Qué inoportuno! ¡Justo cuando espero que estéis los tres para empezar mi juego preferido! Pronto, pronto.

De momento, iré cogiendo sitio. Veré cómo jugueteáis con la mascota de mi tío. ¡Aquí viene!

—¿Con quién está hablando? —musitó Orión.

—Ni idea, pero no creo que se dirija a nosotros. ¿Quizá esté teniendo alucinaciones? —propuso.

—Quizá no. Antes, me pareció ver… La frase de Orión se vio silenciada por un tremendo alarido que ensordeció el bosque de esqueletos. Era un aullido tan profundo y grave que Helena lo notó vibrar en el pecho. Un segundo bramido, seguido por un tercero, tronó entre los huesos, pero esta vez más cerca. Helena se quedó petrificada, como un conejito de Indias en la nieve.

—Cerbero —anunció Orión con voz rasgada. Tras recuperarse de la conmoción, exclamó—: ¡Muévete!

Cogió a Helena por el brazo y tirando de ella consiguió despertarla de aquel espeluznante *shock*. Los dos corrieron para salvar sus vidas mientras las carcajadas socarronas de Ares tintineaban en sus oídos.

Saltaban y brincaban por encima de los huesos quebradizos tratando de dejar atrás los horrendos aullidos. Orión la guiaba entre los esqueletos, buscando un camino que no los condujera a un callejón sin salida. Por suerte, los huesos iban empequeñeciéndose a medida que zigzagueaban por el bosque.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó jadeando.

Orión giró la muñeca por debajo de la manga de su chaqueta para mostrarle el brazalete dorado.

—La rama brilla cuando estoy cerca de un portal —respondió.

Helena echó un fugaz vistazo a la muñeca de Orión. No brillaba, ni

siquiera un poquito. Los alaridos del cancerbero de tres cabezas de Hades se aproximaban a pasos agigantados.

—Helena. Tienes que despertarte —ordenó Orión en tono grave.

—No pienso irme a ningún sitio.

—¡No es una sugerencia! —chilló enfadado—. ¡Despiértate!

La joven negó con la cabeza con tesón. Orión agarró a Helena por el brazo con fuerza y la obligó a detenerse.

—Despiértate. Ya.

—No —respondió Helena desafiándole con la mirada—. Nos iremos juntos o no me iré.

Otro aullido atronador hizo temblar el suelo. Al girarse, ambos vieron a Cerbero a una distancia de un campo de fútbol, brincando entre los armazones fosilizados.

A Helena se le hizo un nudo en la garganta al ver aquel monstruoso animal. No sabía qué aspecto tendría, quizás se parecería a un pitbull o a un mastín con la cabeza de un dóberman. El hecho de no reconocer una raza de perro podría haber sido un consuelo, pero no fue así. Helena debería haberse imaginado que ninguna de esas razas de perro, más conocidas y mansas, podían existir siglos atrás, cuando esta vino al mundo.

Cerbero era un lobo. Un lobo de tres cabezas que medía unos seis metros de altura. Le caían hilos de baba de la mandíbula y no tenía un cromosoma dócil, por no decir domesticado, en todo su cuerpo. Una de las descomunales cabezas se giró hacia Helena y, acto seguido, la criatura puso los ojos en blanco. Las otras dos cabezas apuntaban directamente a Orión. De repente, el pelaje de la espalda se le erizó y el animal agachó las tres cabezas con gesto amenazador. Tras dar dos pasos, un gruñido retumbó en las tres gargantas.

—¡¡EEEYAYAYA!!

Un grito desgarrador rompió la mortífera concentración de Cerbero y, acto seguido, se produjo una lluvia de trozos de hueso que machacó la cabeza izquierda de la bestia.

De inmediato, las tres cabezas reaccionaron. Cerbero se dio media vuelta y salió disparado hacia el misterioso llanto, abandonando así a Helena y Orión. La joven se moría por ver quién les había salvado la vida, pero lo único que logró avistar fue una sombra que se movía entre los pedazos de

hueso.

—¡Va, va! —instó Orión con tono optimista sujetando a Helena.

Tomó la mano de Helena con fuerza y arrancó a correr hacia un muro de piedra que se alzaba en la distancia. Helena opuso resistencia.

—¡Tenemos que volver! No podemos irnos…

—¡No eches a perder un acto heroico con un equivocado acto de valentía! —voceó Orión tirando de ella—. No intentes ser mejor que los demás.

—No estoy intentando… —protestó Helena.

Pero otra serie de ladridos y gruñidos de Cerbero le hicieron cambiar de opinión. Por lo visto, el cancerbero ya se había zampado al héroe y ahora volvía a seguirles el rastro. Era el momento de cerrar el pico y echar a correr.

Helena y Orión salieron disparados sin orden ni concierto hacia la pared sin soltarse de la mano. Estaban agotados. Ella había perdido la cuenta de las horas que llevaba en el Submundo y de los kilómetros que habían avanzado en ese incalculable periodo de tiempo. Tenía la boca tan reseca que le escocían las encías y notaba los pies hinchados y amoratados dentro de aquellas botas de plástico. Orión resollaba de dolor, como si el aire que respiraba fuera de papel de lija que le rasgara los pulmones.

Al desviar la mirada hacia la mano de Orión, Helena se dio cuenta de que aquel brazalete que rodeaba su muñeca empezaba a emitir un tenue resplandor. A medida que se acercaban al muro de piedra, el halo dorado de la rama fue creciendo en intensidad hasta envolver su cuerpo con un nimbo de luz áurea. Helena apartó la vista del cuerpo iluminado de Orión y, justo al frente, descubrió una grieta incandescente entre las oscuras piedras que conformaban el muro.

—¡No tengas miedo! Pero no pares —chilló mientras trotaban hacia la pared.

Helena oía las pesadas zancadas de la criatura, avanzando peligrosamente hacia ellos, acortando la distancia. El suelo empezó a vibrar y el aire se tornó más caluroso y húmedo cuando la joven notó el aliento de Cerbero en el cuello.

Las piedras no se separaban. No se movían ni un ápice para que Helena y Orión pudieran atravesar el muro. Sin soltarse de la mano de Orión, Helena corrió hacia delante sin vacilar.

Ambos saltaron hacia la sólida pared y las piedras parecieron absorberlos.

Descendieron en picado por un vacío absoluto y, de repente, se derrumbaron sobre lo que parecía otro muro. Helena notó cómo algo crujía cuando se golpeó la sien con aquella superficie tan dura. Incapaz de recobrar el aliento, esperó a que su cuerpo se deslizara por la pared hasta topar con el suelo, pero no se movió nada. Tardó unos instantes en percatarse de que, en realidad, ya estaba sobre el suelo. La joven yacía sobre una superficie helada, en un lugar gélido y muy oscuro.

—¿Helena? —la llamó Orión, preocupado.

La voz rompió el silencio que reinaba en aquel laberinto de pasadizos y retumbó en cada rincón.

Ella trató de responderle, pero lo único que fue capaz de articular fue un resuello. Cuando intentó alzar la cabeza notó un pinchazo en el estómago.

Hacía horas que no ingería un gramo de comida.

—Oh, no —oyó decir a Orión mientras avanzaba con dificultad entre las sombras. Helena percibió un chasquido y, acto seguido, se encendió una llama anaranjada que iluminó el lugar. La joven tuvo que cerrar los ojos o, de lo contrario, vomitaría—. Oh, Helena, tu cabeza…

—Tengo… frío —gruñó.

Y así era. Hacía más frío en aquel desconocido lugar que en su habitación.

Estaba congelada y apenas podía moverse. Consiguió doblar los dedos, aunque, por alguna razón que desconocía, los brazos no le respondían.

—Lo sé, Helena; lo sé.

Orión iba de un lado a otro, histérico, pero, aun así, conservaba un tono calmado, como si intentara serenar a un niño o a un animal lastimado.

—Te has dado un buen golpe en la cabeza y seguimos en el portal, ni aquí ni allí. No podrás curarte a menos que te mueva, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —lloriqueó.

Helena estaba empezando a alterarse. Tampoco le respondían las piernas.

Sintió las manos de Orión bajo su débil cuerpo. El joven respiró hondo, cogió fuerzas y levantó a Helena, quien, de inmediato, sintió un dolor indescriptible desde la sien hasta los pies.

Orión no dejaba de murmurarle palabras tranquilizadoras mientras la

trasladaba de aquel gélido agujero a un rincón un poco más cálido, aunque Helena no tenía idea de qué le estaba diciendo. Estaba demasiado ocupada en intentar no vomitar. Sentía que el mundo se había volcado y todo a su alrededor daba vueltas y más vueltas. Lo único que deseaba era que Orión dejara de caminar. Cada paso era un golpe de martillo en su cabeza. Por fin, él se agachó, sosteniéndola entre el pecho y el regazo, y encendió otra vez el mechero.

Prendió una vela y, a pesar de seguir con los ojos cerrados, Helena percibió el brillo cálido y agradable de la llama. Notó cómo Orión le peinaba el cabello, apartándolo de la sien, e hizo todo lo posible por arroparla con su chaqueta. Tras unos instantes, Helena empezó a sentirse un poco mejor.

—¿Por qué estoy tan enferma? —preguntó con voz más firme.

—¿Nunca has sufrido una conmoción cerebral? —respondió con una expresión casi divertida. Tras un estrecho y breve abrazo, añadió—: No pasa nada. Ahora que estamos lejos del portal no tardarás en recuperarte.

En esta parte de la cueva puedes utilizar tus poderes vástagos, así que estarás perfecta en un periquete.

—Bien —susurró Helena, que confiaba directamente en Orión.

Si estaba tan seguro de que se pondría bien enseguida, entonces no había de qué preocuparse. Pasados unos segundos, Helena había recuperado casi toda su fuerza y, aún entre sus brazos, se relajó. Y justo entonces, sintió que los músculos de Orión se agarrotaban.

—Tengo que dejarte —informó con voz amable.

—¿Eh? —dijo Helena alzando la vista.

Orión la miraba con tristeza y melancolía.

—Hemos regresado al mundo real, Helena. Vendrán a por nosotros.

En cuanto pronunció la última palabra, una multitud de sollozos lastimeros emergió de la nada. Orión dejó caer la cabeza con gesto doloroso y suspiró. Con un movimiento repentino a la par que violento, el joven pateó la vela que los había estado alumbrando y trató de librarse de Helena, empujándola de su regazo para poder levantarse.

De forma simultánea, cada músculo de Helena se anquilosó, impidiendo así que Orión pudiera inclinarse y erguirse. Colocó la mano con firmeza en el pecho del joven, le empujó hacia atrás y le propinó una patada en el estómago

para dejarlo tendido en el suelo. Una oleada de rabia e ira la inundó mientras apretaba las caderas de Orión entre sus muslos.

—No irás a ninguna parte —amenazó.

La voz de Helena desprendía un odio infinito.

—No, Helena. No lo hagas —rogó Orión, pero sabía que era demasiado tarde.

Las furias se habían apoderado de Helena y le estaban ordenando que matara a Orión.

Capítulo 9

Zach dio una última vuelta a la isla en coche, solo para cerciorarse de que Héctor no estaba siguiéndole, y después regresó a la embarcación de su señor. Aunque Héctor fuera un paria, seguía filtrando información a su familia, y Zach no podía permitirse el lujo de cometer ningún desliz.

Automedonte no se conformaría con arrancarle la cabeza si, por accidente, Héctor le seguía el rastro hacia su base en Nantucket, el barco de velas rojas.

Tras apagar el motor, se quedó observando el muelle que conducía hacia el elegante yate. Todas las embarcaciones se mecían con suavidad al ritmo de la marejada nocturna. De pronto, al pensar que tenía que cruzar la hilera de tablones de madera para entregar su informe a Automedonte, le empezaron a sudar las manos y se le revolvieron las tripas. Presentar el informe cara a cara era una mera formalidad, pues Zach ya había enviado por correo electrónico la cadena de mensajes en cuanto la robó, pero a Automedonte le gustaba recordar a su acólito que cada segundo de su vida pertenecía a su amo y señor.

Para Zach, ya no había vuelta atrás. Y todo por culpa de Helena. Maldita zorra.

Lo único que ansiaba saber era de qué se había estado escondiendo todos estos años. Había intentado hablar con ella en privado; sin embargo, sin importar lo cuidadoso y comprensivo que se mostraba, ella jamás le desveló sus secretos. Si Helena le hubiera prestado un poquito de atención, quizá si hubiera accedido a salir con él un par de veces, nada de esto estaría sucediendo.

Zach acabaría obteniendo todas las respuestas que quería, y muchas otras

que habría preferido no saber. Automedonte había crecido en una época donde la única diferencia entre un hombre libre y un esclavo se medía en tiempo, y Zach estaba en el momento y el lugar equivocado.

El chico se apeó del coche y se dirigió hacia el muelle, repitiéndose una y otra vez que, por lo menos, su señor le había demostrado suficiente respeto. Le había encargado un trabajo muy importante. Tenía que espiar a sus antiguos amigos, en concreto a Helena, y mantenerle informado de todos los progresos que Helena estaba haciendo en su cometido en el Submundo. No era un trabajo honorable, pero, ¡eh!, era una forma de entrar en ese mundillo. Helena era un esnob de cuidado. ¿Y los chicos Delos? Estaban demasiado ocupados sacando brillo a sus músculos y acostándose con todas las chicas atractivas de la isla como para fijarse en un humano de a pie, como él.

Esta noche había prestado un buen servicio a su señor, aunque la información que le había proporcionado no había sido bien recibida. Zach tenía pruebas que confirmaban la existencia de una granuja y, si había dos (Helena y su nuevo amiguito, Orión), entonces podía haber muchos, muchos más.

Zach no era estúpido. No había tardado mucho en comprender la política que había en juego y enseguida supo cuál era el premio. Si alzaban Atlántida, los vástagos ganarían la inmortalidad y, tras miles de años estancados en un punto muerto con los dioses, los Cien Primos estaban decididos a reclamar su premio.

Había desavenencias, desde luego, en especial por parte de los quejicas Delos, que aseguraban que todo eso desencadenaría una brutal guerra, pero Automedonte se lo había explicado todo a Zach. Iniciar una batalla campal sería una mala decisión para los dioses. Los Cien Primos gozarían del don de la Inmortalidad y, sin duda, superarían en número a los Doce Olímpicos, al menos por ochenta y ocho, aunque por todos era sabido que los Cien abarcaban a más de un centenar de primos.

Si los olímpicos intentaban luchar, se verían obligados a rendirse casi de inmediato. La humanidad por fin veneraría y honraría a dioses capaces de entenderlos, dioses que antaño fueron mortales. Quizá, para variar, lo rezos y las plegarías serían atendidas en vez de ignoradas.

Para Zach, todo tenía sentido. Estaba convencido de que se hallaba en el

bando correcto.

Sin embargo, había oído a su amo y señor decir cosas horribles en varias ocasiones. Cosas como cuánto deseaba que la humanidad desapareciera de la faz de la Tierra o cómo le encantaría que todos los mortales se convirtieran en esclavos estúpidos, como si fueran una colonia de hormigas. De hecho, más de una vez Automedonte había afirmado que ansiaba que su propio maestro «limpiara el mundo». Zach jamás había conocido al maestro de su señor, y, a juzgar por lo que había oído, era lo último que quería.

Al poner un pie sobre la cubierta del yate, oyó una serie de voces que provenían de la cubierta inferior y distinguió una esencia rancia y ácida, como a leche agria. Tras olisquear ese olor fétido, reculó varios pasos, pero se esforzó por ignorarlos y seguir adelante. A veces, su señor tampoco olía demasiado bien. Aunque tenía una apariencia bastante humana, Automedonte tenía un exoesqueleto en vez de piel y no respiraba por la boca, sino a través de unos agujeritos apenas perceptibles que le cubrían todo el cuerpo. Además desprendía un olor extraño, una mezcla de almizcle y hojas secas.

Zach decidió sentarse en la cubierta superior, completamente vacía. Tras la confrontación con Héctor, Lucas y Helena en el bosque, Tántalo había solicitado la presencia de todos los primos que habían acompañado a Automedonte a la isla. Aunque Zach no se había enterado de la razón del tal huida, sospechaba que tenía algo que ver con un inminente ataque de Tántalo. Sin duda, debía ser algo muy grave para que la guardia de élite de Tántalo hubiera rodeado de aquel modo los vagones. Lo único que sabía era que un batallón de los Cien Primos estaba persiguiendo a una misteriosa mujer por todo el mundo.

Las voces de la cubierta inferior subieron de tono, mostrando así su desacuerdo, pero enseguida enmudecieron por un comentario del otro bando. Zach sabía que no debía interrumpir, así que espero sobre uno de los bancos de madera de teca.

Sabían que el chico estaba allí, por supuesto. Él había aprendido, por propia experiencia, que su amo y señor podía sentir todos sus movimientos. Quien estuviera allí abajo con él era igual de poderoso, o un vástago de alto rango o una criatura aún más superdotada. Su maestro no utilizaba aquel tono reverente con ningún ser que juzgara como inferior a él y, en opinión de

Zach, había muy pocas personas en el mundo que recibieran tal trato de Automedonte.

Al oír que el grupo empezaba a recoger para subir a la cubierta superior, Zach se levantó respetuosamente. Por las escaleras apareció Automedonte seguido por una esbelta mujer y un jovencito con la tez muy pálida.

Parecían maniquíes, de una belleza delicada y una mirada grisácea, que se movían como si flotaran.

Sin embargo, al observarlos más de cerca, se dio cuenta de que tenían las pupilas demasiado pequeñas y parecían jadear en vez de respirar. Zach retrocedió y, por la mirada molesta de su señor, intuyo que había cometido un terrible error. La mujer meneó la cabeza hacia el chico, como si fuera una serpiente inspeccionando su presa.

—¡Arrodíllate, esclavo! —ordenó Automedonte.

Zach se desplomó sobre sus rodillas, pero sin apartar la mirada de la hipnótica y horrenda mujer. Tardó unos segundos en percatarse de que, a pesar de su altura y sus acciones angulosas, no era una hermosa maniquí.

Era un ser repulsivo, al igual que el joven encorvado que caminaba a su lado.

Ellos eran la fuente de aquella peste nauseabunda a leche podrida con una pizca de azufre. El hedor era tan fuerte que tuvo que cerrar los ojos por el escozor. Y entonces, una serie de emociones caóticas y violentas se apoderaron de él. Zach se moría por asestar un puñetazo a alguien o provocar un tremendo incendio.

—Por fin, una reverencia —siseó la mujer.

—Es ignorante —comentó Automedonte con tono despectivo.

—¿Su estupidez le impedirá cumplir con su deber?

—En absoluto. Se ha criado en esta isla y está bastante unido al Rostro —replicó Automedonte—. Si son los verdaderos tres herederos de la profecía, confío que mi esclavo se comporte tal y como esperamos. Es un humano envidioso.

—Perfecto.

Zach no se percató de que la mujer y su acompañante habían abandonado la embarcación hasta que abrió los ojos y vio que habían desaparecido. Su putrefacto aroma perduró varios minutos más. El impulso temerario le

abrumaba, así que miró a su alrededor en busca de algo que romper.

Las furias susurraban nombres incomprensibles sin dejar de sollozar.

Helena se esforzaba por apartar la mano del pecho de Orión y así poder alejarse de él. Le tenía atrapado entre las piernas, pero la absoluta oscuridad le impedía verle. En realidad, lo prefería. Si al menos no estuviera tocándole, podría calmarse, y tenía que calmarse de una vez por todas. Estaba tan furiosa que incluso sentía que el piso temblaba.

Pero no desistió. Sin apenas haber meditado la decisión, se sorprendió al darse cuenta de que estaba clavando las uñas en la espalda de Orión y estirándole de la camiseta mientras el muchacho procuraba retirarse.

Un segundo seísmo hizo vibrar el suelo de la caverna; esta vez, sabía que no era producto de su imaginación. EL terremoto fue de tal intensidad que logró arrancar a Orión de las piernas de Helena. Un ensordecedor estruendo tronó en el interior de la cueva mientras el suelo palpitaba con fuerza. El chico intentó articular su nombre, pero todavía no había recuperado el aliento y lo único que Helena escuchó fue un gemido. No podía explicarse cómo se había escabullido, pero sabía que no podía estar muy lejos.

Aquella penumbra la desesperaba; necesitaba algo con qué alumbrarse. Se le ocurrió invocar un relámpago. Después de pasar una eterna y complicada noche en el Submundo, Helena se moría de sed y sabía que, con esa deshidratación tan severa, sus rayos eran más que inestables. Si no podía tener un control absoluto sobre su energía, los rayos podían explotar con tal fuerza que derrumbarían la cueva. El cesto protegía a Helena de cualquier arma, pero no de un mal criterio. El peso de las rocas la asfixiaría del mismo modo que el océano podía ahogarla.

—Helena. Corre —jadeó Orión—. Por favor.

El sonido de su voz la exasperaba, como cuando alguien arañaba una pizarra, pero al menos le indicaba su posición.

Se abalanzó sobre Orión y volvió a sentarse a horcajadas sobre él para inmovilizarlo entre las rodillas. El muchacho le agarró los antebrazos, impidiéndole así que le golpeara la cabeza. Mantenía a Helena sujeta por las muñecas. Forcejearon sumidos en aquella oscuridad.

De repente, ella notó una tercera mano, tan frágil y suave como una brisa de aire, pero, sin lugar a dudas, de Orión. Y le rozó el pecho. La joven sacudió la cabeza convulsamente, impactada y atónita ante aquel misterioso brazo.

Con una dulzura infinita, Orión atravesó la ropa de Helena con su tercera mano, hasta alcanzar su piel y después sus huesos. Rasgó las ramificaciones de los nerviosos atrapados en la columna vertebral y después posó la mano en ese punto detrás del esternón, donde nacían todas las risas (el mismo punto que tanto le dolía desde que había perdido a Lucas).

Aunque sabía que el órgano de su pecho no era el responsable de sus emociones, tenía la extraña impresión de que Orión tenía entre su mano invisible el centro de su corazón.

Se quedó inmóvil, conmocionada por esa nueva sensación. Orión, todavía atrapado bajo sus rodillas, se incorporó. Tan solo unos milímetros separaban sus rostros.

—No tenemos que hacernos daño, Helena —susurró.

Los labios de Orión acariciaron la tez de Helena, justo entre el lóbulo de la oreja y la mandíbula. A ella se le puso la piel de gallina de inmediato. Lo único que quería era rozar la boca de Orión con los dedos. Relajó los puños y se deshizo de aquella postura combativa. En aquella absoluta negrura, Helena palpó la cabeza de Orión y al fin pasó las palmas de las manos sobre sus cálidos y musculosos hombros.

En su interior, Orión dobló su tercera mano y extendió los dedos. Notó una sensación en las cuatro extremidades y, por último, el quinto dedo alcanzó la cabeza.

—Jamás podría hacerte daño —susurró mientras le acariciaba la espalda y las caderas con sus verdaderas manos.

—No sé qué me estás haciendo —musitó Helena, casi sin pronunciar las palabras, pues no quería gruñir, sollozar o gritar. No sabía si el roce interior de Orión era la experiencia más increíble que jamás había sentido o un gesto tan íntimo que convertía el placer en dolor—. Pero tampoco puedo hacerte daño.

—¡No pueden!

Un insistente susurro emanaba por el laberinto de cuevas. El murmullo en

seguida se convirtió en gritos coléricos. Las furiosas estaban frenéticas, en un estado de agitación extrema y, por primera vez, tocaron a Helena.

Las tres parcas golpeaban su frente húmeda contra la espalda de Helena.

La joven notaba sus cuerpos cubiertos de ceniza en la nuca. Se tropezaron apropósito para arañarle la cara con sus uñas afiladas y tirarle del pelo para despegarla de Orión.

Las imágenes de cientos de asesinos que quedaron impunes de sus crímenes pasó por la mente de Helena.

—¡Mátale! ¡Mátale ahora! —ordenaban—. Todavía tiene una deuda con la casta de Atreo. ¡Haz que la pague con sangre!

Las furias no se cansaban de acongojarla. El corazón de Helena se deslizo de la mano invisible de Orión y se llenó de rabia y furia. La joven se enfureció aún más y le asestó un golpe con toda su fuerza, tratando de estrellar un puñetazo en la garganta de Orión.

El chico perdió por completo el control que hasta entonces había tenido sobre sí mismo. Las furias no tardaron en poseerle. Gruñó como un animal y se abalanzó sobre Helena. La agarró por los brazos y la empujó con fuerza, hasta golpearla contra la pared. Con sus poderes vástagos restablecidos, era más rápido y fuerte de lo que jamás hubiera llegado a imaginarse. Héctor tenía razón. Orión era vástago increíblemente poderoso.

Ella trató de soltarse, pero ya era demasiado tarde. Teniendo en cuenta su tamaño y experiencia, con un par de movimientos la empotraría contra el suelo.

Helena dejó fluir la corriente eléctrica que discurría bajo su piel, a pesar de que aquello podía provocar una explosión de energía catastrófica. Confiaba en que con ese revés dejaría a Orión inconsciente, pero el agotamiento convirtió aquella estocada mortal en un golpe más que doloroso que solo sirvió para encolerizar todavía más a Orión. El joven dejó escapar un chillido de dolor y se retorció de agonía, pero, aun así no la soltó. Tras recuperarse de la tormenta eléctrica que le había apaleado la cabeza, Orión empujó a Helena con todas sus fuerzas hacia el suelo húmedo de la cueva hasta que la joven dejó escapar un grito de dolor.

En ese preciso instante reparó en que había juzgado mal a Orión y ahora estaba pagándolo, y muy caro. La negrura de aquel lugar le impedía verle,

pero sentía el peso de todo su cuerpo sobre ella. Jamás se había fijado en lo enorme que era, hasta ese momento, seguramente porque nunca había tenido una razón para temerle. Mientras le golpeaba en vano la cabeza y la garganta, se convenció de que no ganaría esta batalla. Estaba malherida, deshidratada y muy muy agotada. Orión iba a matarla.

Helena no se lo pensó dos veces. Preferiría morir enterrada bajo miles de toneladas de escombros que rendirse y entregarse a Orión. Así pues, se relajó y empezó a invocar un verdadero relámpago, una descarga eléctrica que, además de quitarle la vida a Orión, derrumbaría la madriguera donde estaban metidos. Sin duda, Helena no sobreviviría a tal explosión, pero estaba dispuesta a morir. Sin embargo, en el último momento, no liberó el rayo.

De repente, Orión la soltó y se alejó un tanto desconcertado, como si acabara de despertarse de un sueño. Le escuchó tropezarse con varias piedras mientras corría hacia una dirección desconocida. Tenía la imperiosa necesidad de encontrar algo que pudiera alumbrar aquella cueva, y más ahora que no sabía dónde estaba Orión. Aguzando el oído en aquel silencio palpitante, Helena esperó un sonido que delatara otro ataque.

Podía distinguir el sonido de las botas de Orión pisando alguna piedra. Las furias continuaban siseando, llamando a Helena desde el escondite secreto de Orión. Pretendían guiarla hasta él para acabar lo que habían empezado.

Sin embargo, ahora que no lo tenía cerca, Helena empezó a vacilar. Orión no era su enemigo, ¿verdad? De hecho, sentía un cariño muy especial por él y, a decir verdad, le preocupaba haberle hecho demasiado daño. Pero aquella oscuridad impenetrable del foso no podía darle ninguna pista, por mucho que tratara de aguzar el oído o enfocar la vista.

En ese instante decidió que necesitaba saber dos cosas. La primera, ¿Orión estaría sano y salvo? Y la segunda, ¿querría atacarla?

Utilizando la energía que le quedaba para mantener una carga equilibrada, Helena conjuró una bolita de electricidad sobre su mano izquierda que alzó por encima de su cabeza para iluminar la cueva. Observó decenas de afiladas estalactitas y estalagmitas antes de ver a Orión. Estaba resguardado junto a la pared, justo al otro extremo de la diminuta madriguera, con los ojos cerrados. Helena distinguió un río de sangre que manaba de su barbilla.

—Si piensas matarme, te ruego que lo hagas ahora, mientras tengo los ojos cerrados —dijo con una voz firme y grave que resonó por los pasillos vacíos—. No opondré ninguna resistencia.

Generar una bola de luz había sido un error. Ahora Helena podía distinguir a las tres furias haciendo rechinar los dientes mientras se arañaban los cuerpos. Entre sombras, las tres hermanas se rasgaban los ropajes dejando tras de sí un rastro de verdugones rojos sobre su tez húmeda y pálida.

Helena se levantó como un robot y se dirigió airada hacia Orión, como si fuera un asesino de cuerda que, en vez de tener pensamientos, tuviera tornillos y ruedas dentadas. En un arrebato de odio, se dejó caer sobre sus rodillas, justo delante de él, y deslizó la mano derecha bajo la camisa de Orión.

Recorriendo las hebillas del cinturón del joven, Helena buscó el cuchillo que Orión tenía guardado tras la espalda. Evidentemente, él sabía cuáles eran las intenciones de la muchacha, pero, aun así, no trató de detenerla.

Helena desenvainó la daga y acercó el filo al pecho de Orión.

—No quiero hacerlo —dijo con voz temblorosa mientras unos lagrimones le recorrían las mejillas—. Pero no tengo otra opción.

Orión mantuvo los ojos cerrados en todo momento. Tenía las manos apoyadas sobre la pared de la cueva. Bajo aquel resplandor frío y errático que emitía su bola de electricidad, Helena vio que el chico se relajaba, como si hubiera pasado por aquella misma situación miles de veces. La silueta fantasmagórica de las furias parpadeaba en el rabillo del ojo de Helena.

—Yo también lo percibo. Sed de sangre —susurró casi sin pronunciar las palabras, aunque Helena comprendió perfectamente a qué se refería—. Está bien. Ya estoy preparado.

—Mírame.

Orión abrió sus ojos esmeralda y, acto seguido, las furias chillaron.

De golpe, el chico mostró una expresión de asombro y un tanto más infantil. Empezó a respirar con dificultad, como si estuviera fatigado, y dejó caer la cabeza hacia Helena muy lentamente, milímetro a milímetro, hasta rozar sus labios con los de ella. El tacto de aquella caricia era cálido y suave. Como si se tratara de un nuevo sabor que no lograba identificar, pero que, al mismo tiempo, le parecía exquisito, Helena succionó su labio superior para

saborear otra vez aquella sensación. Le acarició el rostro con las manos y le volvió levemente la cabeza para poder besarle mejor. Justo en ese instante, se percató de que tenía algo pegajoso enganchado entre los dedos, de modo que se separó de aquellos deliciosos labios y bajó la mirada.

Tenía las manos cubiertas de sangre.

Aturdida, desvió la mirada hacia la camiseta de Orión y distinguió un círculo húmedo y oscuro justo en el centro. La expresión de asombro de Orión. Le había apuñalado. Y había seguido clavando la punta de la daga en el pecho de Orión con cada milímetro que se habían acercado. El joven le había permitido que le atravesara con su propio puñal sin quejarse.

Al darse cuenta de lo que había hecho, Helena extrajo el cuchillo del pecho de Orión y lo arrojó hacia el otro extremo de la cueva.

El muchacho cayó de bruces tras dejar escapar un pequeño suspiro y se desplomó sobre el regazo de Helena.

Horrorizada, clavó los talones en aquél suelo resbaladizo y húmedo, y se alejó gateando del cuerpo inmóvil de Orión, extinguiendo el globo de luz para poder apoyar las manos. Se golpeó la espalda con una estalagmita y se quedó quieta, tratando de escuchar algún sonido por parte de Orión.

Las furias le murmuraban que se levantara y acabara lo que había empezado, pero Helena estaba demasiado conmocionada para obedecer sus súplicas.

—¿Orión? —llamó Helena.

Aún estaba a tiempo de sacarle de allí, pensó. Quizás el puñal no le había atravesado ningún órgano y solo estaba inconsciente. ¿Verdad? «Verdad», se dijo convencida. Si no podía curarse por sí solo, le llevaría junto a Jasón y Ariadna para que le salvara la vida. Sabía que los dos hermanos podían hacerlo. Le daba igual lo cansada que estuviera, o cuánto pesara o cuántos kilómetros tuviera que llevarle en voladas. Orión iba a sobrevivir a este episodio, y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Sin embargo, las furias conseguirían que incluso los compasivos mellizos Delos sintieran unas irresistibles ganas de matar a Orión. Eso teniendo en cuenta que Helena fuera capaz de resistir la tentación mientras le trasladaba a Nantucket. ¿Cómo podía confiar en sí misma después de lo que había hecho?

—¡Orión, contéstame! —gritó en medio de la oscuridad—. ¡No puedes

morir!

—Bueno, algún día moriré. Pero no hoy —gruñó. De inmediato, los murmullos de las furias incrementaron—. Tienes que irte de aquí.

—No pienso dejarte aquí tirado. Estás herido.

—Estoy casi recuperado. Sigue el riachuelo de agua. Te guiará hasta la salida —dijo él después de tragar saliva—. Por favor, ¡aléjate de mí!

Ahora, las furias estaban susurrándole a Orión, mostrándole el camino hacia Helena. Podía oírlas suplicándole una y otra vez que la matara. El chico dejó escapar un gemido desesperado y, de repente, Helena notó que el joven se preparaba para atacarla en cualquier momento.

Tras esquivar el terrible placaje de Orión, Helena se desprendió de su gravidez para elevarse hasta el techo. En cuanto alzó el vuelo percibió una brisa de aire apenas perceptible que serpenteaba entre las estalactitas que colgaban de la bóveda de la gruta. Aquellas ligeras corrientes de aire le serían de gran ayuda para hallar la salida.

También podía advertir las ráfagas de aire que Orión provocaba mientras meneaba los brazos frenéticamente para intentar ubicarla en aquella penumbra tan absoluta. Herido o no, Helena sabía que tenía que salir de allí de inmediato o, de lo contrario, ninguno lograría sobrevivir. Sobrevoló la madriguera y zigzagueó entre los distintos pasadizos hasta que, al fin, distinguió la tenue y cálida luz del alba iluminando la boca de la cueva.

En cuanto salió de la gruta se elevó un poco más para tener una panorámica de los alrededores. Observando el paisaje aún nocturno, reparó en que se encontraba cerca de la costa sur de Massachusetts. Se giró hacia los primeros rayos de sol y se dirigió hacia el este, hacia mar abierto.

Mientras sobrevolaba la isla de Marha’s Vineyard, Helena rompió a llorar.

No podía quitarse de la cabeza la expresión de asombro de Orión mientras ella le había apuñalado: había atravesado su pecho con un cuchillo.

Aturdida, no dejaba de repetirse lo que había hecho.

Sin dejar de sollozar, se cubrió la boca con la mano. Percibió un sabor extraño en los labios y, con expresión de asco, echó un vistazo a la mano.

Estaba manchada de sangre de Orión. Había estado a punto de asesinarle, y la prueba de ello estaba en su propia piel. Si no la hubiera besado, estaría

muerto.

Helena descendió en picado al llegar a la isla de Nantucket. Intentó secarse las lágrimas, que se congelaban en cuanto brotaban de sus ojos, pero, por algún motivo, no podía dejar de llorar. Cuanto más se esforzaba por aminorar los sollozos, más violentos se tornaban. ¿Qué había hecho Orión con su corazón?

El control de Helena sobre el viento empezó a flaquear, y comenzó a dar volteretas en el aire como una bolsa de plástico durante una tormenta.

Decidió iniciar el aterrizaje y voló directamente hacia la lona azul que cubría la ventana de su habitación.

Apartó la lona y, sin siquiera desvestirse, se metió en la cama. Enterró la cabeza bajo la almohada congelada para sofocar el sonido de su llanto. En la habitación contigua, su padre estaba roncando, sin saber que si hija había esto a punto de convertirse en una asesina. Bendita ignorancia.

Ella lloraba tan silenciosamente como podía. Pero sin importar lo cansada que estuviera, se negaba a quedarse dormida. No podía soportar la idea de descender al Submundo otra vez, aunque sabía que no serviría de nada.

Estaba atrapada en un cielo que parecía no tener fin. Tanto si se dormía como si permanecía despierta, ¿qué diferencia había? Jamás encontraría paz ni descanso.

Zach observó a Helena apartar la lona azul que cubría la ventana de su habitación y volar hacia el interior. Ya había visto a su maestro realizar hazañas físicamente inexplicables, pero ver volar a una chica a la que conocía desde siempre era algo muy difícil de procesar. Helena siempre le había parecido un ángel, tan hermosa que incluso resultaba doloroso contemplarla, pero ahora, tras verla volar, era como una verdadera diosa.

Además, parecía triste. Se preguntaba qué le habría ocurrido. Fuera lo que fuese, no podía ser bueno. Zach asumió que todavía no habría cumplido su cometido en el Submundo.

Se preguntaba cómo demonios había conseguido salir de su casa. Y entonces empezó a sudar. De algún modo, Helena había apagado las luces de su habitación y, media hora más tarde, apareció tras él como por arte de

magia. ¿También podía teletransportarse? ¿Qué le diría a su maestro?

Zach sabía que tenía que elaborar un informe. Se dio media vuelta para dirigirse a su coche, aparcado calle abajo, y se sobresaltó. Automedonte estaba justo detrás de él, silencioso como una tumba.

—¿Cómo ha salido la heredera de su casa? —preguntó con voz tranquila.

—Se quedó dormida… No pudo salir, lo juro.

—Puedo oler tu miedo —añadió Automedonte, cuya mirada rubí brillaba en la oscuridad—. Tu visión es demasiado lenta para seguirle el rastro. Ya no puedo confiarte esta tarea.

—Señor, yo… Automedonte meneó la cabeza. El gesto bastó para enmudecer a Zach.

—El maestro de mi hermana ha tenido unas palabras con su hermano.

Están casi listos —continuó Automedonte con su habitual tono tajante y sin emoción—. Deberíamos iniciar los preparativos para capturar al Rostro.

—¿El maestro de tu hermana? —preguntó Zach sagazmente—. Pero Pandora está muerta. ¿No querrás decir la esposa de Tántalo, Mildred?

De repente, Zach se derrumbó sobre las rodillas y se quedó sin aire en los pulmones. Automedonte le había asestado un puñetazo en la barriga, pero el golpe había sido tan veloz que el muchacho ni siquiera lo había visto venir.

—Haces demasiadas preguntas —concluyó Automedonte.

Zach no dejaba de jadear mientras se apretaba la panza. Ahora sabía que Automedonte tenía un maestro distinto. Ya no estaba al servicio de Tántalo, y el chico tenía la impresión de que tenía algo que ver con aquella esbelta e inhumana mujer y el adolescente deforme que la acompañaba.

Por lo visto, el hermano de aquella desconocida era el nuevo director de orquesta, el que llevaba la batuta y, además, era el verdadero maestro de Automedonte. Zach sabía que no confiaba lo suficiente en él como para desvelarle para quién trabajaba, pero eso no significaba que no pudiera descubrirlo por sí solo. Simplemente tenía que ser cauto y prudente.

—Perdóname, señor —resolló el chico, aunque estaba resentido por el revés de su maestro, y se incorporó con dificultad, por el inmenso dolor en la tripa—. Te conseguiré lo que necesites.

Automedonte retorció la boca, como si pudiera olfatear la falsedad de Zach.

El muchacho intentó concentrarse en pensamientos de lealtad. Su vida dependía, literalmente, de ello.

—Cuerda, una estaca y un brasero de bronce. ¿Sabes qué es un brasero?

—Una vasija para ceremonias que se emplea para poner dentro carbón encendido o fuego —dijo Zach.

Su maestro asintió.

—Ten todas esas cosas a mano. Cuando llegue el momento, todo ocurrirá muy deprisa.

Helena se levantó y se masajeó la cabeza para librarse del dolor que le martilleaba el cerebro. Fue entonces cuando se dio cuenta de que seguía cubierta de sangre y mugre. Sentía la piel grasienta y sensible por la falta de sueño, y las mejillas, sonrojadas, aunque sabía de sobra que en su habitación hacía un frío de los mil demonios. Incluso se había creado una fina capa de hielo sobre el agua del vaso que había sobre la mesilla de noche.

Tras realizar un tremendo esfuerzo para salir de la cama, deambuló hasta el cuarto de baño y estuvo allí encerrada unos minutos, tratando de olvidar a Orión, mirándola de aquel modo, atónito y perdido al mismo tiempo. La palabra «apuñalar» resonaba en su cabeza y se mezclaba con el recuerdo de su tacto, de sus caricias, de su beso.

Helena sabía que Orión tenía la capacidad de controlar el corazón, pero nada podía compararse con la sensación que experimentó cuando él deslizó la mano en el interior de su cuerpo. Le dolió, pero en el buen sentido; de hecho, en el mejor de los sentidos. Sintió una oleada de calor que volvió a ruborizarle las mejillas y dejó que el chorro de agua de la ducha le empapara el rostro. Durante un momento tuvo la impresión de que Orión podría haberle hecho lo que quisiera, y Helena sabía que se lo habría permitido. O, peor aún, sospechaba que, si él le pedía cualquier cosa, por muy descabellada que fuera, ella habría aceptado de buen grado.

—¡Helena! —gritó Jerry, que la despertó de aquel sueño tan vívido. Su padre solo la llamaba Helena cuando estaba verdaderamente furioso—. ¿Puedes explicarme por qué hace este maldito frío en esta maldita casa…? ¡Maldita sea!

«Ya está —pensó la chica—. He cabreado tanto a mi padre que ya no sabe ni hablar.»

Jerry se acercó a la puerta del cuarto de baño y empezó a gritarle a través de la madera. Podía imaginarse a su padre allí afuera, señalando con vehemencia la puerta mientras se iba alternando hasta el punto de confundir palabras como «irresponsable» y «desconsiderada» y soltar *irresponderada*.

Helena cerró el grifo y, sin secarse antes con una toalla, se puso la bata.

Abrió la puerta de repente y fulminó a su padre con una mirada. Los gritos de Jerry enmudecieron en cuanto vio la cara de Helena.

—Papá —dijo con sumo cuidado—. Esta es la situación. Ya llamé al señor Tanis de la ferretería y se acercó el viernes pasado para tomar medidas de la ventana. Después, hizo el pedido del cristal a una tienda de Cape, porque esta casa es tan vieja que ninguna instalación tiene las medidas estándar. Tendremos que esperar a que la cristalería haga el cristal, nos lo envíe y el señor Tanis vendrá a instalarlo. Pero hasta entonces, ¡relájate porque va a hacer frío polar en mi habitación, de acuerdo!

—¡De acuerdo! —respondió apartándose ligeramente del repentino ataque de locura de su única hija—. Siempre y cuando estés pendiente de ello.

—¡Lo estoy!

—¡Bien! —exclamó dando media vuelta. Después miró a Helena con expresión arrepentida y añadió—: ¿Qué te apetece desayunar?

La chica le dedicó una tierna sonrisa, agradecida por que su madre hubiera escogido a Jerry de entre todos los hombres mortales.

—¿Tortitas de calabaza? —propuso sorbiéndose los mocos. Después se frotó la nariz con la manga de la bata, como si fuera una niña pequeña.

—¿Estás enferma? ¿Qué te ocurre, Len? Parece que vengas del Infierno.

Helena soltó una carcajada, resistiéndose a la tentación de contarle que había dado en el clavo. Aquella risa inesperada solo sirvió para confundir a Jerry todavía más. La miró extrañado y después bajó a la cocina para preparar las tortitas que su hija le había pedido.

Ella se abrigó con un grueso jersey de lana y se puso unos calcetines polares antes de bajar a la cocina para echarle una mano. Durante más de una hora padre e hija charlaron, desayunaron y compartieron el periódico del

domingo. Cada vez que la imagen de Orión le venía a la mente, hacía todo lo posible por deshacerse de ella.

No podía permitirse el lujo de encariñarse demasiado con él. Lo sabía perfectamente. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ciertos detalles, como el lunar con forma de lágrima que tenía en la mejilla derecha o en los afilados colmillos en forma de diamante que dejaba entrever al sonreír.

Todavía no le había enviado ningún mensaje. ¿Por qué?

—¿Vas a pasarte por casa de Kate luego? —le preguntó a su padre para dejar de pensar en Orión.

—Bueno, quería preguntar yo primero —respondió—. ¿Piensas ir a casa de Luke?

Helena contuvo la respiración durante unos instantes, se recompuso y fingió que no se le había caído el alma a los pies lo mejor que pudo. Intentó razonar con la vocecita de su cabeza que le susurraba la palabra «infiel».

Lucas y ella no estaban juntos. ¿Qué más daba si pensaba en Orión?

—Iré a casa de Ariadna, papá. Tenemos una cosa pendiente, así que no te preocupes. Hazle compañía a Kate. Yo no estaré por aquí.

—¿Otro proyecto del instituto? —preguntó con tal inocencia que a Helena le costó creerle.

—En realidad, no —admitió ella. Estaba demasiado cansada para seguir mintiéndole a su padre, así que decidió que, para variar, diría la verdad—. Me está dando clases de defensa personal.

—¡No me digas! —exclamó, sorprendido—. ¿Por qué?

—Quiero aprender a protegerme.

Helena reparó en lo cierto que era lo que acababa de decir. No estaba dispuesta a pasar el resto de su vida escondiéndose tras la espalda de otras personas. En algún momento se quedaría sin defensores, sobre todo si seguía apuñalándoles el pecho.

A esas horas Orión ya debería haberle escrito algún mensaje. ¿Dónde estaba?

—Bueno, de acuerdo —dijo con el ceño fruncido—. Lennie, me rindo.

¿Estás saliendo con Lucas o no? Porque, la verdad, yo no tengo ni idea, Kate tampoco y, si quieres que te sea sincero, tienes un aspecto deplorable. Supongo que habéis roto, pero ¿por qué? ¿Te ha hecho algo?

—No me ha hecho nada, papá. No tiene nada que ver con eso —farfulló Helena. Todavía era incapaz de pronunciar el nombre de Lucas—. Solo somos amigos.

—Amigos. ¿De veras? Lennie; podría confundirte con una zombi.

Ella contuvo una risa y se encogió de hombros.

—Quizás tengo la gripe o algo así. No te preocupes. Lo superaré.

—¿Te refieres a la gripe o a Lucas?

De pronto sonó el teléfono móvil de Helena. Se lanzó hacia él. Ansiaba que fuera Orión, pero era Claire, que quería preguntarle dónde estaba.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jerry.

—¿Eh? Nada —respondió Helena sin apartar la mirada de la pantalla. ¿Por qué Orión todavía no le había enviado un mensaje?

—Pareces decepcionada.

—Tengo que irme. Claire está a punto de llegar —mintió haciendo caso omiso al comentario de su padre. No estaba decepcionada, sino preocupada, lo cual era bastante distinto.

¿Qué le había hecho Orión? Sabía que aquello no era del todo normal. Le daba la sensación de que el vástago le había secuestrado el cerebro y, por lo visto, también se había adueñado de su piel, ya que todavía podía «sentir» las manos de Orión deslizándose por su interior, y sabía que no era producto de su imaginación. Notaba puntos de presión en la espalda, como si Orión estuviera masajeándole con la yema de los dedos. Podía jurar que él estaba tirándole de las caderas, acercándola más a él. Pero sabía que estaba a kilómetros de distancia, en tierra firme.

Apoyó una mano sobre la encimera para no perder el equilibrio y contó hasta tres. La percepción de que Orión la sujetaba por las caderas se desvaneció, aunque no del todo. En un intento de deshacerse de todas aquellas sensaciones imposibles, se despidió de su padre con un beso, se calzó, se puso el abrigo y salió rápidamente de casa.

De pronto, se le nubló la vista y los escalones de la entrada empezaron a mecerse ante sus ojos al mismo tiempo que un aroma familiar era arrastrado por la brisa. De inmediato, Helena se dio media vuelta para encontrar el origen de aquel extraño perfume. Desorientada, se tambaleó hasta caerse sobre las rodillas y extendió los brazos para palpar cada objeto que tenía a su

alrededor, como si le hubieran vendado los ojos. Algo terrible le estaba afectando la vista. Cuando contempló el cielo, le pareció que estaba desencajado, como si alguien hubiera hecho trizas toda la bóveda y después hubiera tratado de recomponerla a toda prisa Helena sintió una oleada de calor, una maravillosa y reconfortante brisa en aquel océano de hielo. Una especie de sol invisible la templaba ligeramente. Cerró los ojos y estiró la mano en un intento de acariciar esa calidez que desprendía una sombra que Helena era incapaz de reconocer, pero, en cuanto la rozó, aquella figura desapareció y el frío otoñal volvió a apoderarse de la atmósfera.

Unos cálidos lagrimones brotaron de sus ojos. Lamentaba que alguien le hubiera negado algo que necesitaba con desesperación. Durante un instante, aquella calidez le había parecido más esencial que respirar. Con cierta esperanza, dio un par de manotazos al aire, pero no percibió nada, solo aire vacío.

«Ven conmigo, soñadora sin sueños. Añoro tenerte entre mis brazos.»

Se quedó petrificada, pero enseguida miró a su alrededor. Podía jurar que había escuchado el susurro de un hombre, pero ¿dónde estaba?

Aquella invitación había retumbado en la mente de Helena, pero definitivamente aquella no era su voz. Sin embargo, le había parecido tan tranquilizadora, tan relajante, que deseaba volver a escucharla.

Todavía arrodillada, echó un fugaz vistazo a todos los ventanales del vecindario con la esperanza de que nadie hubiera sido testigo de aquel inexplicable episodio. No tenía la menor idea de cómo justificar ese delirio momentáneo. De repente, una idea aterradora cruzó por su mente. Visión borrosa, equilibrio trastornado, sofocos y enfriamientos inesperados…

Todos eran efectos secundarios de una continuada falta de sueño. Así que padecía de demencia. Quizá se lo había imaginado todo, incluida la voz.

Helena sabía que no podía permitirse el lujo de sufrir un ataque de pánico, de modo que sacudió todo el cuerpo para deshacerse de aquel miedo infundado. Trotó varios metros por la calle y, después de asegurarse que nadie le vigilaba, alzó el vuelo. Instantes más tarde, aterrizó sobre la pista de entrenamiento de la familia Delos, justo al lado de Ariadna y Matt, que ya habían iniciado su sesión de práctica. Matt gritó como una niña al ver a Helena aparecer a su lado como si nada.

—¡Qué diablos, Lennie! —exclamó mientras se ponía de pie, ya que del susto había perdido el equilibrio y se había resbalado—. ¡Acabas de caerte del maldito cielo!

—¡Lo siento! No me acordaba —se disculpó Helena.

Había olvidado por completo que su amigo jamás la había visto volar, pero le sorprendió tanto que Matt y Ariadna estuvieran entrenando al aire libre que no reparó en aterrizar con suavidad. Justo cuando estaba a punto de preguntarle si habían logrado convencer al padre de Ariadna de que Matt realmente necesitaba un par de lecciones de lucha, oyó a Claire mondándose de la risa desde la esquina.

—¡Madre mía, Matt! Creo que no gritabas así desde que estábamos en quinto de primaria —bromeó. Todo su diminuto cuerpo se zarandeaba mientras se reía y sostenía contra el pecho un libro con cubierta de piel que estaba leyendo.

—Ja, ja.

Por lo visto, a Matt no le hizo tanta gracia. Se volvió hacia Helena con expresión severa y preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí, Len? ¿No se supone que debes estar en la biblioteca, con Cassandra?

—¿Qué más da? Claire es, con diferencia, mejor investigadora que yo.

Podría inmiscuirme en su camino, sacar un par de libros de la biblioteca y no entender ni la mitad que ella —dijo Helena señalando a Claire, que, todavía sentada en la esquina, se las arregló para hacer una magnánima reverencia—. Ahora mismo lo último que me hace falta es estudiar. Lo que necesito es que Ariadna me entrene.

Ariadna miró a Helena algo confundida.

—¿Helena? Sabes que te adoro y que te aprecio muchísimo, pero no estoy dispuesta a morir electrocutada. ¿Por qué no vuelas hasta tierra firme y buscas un árbol gigantesco al que puedas prenderle fuego? Así estaremos en paz.

—No me entendéis —respondió con contundencia.

Todas las miradas se posaron en ella. Justo entonces cayó en la cuenta de que su comentario había sonado demasiado severo, incluso un poco miedoso. Siempre utilizaba ese tono cuando perdía los estribos.

Avergonzada, agachó la cabeza y descubrió que tenía las manos azules, cargadas con electricidad estática, y de inmediato extinguió el relámpago.

Meneó la cabeza para poder pensar con lucidez y trató de calmarse. Era consciente de que su mente estaba trastornada, y por ello debía ir con más cuidado.

—Entonces explícamelo. ¿Qué es lo que no entendemos? —preguntó Ariadna con tono conciliador.

—Tengo que aprender a defenderme en un cuerpo a cuerpo sin mis poderes. Tengo que ser capaz de vencer a alguien como Matt sin utilizar una pizca de mi fuerza de vástago ni mis otros talentos.

—¿Y por qué? —cuestionó Claire sin rodeos.

—Anoche, Orión y yo nos topamos con Ares en el Submundo.

Todos se quedaron mudos de asombro. Helena pensó que debería haber llamado a alguien para ponerle al corriente de todo el asunto de Ares, pero ya era demasiado tarde. Conocer a un verdadero dios era una gran noticia.

Había estado tan preocupada con lo que había sucedido entre Orión y ella en el interior de la cueva que apenas había considerado las repercusiones de lo que había ocurrido antes de eso, cuando aún estaban en el Submundo.

Para Helena, lo que había pasado entre ellos era más importante que un dios, sobre todo ahora que empezaba a sospechar que Orión estaba evitándola a propósito. Sin embargo, le extrañaba que no se hubiera acordado de contarle a alguien su encuentro con Ares. «¿Por qué ya no soy capaz de controlar mis pensamientos?», se preguntó con los ojos velados por las lágrimas.

«Porque me necesitas. Ven. Puedo regalarte los sueños más dulces.»

Helena trazó un círculo mientras escudriñaba el paisaje en busca de la voz. Tras la primera rotación, entendió que la voz estaba dentro de su mente. Respiró hondamente y movió la cabeza de lado a lado para deshacerse de aquellas telarañas que se deslizaban sobre sus pupilas.

—¿Helena? ¿Estás bien? —preguntó Ariadna.

La hermana de Jasón acarició el codo de Helena con sus manos de sanadora. Ante aquel gesto tan amable, la chica esbozó una sonrisa, pero enseguida le apartó el brazo.

—Ares huyó de Orión porque es evidente que, con o sin sus poderes, él

sabe defenderse. Pero yo no —dijo Helena, que consiguió concentrar su atención gracias a su fuerza de voluntad—. Tengo que aprender a enfrentarme a Ares yo solita.

Sobre todo ahora que Orión la odiaba y no quería volver a verla. Cada vez que pensaba que tendría que regresar al Submundo sin Orión, sentía que se le encogía el corazón.

—Ares. ¿El Ares dios de la guerra?

Aparentemente, Claire quería asegurarse de que todos habían entendido lo mismo.

—Sí —afirmó Helena asintiendo con la cabeza.

—Y bien, ¿qué pasó? —gritó Matt, ansioso por conocer la historia—. ¿Hablaste con él?

—No fue como una conversación normal que digamos. Está pirado, Matt.

Loco como una cabra. Hablaba como si recitara un poema y perdía sangre por los lugares más extraños. Incluso su pelo sangraba, ¿puedes imaginártelo? Y, si queréis que os diga la verdad, no creo que aquella sangre fuera suya.

Cuando Helena bajó la mirada se percató de que los dedos le tiritaban. De hecho, todo su cuerpo estaba temblando.

Bajo la luz brillante del día, dudó de si aquel fortuito encuentro con Ares había sido un mero producto de su imaginación. Todo a su alrededor parecía real, pero a la vez falso. Los colores se percibían sobresaturados y las voces rasgaban sus oídos, como si fueran gritos discordantes. Le daba la sensación de que, de un momento a otro, todo a su alrededor se había convertido en el decorado de un musical de Broadway y de que ella era la única que estaba lo bastante lejos del escenario como para darse cuenta de que el mundo estaba hecho de pintura y contrachapado.

—Por lo que pudimos intuir, Ares es un mortal más en el Submundo, como nosotros. —Helena intentaba decir en voz alta todos los pensamientos que le rondaban por la cabeza—. Pero, aun así, es un tipo fuerte que sabe cómo luchar. No puedo defenderme contra él sin unas lecciones de combate. Necesito que me enseñes, Ari. ¿Lo harás?

—Tendrás que entrenarte con ella para que pueda ocuparme de instruiros a los dos —le ordenó Ariadna a Matt—. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

—Seguramente no. Pero hagámoslo de todas formas —respondió.

—A la jaula —mandó Ariadna con solemnidad—. Matt. Ve a cambiarte y ponte un *gi*. No quiero que te manches la ropa de sangre.

Mientras Helena y Matt entrenaban, Claire se dirigió hacia la cocina para explicarle al resto de la familia el desafortunado encuentro de Helena con Ares en el Submundo. Quizás, entre todos, podrían trazar algún plan. Matt y Helena sudaron durante horas y, a decir verdad, Ariadna no tuvo una pizca de compasión. En más de una ocasión Helena notó que su dulce y delicada amiga se había convertido en un sargento instructor, como Héctor.

Golpear a Matt no era fácil. Llevaba un traje de protección para amortiguar los golpes, pero, aun así, Helena se mostraba reacia a apalearle demasiado a menudo. Tras cada asalto se preocupaba por haberle hecho daño.

Aquella situación le hizo rememorar cómo había apuñalado a Orión sin compasión y la culpa la abrumó.

Las furias la habían incitado a hacerlo. Su intención jamás había sido atravesar el corazón de Orión con una daga. Helena se repetía constantemente lo mismo para convencerse, aunque, en el instante en que se arrodilló justo delante de él, deseó matarle con todas sus fueras. De hecho, solo existía otra persona hacia la que había sentido esa emoción tan intensa.

«Son las furias. Es el instinto y no una intención verdadera», se dijo con convicción.

Pero si su instinto era tan terrible, ¿cómo podría fiarse de sí misma? Al parecer, todo lo que deseaba de forma instintiva era inmoral, doloroso o equivocado. No tenía ni la más remota idea de qué hacer.

Demasiado cansada para alzar los brazos, Helena los dejó caer y, acto seguido, Matt le asestó un puñetazo en la cara.

—¡Uff, Lennie! Sin tus rayos eres un cero a la izquierda —gritó Claire en cuanto cruzó el umbral de la puerta.

—Gracias, Risitas —respondió Helena con sarcasmo mientras se sacudía el polvo del trasero—. ¿Qué han dicho Cassandra y Cástor?

—Que intentarían encontrar una explicación —respondió Claire con una mueca—. ¡Por favor! Nadie sabe qué aconsejarte.

—Genial —dijo Helena mientras Matt le ofrecía la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Venga —animó—. Volvamos al trabajo.

Helena ya no quería seguir practicando, pero sabía que Matt tenía razón.

Disponía de poco tiempo. Era inevitable que se durmiera en algún momento, y por lo visto necesitaba solucionar varias cosas antes de eso, como aprender habilidades de combate, elaborar un plan para plantarle cara a Ares o escuchar diversas teorías que explicaran la presencia de ese dios en el Submundo. Necesitaba que todos unieran sus esfuerzos para averiguar ciertos datos, porque jamás lo conseguiría ella sola. Sin embargo, se sentía responsable, como si fuera ella quien debiera encargarse de todo eso.

Una vocecita en su cabeza que sonaba sospechosamente como la de Héctor le recordó que delegar era una de las destrezas más importantes que cualquier general debía aprender.

«¿Y desde cuándo soy yo un general?», pensó con cierto pesar. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por llamar a Héctor y pedirle consejo, o por enviarle un mensaje a Orión y bromear sobre el asunto. Y Lucas… Helena se detuvo. Necesitaba a Lucas por muchas razones. ¿Por qué no podía tenerlos en su vida? ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

—¡Concentración! —ladró Ariadna.

Matt vio una clara ventaja y atizó un puñetazo a Helena, quien de inmediato perdió el equilibrio y se cayó de bruces. Se golpeó la espalda contra la colchoneta y se fijó en la bombilla que iluminaba el cuadrilátero mientras reflexionaba en qué punto se había perdido. En una milésima de segundo logró enumerar todos los errores que le habían conducido hasta allí.

Primero: Héctor. Sabía que, por su culpa, el mayor de los Delos era un paria. Debería haberle impedido que asesinara a Creonte. Pero como la oscuridad del maestro de la sombra la asustaba tanto, Héctor no tuvo más remedio que matar a su enemigo por ella. Y ahora, Héctor había desaparecido de su vida.

Segundo: Orión. El joven había logrado resistirse a las furias, cuando, en realidad, podría haberla matado en un abrir y cerrar de ojos. A modo de agradecimiento, Helena le había clavado un cuchillo en el pecho. Por lo visto, le había perdido para siempre. La idea le dolía tanto que prefirió no darle más vueltas.

Y por último: Lucas. Siempre Lucas.

Pronunciar su nombre parecía interrumpir todos sus pensamientos. No podía pensar en otra cosa. Durante un breve instante de lucidez, solo pudo pensar en su nombre, como un camino iluminado que se abría entre su abarrotada mente.

—¿Lennie? ¿Estás bien? —preguntó Matt con cierto nerviosismo.

Helena se percató de que seguía tumbada boca arriba, pensando.

—Excelente —respondió mientras se palpaba el labio partido. Echó un fugaz vistazo a Matt, quien ya estaba preparado, con los puños en alto y añadió—: ¿Sabes qué, Matt? Te estás convirtiendo en un matón de primera.

Matt puso los ojos en blanco y se alejó con expresión de indignación, como si pensara que Helena le estaba tomando el pelo. Pero la joven lo decía en serio. Durante las últimas semanas había ganado músculo y se asemejaba más a un boxeador que a un jugador de golf. Helena le miró entrecerrando los ojos y, olvidando que aquella silueta pertenecía a su buen amigo Matt, habría asegurado que era un tipo duro. Además de atractivo, a decir verdad. Sin embargo, solo podía considerar a Matt como un hermano.

—¿Piensas levantarte o te rindes? —gritó Claire con voz alegre al ver el patético estado de forma de su mejor amiga.

—Creo que ya he tenido bastante —susurró Helena al techo.

—Genial, porque has recibido un montón de mensajes de Orión —agregó Claire al mismo tiempo que revisaba con descaro el contenido de los mensajes—. Vaya, por lo visto está hecho polvo. ¿Qué ha pasado?

Claire no pudo acabar la pregunta. Helena salió volando del cuadrilátero para arrebatarle el teléfono.

Orión le había enviado casi media docena de mensajes. Los primeros eran divertidos, como si quisiera quitar hierro al asunto, pero los siguientes ya eran más serios. El penúltimo mensaje que había recibido decía: «Podemos superar esto, ¿no crees?».

Diez minutos después le había escrito el último: «Supongo que ayer rompimos una condición clave del contrato».

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó Claire mientras leía por encima del hombro de Helena—. ¿Acaso vosotros…?

La mirada furiosa de Helena dejó muda a su amiga.

—¿Qué? ¿Qué quieres preguntarme, Risitas? —murmuró solo para

disimular el bochorno. Lo último que deseaba era hablar de cómo Orión la había acariciado, ni siquiera con Claire. Lo consideraba algo privado, íntimo. Y, más importante todavía, podían enemistarse con Orión para siempre.

Todos conocían las normas que imponía la Tregua. Si creían que estaba demasiado unida a él, no dudarían en prohibirle que lo volviera a ver. No obstante, unida o no a él, no sabía si podría continuar en el Submundo sin Orión. Le necesitaba. Aunque tenía la esperanza de que, por el bien de todos, no le necesitara demasiado.

—Claire no ha insinuado nada, Helena —tranquilizó Matt—. Simplemente estamos preocupados. Es obvio que, por tu reacción a su mensaje, os tenéis cariño.

—¿Sabéis qué? Estoy harta de todas esas miraditas que me lanzáis cada vez que Orión me envía un mensaje —replicó Helena, que enseguida se puso a la defensiva—. ¡Por supuesto que nos tenemos cariño! Estamos pasando un infierno juntos. Pero un verdadero infierno, ¿lo entendéis? Y la última noche fue dura, muy dura. Después de lo que hice no creo que vuelva a saber de él.

—¿Qué pasó? —preguntó Matt con serenidad al darse cuenta de que a Helena se le quebraba la voz.

Tras recuperar el control, continuó. Les contó toda la historia sobre Cerbero, la misteriosa persona que había provocado la distracción y describió con pelos y señales cómo Orión y ella habían corrido por su vida hasta el portal. Después, con una voz monótona y sombría, les explicó que las furias habían hecho su aparición estelar.

—Orión consiguió resistirse, pero supongo que yo no fui lo bastante fuerte —admitió—. Le miré a los ojos y le atravesé con su propio cuchillo. Lo hice despacio.

«Mientras le besaba», añadió Helena mentalmente, sin osar decirlo en voz alta.

Todos contemplaban a Helena atónitos. Enfadada, se secó todas las lágrimas de culpabilidad que le humedecían las mejillas y deseó quitarse la imagen de Orión de la cabeza con la misma facilidad. El muchacho parecía tan sorprendido y dolido… Y todo porque ella le había traicionado.

—Sí, lo sé. Soy una persona horrible. Ahora que conocéis la historia, ¿os importa darme un minuto para responderle?

Los tres intentaron convencerla de que no opinaban lo mismo, insistiendo una y otra vez en que no era culpa suya haber atacado a Orión. Pero Helena les dio la espalda para centrar toda su atención en las teclas de su teléfono. Ansiaba volver a conectar con Orión y, a su parecer, el hecho de que sus bienintencionados amigos la ayudaran a mitigar su sentimiento de culpa no era tan necesario.

«Lo siento. Por favor, por favor, por favor, ¿me perdonas?», tecleó Helena.

Esperó. Pero no obtuvo respuesta alguna. Sin apartar la vista de la pantalla repasó la serie de mensajes que le había enviado Orión y, por lo que pudo intuir, no estaba enfadado ni le guardaba rencor. Aunque quizá se había tomado un tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido y había cambiado de opinión. Eso significaría que jamás volvería a verle.

Desesperada, envió unos cuantos mensajes seguidos: «Si no me perdonas, te juro que jamás volveré a dormir». «¿Orión? Al menos, contéstame.» «Por favor, háblame.»

Helena mantenía la mirada pegada a la pantalla después de cada mensaje, esperando una respuesta que jamás llegaba. Tras un eterno silencio, se sentó en el suelo, agotada. Tenía el cuerpo sudado y tembloroso, y sentía un continuo martilleo en la cabeza, como si alguien hubiera jugado al baloncesto con ella.

—¿Aún no sabes nada de Orión? —preguntó Ariadna.

Negó con la cabeza y se frotó los ojos. ¿Cuánto tiempo llevaba mirando la pantalla? Al echar un vistazo a su alrededor, reparó en la presencia de Jasón y Cassandra, que hacía minutos se habían reunido con los demás en la sala de entrenamiento. De forma repentina, notó un frío gélido y se estremeció.

—Debes contarnos algo más sobre la distracción que has mencionado antes; la que apartó a Cerbero de su propósito —dijo Cassandra.

—No pudimos ver quién era —replicó Helena—, pero fuera quien fuese cantaba al estilo tirolés.

—Parece imposible —intervino Cassandra, algo dubitativa.

—¿Es posible que fuera una de aquellas arpías? —propuso Jasón.

—No era una arpía, Jasón. Era la voz de una persona, un ser humano vivo

que se arriesgó a que un lobo de tres cabezas le engullera, solo para ayudamos. Sé que parece una locura, pero Orión también lo oyó. No fue ninguna ilusión.

«Yo tampoco soy una ilusión, Bella. Estoy esperándote.»

Helena se puso rígida y volvió la cabeza hacia un lado para localizar el origen de aquella voz. Evidentemente, nadie más escuchó el susurro.

—¿Vienes con nosotros a la biblioteca, Helena? —preguntó Cassandra, aunque en vez de una invitación pareció más bien una orden—. Jasón y yo queremos charlar contigo.

Jasón asintió con la cabeza al pasar junto a Ariadna. Tenía los labios apretados, como si estuviera irritado y molesto con ella. Helena se fijó en que ni se molestó en mirar a Claire o a Matt; simplemente pasó a su lado con frialdad. Al volverse, pilló a su mejor amiga mirando a Jasón mientras este se alejaba. Le daba la impresión de que Claire deseaba ponerse a gritar o romper a llorar. Helena supuso que algo había ocurrido entre ellos tres e intuía que tenía que ver con el hecho de que Ariadna entrenara a Matt tan abiertamente.

Todos subieron a la biblioteca. A través de los gigantescos ventanales con vistas al océano, Helena se dio cuenta de que estaba anocheciendo. Un día más llegaba a su fin, aunque para ella solo era un cambio de luz.

Observó que el horizonte cambiaba de color, alternando tonos oscuros y claros, hasta el punto de no poder distinguir el cielo del mar. En cambio, para ella el día y la noche solo se diferenciaba por la tonalidad de grises.

Desde que había empezado a descender, el paso del Submundo al Supramundo y viceversa se producía en estados monocromáticos. Para Helena los vivos y alegres colores del alba y el anochecer habían desaparecido por el momento, y lo único que veía era una plomiza mezcla de blanco y negro.

No tardaría mucho en acostarse. Aunque Orión se negara a volverla a ver, en un momento u otro Helena no tendría más remedio que cerrar los ojos y regresar al Infierno. Sola.

—¿Helena? —llamó Cassandra, preocupada.

Había vuelto a dar rienda suelta a sus pensamientos y ahora se preguntaba cuánto tiempo había estado mirando a través del cristal.

—¿Queríais hablar conmigo? —preguntó como si nada. Volvía a tener la

nariz congestionada y mocosa.

Jasón y Cassandra se miraron varias veces, como si todavía no hubieran decidido quién iba a hablar primero.

—Nos gustaría saber cómo te encuentras —dijo Cassandra al fin.

—He estado mejor —respondió Helena. Algo le olía a chamusquina.

—¿Quieres que te haga una revisión? —se ofreció Jasón, indeciso—. Quizá pueda ayudarte.

—Muy amable por tu parte, pero, a menos que puedas echarte una siesta por mí, no creo que puedas ayudarme.

—¿Por qué no dejas que lo intente? —insistió Cassandra con un tono demasiado dulce.

—De acuerdo, ¿qué ocurre? —dijo Helena con tono serio. Una vez más, Jasón y Ariadna se cruzaron una mirada conspirativa—. Eh, estoy aquí sentada. Puedo ver cómo os estáis mirando.

—Está bien. Quiero que Jasón te eche un vistazo para saber si descender al Submundo ha causado algún daño a tu mente —explicó Cassandra, que ya se había hartado de hablar con tacto y educación.

—Lo que Cassandra quiere decir es que pareces distraída, y tu estado de salud ha empeorado —suavizó Jasón.

—Basta, Jasón. Ella quiere que seamos directos y francos. Quizá seas demasiado sensible y delicado.

El gesto imperioso de la pequeña Cassandra la hizo parecer una mujer mucho mayor.

—Los vástagos son susceptibles a una única enfermedad, Helena. A una enfermedad mental. Los semidioses no enferman de gripe ni sufren resfriados. Se vuelven locos.

—También está la opción de ser directos y decir las cosas sin rodeos, Cass.

Tal y como planeamos no hacer —protestó Jasón, poniendo los ojos en blanco—. Helena, no estamos diciendo que estés loca…

—No, pero creéis que voy en camino. ¿Me equivoco?

Helena y Cassandra se fulminaron con la mirada, midiéndose entre ellas.

La pequeña había cambiado. La dulce niña que había conocido se había desvanecido o permanecía enterrada tan profundamente que Helena dudaba si

volvería a verla. Debía admitir que no era una gran admiradora de la mujer que había reemplazado a la hermanita pequeña de Lucas. De hecho, pensaba que la nueva Cassandra era una zorra sin sentimientos.

—Nos urge saber si eres capaz de acabar lo que empezaste en el Submundo —continuó Cassandra, impertérrita ante la amenazante mirada de Helena.

—Y si os dijera que no, ¿qué pensáis hacer? ¿Acaso alguien puede hacer algo al respecto? —dijo Helena encogiéndose de hombros—. La profecía asegura que soy la única capaz de deshacerse de las furias y por eso cada noche desciendo, lo quiera o no. Así que, ¿qué más da si soy capaz de soportarlo o no?

—¿Sinceramente? Da lo mismo. Pero sí importa el modo en que enfocamos la información que tú nos transmites —dijo Jasón con aire razonable—. Intentamos creer lo que nos has contado sobre anoche, pero…

—¿Me tomas el pelo?

—Afirmas haber visto a un dios, ¡un dios que ha estado encarcelado en el Olimpo durante miles de años! Después, aseguras que había otra persona «viva» en el Submundo con Orión y contigo, alguien que apareció de la nada y que, milagrosamente, os salvó la vida —reprendió Cassandra alzando la voz—. ¿Cómo es posible que esa tercera persona bajara al Infierno?

—¡No lo sé! Mirad, yo también dudé de que se tratara de alguien real, pero no soy la única persona que vio todo esto, ¿de acuerdo? Preguntadle a Orión. Os dirá exactamente lo mismo que yo.

—¿Quién dice que tus ideas delirantes no estén afectando la experiencia de Orión en el Submundo, además de la tuya? —gritó Cassandra—. ¡Tú eres la Descendiente, no él! Nos has repetido incontables veces que, si te acuestas triste, apareces en un lugar deprimente y lamentable. ¿Y si te durmieras «oyendo voces» que no son reales qué?

—¿Cómo sabes que oigo voces? —susurró Helena.

Jasón la miró con compasión, como si todo el mundo pudiera ver algo que a Helena le resultaba invisible.

—Lo único que estamos diciendo es que, al parecer, puedes controlar el paisaje del Submundo, al menos hasta cierto punto. Deberías considerar la posibilidad de crear experiencias completas.

Helena sacudió la cabeza con temor; le costaba aceptar lo que Jasón y Cassandra insinuaban. Si tenían razón, ¿qué era real y qué era producto de una ilusión? No podía permitirse sucumbir a aquella idea tan insidiosa.

Necesitaba creer en algo o, de lo contrario, se daría por vencida. Pero, aunque lo deseara, no podía rendirse. Había demasiada gente que confiaba en ella, como Héctor u Orión. Gente a la que quería mucho.

—Cass, tú eres el oráculo —dijo Helena, aferrándose desesperada a una esperanza—. Hazme un favor y mira en mi futuro. Quiero saber si estoy enloqueciendo.

—No puedo verte —contestó más alto de lo necesario. Se aclaró la garganta y empezó a dar vueltas por la biblioteca—. No puedo verte y jamás he podido visualizar a Orión. No logro explicármelo. Quizás es porque os conocisteis en el Submundo y solo puedo contemplar el futuro de este universo, o puede que…

—¿Qué? —retó Helena—. Tú eres quien ha iniciado esta charla, Cassandra.

Te aconsejo que seas tú quien la acabe.

—Puede que Orión y tú perdáis la razón y no tengáis un futuro coherente que pueda leer —dijo Cassandra con voz cansada.

Jasón tenía la mirada clavada en la pequeña, como si tratara de advertirle.

—No —rebatió Helena poniéndose en pie. De repente, sintió una presión en el interior de la cabeza y empezó a moquear otra vez—. Te estoy escuchando y estás equivocada. Estoy a punto de alcanzar mi límite, pero no estoy delirando.

Jasón suspiró y dejó caer la cabeza entre sus manos, como si estuviera tan cansado y harto como Helena. Una repentina oleada de energía le estremeció. Se acercó rápidamente hacia el escritorio de su padre y sacó varios pañuelos de la caja que había encima.

—Toma —murmuró mientras le entregaba los pañuelos a Helena.

La joven levantó la mano y se tocó la nariz. Estaba sangrando.

—Los vástagos no sufren hemorragias nasales espontáneas —informó Cassandra con una expresión ilegible—. Jasón y yo pensamos que el problema es más preocupante de lo que los demás están dispuestos a admitir.

Helena se limpió la nariz y miró primero a Cassandra y después a Jasón.

Ninguno se atrevió a mirarla a los ojos.

—Jasón —dijo Helena, como si le suplicara que le prestara atención—, escúpelo y punto. ¿Hasta qué punto es preocupante?

—Creemos que te estás muriendo —contestó en voz baja—. No sabemos por qué y por eso no tenemos ni idea de cómo ayudarte.

Capítulo 10

Matt se ató una toalla alrededor de la cintura y se sentó en el banco de madera que había junto al vestuario masculino, en el mismo piso que la cámara de la tortura o, como a la familia Delos le gustaba denominarla, la «sala de ejercicios». Tener a semidioses como amigos no era asunto fácil, pero no podía limitarse a esconder la cabeza bajo tierra, como las avestruces, y fingir que el mundo seguía siendo un lugar seguro y predecible. La vida entera de Matt, su futuro, había cambiado radialmente desde que atropelló a Lucas con el coche, hacía menos de un mes.

Observó su mano derecha y torció el gesto en una mueca. Jamás había visto unos nudillos tan hinchados ni amoratados. Se esforzó por ignorar ese detalle. La última vez que le había confesado a Ariadna que se había roto algo la joven no dudó en curarle, pero, durante el proceso, se convirtió en una figura grisácea y carente de todo color humano. Lo último que le apetecía era volver a ver a Ariadna de aquel modo, sobre todo por su propio bien.

Matt solo necesitaba unos minutos de relajación empapado del vapor de la ducha. Después ya se encargaría de colocar una bolsa de hielo del diminuto congelador que había en la esquina para evitar una hinchazón mayor. Todo saldría bien y, en caso de que no fuera así, era zurdo, así que no había de que preocuparse. Sonó el teléfono e hizo una mueca de dolor al inclinarse para cogerlo.

—¿Sí? —respondió con aire distraído mientras se encaminaba hacia el espejo. Distinguió un verdugón rojo a la altura de las costillas.

«Genial. Ya tengo algo negro y azul que haga juego con el precioso moratón de la espinilla», pensó.

—Eh, tío.

—¿Zach? —siseó Matt. De inmediato, se olvidó de todos sus achaques y se dio media vuelta para asegurarse de que Jasón y Lucas no hubieran entrado en el vestuario—. ¡Qué diablos!

—Lo sé, lo sé. Solo necesito…

—No me pidas ningún favor —advirtió Matt—. Ya he hecho suficientes cosas por ti durante un montón de años.

—No te llamo para pedirte un favor, solo quiero… ¿Puedes reunirte conmigo por lo menos? —le pidió Zach, un tanto desesperado—. Ya sabes, para charlar. ¡Solo quiero hablar contigo!

—No sé, tío —suspiró Matt lamentándose—. Ya es tarde para eso. En fin, creo que cada uno ya ha escogido un bando, ¿no te parece? Traicionaste a Héctor, Zach, y toda su familia está buscando un motivo para darte una patada en el culo. Quédate al margen, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurró tan suavemente que Matt apenas pudo escucharle. De repente se le quebró la voz, como si estuviera muy asustado, y añadió—: Lo único que necesitaba era un amigo.

—Zach… —empezó Matt, pero la línea se cortó.

No volvió a llamarlo.

«¿Estás en la kma?» A Helena casi se le cae el teléfono al suelo al ver que el mensaje era de Orión, lo cual hubiera sido una catástrofe teniendo en cuenta que estaba a miles de metros de altura y que el muchacho no tenía otra forma de contactar con ella. Tras recuperarse, quedó suspendida en el aire y se repitió varias veces que debía serenarse. Después, tecleó la respuesta.

«Casi. ¿Vas a venir?», escribió, preguntándose si habría algún emoticono que expresara «optimista».

«Sí. Tengo q verte. Voy camino de las cuevas.»

«Hasta ahora.»

Por fin Orión se había decidido a ponerse en contacto con ella, y eso la hacía tremendamente feliz, aunque seguía sintiéndose algo inquieta. No parecía haberla perdonado. Le hubiera encantado poder mirarle a la cara o escuchar su voz en vez de conformarse con un mensaje escrito de cualquier forma.

Aterrizó en un abrir de ojos sobre el jardín trasero y corrió hacia la entrada.

—¿Te has fijado en la hora que es? —voceó Jerry cuando pasó junto a él, al pie de las escaleras.

—Las once menos cuatro minutos —chilló Helena subiendo las escaleras a toda prisa para meterse directa al baño—. Castígame mañana, ¿vale?

¡Tengo que irme a la cama ahora mismo!

Oía a su padre remugar y protestar en el piso de abajo sobre lo magnífica que era la convivencia cuando Helena tenía nueve años. Alzando el tono de voz, recalcó lo atenta y amable que era a aquella edad, como cumplía con sus obligaciones y, chillando a pleno pulmón, le preguntó al techo por qué las hijas no podían dejar de crecer a partir de los nueve años. Helena prefirió ignorar aquellos comentarios mientras se lavaba la cara y se cepillaba los dientes.

No podía dejar de pensar en Orión. No tenía la menor idea de qué iba a decirle cuando se topara con él en el Submundo, pero le daba lo mismo.

Solo quería verle.

Antes de entrar en su habitación se puso un par de calcetines de lana y se calzó unas botas que guardaba en el pasillo por si hacía el mismo frío que fuera de casa. La puerta estaba atascada, así que tuvo que empujarla con fuerza para poder abrirla. La madera del dintel crujió al abrirse de sopetón.

Tras cada pisada, el suelo crujía, como si estuviera cubierto por una alfombra de copos de maíz. Tras echar un vistazo a su alrededor, averiguó el motivo.

Toda su habitación estaba forrada de escarcha. El tocador, la cama, los tablones del suelo, incluso las paredes brillaban por las finas capas plateadas de hielo plumoso. Cada aliento despedía una nube de vaho y al echar la cabeza hacia atrás, descubrió unos diminutos carámbanos de hielo que colgaban del techo como brotes cristalinos. Su habitación estaba helada como un témpano; debía de hacer unos diez o quince grados menos que fuera. ¿Cómo podía ser? Sospechaba que tenía algo que ver con el Submundo. En ese instante se acordó de que en la cueva que contenía el portal de Orión hacía un frío insoportable.

Después de cerrar la puerta y con la esperanza de que por la mañana el

hielo se hubiera derretido por completo, Helena empezó a tiritar y retiró las sábanas y las mantas de la cama. Unos copos de nieve empezaron a danzar por toda la habitación, como si alguien hubiera lanzado varios puñados de purpurina al aire. El reloj de su mesita de noche marcaba las 11.11. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello mientras le castañeteaban los dientes y se metió entre las gélidas y rígidas sábanas.

Cuando Helena se presentó en el Submundo, apareció junto a Orión. El muchacho estaba paseando por la misma playa infinita sin orilla, sin mar.

—Hola —saludó Orión con cierta timidez, como si fuera la primera vez que se veían.

—Buenas —respondió Helena intentando ser entusiasta. Estaba muy nerviosa y desesperada por normalizar la situación—. Entonces, ¿volvemos a ser amigos o has venido hasta aquí para mandarme a freír espárragos?

En vez de reírse, Orión le dedicó una triste sonrisa. Helena tragó saliva para librarse del nudo que se le acababa de formar en la garganta. No sabía qué haría si decidía dejar de ayudarla. Quizá no volvería a verle nunca más.

—¡Lo siento! De verdad, lo siento mucho, ¿de acuerdo? ¡No quise apuñalarte!

Era la peor disculpa que jamás había oído. De repente empezó a notar un escozor en los ojos. Al ver que estaba a punto de romper a llorar. Orión reaccionó. Si no estuviera tan afligida, sin duda se habría reído ante el comentario.

—¡Venga! Tranquilízate, no estoy enfadado contigo. De hecho, eres tú la que deberías estar molesta conmigo.

—¿Por qué debería estarlo? —preguntó Helena, desconcertada. Se secó las lágrimas con la palma de la mano y buscó su mirada, pero Orión no parecía dispuesto a mirarla a los ojos.

—Te forcé, Helena —musitó—. Te obligué a que me besaras, y lo lamento muchísimo.

—Pues yo no —refutó Helena enseguida, casi interrumpiéndole. Orión abrió la boca para discutírselo, pero ella se adelantó y dijo—: Si no me hubieras besado, te habría matado, tenlo por seguro. Y no creo que hubiera

podido vivir con el peso de la culpa. Estuve a punto de matarte —recalcó Helena.

Durante unos instantes se quedó sin habla, pensando en lo cerca que había estado de cometer un crimen que su conciencia jamás le perdonaría.

—Eh, venga. Estoy bien, así que nada de lágrimas, ¿de acuerdo?

La agarró por los hombros y le regaló un tremendo y cálido abrazo.

Agradecida por el gesto, Helena por fin se relajó un poco.

—Créeme, he hecho cosas mucho peores. Por eso quiero que pienses si realmente deseas que esté aquí contigo.

—Eres lentito, ¿eh? —bromeó. Helena no se despegaba del abrazo de Orión, así que las palabras quedaron amortiguadas en su pecho. Se apartó para asestarle un suave cachete. Lo peor ya había pasado—. Claro que quiero que estés aquí. Te necesito. Y esta noche no quiero que te ataque ningún monstruo.

—Helena, no es ninguna broma. Matarte no es lo más terrible que podría hacer.

—¿A qué te refieres?

Se acordó del momento en que Orión deslizó la mano por su interior y, a pesar de haberle dolido, le hizo sentir bien. Era tan dulce… Helena se imaginó lo horrible que aquel episodio podría haber sido si Orión fuera un ogro cruel.

—¿Te refieres a tu mano invisible?

—¿A mi qué? —preguntó Orión, confundido. Y, de repente, se sonrojó y agachó la mirada.

El muchacho se alejó unos pasos, poniendo así unos metros de distancia entre ambos. Ella avanzó arrastrando los pies, sin saber qué hacer ni qué decir.

—Lo siento, no sabía cómo llamarlo —farfulló, convencida de haber dicho algo estúpido—. Me dio la sensación de que podías rozar mi corazón y, no sé por qué, me imaginé una mano.

—No me pidas perdón. Llámalo como quieras. Nadie lo había descrito así antes, eso es todo. No es que lo haga muy a menudo —añadió enseguida—. No es el tipo de amor que deseo. Un amor forzado.

—Yo tampoco quiero ese amor. Aunque es un talento increíble —

respondió Helena con cierta cautela. No quería ofenderle, pero, a decir verdad, ese don la asustaba un poquito—. ¿Todos los miembros de la casta de Roma pueden hacer eso?

—No —aseguró Orión—, pero pueden dominarte. Y no lo consideres positivo, porque no lo es. A veces, la diferencia entre actuar bien y mal depende de una tontería, y, según tengo entendido, soy la única persona capaz de trastornar un corazón. O romperlo para siempre. Y eso no es lo peor que puedo hacer.

Helena no conseguía concebir una venganza peor que romper un corazón para el resto de la eternidad, pero había algo en la ansiosa mirada de Orión que le indicaba lo contrario.

—Entonces, ¿qué es lo más terrible que puedes hacer? —quiso saber.

Orión apretó los dientes y masculló:

—Soy un portador de terremotos.

Dijo aquello de «portador de terremotos» como si tal cosa, como quien dice «el asesino del hacha».

—De acuerdo —dijo inexpresiva—. Espera, no lo entiendo. ¿Qué hay de horrible en eso?

Él la miró fijamente durante un instante, incrédulo.

—Helena… ¿Alguna vez has oído hablar de un terremoto «favorable»? ¿O has oído a alguien corretear por los destrozos diciendo: «¡Oye! ¡Menuda suerte que hemos tenido con este devastador terremoto! ¡Me alegro tantísimo de que todos mis vecinos estén muertos y se haya convertido en una pila de escombros!»?

Ella no pretendía reírse, pero, aun así, se le escaparon un par de carcajadas. Hundido, Orión le dio la espalda, pero Helena no dispuesta a dejarle marchar así como así, de modo que le sujetó sus musculosos antebrazos con ambas manos y tiró de él hasta que Orión cedió y se volvió hacia ella.

—No te vayas. Habla conmigo —insistió. Había sido un error reírse y se arrepentía muchísimo—. Explícame todo este asunto del portador de terremotos.

Orión agachó la cabeza y cogió a Helena de la mano. Mientras relataba su historia, jugueteaba nervioso con los dedos de la joven, enroscándolos con los

suyos, como si aquello ayudara a calmarle. Aquel gesto le recordó el tiempo en que Lucas solía tomarla de la mano. Estuvo a punto de apartarla, pero se resistió. Orión la necesitaba y Helena quería mostrarle todo su apoyo para que no volviera a dudar de ella. Jamás. Con tregua o sin ella, a Helena no le convencía que preocuparse por Orión fuera una equivocación que debía evitar a toda costa.

—Supongo que sabrás que mi padre pertenece a la casta de Atenas y desciende de Teseo, un vástago de Poseidón —explicó—. En fin, es muy poco común, pero nací con todos los talentos de Poseidón, incluida la habilidad de provocar terremotos. Cuando nace un vástago con este don, la norma impuesta por nuestra casta es que el bebé debe ser expuesto.

Pero mi padre jamás lo hizo.

—¿A qué te refieres con «expuesto»?

El modo en que Orión había pronunciado aquella palabra le ponía la piel de gallina.

—Abandonado en la ladera de una montaña para morir a merced de los elementos —aclaró mirándola a los ojos—. Se consideraba un deber sagrado que el padre de un bebé nacido con el poder de causar terremotos le sometiera a ese abandono para proteger a toda la comunidad.

—¿Deber sagrado? ¡Es una bestialidad! ¿De veras tu casta esperaba que tu padre te dejara morir sobre una ladera?

—Mi familia se toma esta norma con suma seriedad, Helena, y mi padre se la saltó a la torera. Cuando cumplí los diez años descubrieron que seguía vivo, y no dudaron en perseguirme por todo el planeta. Tres de mis primos perecieron por la decisión que tomó mi padre, Dédalo. Así, se convirtió en un paria. ¿Y qué queda de ellos? Todos tenían padres que los querían, algunos estaban casados y tenían hijos a los que adoraban. Y ahora todos están muertos, por mi culpa.

Tenía algo de razón. Su padre había asesinado para protegerle; y los tipos que más tarde pretendieron darles caza perdieron aquello por lo que Dédalo había matado. Y otro ciclo de muerte y venganza empezó de nuevo.

—¿Fue así como Dédalo se convirtió en un paria? —preguntó casi en voz baja, para no presionarle demasiado. Orión asintió con la cabeza, pero sin apartar la mirada del suelo y, de repente, a Helena se le cruzó una idea por la

cabeza y exclamó—: ¡Opinas lo mismo que ellos! Crees que tu padre debería haberte abandonado en aquella montaña.

—Mira, no sé cómo debería haber actuado. Lo único que sé es lo que hizo y las consecuencias que su decisión ha tenido —dijo Orión misteriosamente —. Antes de juzgar las normas de la casta de mi padre, detente a pensar cuántos mortales, no solo vástagos, sino personas inocentes como tu padre Jerry podrían morir por mi culpa. ¿Notaste aquellos temblores en la cueva? ¿Te haces una idea de la cantidad de gente que pudo sentir el terremoto que creé la otra noche? ¿O si alguien resultó malherido? Porque yo no.

Helena recordó la trifulca que tuvieron en la gruta y el temblor que le hizo vibrar todo el cuerpo. Empezaba a sospechar que Orión era muy muy poderoso y eso la asustaba. Aunque al mismo tiempo resultaba emocionante. Orión era peligroso, pero no en el sentido que él creía.

—Y podría haber hecho destrozos terribles —añadió con voz temblorosa —. Helena, puedo derribar ciudades enteras, sumergir islas en el océano o incluso destrozar la costa de este continente si realmente me lo propongo.

Helena distinguió un destello desesperado en su mirada y se apresuró a poner una mano sobre su brazo para consolarle. Le temblaba todo el cuerpo. Ahora se daba cuenta de que a Orión le aterrorizaba su talento; solo pensar que era capaz de causar tanto dolor y sufrimiento la abrumaba. Eso le decía todo lo que necesitaba saber sobre él.

—Puedes hacer cosas monstruosas, así que tienes que ser un monstruo, no hay otra explicación. No sé por qué me molesto en pasar tanto tiempo contigo —dijo con fingida severidad.

Orión alzó la mirada, dolido por el comentario, pero en cuanto vio la sonrisa de Helena supo que se trataba de una broma. La joven meneó la cabeza con compasión, como si pensara que era un insensato por tomarse en serio aquellas palabras tan crueles. Orión dejó escapar un sonido frustrado y se frotó la frente con la mano.

—Soy muy peligroso cuando pierdo el control. Tú y yo juntos con las furias… —susurró. Se quedó unos segundos en silencio, tratando de encontrar las palabras más apropiadas para hacerse entender—. Podría hacer daño a mucha gente, Helena.

—Lo entiendo —dijo sinceramente—. En la cueva podrías haberme

herido de un millón de formas distintas y matar a millones de personas. Pero no lo hiciste. Eres mejor persona de lo que piensas. Confío en ti plenamente.

—¿De verdad? —preguntó entre murmullos—. ¿No estás bromeando?

—Quizá debería estarlo, pero no te tengo miedo —susurró—. Mira, cuando los Delos fueron testigos del poder de mis rayos, me miraron durante un segundo como si fuera un arma de destrucción masiva. Pero, hasta el día de hoy, no he incendiado ninguna ciudad. No son nuestros talentos los que nos definen como peligrosos, sino nuestras decisiones. Y tú deberías saberlo mejor que nadie.

Orión sacudió la cabeza, como si la justificación de Helena no le convenciera.

—Existe una profecía.

—¡Puaj! ¡Ya basta de tanto disparate! —exclamó Helena con vehemencia —. ¿Quieres saber qué opino? Creo que todas esas antiguas profecías no son más que tonterías poéticas de las que, en la mitad de los casos, nadie consigue entender su significado. No eres ese horrendo tirano, Orión. Y jamás lo serás.

—Ojalá tengas razón —farfulló en voz baja.

—Estás tan asustado de ti mismo… —insistió. Le entristecía ver que Orión no pudiera darse cuenta de que estaba equivocado.

—Bueno. Tengo razones para estarlo.

—De acuerdo, no quería preguntártelo, pero ahora no me queda otra.

Antes has afirmado que eres capaz de hacer cosas horribles. Y me lo dices a mí justo después de confesarte que clavé un puñal en el pecho de uno de mis mejores amigos. ¿Qué hay peor que eso, eh?

Orión sonrió, pensativo, sin dejar de caminar, considerando la pregunta. Al ver su expresión, Helena también sonrió. Era un chico muy atento y sensible; cuando algo le importaba de verdad, se tomaba el tiempo necesario para meditar antes de abrir la boca. Era una virtud que valoraba mucho de él. En cierto modo, le recordó a Matt.

—¿Podemos tener esa conversación más tarde? —preguntó al fin—. Te prometo que algún día te lo contaré, pero aún no.

—Desde luego. Cuando estés preparado.

Orión procuró mantener la compostura, fingiendo ser un tipo duro, pero

su mirada vulnerable le traicionaba y le hacía parecer un niño.

—¿De verdad me consideras uno de tus mejores amigos? —musitó.

—Bueno, sí —afirmó Helena, nerviosa como un flan. Quizá no había sido una buena idea admitir hasta qué punto le apreciaba. Aunque solo había reconocido su amistad, sin establecer ningún compromiso que pudiera poner en peligro la Tregua, ¿verdad?—. ¿Acaso yo no soy amiga tuya?

Orión asintió con la cabeza, aunque con expresión afligida.

—No he tenido muchos amigos —confesó—. Nunca sabía cuánto tiempo estaría en el colegio ni cuándo tendría que volver a huir, así que no lo veía mucho sentido a lo de entablar amistades, ¿sabes?

Trató de fingir una sonrisa, pero parecía trastornado, como si estuviera pensando miles de cosas al mismo tiempo. Helena no quiso forzar más la situación y supuso que la vida de Orión había sido muy solitaria. Al pensarlo, notó un pinchazo en el corazón.

Era plenamente consciente de que no podía cruzar esa suerte de frontera que los separaba. Pero cada vez que se reunía con él en el Submundo, se sentía más unida a él. Y no estaba dispuesta a apartarle de su lado.

«De todas formas, ¿qué más da? —se dijo con rebeldía—. No voy a vivir lo suficiente como para comprometerme con alguien. La Tregua no corre ningún peligro.»

Siguieron paseando sin una dirección en particular por aquella playa infinita. No tenían prisa por llegar a ningún sitio y, además, no tenían que estar pendientes del tiempo. Técnicamente, podían merodear por allí horas y horas, hasta que el hambre o la sed se lo impidieran y, aunque Helena ya notaba los primeros síntomas de deshidratación, ya se había acostumbrado a sobrevivir con poca agua.

Mientras deambulaban por la arena, Helena estuvo charlando la mayor parte del tiempo, hablándole a Orión de Claire, de Matt y de su padre, Jerry. En un principio no se creyó con suficiente valor para explicarte ciertos detalles, pero en cuanto arrancó a hablar no paró. Confiaba en que, en un momento u otro, encontrarían el maldito río que estaban buscando, el mismo que los conduciría hasta el jardín de Perséfone.

Helena consideró la idea de contarle de que estaba muriéndose, pero no se atrevió a estropear aquel momento tan agradable. Estaba pasándoselo de

maravilla. Y, además, ¿qué podría hacer Orión para evitar su muerte?

¿Acaso alguien podía impedirlo? No tenía garantía alguna de que le pudiera asegurar que si encontraba a las furias pondría punto final sus descensos al Submundo y salvaría su vida. No le quedaba más remedio que aceptar que aquello fuera lo último que hiciera.

«Al menos es algo por lo que merece la pena morir», pensó Helena.

Miró a Orión por encima del hombro y reflexionó sobre la cantidad de cosas horribles que podían haberle sucedido. Hades era un verdadero infierno, pero al menos se había topado con Orión. «Esto sirve para demostrar que el destino no es más que un puñado de tonterías —pensó con cierto sarcasmo—. Aunque alguien prediga tu futuro, nunca sabes lo que vas a encontrar hasta que llegas a él.»

De pronto, se le ocurrió una idea ingeniosa y empezó a desternillarse de risa.

—¿Qué pasa? —Quiso averiguar Orión.

—Nada, no es nada —respondió sin dejar de reírse por lo bajo. Sin prestar atención hacia donde le llevaban sus pies, de repente se tropezó con unas piedras y tuvo que agarrarse del brazo de Orión para recuperar el equilibrio—. Estaba pensando en lo increíble que sería si tú y yo topáramos con lo que estamos buscando.

—Sí, eso sería genial —admitió mientras la ayudaba a incorporarse—. La mayoría de la gente desearía salir de aquí pitando.

—No me refería eso —aclaró—. No estoy diciendo que quisiera que nuestra búsqueda llegara a su fin justo ahora. Pero me encantaría que el jardín de Perséfone apareciera como por arte de magia frente a nuestras narices.

Súbitamente, el escenario cambió. Así, sin previo aviso, sin una ráfaga de viento, sin un difuminado como en las películas antiguas. Pasaron de estar merodeando por una playa eterna bajo los rayos del sol a otro lugar. Un lugar oscuro y aterrador.

Bajo sus pies se alzaba una estructura maciza de roca oscura y metalizada cuya cúspide parecía querer tocar aquel cielo moribundo, sin estrellas titilantes. Los parapetos los deslumbraban, como si quisieran fulminarlos, y la pared del fondo, envuelta en una bruma lejana, parecía deformarse y cambiar de posición, como si le ofendiera que alguien posara sus ojos sobre ella.

Tras el castillo negro, una fina cortina de fuego iluminaba el paisaje inhóspito que rodeaba la edificación. Mientras seguía el sendero de llamas hasta su origen, Helena se dio cuenta de que debía tratarse de Flegetonte, el río del Fuego Eterno que acordonaba el palacio de Hades.

Justo enfrente de Orión y Helena se hallaba lo que parecía una cúpula de hierro forjado del tamaño de un estadio de fútbol. Estaba fabricada con el mismo material oscuro que el castillo, pero, en vez de estar construida por bloques gigantescos y sólidos, la sustancia había sido moldeada para dibujar florituras ornamentales. Bajo aquella cúpula arqueada yacía un inmenso jardín. Dada la impresión de que el arquitecto procuraba ocultar la presencia de una jaula gigantesca sobre el jardín esmerándose para hacerlo parecer elegante y distinguido.

Aquel extraño material negro emitía un arcoíris de colores. Azules y púrpuras junto con tonos cálidos, como rojizos o anaranjados, nadaban sobre la superficie como olas multicolor. En cierto modo, era como ver un arcoíris enterrado en ceniza, un destello de luz atrapado en la penumbra para siempre.

—Vaya —suspiró Orión. El joven miraba a su alrededor, tan pasmado y sobrecogido por aquel amenazador castillo y la jaula como Helena. En ese instante se percató de que ella seguía aferrada a su brazo y esbozó una sonrisa maliciosa—. Gracias por traerme aquí contigo.

—No me des las gracias todavía —susurró Helena.

Tenía la mirada clavada en la abertura principal de la jaula y estaba horrorizada. No consiguió vislumbrar el ojo de la cerradura, y el candado era más grande que su torso.

—Algo no anda bien —musitó Orión cuando al fin se fijó en la cerradura que Helena contemplaba con tal intensidad.

—No, nada bien —recalcó la chica airadamente—. ¡Perséfone! —llamó Helena—. ¡Sé que estás ahí!

—¿Estás loca? —exclamó Orión.

El joven se abalanzó sobre ella para taparle la boca con la mano, pero Helena le apartó de mala gana.

—¡Déjame entrar! —chilló con aire reivindicativo, como si estuviera interpretando el papel de una reina francesa prerrevolucionaria—. ¡Exijo que se me permita la entrada al jardín de Perséfone ahora mismo!

La puerta se abrió de repente con un gruñido siniestro. Orión se dio media vuelta para mirar a Helena con la boca abierta.

—Si dices en voz alta lo que deseas, se cumple.

Helena asintió con la cabeza, aunque todavía no lograba explicarse cómo lo había hecho. Hizo memoria y recordó el principio de la conversación, cuando medio en broma le había comentado a Orión que no quería que esa noche los atacaran. Habían estado paseando muchísimo rato sin toparse con ningún monstruo o criatura espeluznante. Después, había pedido que el jardín de Perséfone apareciera como por encanto, y así había ocurrido.

—Pero tengo que saber con exactitud qué quiero y, después, pedirlo en voz alta —explicó.

De repente torció el gesto y adoptó una expresión compungida, al recordar las torturas que había soportado allí: colgada durante horas de un alféizar; encerrada en un árbol; atrapada en el interior de la casa de los horrores.

Peor aún, ahogándose en la fosa de arenas movedizas. Las piernas empezaron a flaquearle, pero no estaba dispuesta a derrumbarse. Ahora, no.

—He sufrido tantísimas veces aquí abajo. Y pensar que podría haberlo evitado si hubiera querido —continuó con resentimiento, como si necesitara decirlo en voz alta para creerlo—. Lo único que tenía que hacer era gritar lo que realmente quisiera y así se habría cumplido. Es incluso demasiado fácil.

—¡Qué inocente eres! —exclamó una voz musical a la par que melancólica desde algún rincón de la monstruosa jaula dorada—. Saber lo que uno de verdad desea y tener la confianza para decirlo son dos de las cosas más difíciles de lograr en la vida, joven princesa.

Helena meditó unos instantes y, a regañadientes, no tuvo más remedio que admitir que estaba de acuerdo. Si pedía la presencia de Lucas, y se cumplía, se sentiría culpable de algo que le haría sentir mucho más miserable que cualquier rasguño o hueso roto.

—Pasad y hacedme una visita. Os prometo que no os haré daño —continuó la extraña voz.

Helena y Orión se miraron decididos y, cogidos de la mano, cruzaron el umbral de la puerta y se adentraron en el jardín de Perséfone.

Un resplandor moteado bañaba todo el jardín, desde el césped hasta la

bóveda, dibujando rayos de encaje en cada recoveco. La tenue luz que se filtraba por los barrotes de la jaula y una marquesina de extraña vegetación iluminaba las hojas más oscuras del jardín, que, sumidas en aquella penumbra, se transformaban en brillantes destellos de luz. La débil luminosidad que alumbraba el lugar parecía danzar entre los árboles, lo que creaba la ilusión óptica de una brisa marina.

Helena rozó sin querer una flor de lo que parecían lilas; casi se queda sin respiración al notar su tacto. Se inclinó para inspeccionar la flor y descubrió que, en realidad, eran piedras preciosas de color púrpura, talladas con suma delicadeza y ensartadas entre sí para crear una réplica casi idéntica de la flor. Al examinarlas de cerca, se dio cuenta de que las hojas tampoco eran de verdad, sino hilos de seda trenzados. Nada era real en aquel lugar. No crecía ningún ser vivo allí.

Aquello la sacó de quicio. ¡Aquella estructura tan hermosa no era más que una cárcel para mantener encerrada a una jovencita que había sido raptada y engañada para casarse con un tipo detestable! Se dirigió enfurecida hada la puerta del jardín y la pateó con todas sus fuerzas.

—Es hermosa —murmuró Orión.

Al principio, Helena creyó que se refería a las joyas con forma de flor, pero al darse media vuelta se percató de que el muchacho estaba contemplando embobado a la mujer más elegante que Helena jamás había visto.

Medía casi un metro ochenta y era grácil como un cisne, con una tez tan oscura que incluso parecía azul. No aparentaba más edad que Helena, pero algo en su forma de moverse, paciente y precisa, la hacía parecer mucho mayor. Tenía el cuello rodeado por multitud de collares con diamantes ensartados que, a decir verdad, no conseguían eclipsar su deslumbrante mirada. Lucía una brillante cabellera ondulada que le alcanzaba las rodillas. Helena no pudo evitar fijarse en la majestuosa corona que llevaba sobre la cabeza. Reconoció toda la colección de gemas y distinguió otras piedras preciosas que no conocía. Arrastraba una toga de fragantes pétalos de rosa cubiertos de rocío. La parte superior de la capa estaba tejida con pétalos blancos que iban tiñéndose de rosa a medida que alcanzaba la cintura, oscureciéndose centímetro a centímetro. Al llegar a los pies, daba la

sensación de que estaba rodeada por una nube de rosas rojas.

Bajo los pies descalzos de Perséfone, que tintineaban por el roce de multitud de anillos que decoraban sus dedos, se extendía una alfombra infinita de flores silvestres que brotaban, florecían y se marchitaban. A cada paso que daba, Perséfone creaba un manto de flores silvestres que cobraban vida para secarse y morir en cuanto tocaban el suelo estéril del Submundo. En cierto modo, era como ver cientos de hermosas flores arrojándose por un barranco como *lemmings*. Helena quería detenerlo.

—Horrible, ¿verdad? —dijo Perséfone con su voz melódica mirando las flores marchitas bajo sus pies—. Mi esencia las crea, pero en el Submundo no tengo el poder de mantenerlas con vida. Ninguna flor puede sobrevivir aquí abajo mucho tiempo.

Miraba directamente a Helena mientras hablaba, transmitiéndole más con la mirada que con las palabras. «Sabe que estoy muriéndome», se dijo la chica.

Echó un rápido vistazo a Orión, que, por lo visto, ignoraba por completo la pequeña charla entre las mujeres. Helena sonrió a la reina, para comunicarle su gratitud. No quería que Orión se enterara de que le quedaba poco tiempo de vida. Si averiguaba que estaba muriéndose, quizá cambiaría su forma de actuar hacia ella.

Como si obedeciera un protocolo establecido, Orión dio un paso hacia delante e inclinó la cabeza y los hombros en una respetuosa reverencia.

—Señora Perséfone, reina del Hades, nos presentamos ante vos para suplicaros un favor —dijo con tono formal.

Sonó un tanto extraño, pero adecuado con la situación. Helena se sorprendió al darse cuenta de que, al igual que los hijos de los Delos, Orión había recibido una educación de vástago, así que no le costaba cambiar del argot moderno a los modales del mundo antiguo.

—¿Nos permitís entrar? —añadió.

—Venid y sentaos. Sois bienvenidos —respondió señalando un banco de ónice situado al margen del sendero—. Considera mi jardín tu hogar, joven heredero de dos castas enemigas.

Perséfone realizó una reverencia afable y delicada, como una bailarina de *ballet* que agradece el aplauso del público.

Orión apretó los labios. Al principio, Helena creyó que estaba furioso porque Perséfone había sacado el tema de su difícil infancia, pero tras unos instantes se dio cuenta de que Orión trataba de contener la emoción.

Por fin Helena entendió algo sobre Orión que no había alcanzado a comprender antes. Nadie le había aceptado, jamás. La mitad de su familia le despreciaba porque su padre no le había abandonado en la ladera de una montaña para morir y la otra mitad le odiaba porque las furias así lo imponían. Su madre estaba muerta. Y si su padre le veía, las furias le inducirían a matarlo con sus propias manos. Aparte de Dafne, cuyas decisiones siempre tenían un motivo oculto o segundas intenciones, ¿algún vástago había invitado a Orión a sentarse junto a él con tal amabilidad?

Tras estudiar la expresión seria de su amigo, Helena intuyó que el único lugar donde había sido bien recibido ante un vástago era precisamente allí, en ese mismo instante, por Perséfone.

«Solo es bienvenido en el Infierno», se dijo Helena para sus adentros. Esa idea hizo que se le encogiera el corazón.

Al advertir que Helena se había quedado embobada, Perséfone extendió una mano y le ofreció reunirse junto a ella y Orión en el banco.

La chica se ruborizó e inclinó la cabeza. La habían pillado una vez más actuando como una chiflada y se moría de la vergüenza. En ese momento se arrepintió de no haber prestado más atención a todas las estrofas de cortesía que había decidido saltarse mientras leía la *Ilíada*. Al parecer, Perséfone notó lo incómoda que se sentía y le dedicó una cálida y acogedora sonrisa.

—No es necesario que seamos ceremoniosos. Si lo pensáis bien, quizá debería ser yo quien os saludara así.

—Eh, no soy yo quien lleva una corona —soltó Helena. Le pareció que aquel era un buen momento para hacer una broma.

Perséfone sonrió, pero enseguida su expresión se tornó seria.

—Todavía no —replicó enigmáticamente—. Buscáis un modo de matar a las furias.

Orión y Helena se miraron sorprendidos por lo directa que había sido.

—Sí —afirmó Orión, convencido—. Quiero matarlas.

—No, no es cierto —rebatió Perséfone mirando a Orión con sus ojos color chocolate—. Quieres ayudarlas. Necesitan desesperadamente que las

salvéis de su sufrimiento, querido. ¿Sabéis quiénes son?

—No —respondió Helena, a quien no le gustó demasiado el cariño con que la hermosa diosa trataba a Orión—. Por favor, explícanoslo.

—Las furias son tres hermanitas, nacidas de la sangre de Urano, de cuando su hijo, el titán Cronos, le atacó. Los destinos raptaron a las furias en el momento de su creación y las obligaron a jugar su papel en el Gran Drama. El dolor que sienten es real y la carga que llevan… —Perséfone se quedó muda mientras miraba a Orión—. No son más que tres niñas que jamás han vivido un minuto de alegría. Ya sabes a qué me refiero, príncipe. Tú conoces su sufrimiento.

—Odio —susurró Orión mirando de reojo a Helena.

La chica pensó en el episodio de la cueva y recordó lo horrible que fue sentir odio hacia Orión. Sabía que él pensaba lo mismo sobre ella.

—Tenemos que ayudarlas —musitó Helena. Orión le contestó con una sonrisa. Sin duda, estaban conectados—. Tenemos que liberarlas.

—A las furias y a los vástagos —añadió él con determinación.

—Sí —dijo Helena—. Y prometo que también te liberaré a ti, alteza.

—¡No, no lo hagas! —exclamó de repente Perséfone, que se apresuró a hablar—. Date prisa, Helena; ¡no sobrevivirás mucho tiempo más sin soñar! Debes llevar a las furias agua del río…

Una voz profunda y retumbante ahogó el nombre del río.

—DESCENDIENTE, ESTÁS DESTERRADA.

Helena notó que alguien la arrojaba del Submundo, como si una gigantesca mano la hubiera cogido del cuello de la camiseta y la lanzara al vacío. Y entonces distinguió un rostro gigantesco que ocupaba todo su campo de visión. Parecía familiar. Aquella mirada esmeralda era tan triste…

Helena se despertó en su cama. Al incorporarse, se deslizó una fina capa de cristales de hielo que yacía sobre la colcha y, de inmediato, en aquella atmósfera seca y gélida, empezaron a danzar miles de motas brillantes.

Notaba la tez entumecida, así que sacó una mano de debajo de las mantas para palparse la mejilla. Aunque apenas tenía sensibilidad en los dedos, por el

frío, enseguida se percató de que tenía el rostro cubierto de una fina lámina de escarcha. Al tocarse la cabeza descubrió que tenía el pelo congelado y unos brillantes carámbanos aparecían entre sus mechones.

Tratando de controlar el tembleque que le recorría el cuerpo, miró a su alrededor. Tenía la respiración agitada y con cada aliento despedía diminutas nubes de vapor. Toda la habitación estaba sumida en un frío glacial, pero alrededor de su cama la temperatura era inhumana. Cogió el reloj que tenía sobre la mesita de noche y tuvo que frotar la esfera para quitar la capa de hielo. En ese mismo instante el reloj marcó las 11.12.

Sintió que habían estado deambulando por el Submundo durante días, pero en el mundo real había cerrado los ojos apenas unos segundos antes y, sin embargo, estaba a punto de sufrir hipotermia. Definitivamente, el frío cada vez era peor. Se preguntaba si la próxima vez que descendiera su cuerpo quedaría congelado por completo.

Entonces dudó de si volvería a descender, ya que el propio Hades la había hecho desaparecer. El panorama no era muy prometedor.

Helena se levantó de la cama y cruzó la habitación para coger el teléfono, no tenía ningún mensaje de Orión. Supuso que aún no habría regresado de la cueva. El tiempo no avanzaba allí abajo, así que el chico debía entrar y salir del Submundo en un abrir y cerrar de ojos, sin importar las horas que había «pasado» al otro lado. Confiaba en que hubiera podido permanecer en el jardín un segundo más, el tiempo suficiente para escuchar lo que Perséfone tenía que decir. Su única esperanza era que Orión hubiera conseguido lo que, evidentemente, ella había estropeado.

Empezó a tiritar de un modo más violento. Se dio cuenta de que tenía que salir de esa habitación lo antes posible para intentar entrar en calor. Se acordó de la lección de Héctor en la playa, justo después de haber intentado ahogarla en el océano. Aunque Helena era inmune a toda arma, no era invencible y, sin duda, el frío extremo podría acabar con su vida.

Trató de hacer el menor ruido posible al abrir la puerta. Asomó la cabeza para echar un vistazo al pasillo. Por suerte, su padre seguía mirando la televisión en el piso de abajo. Cerró la puerta de golpe y tapó la ranura de la parte inferior de la puerta con un tope, para que su padre no notara el frío inverosímil que reinaba en su habitación. Desde lo alto de la escalera, le dijo

a Jerry que pensaba tomarse una ducha antes de dormir y él respondió refunfuñando que debería cerrar los ojos de una vez por todas y descansar, pero no hizo ninguna pregunta ni puso objeciones.

Al entrar en el cuarto de baño, Helena se golpeó la frente con el teléfono varias veces, castigándose por la terrible metedura de pata que había cometido en el Submundo. No podía creerse lo estúpida que había sido.

Sin duda, el Hades no era el mejor lugar para debatir sobre como liberar a la reina cautiva, puesto que «el jefe» estaría escuchando la conversación. Y Helena había decidido amenazar abiertamente con arrebatarle la única cosa por la que sentía aprecio y cariño, su reina. ¡Qué tonta! Y ahora Helena estaba desterrada. ¿Cómo demonios se suponía que iba a cumplir su cometido si no podía descender?

Abrió el grifo del agua caliente y, mientras la bañera se llenaba reflexionó sobre su encuentro con Perséfone. Le sorprendía que Hades no hubiera intervenido de un modo u otro cuando Orión y ella charlaban sobre cómo liberar a las furias. Solo se plantó cuando Helena abrió su bocaza para prometer a su reina que la liberaría.

Se metió con sumo cuidado en la bañera, con el móvil en la mano y trató de olvidar su imperdonable error. Después suspiró y se sumergió por completo para intentar encontrar una solución. Mientras meditaba cómo descongelar su habitación antes de que su padre se enterara, el teléfono vibró.

«¿Estás despierta?», leyó.

«Dios mío, ¿escuchaste el nombre del río?», contestó Helena.

«¿De q estás hablando? Me pusieron de patitas en el mundo real cuando P dijo que te ibas a morir.»

«Ah. Pues hubo más —respondió ignorando por completo todo el tema de su muerte y con la esperanza de que Orión hiciera lo mismo—. Me dijo que tenía que dar a las furias agua del río… No escuché el nombre y, x cierto, también me echaron.»

«No está mal, listilla. Ya me encargaré de descubrir a qué río se refiere.»

«Espera ¿“tú” te encargarás? ¿Dónde ha quedado el “nos” encargaremos?»

«¿Qué parte de “no sobrevivirás” no pillaste?»

«Eso solo si no sueño.»

«¿No sueñas?»

«No cuando desciendo.»

«Entonces no volverás a descender.»

En opinión de Helena, Orión se había vuelto un poco mandón.

«NO es decisión tuya», respondió ella.

«NO pienso discutir», rebatió desafiante.

«Espera. No estás al mando de esto.»

«N-O. Ahora desaparece. Tengo que conducir.»

Durante diez minutos, Helena chapoteó en la bañera, murmurando para sí. Orión estaba cegado y se olvidaba de algo, un detalle que ella sabía que estaba ahí, pero que era incapaz de ver, todavía. Desesperada, intentó volver a sacar el tema de discusión con todo tipo de mensajes de texto.

Incluso le amenazó con volver a tumbarse para descender de inmediato al Submundo. Después de tal advertencia, Orión tecleó una respuesta larga, uno de esos mensajes que obligan al conductor a detenerse en el arcén para escribirlo: «Si vuelves a la cama, te prometo que iré nadando hasta Nantucket, patearé la puerta de tu casa y se lo contaré todo a Jerry. Así podrás explicarle con pelos y señales por qué quieres morir. Aléjate del Submundo. Hablo en serio».

Amenazarla con contárselo a su padre era un golpe bajo. En una ocasión le dijo que Jerry era como «una zona de tráfico aéreo restringido», y Orión había prometido que jamás violaría esa norma. Pero no tenía más remedio que admitir que, si verdaderamente estaba planteándose volver al Infierno, contárselo a su padre era la única forma de intimidarla y detenerla. Orión la conocía muy bien. Se preguntaba cómo lo había conseguido en tan poco tiempo. Esbozó una sonrisa bobalicona durante un instante y, en cuanto se dio cuenta del gesto, se obligó a cambiar la expresión. No soportaba que la gente le dijera lo que tenía que hacer pero le gustaba que Orión se preocupara por ella y tratara de darle buenos consejos.

«Da igual, no puedo descender —admitió tras una larga pausa en su intercambio de mensajes—. Hades me desterró y me echó de una patada del Submundo porque amenacé con sacar de allí a P. ¿Puedes volver a bajar?»

«Estoy casi seguro. ¿Estás desterrada? Vaya, vaya. No hay nada como ser un buen dios. Lo raro es que sea Hades.»

Sabía que Orión estaba preocupado por su seguridad, pero había algo que no encajaba. Helena empezó a teclear incluso antes de saber qué quería decirle. Por fin, su disperso cerebro averiguó por qué estaba tan molesta con el destierro de Hades y por qué había discutido con Orión de una forma tan beligerante.

«Pero recuerda la profecía. Soy la Descendiente, supuestamente la única capaz de deshacerse de las furias. Si no lo consigo, ¿cuánta gente más sufrirá? Jamás volverías a ver a tu padre», escribió con frenesí.

Helena se mordió el labio mientras le daba vueltas a si debía contarle todo lo que le estaba pasando por la cabeza.

«No podríamos volver a vernos. Y no creo que pueda soportarlo; al menos el poco tiempo que me queda de vida.»

La chica esperó un buen rato, pero Orión no parecía estar por la labor de seguir con la cadena de mensajes. Quizás había cometido un gran error, pero no quería pensar más en ello, así que decidió enviar un correo electrónico a Cassandra y al resto de los gurús griegos para contarles la aventura que había vivido esa noche en el Submundo. Después se quedó mirando la pantalla oscura de su teléfono hasta que oyó a su padre subir por las escaleras, meterse en la cama y empezar a roncar. Orión seguía sin dar señales de vida.

La joven salió de la bañera y se secó con una toalla. No tenía ni la menor idea de qué iba a hacer ahora, pero sabía que no podía regresar al cubito de hielo en que se había convertido su habitación. Siempre podía ir al sofá del comedor, pero, en el fondo, ¿qué más daba? Había perdido la cuenta de las semanas que llevaba sin descansar.

Se pasó un buen rato en el baño, siguiendo un ritual de acicalamiento que había abandonado hacía muchos años. Se embadurnó el cuerpo con aceites aromáticos y se hizo la manicura. Cuando acabó, pasó un trapo sobre el espejo para limpiar el vapor que lo empañaba y, por primera vez en muchos años, contempló su reflejo en el cristal. Lo primero que captó su atención fue el collar que le había regalado su madre. Resaltaba sobre su colorada piel y brillaba como si hubiera absorbido la buena energía de aquel baño tan relajante. Y entonces se fijó en su rostro.

Era la misma cara por la que decenas de personas habían perdido sus vidas miles de años atrás, por la que muchas otras todavía estarían dispuestas

a morir. Los vástagos seguían matándose entre sí para vengar muertes que se remontaban hasta la muralla de Troya, hasta la primera mujer que lució el mismo rostro que Helena estaba observando ahora en el espejo.

¿Acaso un simple rostro merecía la pena? Helena no lograba encontrarle el sentido. Tenía que haber algo más en aquella historia. Todo ese sufrimiento no podía ser causado solo por una chiquilla, por muy hermosa que fuera. Había algo más que no aparecía en los libros.

Oyó el pitido de mensaje nuevo en su teléfono y se abalanzó para cogerlo, tirando por el camino la mitad de artículos de aseo en el lavabo. Cogió varios botes y tubos de gel en el aire antes de que colisionaran contra el suelo y despertaran a su padre. Conteniendo una risita nerviosa, los colocó en silencio en su sitio y después leyó el mensaje.

«He estado recapacitando. Si es necesario para que sigas con vida, entonces estoy preparado —respondió Orión casi media hora después del último mensaje—. Dejaré que te vayas y me olvidaré de esta búsqueda, pero no permitiré que mueras.»

Helena se desplomó sobre el borde de la bañera, incrédula. Rendirse ahora era condenar a Orión a vivir huyendo para siempre, sin un hogar ni una familia. Estaba dispuesto a padecer todo eso. Y por ella.

¿O era por su estúpido rostro? Después de todo, apenas se conocían. ¿Qué más podía inspirar ese tipo de sacrificio?

Dafne había mencionado que sus caras, casi idénticas, eran una maldición; en ese instante, Helena había asumido que su madre se refería a que ambas estaban condenadas a llevar ese rostro. Por primera vez, Helena consideró una segunda posibilidad; quizá su madre había querido decir que sus caras condenaban a aquellos que las miraban. La idea de que Orión estuviera decidido a sacrificar todo lo que amaba solo porque suponía un peligro para Helena no acababa de cuadrar del todo. Había mucho más en juego que la vida de una persona, aunque fuera la suya propia.

Helena sintió una punzada en el estómago. ¿Y qué si estaba perdidamente enamorada de él? ¿O si Orión había tenido un flechazo con ella? No podía rendirse, y mucho menos ahora. No solo por el precio que eso le costaría a él, sino a todos. Si nadie conseguía deshacerse de las furias, ¿qué le pasaría a Héctor y al resto de los parias? ¿Qué les sucedería a los vástagos? Helena se

acordó del sueño que le había explicado Orión, en el que aparecía un campo repleto de huesos de vástago en el Hades, y se dio cuenta de que era más que una pesadilla. Orión había recibido un aviso en aquel sueño, a Helena no le cabía la menor duda. El ciclo tenía que acabar o, de lo contrario, su raza se extinguiría, como ocurrió con los gigantes de hielo.

«No seas burro —escribió apretando cada tecla con fuerza, como si intentara meter a la fuerza aquellas palabras en la cabezota enorme y abnegada, a la vez que increíblemente valiente, de Orión—. Si te das por vencido y me dejas sola en esto, ¡te juro que te perseguiré allá adonde vayas! Encontraré una solución a todo este asunto del destierro y de Hades, y luego liberaremos a las furias juntos. Mientras tanto, NO TE RINDAS, ¿vale?»

Pulsó la tecla de ENVIAR y esperó durante un buen rato. En varias ocasiones desbloqueó el teléfono para escribir otro mensaje, pero en ninguna se atrevió a enviarlo. Le lloraban los ojos de tan cansada que estaba; de vez en cuando, notaba los oídos taponados, así que no tenía más remedio que bostezar para destaponarlos.

Entre bostezo y bostezo, sintió que algo explotaba tras sus pupilas y, justo en ese instante, notó el labio superior un tanto húmedo. Se palpó la boca y descubrió que la tenía manchada de sangre. No tardó en coger un pañuelo para taparse la nariz y así no ensuciar nada. Estuvo varios segundos ejerciendo presión para detener la hemorragia. Por fin, después de echarse un poco de agua en la cara y con la mirada clavada en la pantalla, como si de ese modo Orión fuera a responderle más rápido, la lucecita se iluminó una vez más.

«Puedes perseguirme todo lo que quieras, Hamilton, pero sabes que jamás podrás encontrarme, ¿verdad?»

Orión volvía a estar de guasa, lo cual era una buena señal. Helena podía imaginarse que al muchacho le había costado mucho tomar esa decisión, de modo que tenía que asegurarse. Necesitaba algo semejante a una promesa, por si no vivía lo suficiente como para finalizar su cometido.

«¿Trato hecho? ¿Continuarás con esto pase lo que pase?», escribió. Orión no respondió de inmediato, así que añadió: «¿Hola? ¿Trato hecho?»

«Perdona. Me voy a la cama. Sí, continuaré.»

Helena dibujó una sonrisa y se deslizó por el borde de la bañera hasta

apoyar la espalda en la pared. Se abrigó con el albornoz y metió los pies en sus pantuflas mientras se deslizaba sobre un improvisado nido de toallas cálidas y húmedas. Se imaginó a Orión metiéndose en la cama con el teléfono en la mano, sin separarse ni un minuto de él. Se quedaría dormido así, pensó, con la conversación que acababan de mantener acunada en su mano.

«Sabía que podía contar contigo», envió.

«Para siempre. ¿Dónde estás?»

«En la cama», respondió, aunque en realidad estaba más en el suelo.

«Bien, yo también. Por fin puedes descansar. ¡Y yo también! Estoy agotado.»

Helena no quería parar de intercambiar mensajitos con él. Se habría quedado toda la noche despierta para contarle pequeñas aventuras en la oscuridad, pero ahora por fin había entrado en calor, después de lo que, a su parecer, habían sido años de escalofríos continuos. Los ojos se le empezaban a cerrar por sí solos.

«Buenas noches, Orión.»

«Dulces sueños.»

Capítulo 11

Helena abrió los ojos. No tenía la sensación de estar despertándose y sospechó que seguramente era porque, en realidad, no había pegado ojo.

Era como si se hubiera dado un golpe en la cabeza y hubiera perdido el conocimiento durante un par de horas y ahora empezara a recuperarse de la conmoción. Igual que un salto en el montaje de una película. Lo último que recordaba era el mensaje de Orión. Ahora se encontró mirando a la alfombrilla del baño. Ya había amanecido, tenía el cabello seco y su padre estaba levantándose de la cama.

Notaba el cuerpo pegajoso y tembloroso, de modo que, aunque su cerebro había estado desconectado algunas horas, no había conseguido lo que necesitaba. No había descendido, lo cual era un alivio, pero tampoco había soñado. Y eso no era una buena señal. Perséfone le había desvelado que no le quedaba mucho tiempo. Helena no sabía cuánto más podría aguantar sin soñar.

Tras escuchar a Jerry abrir el armario, la chica se puso en marcha. De un brinco desmanteló el nido en el que se había acurrucado por la noche y rápidamente se puso a cepillarse los dientes para que su padre se creyera que acababa de entrar en el cuarto de baño.

Era lunes, el inicio de una nueva semana, y esta vez era el turno de Helena en la cocina. Entró a toda prisa a su pequeño iglú un tanto atemorizada por lo que iba a encontrarse. Fue una gran sorpresa descubrir que la mayor parte ya se había descongelado. De pronto se le encendió una bombilla en la cabeza. Aquel frío intenso sin duda tenía algo que ver con el hecho de convertir su cama en un portal que la transportaba al Submundo. Puesto que no había descendido esa noche, el frío se había disipado. Seguía

siendo una cámara frigorífica y el hielo había dejado un rastro húmedo a su paso, pero al menos no tenía que enchufar un secador de pelo para poder abrir los cajones, como había tenido que hacer el día anterior.

Hasta el momento se las había ingeniado para ocultar a su padre el frío que hacía en su habitación, pero era consciente de que no podría alargar esa mentira mucho tiempo más. Decidió que no podía hacer nada al respecto. Su única esperanza era que Jerry no se acercara a su habitación.

Tenía cosas más importantes por las que preocuparse.

Se vistió tan rápido como pudo y después corrió escaleras abajo para preparar el desayuno y así aprovechar para calentarse un poco las manos.

Durante varios segundos mantuvo el gas encendido como si de una fogata se tratara. Cuando al fin dejó de tiritar, suspiró de felicidad y cerró los ojos, pero algo no encajaba. Notaba la presencia de alguien más en la cocina, así que abrió de golpe los ojos y echó un vistazo a su alrededor.

De pronto volvieron a surgirle dudas. No oía voces, pero sentía que no estaba sola, que había alguien más en la cocina. Y eso era imposible. Sabía que estaba volviéndose majara. No viviría mucho tiempo más, pero poca cosa podía hacer hasta que oscureciera. Se volvió hacia la cocina y se puso manos a la obra.

Cuando acabó de preparar las tortitas de calabaza comprobó la hora. Su padre iba con cierto retraso, así que decidió esforzarse un poco más en la elaboración del plato y espolvoreó las tortitas con azúcar glas, utilizando un molde en forma de murciélago, como solía hacer cuando era pequeña.

Al acabar, volvió a echarle una ojeada al reloj de la cocina. Justo cuando estaba a punto de llamar a su padre desde el pie de la escalera, le oyó bajar los peldaños de dos en dos.

—¿Por qué has tardado tanto en…?

Helena enmudeció al ver a Jerry.

Llevaba un vestido negro hecho jirones con unas medias de rayas rojas y blancas, una peluca blanca y la cara embadurnada con una pasta verde.

Se quedó mirándole con detenimiento y la boca abierta.

—Perdí una apuesta con Kate —se justificó avergonzado.

—Oh, papá. Tengo que hacerte una foto —dijo mientras se destornillaba de la risa y cogía su teléfono. Tomó una instantánea de su padre antes de que

pudiera escaparse y se la envío de inmediato a casi todos los contactos—. Hoy es Halloween, ¿verdad? Ya no sé en qué día vivo.

—Es mañana —rectificó Jerry antes de sentarse a desayunar las tortitas —. Tengo que ir vestido de mujer dos días. Jamás volveré a celebrar Halloween, te lo prometo.

Halloween siempre era una época de mucho trasiego en la cafetería y, por mucho que Jerry protestara por tener que llevar un vestido, Helena sabía que, en el fondo, le encantaba celebrar todas las fiestas del año. Le preguntó si necesitaba ayuda en la cafetería, pero él se negó en rotundo a que fuera a trabajar.

—Tienes la cara más verde que la mía —dijo con tono preocupado—. ¿Prefieres quedarte en casa en vez de ir a la escuela?

—Estaré bien —dijo ella encogiéndose de hombros sin apartar la mirada de su desayuno para esconder la culpa. Para ser sincera, no creía que fuera a estar bien, pero no era capaz de mirar a su padre a los ojos y mentirle.

En ese momento Claire pasó con el coche y bajó la ventanilla del copiloto.

Llevaba la radio a todo volumen y apenas se oían los bocinazos.

—Será mejor que me vaya antes de que los vecinos llamen a la policía —bromeó Helena mientras recogía sus cosas. Después salió pitando de la casa sin despedirse.

—Ven a casa después de clases; ¡necesitas descansar! —gritó Jerry. Helena hizo un gesto evasivo hacia la puerta. Sabía que no podría ir a casa porque tenía que entrenar con Ariadna para su regreso al Submundo. El reloj de Helena no dejaba de avanzar y tenía muchas promesas que cumplir antes de que las agujas se detuvieran.

Lucas vio a Helena salir corriendo de su casa y subirse de un salto al coche de Claire. Parecía agotada y había adelgazado muchísimo, pero, aun así, la sonrisa que le dedicó a su mejor amiga era brillante, hermosa y llena de amor. Esa era Helena. A pesar del tormento que estaba sufriendo, tenía esa capacidad mágica de abrir su corazón para los demás. Solo estar cerca de ella le hacía sentirse querido, aunque sabía que su amor había dejado de ser para

él.

Helena había estado a punto de pillarle otra vez esa mañana. Empezaba a sospechar que su presencia la asustaba. No lograba explicárselo, pero la joven podía sentirle. Lo averiguaría tarde o temprano, porque, sin duda, no estaba dispuesto a dejar de vigilarla para protegerla. No hasta que alguien le asegurara que Automedonte se había ido para no volver.

Claire y Helena empezaron a berrear una de sus canciones favoritas de Bob Marley, destrozándola por completo. Helena era una cantante nefasta.

De hecho, era una de las cosas que más le gustaban de ella. Cada vez que gorjeaba como un gato cuando alguien le pisa la cola se moría de ganas de cogerla y…, en fin… Tras repetirse una vez más que Helena era su prima, se deshizo de su capa y alzó vuelo. Tenía que regresar a su rutina habitual, así que encendió el teléfono y descubrió que tenía un mensaje: «Sé que estabas allí abajo con nosotros. Y creo que sé cómo lo has hecho. Tenemos que hablar».

«¿Quién eres?», respondió Lucas, a pesar de conocer la respuesta. Después de todo, ¿quién más podía ser? Pero se negaba a ponerle el camino fácil.

No podía. Estaba demasiado enfadado.

«Orión.»

Eso le había dolido. Ver escrito el nombre de ese tipo e imaginarse a Helena pronunciarlo le recomía por dentro. Con el paso de los días, la rabia empeoraba y tuvo que tomarse un momento para calmarse y no arrojar el teléfono al otro lado del Atlántico.

«Genial. ¿Qué quieres?», contestó Lucas cuando las manos le dejaron de temblar. Permitir que Helena se marchara de su lado le había roto el corazón. ¿Acaso también tenía que aguantar que el tipo que la acompañaba cada noche le enviara mensajitos?

«Necesitas ponerte gallito, de acuerdo. Pero no hay tiempo. Helena se está muriendo.»

—¡Estás de muy buen humor! —comentó Helena.

—¡Así es! —dijo Claire prácticamente gritando.

—¡Oh, déjame adivinar! Mejillas sonrosadas, mirada inocente… *Could you be loved? Oh, yeah!* —canturreó la última estrofa de la canción de Bob Marley que llevaba cinco minutos aullando.

Eso explicaba a la perfección la euforia de Claire y, por si aún le cabía la menor duda, su mejor amiga también chilló la parte de «*Oh, yeah!*», respondiendo así la pregunta tácita de Helena.

—¿Qué puedo decir? En realidad es una especie de Dios —suspiró Claire sin dejar de soltar risitas nerviosas mientras iba a toda velocidad por la carretera.

—¿Qué pasó? —vociferó Helena, un poco mareada.

Volver a reír le sentaba tan bien que Helena se olvidó de todos sus problemas.

—¡Por fin me besó! Anoche —explicó casi cantando—. ¡Escaló hasta mi ventana! ¿Puedes creerlo?

—Ejem… ¿Sí? —dijo Helena con una gran sonrisa.

—Ah, claro, se me había olvidado —dijo sin perder el buen humor—. Bueno, al caso. Abrí la ventana para decirle que iba a despertar a mi abuela, ya sabes que es capaz de escuchar el pedo de un perro a dos manzanas de aquí. Pero me dijo que tenía que verme, que no podía seguir lejos de mí y entonces, ¡me besó! ¡Es el mejor primer beso de la historia!

—¡Al fin! ¿Por qué ha tardado tanto? —se rio Helena.

Pero la carcajada se convirtió en un gañido en cuanto Claire pisó el pedal del freno de repente para obedecer a una señal de «STOP». Varios coches hicieron sonar la bocina a modo de protesta.

—Oh, qué sé yo —dijo Claire. Continuó conduciendo como si tal cosa, ignorando por completo el hecho de que había estado a punto de provocar un accidente mortal—. Cree que soy demasiado frágil, que no tengo ni idea del peligro en el que estoy…, bla, bla, bla. Y me lo dice a mí, que he crecido al lado de un vástago. Ridículo, ¿no te parece?

—Sí. Qué absurdo —opinó Helena con expresión de miedo. Aquella actitud despreocupada de su amiga hacia los vástagos y su conducción temeraria la inquietaban a la par que atemorizaban—. ¿Sabes una cosa, Risitas? El amor no te hace inmune a los accidentes de coche.

—¡Ya lo sé! Dios mío, parece que esté hablando con Jasón —replicó

Claire, que se fundió por dentro al pronunciar el nombre del muchacho. Condujo el coche hacia la zona de aparcamiento del instituto, apagó el motor y se volvió hacia Helena para confesarle—: Estoy enamorada hasta las trancas.

—¡Ni que lo digas! —respondió su amiga con una amplia sonrisa.

Helena intuía que Jasón no la consideraba su persona favorita, pero a pesar de cómo la trataba desde hacía cierto tiempo, sabía que Claire necesitaba su apoyo en eso.

—Jasón es un tipo fantástico, Risitas. Me alegro muchísimo por los dos.

—Pero no es japonés —anunció con pesar—. ¿Cómo se supone que voy a presentárselo a mis padres?

—Quizá no les importe tanto —trató de animar Helena—. Eh, acabaron aceptando nuestra amistad, ¿no?

Claire le lanzó una mirada dubitativa, alzó ambas palmas y las balanceó hacia arriba y abajo, como queriendo decir «a medias».

—¿En serio? —exclamó Helena. No podía creérselo—. ¿Somos amigas desde que nacimos y todavía no les caigo bien?

—¡Mi madre te adora! Pero tienes que entender, Lennie, que eres alta como un pino y no paras de sonreír. A mi abuela eso no le mola mucho.

—Estoy alucinando —refunfuñó Helena un tanto malhumorada mientras se apeaba del coche—. He pasado más tiempo con ese viejo murciélago que…

—¡Es muy tradicional! —La defendió Claire.

—¡Es racista! —argumentó Helena. Su amiga enseguida desistió porque sabía que, en el fondo, tenía razón—. Jasón es perfecto para ti, Risitas. ¡No permitas que el hecho de no ser japonés arruine esta historia! Ese tío estaría dispuesto a morir por ti.

—Ya lo sé —dijo Claire con la voz ronca por la emoción. La joven asiática se quedó inmóvil en mitad del aparcamiento mientras el resto de los estudiantes corrían hacia la puerta para no llegar tarde. Helena se detuvo junto a ella, conmovida por aquella extraña demostración de vulnerabilidad —. Tuve tanto miedo allí abajo, Len. Estaba perdida, muerta de sed. Y entonces… apareció él. Todavía no puedo creerme que bajara hasta el mismo Infierno para salvarme.

Helena esperó a que Claire se calmara. Su mejor amiga había estado al borde de la muerte y eso le había dejado duras secuelas que tardaría en olvidar. En ese instante, reparó en lo horrible que, en realidad, era el Submundo. Orión había sido una bendición. Había cambiado de forma tan drástica su experiencia en el Infierno que había dejado de considerar un castigo merodear por él. Siempre y cuando él la acompañara, incluso se podría decir que disfrutaba.

—Pero no lo quiero solo porque me salvó —continuó Claire, despejando la imagen de Orión de la mente de Helena—. Jasón es una de las mejores personas que he conocido. Aunque no hubiera arriesgado su vida por mí, lo admiraría.

—Entonces olvídate de lo que piense tu abuela —afirmó Helena.

—¡Puf, ojalá pudiera! Pero no hay forma de cerrarle el pico —gruñó después de cerrar la puerta del coche de golpe.

Cuando reanudaron el paso, las dos amigas se echaron a reír. Helena casi había olvidado lo divertido que era hacer el ganso con Claire. Podía decirse que había empezado el día de buen humor.

El resto de la mañana, sin embargo, fue como zambullirse lentamente en un estado de agotamiento. Le costaba una barbaridad mantener los ojos abiertos y en más de una ocasión sus profesores la reprendieron por estar a punto de quedarse dormida encima de la mesa. Pero logró sobrevivir hasta la hora del almuerzo, cuando volvió a reunirse con Claire.

Tras acomodarse en su mesa habitual, Helena distinguió a Matt al otro lado de la cafetería y le hizo un gesto para invitarle a sentarse con ellas. El muchacho asintió y, mientras zigzagueaba entre los bancos del comedor, Claire le dio un codazo a Helena y le señaló la fila de chicas que observaban detenidamente a Matt y cuchicheaban a su paso.

Tenía un corte en el labio y varios rasguños en los nudillos a causa del entrenamiento al que le sometía Ariadna. La camiseta que un mes antes le iba bastante suelta ahora le quedaba un poco ajustada. A través del algodón blanco resultaba muy sencillo darse cuenta de que tenía el pecho y los músculos de los hombros destrozados. Había perdido los mofletes de bebé, de modo que lucía unos rasgos más marcados y adultos; incluso su forma de caminar había cambiado, dando la impresión de que estaba preparado para

cualquier cosa.

—Oh, Dios mío —dijo Claire con una mirada de incredulidad—. Lennie, ¿Matt es un rompecorazones?

Helena casi se atraganta con el bocadillo y, antes de contestar, tuvo que tragarse el bocado a toda prisa.

—¿Verdad? ¡De repente nuestro Matt se ha convertido en el tío bueno del instituto!

Claire y Helena se quedaron calladas, se miraron y exclamaron «¡¡Uuuuuggghh!!» al mismo tiempo y antes de explotar de la risa.

—¿Qué pasa? —preguntó Matt cuando llegó a la mesa, mirándolas extrañado. Señaló el bocadillo de Helena y trató de adivinar—. ¿Pepino y extracto de levadura?

—No, talán talán. No es por el bocadillo —respondió Claire secándose las lágrimas de los ojos de tanta carcajada—. ¡Es por ti! ¡Eres oficialmente un pibón!

—Oh, cállate —replicó Matt, que enseguida se puso rojo de vergüenza. Se quedó mirando a Ariadna embobado. La joven se había parado para charlar con otra compañera de clase, y Matt, aún ruborizado, enseguida apartó la mirada.

—Deberías hacer algo —le susurró Helena a Matt mientras Claire le indicaba a Ariadna que se sentara con ellos a comer.

—¿Y poner mi vida en peligro? —respondió con aire triste meneando la cabeza—. Ni por asomo.

—No sabes si… —empezó Helena, pero Matt la interrumpió con convencimiento.

—Sí, lo sé.

Cuando Ariadna se reunió con ellos, Helena no tuvo más opción que dejar correr el tema, aunque no lograba entender cuál era el problema. Le constaba que apreciaba a Matt y, quizá, lo único que debía hacer él era aprovechar una oportunidad y besarla, como hizo Jasón con Claire. Justo entonces volvió a acordarse de Orión y le vino a la memoria el tacto de sus labios.

—¿Helena? —llamó Ariadna.

Cuando alzó la mirada se percató de que todos la miraban con atención.

—¿Sí? —respondió, apabullada y un tanto desconcertada.

—No has escuchado una sola palabra de lo que acabamos de decir, ¿verdad? —preguntó Cassandra.

—Lo siento —se disculpó Helena un tanto a la defensiva. «¿Cuándo demonios ha llegado Cassandra?», se preguntó.

—¿Soñaste anoche? —preguntó la pequeña, como si fuera la décima vez que repetía la pregunta.

Helena sacudió la cabeza. Cassandra se dejó caer sobre su silla y se cruzó de brazos, con el ceño fruncido y los labios rojos apretados.

—¿Por qué no has dicho nada? —quiso saber Claire.

Su mejor amiga estaba preocupada, pero al mismo tiempo parecía sentirse culpable por haber monopolizado la conversación matutina.

—No sé —farfulló Helena—. Hace tanto tiempo que no sueño que supongo que me olvidé de mencionarlo.

—Bueno, pues Orión no —dijo Cassandra con voz calmada. Súbitamente, la expresión de su cara cambió de forma drástica y se inclinó hacia Helena. Durante un segundo volvió a ser una chica normal y corriente—. ¿Orión es siempre tan…? —Se quedó pensativa durante unos instantes, buscando la palabra apropiada para acabar de formular la pregunta.

—¿Divertido? ¿Tozudo? ¿Enorme? —Disparó Helena casi sin respirar, tratando de completar la pregunta de Cassandra con cada adjetivo que le venía a la cabeza cuando pensaba en Orión.

—¿Es tan grande? —preguntó Ariadna, curiosa—. ¿Como el Orión original?

—Es gigantesco —respondió Helena enseguida, intentando no sonrojarse. Se le ocurrieron unos cuantos términos más que podían describirlo, pero prefirió guardárselos para sí misma—. Pero dime, Cass, ¿qué querías decir? Que siempre es tan ¿qué?

—Imprevisible —dijo al fin Cassandra.

—Sí. De hecho, has escogido una buena palabra para describirle. Espera, ¿cómo lo sabes?

—No presentí a Orión, no adiviné que vendría —contestó más bien para sí.

—¿De qué estás hablando? ¿Te envió un mensaje o algo así? —consultó Helena, cada vez más confundida—. Nunca le di tu número de teléfono.

—Ha sido Lucas —dijo Cassandra, como si todo el mundo ya lo supiera.

—¿Qué?

—Orión se puso en contacto con mi hermano a primera hora de la mañana.

—¿Y cómo ha conseguido Orión…?

Helena empezó a liarse con las palabras y, de golpe y porrazo, sintió que se ahogaba. No podía pronunciar ambos nombres, el de Lucas y el de Orión, en la misma frase, bajo ningún pretexto.

El timbre que marcaba el fin del almuerzo sonó y todo el mundo comenzó a recoger sus cosas, a excepción de Helena, que se quedó con la mirada clavada en el infinito, incapaz de borrar el nombre de Lucas de su mente.

Sabía que la falta de sueño le había trastornado el cerebro, pero, aun así, estaba convencida de que el nombre que le había fulminado el sistema nervioso era el de Lucas, y no el de Orión.

—¿Por qué no has dicho nada, Len? —preguntó Claire con tono lastimoso.

Al darse cuenta de que Helena no respondía al estridente timbre del instituto, su mejor amiga la cogió del brazo y la arrastró hasta el aula donde tenían clase.

—¿Decir el qué? —masculló Helena, aturdida.

—¡Esta mañana! No has dicho ni mu sobre, ya sabes…, me has dejado que te diera la tabarra con el tema de Jasón, como si lo tuyo no fuera importante.

—Risitas, para —dijo Helena con cariño—. Créeme, prefiero escuchar cómo me cuentas lo feliz que te sientes que explicarte lo desquiciada que estoy.

De veras. Oír que a otras personas les suceden cosas bonitas me alegra el día, sobre todo si la protagonista eres tú. Quiero que seas insultantemente feliz el resto de tu vida, pase lo que me pase. Lo sabes, ¿verdad?

—Dios, te estás muriendo de verdad, ¿me equivoco? —murmuró Claire —. Jasón me lo dijo, pero no le creí.

—Todavía no he estirado la pata —bromeó Helena con una risa floja antes de entrar en el aula—. Ve a clase, Risitas. Estoy segura de que sobreviviré a Ciencias Sociales.

Claire, triste y afligida, le dijo adiós con la mano y salió pitando hacia su clase, mientras Helena se sentaba en su silla habitual. Atónita, vio como Zach entraba en clase y se sentaba junto a ella. El muchacho intentó decir algo, pero Helena no le permitió ni articular su nombre.

—No me lo puedo creer. ¿Y encima tienes el descaro de sentarte a mi lado?

Helena se levantó y recogió sus cosas, pero Zach la cogió por el brazo para impedir que se cambiara de sitio.

—Por favor, Helena; estás en peligro. Mañana… —susurró como sí el tema fuera urgente.

—No me toques —siseó soltándose de Zach.

El chico la miraba desesperado, como si no tuviera a quién recurrir.

Durante un instante, Helena sintió compasión por él y se le ablandó el corazón. Y justo entonces se acordó de que Héctor había estado a punto de ser asesinado por culpa de Zach, y el corazón se le tornó duro como una piedra. Lo conocía desde la guardería, pero aquellos tiempos quedaban muy atrás. Helena se fue a otro pupitre sin dirigirle la palabra.

Al finalizar las clases, Helena y Claire fueron a entrenar, y después se dirigieron juntas al hogar de los Delos. Al llegar no había nadie en casa, ni siquiera Noel, que había dejado un mensaje pegado en la nevera para informar a toda persona hambrienta que entrara en la cocina de que no había nada y de que regresaría al cabo de unas horas con provisiones. Las chicas esbozaron una mueca al leer la nota y acto seguido empezaron a asaltar todos los armarios y cajones en busca de algo que llevarse a la boca y calmar el tigre que hacia rugir su estómago. Tras el pequeño tentempié que habían logrado ratear, dedujeron por qué no había un alma en la casa.

Palas y Cástor seguían en Nueva York, enfrascados en un eterno debate en el Cónclave. Según su última carta, todavía no habían convencido al resto de los miembros de la importancia de deshacerse de forma permanente del esbirro, aunque sí habían dictaminado que no le permitirían establecer su residencia en la isla, lo cual, en realidad, era bastante inútil porque; por lo visto, todo este tiempo había estado viviendo en un yate. Jasón y Lucas estaban jugando al fútbol con el equipo; por otro lado, puesto que el violonchelo de Cassandra no estaba en la biblioteca, Helena y Claire

asumieron que Ariadna y ella todavía estarían en el instituto, ensayando para la obra de teatro.

De algún modo habían conseguido convencer a las dos chicas Delos para tocar la música de la producción invernal de *Sueño de una noche de verano*. Ninguna tenía tiempo libre para invertir en la obra y, de hecho, Cassandra estaba bastante molesta con el tema. No veía el sentido de esforzarse en aparentar ser normal, cuando su cuerpecillo de niña y su misterioso silencio demostraban precisamente lo contrario. Helena sabía que mantener las apariencias era importante, pero estaba de acuerdo con la pequeña de los Delos. Jamás podría parecerse a una adolescente de entre catorce y quince años, así que, ¿para qué torturar a la pobre niña con una obra de teatro?

—Eh, Risitas —caviló Helena tras haberse zampado las galletas de chocolate que Jasón guardaba en su escondrijo secreto—. ¿Cuánto pesas?

—¿Ahora mismo? Unos cuarenta y cinco kilos, más o menos —dijo limpiándose las migas de las galletas del regazo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría probar una cosa, aunque puede ser un poco peligroso. ¿Te animas?

—Pues claro que sí. Me apetece jugar un poco —respondió con una sonrisita traviesa.

Claire estuvo armando jaleo durante todo el camino hasta el campo de entrenamiento de los Delos. No se cansaba de intentar atizar golpecitos a Helena con la cadera, hacerle la zancadilla o tirarla del hombro, lo cual era bastante inútil porque su fuerza era sobrenatural. Cuando al fin se colocaron en el centro de la arena, después de comentarios irónicos y risas, Helena se puso seria y ordenó a Claire que se mantuviera inmóvil.

Sin alejarse mucho de ella, se concentró en el cuerpo de su pequeña amiga.

—¡Len, me haces cosquillas! —exclamó Claire con un ataque de risa—. ¿Qué estás haciendo?

—Intento hacerte ingrávida para enseñarte de una vez por todas qué se siente al volar —murmuró Helena, que seguía con los ojos cerrados—. ¿Podrías poner las manos encima de mis hombros?

Claire obedeció, con ansiedad e impaciencia. Siempre había deseado saber qué notaban Helena y Lucas cuando alzaban el vuelo y planeaban sobre

la isla, pero, hasta ahora, su amiga no estaba segura de su talento y se había negado en rotundo a cumplir aquel sueño. Lucas la había advertido de que llevar a un pasajero era algo difícil, pero ya no estaba asustada. Quizá no volvería a tener la oportunidad de hacerle ese regalo a Claire, así que no se lo pensó dos veces.

En cuanto la chica se inclinó hacia Helena, las dos se elevaron varios metros en el aire. Claire se quedó boquiabierta.

—Me siento… ¡Es maravilloso!

Sonaba eufórica. Helena, a pesar de seguir concentrada en las variables que las mantenían en el aire, no pudo evitar sonreír.

Volar era algo realmente increíble y, a pesar de lo que Lucas le había asegurado, Helena se sorprendió al descubrir que alzar a Claire era complicado, sí, pero no agotador. Confiaba en Lucas y sabía que jamás la engañaría sobre algo así, de modo que no tuvo más remedio que admitir lo que tantas veces le había repetido. Era mucho más fuerte y poderosa que él. Se envalentonó y subió un poco más.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Jasón desde el suelo mirándolas sobresaltado.

Claire chilló como un animal y Helena se desconcentró. No tuvo tiempo de recuperarse cuando las dos empezaron a caer en picado. Miró bajo sus pies y Helena fue consciente de la altura que habían alcanzado. Aunque ya habían descendido varios metros, aún estaban a otros diez por encima de Jasón, Cassandra, Ariadna y Matt, quienes las observaban muertos de miedo.

—¡Bájala ahora mismo! —mandó Jasón, furioso.

—Jasón, estoy bien —le tranquilizó Claire, pero él no atendía a razones.

—Ahora, Helena —rugió.

Pese a estar a varios metros de altura, a Helena no le pasó desapercibido el hecho de que Jasón estaba rojo de rabia. Decidió que lo mejor sería hacer lo que le pedía antes de que le explotara una vena, así que empezó a hacer bajar a Claire con sumo cuidado.

Estaban flotando a unos tres metros del suelo, casi a punto de aterrizar, cuando Jasón pegó un brinco y le arrebató a Claire de los brazos. Estaba tan enfadado que ni siquiera miró a la chica cuando la dejó en el suelo. En cuanto Helena rozó el suelo con los pies, Jasón empezó a dar vueltas a su alrededor

con ademán desafiante.

—¿Cómo has podido ser tan egoísta? —preguntó con voz ahogada.

—¿Egoísta? —chilló Helena con incredulidad—. ¿Dices que yo soy la egoísta?

—¿No te has planteado el daño que podrías haberle hecho a Claire si se hubiera caído? —vociferó. Con cada palabra, iba poniéndose más nervioso —. ¿Te haces una idea de lo que duele romperse una pierna?

¿Incluso después de curarse? ¡El dolor puede durar toda una vida!

—Jasón —susurró Claire para interrumpirle, pero para entonces Helena ya estaba con su réplica.

—¡Es mi mejor amiga! —aulló—. ¡Jamás permitiría que le ocurriera nada malo!

—No puedes prometerlo. ¡Ninguno de nosotros puede garantizarle seguridad, precisamente por lo que somos!

—Jasón… —dijo Ariadna posando una mano tranquilizadora sobre el hombro de su mellizo, una mano que él rechazó de inmediato.

—Y tú no te creas mejor que ella, Ari. Te niegas en rotundo a salir con Matt, pero ¿crees que entrenándole le ayudas? —espetó mientras la ira le bullía por dentro—. ¿Cuántas veces tenemos que revivir esta historia para aceptar la realidad de una vez por todas? Las personas que se rodean de vástagos no suelen vivir muchos años. ¿O acaso no os habéis fijado en que no tenemos madre?

—¡Jasón! ¡Basta! —exclamó Ariadna, que no pudo reprimir las lágrimas.

Pero él ya había dicho lo que tenía que decir. Con un movimiento rápido y ágil, se dio media vuelta y echó a correr hacia la playa. Claire lanzó una mirada de súplica a su mejor amiga antes de ir tras él. Helena articuló la palabra «perdón» y, como respuesta, ella suspiró y encogió los hombros, como si nadie pudiera hacer nada al respecto. Y justo después salió disparada hacia la orilla, donde Jasón la esperaba entre las sombrías dunas.

—Estas son mi madre, Aileen, y mi tía Noel cuando iban a la universidad, en Nueva York —dijo Ariadna. Sacó una fotografía que estaba escondida entre las páginas de un libro colocado sobre una estantería de su habitación y

saltó sobre la cama para enseñársela a Helena.

La instantánea mostraba a dos jovencitas despampanantes detrás de la barra de un bar, sirviendo bebidas. Había algo llamativo y atrevido en aquellas dos chicas que se enseguida cautivó a Helena. Se reían a carcajadas mientras preparaban cócteles multicolor que ofrecían a la avalancha de dientes que se agolpaban en el bar.

—¡Fíjate en Noel! —gritó Helena, asombrada—. ¿Lleva pantalones de cuero?

—Seguro que sí —confirmó Ariadna—. Supongo que mi madre y Noel eran chicas transgresoras que vivían al límite su juventud. Solían trabajar en bares de copas y restaurantes de moda de toda la ciudad para pagarse las clases. De hecho, así es como conocieron a mi padre y a mi tío Cástor. En un bar de copas.

—Tu madre era preciosa —opinó Helena, y lo dijo sin exagerar. Aileen era esbelta, pero tenía curvas y un aspecto ultrafemenino. Además, lucía una cabellera negra azabache que le llegaba hasta donde la espalda pierde su casto nombre y lucía la piel dorada y bronceada de una latinoamericana—. Pero ella no…

—¿Se parece a alguno de nosotros? No. Los vástagos son idénticos a otros vástagos de la historia. No heredamos ningún rasgo físico de nuestros padres mortales —dijo Ariadna con tristeza—. Supongo que a mi padre le habría costado menos superarlo si reconociera algún gesto de ella en nosotros. La quería muchísimo… y todavía sigue amándola.

—Sí, lo sé —murmuró Helena.

Le sorprendió darse cuenta de que, en realidad, sí lo sabía. No sabían cómo ni por qué, pero sentía que a aquella desconocida de la fotografía la habían amado con toda su alma. Al ver cómo Aileen y Noel se desternillaban de risa, Helena no pudo evitar pensar en Claire y en ella.

—Estaban muy unidas, ¿verdad?

—Mejores amigas desde que eran niñas —recalcó Ariadna de forma deliberada—. Existe un patrón, un ciclo que siempre se repite en nuestras vidas, Helena. Ciertos episodios suceden una y otra vez a lo largo de la historia. Dos hermanos, o primos que crecieron como hermanos, que se enamoran de dos hermanas, casi hermanas, es uno de estos ciclos.

—Y solo una de esas mujeres sobrevive —dijo Helena, que al fin entendió la sobreprotección de Jasón sobre su mejor amiga—. Bueno, Jasón no tiene de qué preocuparse. Antes muerta de dejar que le pase algo a Claire.

—Desafortunadamente, ese tipo de decisiones no está en mano de los vástagos —informó Ariadna entrecerrando los ojos—. Mi padre se habría sacrificado por mi madre, pero no siempre se produce una batalla heroica para salvar a la persona a quien amas, ¿sabes? A veces, la gente muere y punto. Sobre todo cuando están a nuestro alrededor.

—¿Qué le pasó a tu madre?

Durante todo este tiempo, Helena jamás había osado formularles tal pregunta a los Delos. Quizá Jasón tenía razón, pensó Helena. Quizás estaba siendo demasiado egoísta.

—Estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado —respondió Ariadna mientras cogía la foto de su madre y volvía a colocarla entre las páginas de *Ana de las Tejas Verdes*—. La mayoría de los vástagos estarían dispuestos a hacer casi cualquier cosa para impedir la muerte de un mortal. Pero casi siempre fallecen por accidente por el mero hecho de estar cerca de un vástago. Por eso mi padre y mi hermano opinan que deberíamos alejarnos de todo aquel a quien podamos perjudicar.

—Pero tú estás entrenando a Matt.

—No llegué a conocer a mi madre. Todos insisten en que era una bocazas y que tenían un temperamento caliente, como buena latina que era —dijo Ariadna con cierto remordimiento—. Pero no basta con tener agallas. Mi padre jamás quiso enseñarle ninguna técnica de lucha, y creo que la razón de su muerte tiene algo que ver con eso. No he perdido un tornillo, Helena.

Soy perfectamente consciente de que Matt jamás podría vencer a un vástago, pero ese no es el objeto. Tengo que enseñarle a protegerse o, de lo contrario, jamás me perdonaría si algo le sucediera. No sé si todo esto tiene mucho sentido, la verdad.

Helena asintió con la cabeza y tomó las manos temblorosas de Ariadna entre las suyas.

—Sí que lo tiene. No sabía que las cosas se habían puesto tan serias entre Matt y tú.

—No es para tanto —rectificó rápidamente Ariadna. Sin embargo,

después dejó caer la cabeza hacia atrás, como si la situación la superara, y suspiró mirando al techo. Aquel era un gesto familiar que Helena había visto muchas veces cuando Jasón se enfadaba con Claire—. ¿La verdad? No tengo ni idea de qué hay entre nosotros. No sé si sentirme insultada porque Matt todavía no ha intentado nada conmigo o si debería estar contenta y agradecida porque ha decidido no tentarme.

Era más que evidente que Ariadna estaba hecha un lío. Helena no sabía qué decirle, pero, tras unos instantes, decidió que quizás Ariadna no necesitaba que otra persona más de su entorno le dijera lo que tenía que hacer. En vez de darle un consejo, Helena se quedó sentada a su lado, sujetándole la mano mientras la joven le daba vueltas a todo el asunto.

—Ari, ¿sabes dónde…? —preguntó Lucas en cuanto abrió la puerta de la habitación. Se quedó de piedra al ver a Helena sentada en la cama—. Lo siento. Debería haber llamado antes.

—¿A quién buscas? —dijo Ariadna, como si quisiera ponerle a prueba.

Lucas bajó la mirada y cerró la puerta sin responder a la pregunta de su prima. Helena procuró respirar con normalidad y se obligó a mover el cuerpo para disimular lo estupefacta que estaba, pero Ariadna se dio cuenta enseguida.

—¿Tú también? ¿Todavía? —preguntó ligeramente disgustada—. Helena, es tu primo.

—Ya lo sé —reconoció con voz cansada y extendiendo las manos en un gesto de súplica—. ¿Crees que deseo sentir eso? ¿Sabes que prefiero merodear por el Submundo porque por lo menos allí sé que estoy lejos de esta maldita enfermedad? ¡Es una locura!

—Todo esto es una verdadera locura —admitió Ariadna con compasión. Casi rogándoselo, añadió—: Lo lamento mucho por los dos, pero tenéis que pasar página de una vez por todas. El incesto, incluso aunque no sea intencionado, aunque los dos vástagos ni siquiera conozcan su parentesco es otro de los temas que se repiten constantemente a lo largo de la historia. Siempre acaban de la peor forma posible. Lo sabes, ¿no?

—Sí. Leí *Edipo rey* y sé cómo acaba la historia. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Acaso conoces algún antiguo remedio casero para hacer que me desenamore de él? —preguntó Helena, algo sarcástica.

—¡Mantened distancia! —espetó Ariadna.

—Tú estabas presente el día en que perdió los nervios y me gritó que no me permitía ni siquiera mirarle —exclamó Helena—. ¿Y cuánto duró esa amenaza? ¿Nueve días? No somos capaces de estar alejados. Las circunstancias siempre vuelven a unirnos, por mucho que nosotros nos empeñemos en distanciarnos.

Una gigantesca bocanada de desesperación le oprimía el pecho; la mirada compasiva de Ariadna fue la gota que colmó el vaso. Se puso en pie y comenzó a dar tumbos por la habitación.

—He bajado literalmente el Infierno en busca de un rincón donde arrojar todas los sentimientos que tengo por él, pero no he conseguido encontrar un agujero lo bastante ancho ni profundo. Así que por favor, dime qué se te ocurre, porque he agotado todas las teorías que he leído y, si Cassandra está en lo cierto, se me acaba el tiempo.

De repente, Helena sintió que algo reventaba tras sus ojos y enseguida se llevó una mano a la nariz para detener los borbotones de sangre que le estaban empapando los labios. Ariadna se quedó muda de asombro y permaneció sentada en el borde de la cama. Acto seguido, Helena corrió hacia la ventana, la abrió de un tirón y saltó por ella.

Despegó sin mirar atrás. Ansiaba volver a ver aquella finísima línea de aire azul que se perdía entre la oscuridad del cielo. Esa noche deseaba irse a dormir con esa imagen viva y reciente en su mente. Estaba casi segura de que, a menos de que sufriera una especie de epifanía milagrosa, no volvería a ver la luz del día.

Tras limpiarse la sangre congelada del rostro como pudo, con la manga de su camisa, se quedó mirando fijamente el globo terráqueo. En su parte del planeta estaba amaneciendo, pero aun así lograba distinguir la delicada y suave capa de la atmósfera. Aquella telaraña de aspecto frágil y fantasmagórico era capaz de crear vida en una parte de la Tierra y extensiones de hielo en la otra. A Helena le maravillaba que algo que parecía tan delicado pudiera ser al mismo tiempo tan poderoso. «Otro don de Lucas», pensó sonriente.

Cerró los ojos y dejó que su cuerpo flotara a la deriva. Jamás había subido tan alto. El arrastre del planeta era tan débil que, durante un segundo, se

preguntó si podría cortar el último hilo de gravedad que la mantenía atada al mundo para alcanzar la Luna.

Súbitamente, una mano de hierro la agarró por la chaqueta y, con una fuerza sobrehumana, la bajó varios metros. En cuestión de segundos la camiseta y la chaqueta que llevaba estaban rotas y deshilachadas. Helena se retorció con violencia mientras descendía y, de pronto, distinguió el rostro de Lucas, que parecía atormentado.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó al oído.

El joven Delos la estrechó contra el pecho y aumentó todavía más la velocidad. Tenía un nudo en la garganta por la emoción y, al intentar hablar, la voz se le quebró en varias ocasiones.

—¿Intentabas desviarte hacia el espacio? Sabes que eso te mataría, ¿verdad?

—Ya lo sé, Lucas. Yo… me gusta dejarme llevar —admitió. En ese instante se percató de que había pronunciado su nombre en voz alta, por primera vez en muchas semanas. Por fin había logrado quitarse esa losa que tanto le pesaba y soltó una carcajada—. Disfruto mucho haciéndolo de vez en cuando. ¿Nunca lo has probado?

—Sí, claro —confesó. Seguía teniendo a Helena firmemente agarrada y, a medida que descendían por el cielo nocturno, Lucas fue hundiendo el rostro en su cuello. Y entonces le susurró al oído—: Pero tenías los ojos cerrados. Creía que te habías desmayado.

—Lo siento. Pensé que estaba sola —murmuró.

Aunque sabía que debía preguntárselo, le importaba bien poco cómo Lucas había llegado hasta allí. Se aferró a él con fuerza, como si tratara de sumergirle en su pecho y envolverle con su piel.

Ese era Lucas, y no quería separarse de él, de la persona que era en aquel preciso instante. En cualquier momento, las tornas se girarían y Lucas volvería a convertirse en aquel desconocido enfadado una vez más. El joven suspiró hondamente y articuló el nombre de Helena. Después, se deshizo de su abrazo y buscó desde la distancia, el mirador de la casa de Helena.

—¿Dónde está Jerry? —preguntó sobrevolando la casa. No se veía nada en el caminito de entrada y no había luz alguna que estuviera encendida en el interior.

—Lo más seguro es que esté trabajando —dijo Helena sin apartar la vista de él—. ¿Te apetece entrar? ¿O esto va a ponerse feo de un momento a otro?

—Te lo prometí. Nada de discusiones. No ha surtido efecto, así que dejémoslo —dijo Lucas mientras posaba a Helena sobre el mirador.

—Lo hiciste a propósito, ¿verdad?

Los dos se quedaron mirándose sin musitar palabra, hasta que Helena rompió su silencio.

—¿Tu padre tuvo algo que ver con eso?

—Fue mi elección —respondió.

Helena se quedó callada, esperando a que Lucas explicara su respuesta, pero el joven no se molestó en inventarse una excusa o en culpar a alguien más. De ese modo, dejó que ella fuera quien decidiera cómo serían las cosas entre ellos a partir de ese momento. La muchacha le asestó un suave puñetazo en el pecho. Estaba frustrada y, aunque no le hizo mucho daño, le provocó una oleada de sensaciones. Pero Lucas se mantuvo impasible y en ningún momento intentó detenerla.

—¡¿Cómo pudiste hacerme eso?! —gritó.

—Helena —susurró. Le agarró los puños y los posó sobre la zona del pecho que le había apaleado—. ¿Qué más podía hacer? Volvíamos a estar todo el tiempo juntos. Nos sentábamos juntos para cenar, nos contábamos los secretos más íntimos, y creo que eso te confundía. Tienes cosas más importantes en las que pensar que en mí.

—¿Tienes idea del daño que me hiciste? —preguntó con voz ahogada. Se moría por volver a golpearle, pero se asombró al descubrir que tenía las manos relajadas sobre su pecho.

—Sí —le respondió con una ternura que le dejó entrever la dolorosa que había sido para él su separación—. Y las consecuencias las pagaré el resto de mi vida.

Helena arrugó la frente, preocupada. Sabía que Lucas no estaba exagerando. Había cambiado. Tenía la tez tan pálida que reflejaba la luz de la luna y una mirada de un azul tan oscuro que se confundía con el negro.

Era como estar mirando al gemelo oscuro y triste de su Lucas, siempre alegre y brillante. Seguía siendo guapísimo, pero le entristecía mirarle a los ojos.

Después de todo lo que le había hecho pasar, Helena sabía que debía castigarle, pero, por alguna razón que no lograba explicarse no lo sentía así. Se acercó poco a poco a él, le rodeó el cuello con los brazos y él respondió acariciándole la espalda. Y el enfado desapareció sin más.

Clavó la mirada en sus ojos y percibió una extraña penumbra arrastrándose en su interior, tratando de apagar la luz que Helena siempre veía en él. Pero antes de que pudiera ingeniarse una forma de preguntarle a qué se refería con «consecuencias», Lucas cambió de tema de conversación y se apartó de ella.

—Hoy he tenido una larga charla con Orión —anunció mientras abría la puerta del mirador que conducía hasta el primer piso de la casa. La mantuvo abierta para que Helena pasara antes que él y añadió—: Tenía la impresión de que no nos estabas contado todo lo que te sucedía en el Submundo. Me pidió ayuda. Le importas mucho.

—Ya lo sé —dijo Helena guiándole por las escaleras hasta entrar en su gélida habitación—. Pero está equivocado. No escondo nada a nadie. Asumí que nadie podría ayudarme allí abajo, así que pensé: ¿para qué ahondar en detalles? No tengo sueños, Lucas. ¿Cómo cree Orión que tú, o cualquier otro, puede solucionar eso?

Lucas se dejó caer sobre la cama de Helena, se quitó la chaqueta y se descalzó mientras daba vueltas a algo. Estaba tan cómodo en su habitación que, en cierto modo, sentía que pertenecía a ese lugar. El instinto de Helena gritaba que Lucas pertenecía a su cuarto, a pesar de que ambos sabían que no debería ser así.

—Descendí al Submundo la otra noche. En un principio mi intención era averiguar si podía ayudarte de algún modo; sin interferir, desde luego. Pero después, tras varias horas, me quedé simplemente para vigilarlos, a Orión y a ti. Por muchos motivos —admitió al fin, poniendo así todas las cartas sobre la mesa—. En fin, fui un chapuzas. Orión me reconoció y entendió cómo había conseguido bajar. Hoy se ha puesto en contacto conmigo para explicarme por qué te estabas muriendo y, entre los dos, nos hemos dado cuenta de que quizá tengo lo que necesitas para recuperarte. Así que, al fin y al cabo, supongo que sí he encontrado un modo para ayudarte.

Lucas balanceó las piernas y se acomodó entre los cojines y las

almohadas. Helena se quedó de piedra. Su mayor anhelo era pasar la noche a su lado, observando cada parte de su perfecto cuerpo, pero no podía dejar de lado lo que acababa de contarle.

—¿Descendiste al Submundo? ¿Cuándo? ¿Cómo? —preguntó tratando de no chillar.

—El sábado por la noche. Ares me vio escondiéndome en aquel campo de esqueletos y habló conmigo. Yo era el otro «diosecillo», ¿te acuerdas?

Entonces distraje a los monstruosa Cerbero cuando empezó a perseguiros.

—¿Eras tú el que canturreaba el estilo tirolés? —preguntó Helena, incrédula—. Espera, ¿Cerbero es hembra?

—Sí —confirmó—. Yo era el que cantaba en falsete y Cerbero es una loba.

Ahora ve a la ducha. Yo estaré aquí.

—Pero…

—Date prisa —apremió—. He tenido que esperar a que te alejaras de nuestra familia para traerte esto, pero no puedo soportar verte tan enferma y desmejorada.

Helena salió como una flecha hacia el cuarto de baño y a punto estuvo de lavarse a boca con jabón y cepillarse la cara con pasta de dientes. Le temblaba todo el cuerpo. Se desvistió, se duchó, se pasó el hilo dental y se desenredó el pelo en cuestión de segundos antes de ponerse un pijama limpio y volver pitando hacia su habitación.

Lucas seguía allí, tal y como había prometido, y las dudas de Helena se evaporaron. Aquella forzada separación había llegado a su fin y, con ella, también los gritos y las malas caras.

—Oh, qué bien. No estoy alucinando —dijo, medio en broma—. Ni soñando.

—Pero tienes que soñar —recalcó en voz baja desde la cama, contemplándola.

La muchacha negó con la cabeza.

—Esto es mejor —admitió—. Aunque pueda matarme, pasar la noche en vela para verte tumbado en mi cama supera cualquier sueño.

—No tendrías que decirme ese tipo de cosas —le recordó Lucas.

Cerró los ojos durante un segundo. Helena se mantuvo impasible en el

umbral de la puerta. Cuando Lucas abrió los ojos, sonrió con decisión y levantó la colcha, invitándola así a entrar. Ella corrió hacia la cama y se metió debajo de las sábanas. Estaba feliz. Le daba lo mismo si aquello estaba bien o mal. Se estaba muriendo, razonó, así que: ¿no debería al menos morir feliz? Apoyó la espalda sobre el colchón y extendió los brazos hacia él, pero Lucas le acarició el rostro con la palma de sus manos y le ayudó a incorporarse. El joven cernió sobre ella, por encima del cubrecama y después se sentó sobre sus piernas dejándola así inmovilizada.

—Esto es un óbolo —comentó mostrándole una pequeña moneda de oro —. Nosotros, los vástagos, los colocamos bajo las lenguas de los seres queridos que han fallecido antes de quemar sus cuerpos en la pira funeraria. El óbolo es el dinero que utilizaban los muertos para pagar a Caronte, el banquero de Hades, encargado de guiar a las sombras errantes de los difuntos, para cruzar el río Estigio y entrar en el Submundo. Pero este óbolo es especial, además de ser muy poco común. No se creó para ser entregado al banquero, sino a otro morador de las tierras penumbrosas.

Lucas alzó la moneda para que Helena pudiera observarla con claridad. En una cara distinguió estrellas y en la otra el dibujo de una flor.

—¿Es una amapola? —preguntó ella, esforzándose para recordar dónde había visto aquella diminuta moneda dorada. De repente, pensó en el titular de un periódico—. ¡Las robaste del Getty! ¡Lucas, asaltaste un museo!

—Por eso no quiero que mi familia se entere de que estoy aquí, probando esto. Pero tú sabes cuál es mi verdadera razón…, prima —musitó Lucas.

Sin que se lo esperara, el joven se inclinó hacia ella y le rozó la mejilla con los labios, pero sin besarla. Era como si intentara olfatearla. Sentir los labios cálidos y carnosos de Lucas tan cerca hizo que se estremeciera.

Helena sabía exactamente por qué tenía que ocultar aquel propósito a su familia. Robar un puñado de monedas de oro no era nada comparado con la inmortalidad de estar juntos, tumbados sobre su cama. En cierto modo, sabía que debería sentirse incómoda al estar acurrucada juntó a él, pero, por lo visto, no era capaz de convencer a su cuerpo de que Lucas formaba parte de su familia; su primo hermano. Matt era como su hermano. Orión era alguien nuevo y extraño, pero tan intenso que a veces resultaba peligroso. Pero con Lucas se sentía bien. Si los demás hombres eran casas, Lucas era su hogar.

Estaba confundida. Le empujó con suavidad para apartarle y obligarle a mirarla. Necesitaba respuestas, pero no podía pensar con lucidez con su rostro tan cerca de ella.

—Lucas, ¿por qué los robaste?

—Este óbolo no es para Caronte. Se forjó para Morfeo, el dios de los sueños. Te transportará hasta la tierra de los sueños cuando te duermas.

—El mundo de los sueños y el mundo de los muertos están al lado —dijo Helena tras entender la razón que le había empujado a cometer tal delito—. Robaste esas monedas para seguirme hasta allí abajo, ¿me equivoco?

Lucas asintió con la cabeza y acarició el rostro de Helena.

—Existe una antigua leyenda que cuenta que si regalas a Morfeo un óbolo de amapola es posible que te permita visitar el mundo de los sueños «sin despegarte de tu cuerpo». Imaginé que si le ofrecía un trato, me dejaría cruzar sus tierras para adentrarme en el Submundo. No sabía si funcionaría, pero ¿qué otra opción tenía? Cuando te vi el sábado por la noche en el pasillo…

—Saltaste por una ventana —recordó Helena.

Al darse cuenta de que ella había actuado exactamente igual con Ariadna, esbozó una sonrisa llena de comprensión.

—Para robar los óbolos —justificó con otra sonrisa—. Sabía que estabas enferma y, obviamente, alejarte de mi vida no había servido para nada. No podía quedarme de brazos cruzados y ver qué ocurría. Tenía que bajar al Submundo y averiguar qué estaba sucediendo, Orión me pilló siguiéndoos y descubrió, por sí solo, quién era. Y no tardó en deducir, aunque sin acertar del todo, cómo había logrado entrar en el Submundo.

—¿Sin acertar del todo? —preguntó Helena.

—Supuso que, al ser hijo de Apolo, tenía algo que ver con la música. No fue una mala hipótesis —admitió Lucas con cierta envidia.

—Tienes una voz preciosa, es cierto —opinó Helena. Quería que Lucas continuara hablado, solo para poder escuchar su voz y retenerle junto a ella todo el tiempo que le fuera posible—. Pero ¿por qué música?

—En un principio, Orión intuyó que imitaba a Orfeo. El dios persiguió el espíritu de su esposa fallecida al Submundo creyendo que, con sus cantos, la devolvería a la vida. Pero después relacionó los óbolos robados conmigo y

cambio Orfeo por Morfeo y adivinó cómo lo hice. Después me explicó por qué estabas enferma y me pidió que intentara esto —explicó Lucas. Al ver cómo hablaba Orión, Helena sospechó que se habían cruzado más que mensajes de móvil—. Es una tipo listo.

—¿Qué? ¿Os habéis hecho mejores amigos? —preguntó alzando las cejas.

Lucas tragó saliva, como si el comentario le hubiera dolido en el alma.

Inquieta, Helena alargó el brazo y le acarició la mejilla, tratando así de ahuyentar la tristeza que se había cernido sobre Lucas.

—Le respeto. A pesar de no obedecerme —dijo con una voz áspera y severa—. Es hora de irte a dormir.

—No estoy cansada —protestó enseguida.

—¡Estás agotada! Nada de discusiones —amonestó con seriedad, aunque su mirada juguetona le traicionaba—. Pídele a Morfeo que te devuelva tus sueños. Fue muy amable conmigo y no me cabe la menor duda de que, si está en sus manos, te ayudará.

—¿Te quedarás? —preguntó Helena mirándole con detenimiento—. Por favor, ¿te quedarás aquí conmigo?

—Todo el tiempo que pueda aguantar —prometió, tiritando de frío—. Nunca me resfrío, pero, ¡maldita sea!, esta habitación es un cubito de hielo.

—¿De veras? —dijo con sarcasmo y poniendo los ojos en blanco—. Acércate para darme calor.

Lucas soltó una carcajada y meneó la cabeza.

—No sé qué voy a hacer contigo.

Sin meterse debajo de las sábanas, dejó que Helena adoptara una postura más cómoda para dormir y se colocó a su lado. Cruzó los brazos de la chica sobre el pecho y le alisó el pelo. La miró con intensidad.

—Abre la boca —susurró.

Helena notaba que temblaba y observó una miríada de emociones en su rostro mientras colocaba la moneda de oro bajo su lengua. El óbolo seguía cálido por la temperatura de su cuerpo, aunque el sabor era un tanto salado. Pero el peso de la moneda en la boca resultaba reconfortante.

Lucas alargó el brazo y, con sumo cuidado, le cerró los párpados. Sin apartar la mano de sus ojos, Helena sintió los labios del joven rozándole la

mejilla y un suave murmuro:

—No dejes que Morfeo te seduzca…

Al abrir los ojos vislumbró un cielo abarrotado de estrellas titilantes y unos enormes pedazos de seda tintada a su alrededor. Estaba en el interior de una tienda de campaña sin techo que solo contaba con unas ondulantes paredes de sábanas escurridizas y oscuras que parecían respirar al ritmo de la brisa que soplaba. Entre las ringleras de telas se hallaban dos columnas dóricas talladas de un mármol color perla negra. Un sendero de lucecitas que se cernía en la atmósfera nocturna serpenteaba entre los distintos pasillos. Helena se aproximó a una de esas velas incandescentes y, al mirarla más de cerca, se percató de que parecían diminutas llamas que ardían dentro de una burbuja iridiscente.

La hierba que crecía bajo sus pies estaba cubierta de un manto de amapolas que se mecían al son del viento. A pesar de estar oscuro, podían notar el fresco rocío de las flores y distinguir el polen dorado que centelleaba en el interior de los capullos del mismo rojo que la sangre.

A una docena de pasos del lugar donde había apareció en aquel mundo nocturno, unas sábanas de seda y unas voluminosas almohadas de color gris marengo, azul de medianoche y lila oscuro se esparcían por encima de la cama más lujosa y gigantesca que Helena jamás había vito. Las estrellas titilaban en la bóveda celeste y, desde lejos, daba la impresión de que el montón de capas de seda también parpadeaba, como si fueran centelleantes mareas negras bajo la luz de la luna. Un par de brazos blancos como el marfil seguidos por el pecho desnudo de un hombre aparecieron de entre la hilera de telas oscuras. El desconocido extendió la mano para saludar a la recién llegada.

—He estado llamándote, Bella. Me alegra que al final hayas venido —dijo. La voz resultaba familiar—. Bella y Sueño. La Bella Durmiente. Fuimos hechos el uno para el otro, ya lo sabes. Todos los relatos así lo afirman.

Acompáñame y recuéstate conmigo en la cama.

Aquel tono juguetón era contagioso y, sin apenas darse cuenta, Helena se acomodó en el borde de la cama. Había algo en aquella voz que le parecía tan

tranquilizador y dulce que intuyó que era el alma más tierna y amable de este y de todos los universos.

Bajó la mirada y reconoció a Morfeo, el dios de los sueños, acomodado en el descomunal lecho. Tenía la tez más blanca que Helena había visto y lucía una cabellera brillante y ondulada de color negro azabache. Las articulaciones parecían estar talladas con delicadeza y, atados a la cintura, llevaba unos pantalones de pijama de seda de un color vino tan intenso que, al igual que todos los colores de aquel palacio durmiente, rozaba el negro, pero sin llegar a serlo.

Morfeo desvió la mirada hacia Helena y la joven quedó embobada al ver aquellos ojos azules tan peculiares. Fácilmente podían confundirse con dos gotas de mercurio líquido. El dios de los sueños se acurrucó en las oscuras, pero no negras, sábanas de seda. «Pues sobre las alas de esta aparecerás más blanco que la nieve recién caída sobre las plumas de un cuervo», pensó Helena al ver el contraste de su piel con la tonalidad de las sábanas. Se preguntó dónde había escuchado esos versos. Fuese quien fuese el autor, se dijo, seguramente habría pasado muchas noches en vela junto a Morfeo.

—Es tu voz la que he estado escuchando en mi cabeza, pequeño entrometido —se mofó Helena mientras sonreía a aquel hombre medio desnudo—. Pensé que me estaba volviendo loca.

—Así era, Bella. Por eso podías escucharme con tal claridad. Te llamé una y mil veces, pero me ignorabas, así que al fin desaparecí. Ahora, acércate y acomódate —dijo con aire seductor mientras le ofrecía una de sus manos, blancas como la leche—. Hace tanto tiempo que no te tengo entre mis brazos.

Helena no se lo pensó dos veces. Aunque era la primera vez que se encontraba con aquel dios, sentía que lo conocía desde siempre. Después de todo, había pasado cada noche de su vida entre sus brazos. Morfeo lo sabía todo sobre Helena. La joven no habría podido ocultarle ningún secreto, por muy perverso que fuera, pero aun así seguía queriéndola o eso parecía. En la mirada de Morfeo se reflejaban las miles de estrellas que adornaban el cielo; por el modo en que observaba cada uno de sus movimientos, Helena sabía que la adoraba.

Sonrió aliviada y deslizó la mano sobre la palma de Morfeo. Dejó caer la cabeza sobre el suave y terso pecho del dios y soltó un suspiro. Notó una

oleada de serenidad que le recorrió todo su exhausto cuerpo y por fin los músculos de las piernas se relajaron. Por primera vez en varios meses, Helena descansó como es debido. Unos pocos segundos entre los brazos del dios le sirvieron para recuperarse del agotamiento que había sufrido durante las últimas semanas.

Ella percibió un sonido en el pecho de Morfeo, una especie de zumbido profundo que denotaba placer, y el dios comenzó a acariciarle el rostro.

Con sumo cuidado, le separó los labios y deslizó dos dedos bajo su lengua para coger su moneda.

—Pero no tenías que pagarme para venir a visitarme. Durante todas las horas que pasas con los ojos cerrados, antes o después de descender al Submundo, eres libre de soñar. Podrías haberte dejado arrastrar por cualquiera de las demás mentes durmientes siempre que así lo hubieras querido —dijo señalando a las brisas juguetonas que zarandeaban constantemente la tienda de campaña y que enredaban la larga y espesa cabellera del dios—. Aunque debo de admitir una cosa: prefiero que hayas venido también en cuerpo, no solo en alma.

—Pero no puedo venir a verte —protestó Helena, un tanto confundida—. Incluso cuando no desciendo al Submundo, no soy capaz de soñar.

—Porque tienes miedo de lo que encontrarás en tus sueños, no porque exista una fuerza externa que te lo impida. Te sientes tan culpable por lo que deseas que ni siquiera te atreves a enfrentarte a ese sentimiento mientras duermes.

Morfeo cogió a Helena en volandas y la colocó sobre su regazo para, de este modo, tenerla frente a frente. Deslizó los dedos entre los mechones rubios de Helena y le alborotó el pelo, creando así una cortina dorada que los rodeaba.

—¿Puedo soñar siempre que me plazca? —preguntó Helena, pese a conocer la respuesta. En cuanto se enteró de que Lucas era su primo, decidió dejar de soñar. Pero hasta entonces jamás lo había querido admitir.

—Mi Bella preocupada. Detesto ver sufrir a la gente, a ti más que a nadie.

Quédate aquí, conmigo. Conviértete en mi reina y yo haré realidad todos tus sueños.

De pronto, el rostro de Morfeo empezó a desfigurarse y el cuerpo que

Helena tenía debajo se transformó hasta cobrar una forma mucho más familiar. La joven dejó escapar un grito sofocado y se apartó de él. Quien la sostenía entre sus brazos era nada más y nada menos que Lucas.

—Puedo convertirme en él tantas veces como quieras. Y no tienes por qué sentirte culpable, en realidad, no soy él —aclaró. Helena notó que Lucas tiraba de ella y no opuso resistencia. Todo era un sueño, ¿verdad? Acarició el pecho de Lucas y permitió que le rozara los labios mientras susurraba—: O, si lo prefieres, puedo transformarme en otra persona. De hecho, en la otra persona que tanto deseas. Quizás incluso más… Helena sintió los labios de Morfeo besando los suyos y percibió cierto cambio en los hombros desnudos de Lucas. Abrió los ojos y se percató de que estaba besando a Orión. Se soltó de él y, con cierta ansiedad, se preguntó a qué se refería al decir que deseaba a Orión incluso más. El dios conocía sus sueños más profundos, así que ¿por qué había convertido a Lucas en Orión?

Orión la empujó para que Helena se quedara boca arriba y, al verle saltar con una sonrisa traviesa, no pudo contener la risa. Era un chico la mar de divertido; estar con él era tan sencillo, sin complicaciones. Con Lucas podía ser ella misma, pero con Orión podía actuar como le apeteciera en cualquier momento. Aquel cúmulo de pensamientos le resultaba embriagador.

Orión deslizó las manos de Helena sobre su cabeza para dejarla inmovilizada. El mareo se desvaneció tan rápido como había aparecido.

Orión adoptó un ademán serio.

De repente, comprendió la última advertencia de Lucas. Si se dejaba seducir por Morfeo, jamás podría abandonar aquella cama. Aunque era lo último que le apetecía en ese instante, meneó la cabeza para evitar que Orión volviera a besarla. Morfeo recuperó su forma original y se quedó apoyado sobre los codos con una expresión adolescente.

—Eres como una adicción —dijo Helena, algo triste.

Se permitió el lujo de plantearse la opción de quedarse a vivir para siempre en aquel palacio de ensueño con Morfeo. Le peinó la espesa y negra cabellera con los dedos, destruyendo así la cortina oscura que les tapaba del resto del mundo, el gesto opuesto a lo que Morfeo había hecho con su cabello dorado hacía unos segundos.

—Pero no puedo quedarme aquí —continuó apartándole e

incorporándose de la cama—. Tengo que resolver varios asuntos en mi mundo.

—Asuntos peligrosos —refutó con preocupación genuina—. Ares ha estado rastreando las tierras sombrías para encontrarte.

—¿Sabes por qué me está buscando?

—Tú sabes por qué —se rio Morfeo—. Está vigilando tu progreso. Lo que hagas aquí, en el Submundo, cambiará muchas vidas, incluidas las de un buen puñado de inmortales. Para mejor o para peor, eso nadie lo puede saber.

—¿Cómo ha conseguido Ares bajar hasta aquí, Morfeo? ¿Hades le está ayudando a romper la Tregua?

Helena tenía la impresión de que Morfeo sería sincero y honesto con ella.

—El Submundo, el sequeral y las tierras de sombras no forman parte de la Tregua. Los Doce Olímpicos no pueden acceder a la Tierra, esa fue la única regla que juraron cumplir. Muchos dioses de menor categoría merodean por el planeta a voluntad y todos entran y salen de Olimpo y… otros lugares —explicó Morfeo. El dios frunció el ceño al recordar algo y después empezó a hacer cosquillas a Helena para poder sostenerla una vez más entre sus brazos—. Quédate conmigo. Aquí, entre las murallas de mi reino, estarás a salvo. Pero no puedo asegurarte lo mismo fuera de aquí. Veo todos los sueños, incluso los de otros dioses y puedo decirte que Ares es más que un animal. Su único objetivo es dejar el mayor rastro de sufrimiento y destrucción a su paso. Y ahora ansía hacerte daño.

—Es asqueroso, estoy completamente de acuerdo. Pero, aun así, no puedo quedarme aquí y esconderme en tu cama —protestó Helena, a sabiendas de que más tarde se arrepentiría de su decisión—. Por muy peligroso que sea, tengo que volver.

—Bella Valiente —apremió el dios de los sueños con una sonrisa de admiración—. Ahora te quiero todavía más.

—¿Me ayudarás, Morfeo? —suplicó Helena acariciándole el pelo—. Necesito regresar al Submundo. Demasiadas personas han sufrido durante mucho tiempo.

—Ya lo sé —dijo él, apartando la mirada mientras consideraba la petición de Helena—. No soy la persona adecuada para valorar si tu cometido es bueno o malo; lo único que puedo decirte es que admiro tu coraje al aceptar

el resto. Odio perderte, pero me encantan las razones por las que decides abandonarme.

Aun a sabiendas de que estaba tentando demasiado a la suerte, Helena decidió arriesgarse y pedir un segundo favor.

—¿Sabes a qué río se refería Perséfone? ¿Por el que mana el agua que necesito para liberar a las furias? —preguntó.

Morfeo ladeó la cabeza, como si tratara de recordar algo olvidado.

—Algo me dice que antes lo sabía —confesó un tanto desconcertado y con la frente arrugada—. Pero no lo recuerdo. Lo siento, Bella, pero no puedo facilitarte esa información. Tendrás que descubrirlo por ti misma.

Morfeo le besó la punta de la nariz y salió de la cama. Se dio la media vuelta y, como si fuera liviana como una pluma, la alzó de las sábanas de seda para colocarla sobre la hierba del jardín. La miraba con cierto arrepentimiento. Cogidos de la mano, Morfeo y Helena caminaron a ritmo pausado por el palacio del dios.

Cruzaron infinidad de maravillosos salones repletos de imágenes de ensueño, casi de ciencia-ficción. Helena vio de refilón unas cascadas por donde manaba agua a raudales, cada chorro de una tonalidad distinta.

Después distinguió una serie de dragones armados que parecían proteger un tesoro oculto y despedían enormes llamaradas por las aletas de la nariz. Instantes más tarde reparó en la presencia de una especie de hadas que le mostraban el camino con unas lucecitas incandescentes. Pero el aposento más espectacular consistía en una gigantesca caverna repleta con pilas y pilas de monedas doradas.

Sobre cada montón se cernía un gran cilindro que se mantenía ingrávido en el cielo nocturno. Aquellos cilindros estaban fabricados con ladrillo, piedra u hormigón. A primera vista, algunos parecían ser antiquísimos y estaban recubiertos de una capa de moho, y muchos otros tenían un aspecto más moderno, como si los hubieran construido recientemente. Un par de ellos tenían cubos colgados a través de unas cuerdas que pendían desde la parte inferior, lo cual resultaba un tanto *kitsch* para Helena.

—¿Qué es este lugar? —preguntó, asombrada.

Aquella habitación era infinita, pues las paredes se perdían en la oscuridad de la distancia.

—¿Alguna vez has lanzado una moneda a un pozo y has pedido un deseo? —preguntó Morfeo—. Las fuentes y los pozos de los deseos, tanto del pasado como del presente, acaba aquí, en el mundo de los sueños. En realidad, es un malentendido. No puedo hacer realidad los sueños, por mucho dinero que me regale la gente. Lo único que puedo hacer es ofrecerles visiones muy vívidas de sus deseos más profundos durante el sueño. Créeme, me esfuerzo por hacerlas lo más reales posible.

—Muy considerado por tu parte.

—Bueno, no me gusta aceptar el dinero de la gente sin darles algo a cambio —contestó con una sonrisa astuta—. Y todo esto podría ser tuyo, ¿lo sabes?

—¿De veras? —dijo Helena alzando las cejas—. La calidez de tu lecho era más tentadora que todas las monedas de oro del mundo.

Como hecho a propósito, Helena escuchó un sonido metálico y reconoció un resplandor a lo lejos, justo cuando una de las altísimas pilas se doblaba para dar la bienvenida a otro deseo brillante.

—Me siento halagado.

Morfeo la guio a través de la sala de los pozos de los deseos hasta salir del palacio. Resguardada bajo una marquesina, Helena echó un vistazo a los jardines del palacio y un maravilloso árbol que yacía solo en mitad de una vasta planicie captó su atención.

—Detrás de ese árbol se encuentra la tierra de los muertos. Quédate debajo de las ramas y prométele a Hades que no intentarás capturar a su reina. Si lo dices de corazón, no entorpecerá ninguno de tus descensos al Submundo.

—¿Cómo sabrá si lo digo de corazón? —dudó Helena, sorprendida—. ¿Hades es un cazador de engaños?

—Sí, en cierto modo. Es capaz de ver el corazón de la gente, un talento especial para aquel que debe gobernar el Submundo. El encargado de reinar en el Infierno ha de ser capaz de juzgar las almas de los muertos y decidir cuáles deben ser enviadas —respondió Morfeo con una sonrisa quijotesca.

—¿Qué? —preguntó Helena un tanto perpleja por la expresión extravagante del dios.

Pero Morfeo tan solo sacudió la cabeza como respuesta. Caminó junto a

ella por los jardines hasta alcanzar las ramas arqueadas del gigantesco árbol y se volvió hacia ella.

—Cuando estés justo debajo del árbol, hagas lo que hagas, no mires las ramas —advirtió en tono serio y solemne.

—¿Por qué no? —quiso saber Helena, que temía la respuesta—. ¿Qué contienen?

—Pesadillas. No les hagas ni caso y no podrán hacerte daño —comentó mientras le soltaba la mano con dulzura—. Ahora, debo dejarte.

—¿De veras? —farfulló mientras echaba un temeroso vistazo hacia el árbol de las pesadillas. Morfeo asintió con la cabeza y empezó a retirarse—. Pero, ¿cómo llego a casa? —preguntó antes de que Morfeo se alejara demasiado.

—Lo único que tienes que hacer es despertarte. Y Helena —llamó, casi como si estuviera lanzando otra advertencia—, en los próximos días recuerda que los sueños se hacen realidad, pero no de un día para otro.

Morfeo desapareció entre las estrellas y las lucecitas titilantes esparcidas por el césped. Sin él a su lado, Helena se sintió muy sola. Se colocó frente al árbol de las pesadillas y apretó los puños para armarse de valor, a sabiendas de que, cuanto antes acabara con aquello, mejor. Sin apartar la mirada del suelo, avanzó a zancadas bajo la cúpula de ramas.

De inmediato, notó que una masa de «cosas» se movía sobre su cabeza. Oía extraños chillidos y los rasguños de zarpas arañando la corteza de las misteriosas criaturas que correteaban entre las ramas. La copa del árbol susurró, se sacudió y, de repente, crujió de un modo inquietante cuando las pesadillas empezaron a brincar sobre las ramas con creciente frenesí para llamar su atención.

Ella tuvo que alzarse para no alzar la mirada. Hubo un momento en que incluso percibió que una de las criaturas se agachaba hasta ponerse justo delante de ella. Notaba una presencia amenazante y peligrosamente cerca, vigilando cada uno de sus movimientos. Se repitió varias veces que no debía observar las ramas y, del terror de aquellos aullidos, tuvo que apretar los dientes para evitar que le castañearan. Respirando hondo, avistó el Submundo.

—¡Hades! Te prometo que no intentaré liberar a Perséfone —gritó Helena

hacia el paisaje inhóspito y estéril.

Aunque la idea de abandonar a alguien le desagradaba, sabía qué tenía que hacer. Perséfone era una princesa que tenía que idear un plan si quería escapar del torreón del castillo donde el dios la mantenía prisionera, pues ningún caballero de armadura plateada vendría jamás a rescatarla.

Sin embargo, eso no quería decir que Helena se conformara.

—Pero te sugiero que actúes como es debido y permitas que se marche —añadió.

Las pesadillas enmudecieron al instante. Helena oyó unos pasos pesados, indicándole así que alguien se acercaba, pero la joven siguió con la mirada clavada en el suelo polvoriento del Submundo, por si acaso se trataba de un truco.

—¿Qué sabrás tú sobre lo que es correcto y lo que no? —preguntó con un tono de voz sorprendentemente amable.

Tras convencerse de que las pesadillas se habían disipado, Helena se atrevió a elevar la mirada. Ante ella se alzaba una figura altísima y robusta. Las sombras pegajosas que danzaban a su alrededor parecían manos codiciosas. No era la primera vez que contemplaba aquella oscuridad. Se trataba del paño mortuorio que creaban todos los maestros de sombras. Aquella cortina se dispersó y Helena vio a Hades, el señor de los muertos.

Iba ataviado con una sencilla toga negra. Un hábito ensombrecía su mirada y, justo debajo, las mejillas de su brillante casco negro cubrían todo su rostro, excepto la punta de la nariz y la boca. Helena recordó una clase de Cultura Clásica. El profesor explicó que el casco que llevaba Hades se denominaba el Casco de la Invisibilidad, pues volvía incorpóreo a todo aquel que lo llevaba.

Tras un fugaz vistazo, Helena recorrió el cuerpo del guardián del Infierno con la mirada. Hades era corpulento y musculoso, pero se movía con agilidad y cierta elegancia. Llevaba la toga atada de modo elegante sobre un brazo desnudo y tenía los labios carnosos, rojizos y, a decir verdad, irresistibles. Aunque la mayor parte del rostro estaba oculto, el resto parecía sano y juvenil, además de increíblemente sensual. Helena no podía dejar de mirarle.

—¿Qué sabe alguien tan joven sobre la justicia? —insistió.

Helena seguía embobada mirándole de arriba abajo.

—No mucho, supongo —respondió al fin con voz temblorosa mientras trataba de procesar la imagen del misterioso dios que tenía delante—. Pero, aun así, estoy segura de que mantener encerrada a una mujer no puede ser algo bueno. Sobre todo en la época en que vivimos.

El dios escupió lo que pretendía ser una carcajada y Helena se relajó. Aquel gesto le hacía un tanto más accesible y humano.

—No soy el monstruo que crees, sobrina —dijo con tono honesto—. Me comprometí a honrar mi juramento y convertirme en el señor de los muertos, pero este lugar va en contra de la naturaleza de mi esposa. No puede sobrevivir más que un puñado de meses aquí.

Helena sabía que estaba diciendo la verdad. Su puesto como señor de los muertos no le había sido otorgado por decisión propia, sino por casualidad. Hades había sacado la hebra más corta y, mientras sus hermanos reclamaban el océano y el cielo como sus reinos, había sido condenado a gobernar el Submundo. El único lugar donde el amor de su vida no podría sobrevivir eternamente. Era una ironía terrible, trágica, pero, aun así, fue él quien decidió de forma libre encarcelar a Perséfone.

—Entonces, si sabes que vivir aquí le provoca un dolor insufrible, ¿por qué la obligas a quedarse?

—Todos necesitamos una pizca de alegría en nuestra vida, una razón para seguir adelante. Perséfone es mi única dicha, y cuando estamos juntos me entrego a ella. Eres joven, pero creo que conoces la sensación de estar separada de la persona a la que amas por las obligaciones que debes atender.

—Lo lamento mucho por los dos —dijo Helena con tono triste—, pero sigo pensando que deberías dejar que se fuera. Entrégale la dignidad de escoger por sí misma y que decida que prefiere quedarse aquí, junto a ti, o marcharse.

Lo gracioso era que Helena podía notar cómo Hades se había dado cuenta de las emociones contradictorias que sentía mientras hablaba. Era consciente de que el dios podía leer el corazón, aunque no sabía si, el día de su muerte. Hades estaría dispuesto a juzgar sus sentimientos.

—Puedes descender cuando te plazca, sobrina —anunció con amabilidad —. Pero te sugiero que le preguntes a tu oráculo qué opina al respecto.

Helena notó que una mano de dimensiones descomunales la recogía del

suelo y la posaba con dulzura sobre su cama. Instantes más tarde se despertó en su habitación, a temperatura bajo cero y cubierta por un manto de diminutos cristales de hielo. Sin embargo, por primera vez en muchísimo tiempo, se despertó descansada. El espacio de la cama junto al suyo estaba vacío.

Lucas se había ido, pero en cierto modo ella se sintió aliviada. Levantarse junto a él habría sido doloroso para ambos, sobre todo después del episodio con Morfeo.

Al recordar aquello, un sentimiento de culpabilidad invadió a Helena. Por mucho que se esforzara de que sentirse responsable no tenía sentido alguno, no pudo evitarlo. No estaba engañando a Lucas con Orión, pues, para empezar, ni siquiera estaban juntos. Daba igual quién fuera una casa, un hogar o un motel de mala muerte. Lucas y ella jamás podrían estar juntos. Y punto.

Tenía que aprender a ser fuerte. Algunas personas no estaban destinadas a ser felices y comer perdices para siempre, por mucho que se amaran.

Hades y Perséfone eran el ejemplo perfecto. Hades le había explicado que Perséfone era su alegría, y viceversa, pero ninguno era plenamente feliz. Su amor los mantenía encerrados en una cárcel en que ninguno de los dos estaba vivo. Aquello no podía llamarse felicidad. La alegría era justo lo contrario a una prisión. La dicha del amor abría el corazón; no lo encerraba. La felicidad era libertad, sin tristeza, ni amargura, ni odio… De repente a Helena se le ocurrió una idea brillante.

Deslizó las sábanas rígidas que la tapaban, corrió con torpeza al armario y cogió el teléfono móvil.

«Creo que ya sé qué necesitan las furias. Alegría. Tenemos que buscar el río de la alegría. Reúnete conmigo esta noche», le escribió a Orión.

Dafne sirvió una copa de vino y trató de no olvidar que debía apoyarse sobre ambos pies, como la mujer fuerte y robusta que en ese instante aparentaba ser, en vez de sostenerse sobre un pie y con la cadera ladeada, como solía hacer cuando fingía ser una desconocida. El peso de aquel cuerpo fornido empezaba a cansarle y sentía unas punzadas en el lumbago. Superaba

el metro ochenta de altura y pesaba alrededor de noventa kilos; reajustar su conciencia interna para soportar aquella cantidad de músculo y hueso era más que complicado.

Intentó no bostezar. Los cónclaves jamás eran divertidos, pero asistir a esas reuniones disfrazada de la guardaespaldas de Mildred Delos, que parecía un matón de discoteca en vez de una mujer, era agotador. Y no solo por el peso de más, sino porque Mildred Delos era una maldita zorra.

Reaccionaba de forma desproporcionada a todo, como un perro ansioso que ladra y gruñe constantemente porque sabe que está rodeado de animales más fuertes que estarían encantados de zampárselo para desayunar.

—¡Escila! ¿Has abierto el Pinot gris? —espetó Mildred irritada y molesta —. Te dije «grigio», no «gris». Pinot grigio. Es una uva completamente distinta.

—Culpa mía —susurró Dafne, vestida de Escila, con voz calma. Conocía la diferencia entre los dos vinos y, a decir verdad, lo había hecho a propósito. No podía resistirse a provocar a Mildred—. ¿Desea que abra el grigio?

—No, así está bien —replicó Mildred de forma distraída—. Vete a algún lado, no soporto ver cómo revoloteas a mi alrededor todo el tiempo.

Dafne se retiró y se quedó apoyada en la pared. Mildred podía refunfuñar a su antojo, pero no podía engañar a nadie. Ahora que Creonte estaba muerto, su existencia era inútil. No tenía un hijo vástago que le permitiera opinar entre los Cien Primos y, a menos que engendrara otro hijo de Tántalo, perdería todos sus poderes y su existencia se reduciría a un pie de página poco memorable en la extensa historia de la casta de Tebas.

Mildred era una mujer ambiciosa. Dafne confiaba en que intentaría quedarse embarazada pronto. Y eso exigía la presencia de su marido.

Si se le volvía a presentar la oportunidad de toparse con Tántalo otra vez, Dafne no la desaprovecharía. Desde luego, haberse infiltrado en el Cónclave disfrazada de guardaespaldas de Mildred había sido como matar dos pájaros de un tiro. Dafne tenía que estar presente por si encontraba un modo de ayudar a Cástor y Palas en su empeño para alejar a Automedonte de su hija.

Cástor y Palas no sabían que estaba allí, por supuesto, y mucho menos podían imaginarse que Héctor se hospedaba varias noches por semana en uno de los refugios de Dafne situado en los bajos fondos de un barrio de

Manhattan. Tras más de una década libre del tormento de las furias y gracias a la increíble capacidad de desfigurar su rostro para asemejarse a cualquier otra mujer, Dafne siempre se las había ingeniado para hacer tambalear las demás castas desde dentro y conseguir así sus objetivos.

Cuando Cástor y Palas lograran eliminar la amenaza de Automedonte, Dafne por fin podría matar a Tántalo.

De repente, sonó el teléfono móvil de Mildred. Echó un rápido vistazo a la pantalla y respondió la llamada a toda prisa.

—Tántalo. ¿Has recibido mis informes? —preguntó con un tono más alto de la habitual.

Mildred había estado redactando y enviando informes sobre las reuniones diarias a Tántalo y, a pesar de que las llamadas telefónicas estaban estrictamente prohibidas, su marido contactaba cada noche con ella para darle instrucciones precisas. Dafne no había perdido detalle de aquellas charlas nocturnas porque Tántalo tenía que alzar la voz para que su esposa mortal pudiera escucharle con claridad al otro lado del teléfono. Y era lo bastante alto como para que cualquier vástago «oyera por casualidad» la conversación, aunque estuviera en la otra punta de la habitación. Hasta el momento, Tántalo no había dado ninguna pista del lugar donde se escondía. Mildred tampoco se lo había preguntado. Por lo visto, no querían confiar esa información a nadie, ni siquiera a la guardaespaldas de ella.

—Sí —respondió con frialdad.

Dafne se imaginó a sí misma digitalizándose para poder inmiscuirse en el aparato móvil de Mildred y así teletransportarse al escondrijo de Tántalo.

—Todavía me consideran un paria. Se suponía que tenías que encargarte de solucionar eso.

—¿Cómo? Los Cien Primos no están dispuestos a prestarme atención.

Ahora, todos escuchan a Cástor, y desde que averiguó que eras un paria lo ha estado predicando a los cuatro vientos. Has perdido muchos apoyos —respondió con tono reprobatorio—. Y sobre eso no puedo hacer nada, las cosas como son.

—Otra vez lo mismo no, por favor —suspiró—. Nuestro hijo falleció hace menos de un mes y tú ya estás buscando el modo de sustituirle.

Después se produjo un larguísimo e incómodo silencio.

—Automedonte apenas contesta mis llamadas —dijo Tántalo lacónicamente, rompiendo así el silencio—. Y cuando logro contactar con él, siempre me pone una excusa barata.

—No —susurró Mildred, casi levantándose de la silla—. ¿Qué significa eso?

Dafne tuvo que esforzarse sobremanera para mantener el rostro impasible.

Los esbirros eran soldados consumados que jamás, bajo ningún concepto, ignoraban a sus superiores.

—No estoy seguro —respondió Tántalo—. Puede que nada. A lo mejor está prestando sus servicios a otra persona. Existe la posibilidad de que ya hubiera dado su palabra a alguien más cuando lo contraté. De cualquier modo, creo que no está bajo mi control, así que no puedo impedirle que mate a Helena, si eso es lo que su superior desea. No podemos permitir que eso ocurra, o soy hombre muerto. Dafne se ha comprometido a…

—¿Siempre tienes que hablar de ella? —espetó Mildred de forma desdeñosa y despectiva—. ¿Lo haces solo para pronunciar su nombre?

—Mantén los ojos bien abiertos, esposa —advirtió Tántalo con aire adusto—, o no viviré lo suficiente para darte el hijo vástago que necesitas para recuperar tu trono.

Capítulo 12

El día de Halloween amaneció nublado y lúgubre, tal y como debía ser. Los amenazadores nubarrones de tormenta emitían un resplandor gris perla más que idóneo para aquella ocasión y los colores de otoño parecían pinceladas de óleo sobre un lienzo. No hacía un frío intolerable, pero el ambiente era lo bastante fresco como para tomarse un buen tazón de sopa para almorzar y golosinas para cenar.

Helena envió al equipo de gurús griegos un larguísimo mensaje de texto, para ponerles al corriente sobre sus últimos hallazgos. Les contó que Hades había accedido a dejarla entrar al Submundo y que estaba fuera de peligro. No mencionó el óbolo de Lucas y no quiso facilitarles ningún detalle sobre su íntimo encuentro con Morfeo. Prefería que fuera Lucas quien decidiera qué contar a la familia.

Recibió varios mensajes suplicándole que les explicara cómo se las había arreglado para descender tras ser desterrada del Infierno, pero ella los ignoró por completo y planteó una pregunta. Quería saber de dónde venía el talento de los maestros de sombras.

«Se desarrolló en la época medieval y, desde entonces, la casta de Tebas goza de ese don», contestó Cassandra.

Helena hizo sus cálculos y adivinó que el talento tenía solamente unos mil años de antigüedad. Un milenio era mucho tiempo, pero no para vástagos cuyos ancestros se remontaban a una época cuatro veces más antigua.

«Vale. Pero ¿de dónde viene?», insistió la joven.

Nadie tenía una respuesta para eso.

Se vistió y se preparó para el instituto, no sin antes pasar por la cocina para prepararle el desayuno a su padre, la bruja piruja. Tras pasar el día

anterior ataviado con aquel vestido, Jerry enseguida aprendió que lo único vergonzoso del disfraz era su falta de elaboración. Después de escuchar múltiples sugerencias de los clientes para mejorar su espíritu festivo, decidió saquear todas las tiendas. Se compró un corsé, un pintalabios azul, pendientes y unas botas de punta.

—Papá. Creo que deberíamos tener una pequeña charla sobre tu travestismo —dijo con tono de burla mientras se servía una taza de café—. No porque los demás niños lo hagan…

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo sonriendo a las lonchas de panceta—. No entiendo por qué el señor Tanis, el de la ferretería, tiene más éxito que yo.

Este año se ha disfrazado de pirata; ¡tendrías que ver la peluca! ¡Se ha debido de gastar una fortuna! Por no hablar del cine que hay a la vuelta de la esquina. Están vendiendo treinta bolsas de palomitas dulces al precio de una para la sesión nocturna. Obviamente, las palomitas de Kate son mucho mejores, pero tenemos que cobrar.

Helena se zampó sus tortitas de calabaza, la última tanda de ese año, y tomó un sorbo de café mientras escuchaba las quejas de su padre, aunque, a decir verdad, sabía que Jerry estaba pasándoselo de lo lindo. Se sentía bastante bien: no le dolía la cabeza, no le escocían los ojos y, por primera vez en semanas, no tenía el cuerpo dolorido. Aunque no podía decir que estaba feliz, sí le embargaba una sensación de paz.

Aquel bienestar estaba en parte relacionado con el convencimiento de que había otra presencia en la cocina. Aquel fantasma ya no le asustaba ni inquietaba. De hecho, la tranquilizaba. Había olvidado preguntar a Morfeo si él era «el sol invisible» que últimamente percibía a su alrededor, pero la última vez que advirtió esa calidez también escuchó su voz, de modo que ¿quién más podía ser?

—¿Helena? —llamó Jerry mirándola con expectación.

—¿Sí, papá?

Había vuelto a quedarse ensimismada.

—¿Puedes venir a trabajar a la cafetería después de clase? —preguntó por segunda vez—. Si no puedes, no te preocupes. Pero Luis se muere por llevar a Juan y a la pequeña Mariví a recorrer el barrio para pedir dulces. Para su hija sería la primera vez…

—¡Claro! ¡Ningún problema! —contestó Helena con aire de culpabilidad —. Dile de mi parte que se lo pase bien con los niños. Yo le cubro.

Había estado fantaseado con Morfeo. ¿O soñaba con él disfrazado de Lucas… o como Orión? De pronto se le sonrojaron las mejillas y, con brusquedad, se levantó de la mesa y empezó a recoger todas sus cosas para ir a clase.

—¿Estás segura de que te encuentras mejor? —preguntó Jerry dubitativo mientras la observaba meter varios libros en la mochila tras comprobar si tenía algún aviso en el móvil. Claire le había enviado un mensaje.

—Sí, estoy bien —contestó Helena de forma distraída, leyendo el mensaje de su amiga. Claire no pasaría a recogerla porque la habían convencido para ir pronto a la escuela y decorar el edificio con motivos de Halloween—. Maldita sea. Tendré que ir en mi estúpida bicicleta —protestó mientras se dirigía hacia la puerta trasera.

—¿Seguro que puedes…?

—¡Sí! Allí estaré —cortó.

De mala gana, sacó su vieja bicicleta del garaje y se percató de que durante el último mes el óxido se había extendido más de lo científicamente posible.

—Que tengas un buen día —dijo su padre.

Helena puso los ojos en blanco, pensando «sí, claro», y empezó a pedalear.

Cuando apenas le faltaba una manzana para llegar al instituto, un temerario conductor pasó a toda velocidad junto a ella y casi la atropella.

Tuvo que torcer de golpe, pedalear sobre la acera sin pavimentar y toparse con el charco famoso más enorme de Nantucket para esquivar el coche.

Los pantalones le quedaron empapados de agua grasienta hasta la cadera.

Helena frenó de golpe, atónica ante aquella catástrofe. No lograba explicarse cómo tal cantidad de mugre helada había salido de un solo charco.

Miró de nuevo el cenagal y advirtió un animal muerto flotando sobre el barro. Se olfateó la ropa y, como era de esperar, olía a ardilla podrida.

—Increíble —masculló Helena para sí.

No era una persona patosa, al menos no después de una noche de sueño

reparador, y no podía creer lo que le acababa de suceder.

Comprobó la hora en su teléfono y se dio cuenta de que no tenía tiempo de volver a casa a cambiarse de ropa. Si lo hacía, recibiría un castigo de Hergie por llegar tarde, y ya se había comprometido a trabajar el turno de Luis justo después de clase. Decidió que pasar un día oliendo a ardilla muerta era mejor que arrepentirse el resto de su vida por haber arrebatado a dos niños inocentes la ilusión de estar con su padre el día de Halloween.

Además, adoraba a los hijos de Luis. Eran tan diminutos…, y Juan tenía una voz ronca que le encantaba.

Maldiciendo su pésima suerte, se volvió a montar sobre la bici, solo para descubrir que no podía pedalear. Se le habían pinchado la rueda delantera, así que balanceó la pierna para bajar de la bici y oyó que algo se rasgaba.

De algún modo, el dobladillo de sus vaqueros se había quedado atascado en la cadena, y a punto estuvo de rasgar toda la pierna del pantalón.

Mientras intentaba colocarse del modo apropiado para que el roto no se hiciera mayor, se resbaló con unas piedrecitas y se cayó de culo sobre el charco fangoso, maloliente y con un roedor muerto, con la bicicleta aún enganchada al bajo del pantalón. Acto seguido, antes de que pudiera ponerse de pie, la bici se desplomó sobre ella y, el chocar con el robusto y fuerte cuerpo de Helena, el armazón quedó retorcido y curvado.

—¿Qué demonios pasa? —gritó Helena.

Oyó una risita ahogada y, al mirar hacia el otro extremo de la calle, distinguió a una mujer alta y esbelta que le sonreía.

De inmediato supo que había algo que no acababa de encajar en aquella mujer. Tenía los pómulos arqueados y muy marcados, y lucía una cabellera rubio platino que le llegaba hasta las rodillas. En un principio, Helena asumió que se trataba de una estrella de cine o artista famosa, porque con aquellos rasgos y aquel pelo debía de ser una mujer preciosa.

Pero la sonrisa sarcástica y la mirada apagada la convertían en un ser horrendo. Por muy hermoso que fuera su cuerpo, su espíritu contaminado hacía de ella una mujer espantosa.

—¿Qué eres? —chilló.

Helena tenía la piel de gallina, pero no por el frío, sino por el extraño encuentro.

La macabra mujer sacudió la cabeza, meneándola hacia la derecha y la izquierda, como una cobra que apunta directamente, como una cobra que apunta directamente a un ratón desventurado. Entonces rompió el contacto visual y se marchó brincando. Helena la miraba estupefacta mientras se preguntaba quién era.

Con mucho cuidado, por si caía en una trampa para osos, Helena se levantó del asqueroso charco de fango y se sentó al lado de su bicicleta destrozada. Sabía que la mujer que acababa de vislumbrar no llevaba ningún disfraz y que aquella serie de pequeñas catástrofes más propias de las leyes de Murphy no formaban parte de una coincidencia. Algo muy raro acababa de ocurrir, pero no tenía la menor idea de qué.

Levantó la bicicleta del suelo, o lo que quedada de ella, la cargó sobre el hombro y caminó hasta el instituto. Arrojó la bicicleta en algún lugar de las inmediaciones de la pista de atletismo y se dirigió hacia tutoría sin pasar antes por el baño, con la ropa manchada de barro y rota.

Había varios estudiantes disfrazados y más de uno llevaba ropa hecha jirones y maquillaje que imitaba la mugre. Aun así, resultaba evidente que Helena estaba empapada, tiritando y cubierta de barro de verdad. Sus compañeros la miraron con los ojos como platos cuando la vieron entrar en el aula. Matt y Claire irguieron la espalda, alarmados. Helena articuló las palabras «estoy bien» sin pronunciarlas, y Matt volvió a su sitio, menos asustado pero con el ceño fruncido, preguntándose qué habría pasado.

—¿Señorita Hamilton? ¿Debo asumir que la hedionda emanación que detecto es una parte esencial de su disfraz de Halloween? —preguntó Hergie con su habitual despreocupación—. ¿Un modo de persuadir a los muertos vivientes?

—Estoy pensando en llamarla «*eau de pedo muerto*» —respondió intentando ser tan imaginativa como él. En general, Helena era una alumna mucho más respetuosa, pero en ese momento le apeteció seguirle la broma.

—Por favor, diríjase al tocador y límpiese. Aunque elogio su espíritu festivo, no puedo permitir tal distracción en mi clase. Hay algunos estudiantes en esta institución que desean aprender —la regañó. Helena no contuvo una sonrisa. Hergie era único—. Déjeme que le escriba un permiso…

—Pero, señor Hergeshimer, no tengo ropa para cambiarme. Necesitaré ayuda…

—No esperábamos menos. Un permiso para usted y otro para su acompañante, la señorita Aoki —anunció mientras arrancaba dos papelitos que concedían a Helena y Claire plena libertad durante las próximas dos horas.

Claire miró a Helena con emoción, reprimiendo gritos de alegría, y las dos amigas se levantaron de sus pupitres para recoger sus permisos con humildad. Conseguir un permiso de Hergie era como recibir el título de caballero en Inglaterra. No te hacía más rica, pero te otorgaba el derecho de fanfarronear delante de los compañeros durante el resto del curso.

—Lennie, apestas —murmuró Claire de camino a la puerta.

—No te imaginas lo que acababa de pasarme —susurró Helena.

Al cruzar el umbral, le explicó con pelos y señales el encuentro con la repulsiva mujer. Claire la escuchaba con suma atención mientras la guiaba hasta el teatro.

—Un momento, ¿por qué venimos aquí? —preguntó Helena al darse cuenta de dónde estaban.

—Tienes que cambiarte de ropa —dijo Claire encogiéndose de hombros mientras abría la puerta de atrezo. Se dirigió directamente hacia una fila de disfraces de hada, brillantes y diáfanos, y empezó a sacarlos de las perchas para comparar la talla con Helena—. ¿Seguro que no era una turista pirada que llevaba un disfraz de Halloween? Este te irá perfecto.

Aunque tiene alas.

—Me encantan las alas. Y aquella criatura no era ni por asomo humana.

Media como unos dos metros y además brincaba —rebatió Helena antes de cambiar de tema de conversación—. ¿No nos meteremos en un lío?

—Formo parte del comité de atrezo. Además, los devolveremos —dijo Claire con una sonrisita pícara mientras escogía otro traje para ella—. Ahora, al vestuario. Echas una peste que me mareas.

Helena se duchó y se lavó el pelo mientras Claire se probaba un disfraz robado. Después, se puso delante de uno de los espejos y se maquilló con pinturas brillantes y con purpurina. Claire le pidió que describiera a la devoradora de muertos con esmero, pero ella no pudo añadir mucha más

información.

—No puedo fijarme tanto, Risitas. Estaba ocupada nadando en el charco de mugre con un roedor muerto flotando a mi lado —dijo Helena. Al salir de la ducha, se secó con una toalla y se contoneó para entrar en aquel vestido arrugado e iridiscente, prestando especial atención a las alas para no clavárselas en los ojos.

—Se lo contaré a Matt y a Ari en clase, a ver si se les ocurre alguna idea.

¡Ahora sal de ahí y déjame verte!

—¿Qué personajes de *Sueño de una noche de verano* se supone que somos? —preguntó Helena, quien, al ver el vestido de Claire, se quedó muda del asombro—. ¡Oh, me encanta! ¡El diseño de telaraña es genial!

—Yo soy el hada Telaraña, claro está. Y tú eres el hada Polilla. Son increíbles, ¿verdad? Mi abuela se encargó de coser las lentejuelas.

—Estas alas me fascinan —la felicitó Helena, que se elevó de suelo y fingió repentina sorpresa al comprobar que podía volar—. ¡Y además funcionan!

Claire agarró a su amiga por los pies y tiró con fuerza, hasta que Helena volvió a pisar el suelo.

—Jasón me hizo prometer que jamás volvería a volar contigo. Y ahora que sé lo que me estoy perdiendo, me pongo verde de envidia cuando te veo hacerlo.

—Puedo tener una pequeña charla con él —ofreció Helena—. Quizá si le enseño lo fácil que me resulta llevar un pasajero, se dará cuenta de que no es tan peligroso y cambiará de opinión.

—Lo dudo —dijo Claire meneando la cabeza—. Pero da igual.

Técnicamente, ya no estamos juntos, pero tampoco estoy segura.

—Recapitulemos. ¿De qué estás hablando? —preguntó Helena con una mano sobre la cadera y con la frente arrugada.

—Hablo de que un día me dice que no puede volver a verme y al día siguiente me lo encuentro siguiéndome y suplicándome que volvamos. Y al cabo de un rato, se le enciende una bombilla y vuelve a romper conmigo.

—¿Anoche? —adivinó Helena.

—Y después, cuando me marchaba echando humo por las orejas, me besó. —Suspiró un tanto exasperada—. Jasón no para de hacerme lo mismo.

Y creo que me estoy volviendo loca.

Claire despidió toda su confusión con un movimiento de mano, cogió a su amiga por el hombro y la empujó hacia el secador. Apretó el botón de encender el aparato y forzó a Helena a agachar la cabeza para que el aire caliente le secara el cabello, arruinando así su intento de hacerle más preguntas sobre Jasón. Helena pilló la indirecta enseguida: no quería hablar del tema, así que permitió que su buena y furiosa amiga le secara el pelo a su estilo.

El resultado fue una peluca a lo afro que Claire insistía en pulverizar con laca de purpurina dorada. En cualquier otra ocasión, Helena se habría negado en rotundo a aplicar tal cantidad de brillantina, pero tenía que admitir que le favorecía bastante con aquel disfraz. Además, era Halloween.

Ese día, miles de estudiantes del instituto llevaban unas pintas mucho más ostentosas. Jamás había visto a tanta gente disfrazada. La energía de la atmósfera rozaba la imprudencia. Los niños se tiraban contra las paredes y los profesores se lo permitían, sin reprenderles en ninguna ocasión.

—¿Ese es Parkour? —le preguntó Helena a Claire cuando un estudiante de último curso cogió carrerilla para encaramarse a una pared y realizar una voltereta hacia atrás.

—Sí —contestó con inquietud—. Hum… ¿es que nadie va a pararle los pies?

—Supongo que no —contestó Helena.

Las dos amigas se quedaron mirándose unos segundos antes de estallar a reír. ¿Y qué más les daba? Tenían el permiso firmado por Hergie y eso era como llevar un chaleco antibalas.

Cuando por fin acabaron de darse los últimos retoques y de aplicar otra capa de brillantina, tras entrar y salir incontables veces de la sala de atrezo y de los vestuarios, entreteniéndose cada dos por tres en la máquina de refrescos a medida que se inventaban más excusas para deambular por los pasillos en vez de regresar al aula, ya era hora del almuerzo. Horas después, seguían paseándose. Pasaron delante de la clase de Ciencias Sociales de la señorita Bee con sus disfraces de infarto cuando el timbre que marcaba el fin de la jornada sonó. Todos los alumnos de la clase avanzada salieron en tropel del aula en la que Claire habría estado si se hubiera molestado en asistir.

—Ups. Creo que llegamos tarde —dijo Claire con una amplia sonrisa.

Helena estaba desternillándose de la risa cuando, de pronto, notó que alguien la cogía del brazo y la empujaba hacia atrás. En un abrir y cerrar de ojos el aire se volvió borroso y refractado, como si se hubiera encogido y se hallara en el interior de un diamante. Cuando logró ajustar sus pupilas se percató de que estaba en el otro extremo del pasillo y cayó en la cuenta de que Lucas había utilizado su cuerpo para atrincherarla contra una de las taquillas.

—¿Dónde has estado? —le susurró al oído—. No te muevas o nos verán.

Quédate muy quieta y cuéntame qué te ha pasado esta mañana, de camino al instituto.

—¿Esta mañana? —repitió Helena, asombrada.

—Matt asegura que parecía que alguien te hubiera atacado. Y justo después Claire y tú desaparecéis el resto del día. Están a punto de acabar las clases. Hemos estado muy preocupados, Helena.

—Tuve que ducharme y cambiarme de ropa. Perdimos la noción del tiempo.

La excusa sonó poco convincente, incluso para ella misma. No sabía por qué a ninguna de las dos se les había ocurrido volver a clase.

Echó un vistazo por encima del hombro de Lucas, tratando de averiguar qué estaba sucediendo y distinguió la mirada asustada de Jasón. El joven tomó a Claire de la mano y la arrastró por el pasillo. Nadie parecía prestar una gota de atención a Helena y Lucas, y eso que estaban casi el uno encima del otro. Pero Matt pasó por delante como si nada, igual que Ariadna. Algo no cuadraba. Ariadna jamás pasaría de largo sin antes lanzarles una mirada de indignación.

—¿Qué sucede? —murmuró Helena.

—Estoy manipulando la luz para que nadie pueda vernos —explicó Lucas en voz baja.

—¿Ahora mismo somos invisibles? —musitó.

—Sí.

Y entonces Helena empezó a atar cabos sueltos. La visión borrosa, la misteriosa sensación de otra presencia en la habitación, las inexplicables ausencias de Lucas, las repentinas apariciones de la nada. Y todo porque

había estado allí todo el tiempo.

—Tú eres mi sol invisible, ¿me equivoco?

Notó que Lucas tensaba el estómago al reprimir una silenciosa y sorprendida carcajada. Le vio articular las palabras «sol invisible» sin pronunciarlas y tuvo que concentrarse para apartar la mirada de sus labios.

—Lucas —le reprendió Helena sin utilizar un tono severo—, me asustaste, de veras. Al principio pensé que tenía un problema de visión y después creí que había perdido la chaveta.

—Lo siento. Sabía que te estaba asustando e intenté parar, pero no fui capaz —admitió algo avergonzado.

—¿Por qué no?

—A ver, el hecho de que te alejara de mi vida no significa que pueda soportarlo —reconoció con las mejillas sonrosadas—. Todo empezó cuando aprendí a manipular la luz, aunque ahora se ha convertido en otra cosa.

En algo que jamás creí que podría hacer. —Lucas se quedó en silencio, con una mirada de dolor, y después continuó—: Practiqué hasta conseguir hacerme invisible para poder estar cerca de ti sin interferir en tu vida.

—¿Siempre has estado ahí, conmigo? —preguntó Helena, un tanto preocupada al recordar miles de asuntos privados que Lucas podría haber presenciado.

—Por supuesto que no. Te echo de menos, pero no soy ningún pervertido —la tranquilizó apartando la mirada—. Siempre has sabido intuir cuando estaba ahí, Helena. A diferencia del resto del mundo, eres capaz de percibir mi presencia cuando soy invisible. Nadie más, excepto tú, conoce mi talento.

No sabía qué decir. Lo único que deseaba era besarle, pero sabía que no debía hacerlo. Así que tuvo que conformarse con quedarse quieta y mirarle.

El timbre volvió a sonar y docenas de puertas se cerraron al mismo tiempo, pero ni Helena ni Lucas reaccionaron. Un puñado de críos seguían merodeando por los pasillos, como si estuvieran buscando bronca.

Resultaba extraño, pero ningún profesor les llamó la atención. Parecía un día libre de normas. A Helena le daba exactamente lo mismo si se metía en un lío o no. De repente, le entraron ganas de destruir algo. Le era imposible recordar una rabia semejante.

Por encima del hombro de Lucas, Helena atisbó a la macabra mujer que

había visto al otro lado de la calle caminando por el pasillo.

—Justo detrás de ti —farfulló Helena. Lucas se movió muy poco a poco para darse media vuelta y echar un vistazo—. Cuando me topé con ella esta semana, las cosas se torcieron y empezaron a ir de mal en peor. Por eso daba la impresión de que alguien me había atacado.

—No es mortal —susurró Lucas mientras la criatura pasaba por delante de ellos.

—¿Puede vernos? —quiso saber Helena.

Lucas sacudió la cabeza con aire distraído y la joven vio como abría las ventanas de la nariz. Un instante después entendió por qué.

Aquel fantasma morboso apestaba a huevos podridos y leche agria. Por la mañana, había asumido que aquel hedor provenía de la ardilla muerta que flotaba en el charco, pero se había confundido por completo. Era el mismo olor nauseabundo y hediondo del que no había podido despegarse hasta que se metió en la ducha.

La peste impregnó las paredes de los pasillos y, cada vez que pasaba por delante de un aula, se armaba un tremendo alboroto. Al principio se produjeron gritos; después vinieron los golpes y chirridos como si todos los estudiantes hubieran enloquecido y se lanzaran pupitres y sillas los unos a los otros. Libretas y mochilas repletas de libros saltaban por los aires. En cuestión de minutos, las puertas de las clases se abrieron de par en par y los estudiantes empezaron a salir a raudales, seguidos por los profesores.

Sin embargo, ninguno de los maestros intentaba poner orden. Se mostraban tan indisciplinados como sus alumnos.

Envueltos en su capullo de invisibilidad, Helena y Lucas contemplaban estupefactos cómo la señorita Bee, su imperturbable profesora de Ciencias Sociales, amante de la lógica, pateaba salvajemente una de las taquillas.

Helena miró a Lucas y se dio cuenta de que el joven estaba deseando unirse a aquella destrucción sin sentido. Ella también se sentía tentada.

De hecho, durante todo el día había sentido unas irreprimibles ganas de romper algo, fuera lo que fuese. Por eso había accedido a disfrazarse y ponerse brillantina en la cabeza y había preferido saltarse cinco clases en vez de una o dos.

—Ni se te ocurra —murmuró Lucas entrecerrando los ojos.

—¿Qué? —musitó. Se mordió el labio, simulando inocencia y preguntó —: ¿No te apetece hacer algo malo?

—Sí, claro —admitió estrechando aún más a Helena contra él.

La joven notó una oleada de calor en su cuerpo, como si hubiera abierto la puerta de un horno ardiendo, y se aferró todavía más a él. Luego contuvo la respiración y apartó la mirada de Helena.

—Tenemos que salir de aquí.

La tomó de la mano y la obligó a correr con todas sus fuerzas. Ella lo comprendió enseguida. Si se movían lo bastante rápido, podían permanecer invisibles, escondidos tras la capa de luz de Lucas, y así pasar desapercibidos ante cualquier ojo humano. Era emocionante correr por los pasillos del instituto a una velocidad de vástago. Helena estuvo a punto de gritar de alegría.

Cuando lograron salir al patio, despegaron y se alejaron de la isla volando, distanciándose así de aquella fuerza sobrehumana que había transformado el instituto en una jaula de monos del zoológico. Cuando alcanzamos una altura considerable, Lucas se volvió hacia ella y le dedicó una tímida sonrisa.

—Puede que añadir alas a esos cuadros no fuera tan mala idea, después de todo.

De inmediato supo de qué hablaba. La primera vez que Lucas le enseñó a aterrizar, Helena se sostuvo en el aire unos segundos mientras Lucas, ya con los pies en el suelo, le ofrecía la mano. Le desveló que había visto un lienzo con esa imagen, con la diferencia de que, en el cuadro, la persona que volaba era un ángel. El joven le explicó que las alas de los ángeles era una absurdidad inventada. Pero ahora ya no parecía tan convencido.

A Helena le daba la sensación de que había pasado una eternidad desde el día en que Lucas le había dado un par de lecciones sobre cómo volar, pero podía rememorar con perfecta nitidez cada segundo de aquel tiempo. Se maravilló al descubrir cómo todavía seguía siendo un recuerdo doloroso.

La muchacha resolvió que el dicho que asegura que «el tiempo cura todas las heridas» no era más que una estupidez, con toda probabilidad, y que solo funcionaba con las personas que tenían una memoria olvidadiza. Todo el tiempo que había pasado lejos de Lucas no había servido para curar nada en

absoluto. Con distancia solo había conseguido echarle de menos aún más. Incluso los metros que en ese momento los separaban resultaban insufribles. Incapaz de soportar ni un segundo más, Helena se acercó más a Lucas e intentó abrazarle.

—Lucas, yo… —dijo alargando el brazo, pero el joven se apartó con una expresión de pánico, impidiendo así que pudiera acabar la frase o cogerle de la mano.

—Envíale un mensaje a Orión y explícale lo que ha pasado —ordenó con voz nerviosa, casi gritando. Se tomó un momento para regular el volumen antes de continuar—: Ha vivido mucho y ha visto muchas cosas. Quizá sepa quién es esa mujer o, al menos, con qué nos estamos enfrentando.

—De acuerdo —obedeció Helena dejando caer las manos. Estaba desolada, pero invirtió todos sus esfuerzos en disimularlo—. Debería irme. Le prometí a mi padre que trabajaría en la cafetería esta tarde.

—Y yo tendría que encontrar a mi hermana y asegurarme de que está bien —añadió Lucas con los labios apretados. Ni siquiera la miró—. Les explicaré a todos lo que hemos visto en el pasillo a ver si se les ocurre alguna teoría. Y Helena…

—¿Sí? —respondió con voz débil y frágil.

—Dejemos el tema de la invisibilidad a un lado, de momento. Diremos que nos escondimos entre el jaleo de los estudiantes.

—¿Y qué hay de los óbolos? —preguntó, fingiendo estar más serena de lo que realmente estaba—. He estado esquivando preguntas sobre cómo conseguí llegar al Submundo anoche, pero no puedo disuadir a Cassandra para siempre. Tu hermana no puede ver mi futuro, pero tarde o temprano vaticinará algo donde tú y esos óbolos estéis metidos.

—Supongo que tendré que reconocer mi culpabilidad y decirles que yo los robé —dijo con un suspiro—. Pero creo que no sería muy buena idea contarle nuestra familia cómo te entregué uno de ellos en tu cama, anoche.

Helena era consciente de que Lucas había añadido ese pequeño detalle solo para recordarle que había hecho lo correcto al alejarse de ella. Sabía que la acababa de salvar de una situación potencialmente desastrosa, pero aun así notó una punzada en el corazón.

Cada uno se fue por su lado. Helena regresó a la escuela para coger su

mochila y, durante el camino, intentó inútilmente sacarse a Lucas de la cabeza. «Es mi primo», se repitió una y mil veces, hasta que el sentimiento de rechazo se convirtió en culpa. Se sentía como una imbécil por haberle querido abrazar. ¿Qué esperaba que fuera a ocurrir?

Helena sospechaba que Lucas le había ordenado enviar un mensaje a Orión solo para obligarla a pensar en él, como si un tipo cualquiera le preguntara a una chica si le había dicho a su novio que habían quedado a solas. Cuantas más vueltas le daba al tema, más ofendida se sentía.

¿Acaso Lucas creía que Orión y ella estaban saliendo o algo así? Se preguntó qué habrían estado diciendo sobre ella.

Tras arrojar su bicicleta destruida al contenedor de basura con más hostilidad de la necesaria, Helena entró por la puerta lateral del instituto y empezó a caminar con cierta ligereza por los pasillos desiertos del edificio.

Había mesas rotas, sillas derribadas y papeleras volteadas por todos lados.

Daba la sensación de que hubiera pasado un tornado por el instituto y, además, apestaba a la desconocida criatura. Helena se apresuró hacia su taquilla, recogió su mochila y se ató una sudadera alrededor de los hombros para luchar contra el frío sin arruinar el disfraz que había tomado prestado del vestuario teatral. Y después salió disparada hacia la cafetería. No quería perder tiempo y correr el riesgo de toparse otra vez con aquella espantosa mujer.

Una vez en la calle, sintió que la embargaba una oleada de rabia estridente, casi peligrosa. La luz otoñal de matices ámbar añadía una vitalidad cálida a las calles, todas decoradas con motivos festivos. En el centro de la cuidad, las pancartas naranjas y negras que anunciaban el día de Halloween se rasgaban por las ráfagas de viento y las llamas de las velas que iluminaban el interior de las calabazas parpadeaban, proyectando así sombras espeluznantes en las puertas de las antiguas casas de estilo ballenero alineadas sobre callejuelas de adoquines. Helena se puso la sudadera y miró a su alrededor con ademán sospechoso, escudriñando el paisaje en busca de la amenaza.

Docenas de grupos habían iniciado el ritual de llamar de puerta en puerta pidiendo chucherías o amenazando con gastarles una broma pesada. A aquella hora, la mayoría de ellos eran padres con niños pequeños, pero

siempre había un par de piezas de museo disfrazadas que, definitivamente, no buscaban gominolas ni chocolatinas. Esos grupos desprendían una energía agresiva y altiva, como si las máscaras de monstruo les concedieran el alma del personaje que encarnaban. Helena no consiguió reconocer a ninguno de sus compañeros de clase entre esos grupos, lo cual le resultó bastante extraño. En un día de Halloween habitual, ya se habría encontrado con la mitad del instituto, pero las calles parecían estar abarrotadas de desconocidos. Y eso era casi imposible. La época turística ya había pasado.

Sin duda, había algo que no encajaba. Aunque no temía por su seguridad, se sentía inquieta. Todavía era pronto y había muchísimos críos buscando tratos por las casas. Su única esperanza era que la gente más interesada en trucos esperara un poquito más para salir. Entró en la cafetería con el ceño fruncido, preguntándose si debería llamar a Luis y suplicarle que este año se llevara a Juan y a Mariví pronto a casa.

—Bonitas alas, princesa —dijo un tipo con acento sureño.

—¡Héctor! —exclamó Helena, que se abalanzó hacia uno de sus fantásticos abrazos e ignorando por completo que el chico hubiera utilizado uno de sus apodos más molestos. Él la cogió entre sus brazos y ella se quedó colgada de su cuello—. Un día de estos conseguiré que dejes de llamarme así.

—No en esta vida —dijo tratando de tomarle el pelo.

Pero Helena enseguida se dio cuenta de que algo malo había pasado.

Héctor estaba tenso, así que se apartó para mirarle de arriba abajo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mientras recorría un dedo por la cicatriz rosada del pómulo.

—Familia —dijo con una triste sonrisa.

—¿Los Cien Primos siguen persiguiéndote?

—Desde luego —contestó encogiendo los hombros—. Tú eres la única persona con la que puedo sentirme a salvo. Tántalo no sé arriesgará a hacerte daño y perder la única oportunidad que tiene de quedar libre del tormento de las furias.

Helena arrugó la frente, insegura de si debería estar contenta por eso o no.

Una parte de ella no quería hacer nada que pudiera beneficiar a Tántalo o a los Cien Primos, pero ¿qué más podía hacer? ¿No ayudar a Héctor porque así también ayudaba a Tántalo? Se sentía entre la espada y la pared.

—¡Estás congelada! —exclamó Héctor frotándole los brazos para hacerla entrar en calor—. En general prefiero que las mujeres vayan ligeras de ropa, pero tú no. ¿Dónde te has dejado el resto del disfraz, primita?

—Es una historia muy larga —se rio entre dientes—, así que ponte cómodo, porque tango un montón de cosas que contarte.

—Yo también tengo algo que contarte —añadió con tono serio cuando Helena dejó su mochila detrás del mostrador.

Al levantar la mirada, se quedó de piedra. Héctor tenía un aspecto cansado y abatido.

—¿Estás bien? —cuestionó, preocupada por su salud.

—Empieza tú —ordenó—. No tenemos mucho tiempo.

Helena salió disparada para saludar a Kate y a su padre y, antes de volver al mostrador y charlar con Héctor, tuvo que contar el dinero de la caja registradora. Kate le sirvió una copa de sidra caliente y le ofreció todos los bollos de avellana que tenía en el horno mientras comprobaba su caja y organizaba las facturas de tarjetas de crédito en la parte menos visitada y aislada de la tienda.

Cuando todo estuvo en orden, Kate se las arregló para ocuparse de los clientes más ruidosos, sentados en la parte trasera; entonces, por fin Helena pudo poner al día a Héctor sobre los últimos acontecimientos del Submundo. Alteró ligeramente la historia de los óbolos robados para hacer creer a Héctor que su primo solo los había robado para ayudarla, y no para uso propio, y acabó explicándole los disturbios del instituto. El muchacho escuchó con atención, sin interrumpirla, como si estuviera rumiando algo.

—Se llama Eris —anunció—. Es la diosa de la discordia, o el caos, depende de la traducción que emplees. Allá donde va estalla el desorden, las discusiones e incluso los disturbios. Si algo puede ir mal, irá mal. Es la hermana y compañera de Ares, y es una criatura muy pero que muy peligrosa.

—Héctor. ¿Qué está pasando?

—He venido a advertirte. Hace un par de horas vi a Tánatos paseando por la avenida Madison, en Nueva York, justo al lado del edificio donde la casta de Tebas celebra el Cónclave.

—¿Quién es Tánatos?

—Tánatos es el dios de la muerte —explicó Héctor—. Es la parca

original, con la típica capa negra y el esqueleto, aunque no llevaba guadaña. Ese complemento rural se le añadió durante la Edad Media. Por suerte, la mayoría de la gente le confundió con un tipo ataviado con un disfraz increíble, aunque hubo un par de personas un tanto más «sensibles» que enseguida captaron qué estaba sucediendo y huyeron gritando.

—¿Qué estaba haciendo allí?

—No me paré a hablar con él. Tánatos solo tiene que tocarte para quitarte la vida, así que preferí que tu madre se encargara de él —comentó—. No tenemos ni idea de por qué los dioses de segunda fila me rodean por la Tierra ni de qué asuntos se traen entre manos. Dafne me envió de inmediato aquí para preguntarte si el oráculo había visto algo.

—La llamo ahora mismo —anunció Helena cogiendo el teléfono.

—Una cosa más —agregó Héctor a regañadientes—. Creemos que Automedonte ya no trabaja para Tántalo. Todavía no hemos averiguado quién controla al esbirro. Es posible que, después de vigilarte un tiempo y ver lo que podías hacer, decidiera que no merecía la pena. No te ha atacado, así que no te asustes. Pero no bajes la guardia, por favor.

—Genial —dijo Helena con una risa amarga—. ¿Hay algo más que quieras decirme? Porque he vuelto a soñar y podría utilizar todo ese material de pesadilla que me estás contando.

Héctor se desternillaba de la risa mientras Helena marcaba el número de Cassandra y mantenía la oreja pegada al auricular. Con una sonrisa compasiva, posó una mano sobre la de él. En ese instante se dio cuenta de que había evitado pronunciar el nombre de su prima y utilizar el título que ostentaba. El chico los echaba muchísimo de menos. Le respondió con otra sonrisa y la joven bajó la mirada con cierto pesar.

—No durará mucho más —le prometió en voz baja mientras escuchaba el tono de llamada una y otra vez—. Volverás con tu familia muy pronto.

—Has descubierto algo, ¿verdad? —dijo mucho más animado—. ¿Por qué no me lo has contado al verme?

—Creo que Orión y yo sabemos lo que necesitamos. El único problema es cómo encontrar a las furias cuando lo consigamos —respondió. Helena colgó el teléfono y marcó el número de su buen amigo Matt—. No quería decirte nada, por si acaso el plan fracasa, pero esta misma noche intentaremos

llevarlo a cabo.

La llamada se desvió directamente al buzón de voz. Trató de comunicarse con Claire, Jasón, Ariadna e incluso con Lucas, pero o bien no le respondían la llamada, o bien saltaba el buzón de voz.

—¿Nadie contesta? —preguntó Héctor No había podido conectar con ninguno de sus amigos. Héctor empezaba a inquietarse.

—¡Qué raro! —resopló Helena, y empezó a teclear un correo electrónico, pero Héctor enseguida le arrebató el aparato y borró el mensaje que había empezado a escribir.

—Helena, ve a casa —ordenó un tanto tenso. Le devolvió el teléfono se puso en pie y empezó a mirar a su alrededor alarmado—. Ve a casa ahora mismo y desciende.

Alguien lanzó una mesa de laboratorio del Departamento de Ciencias del instituto de Nantucket contra la ventana frontal de la cafetería e hizo añicos el cristal. El hedor rancio de Eris entró como una apestosa brisa por el agujero. Helena combatió como pudo la tentación de incendiar algo, consciente de que sus emociones no eran reales y de que una diosa maléfica la estaba manipulando. Oyó a varios clientes gritar en la trastienda, lo cual avivó aún más su peligroso humor. Salió del mostrador para enfrentarse a ellos, pero Héctor la cogió del brazo y la detuvo.

—Protegeré a Kate y a Jerry, incluso de sí mismos si es necesario. Tú desciende —mandó con voz firme pero calmada.

Helena asintió: comprendía las órdenes.

—No seas un héroe —le reprendió—. Si los Cien o tu familia acuden, vete de aquí.

—Date prisa, princesa —dijo Héctor antes de darle un beso en la frente —. Contamos contigo.

Helena salió escopeteada de la cafetería. Tras ella, escuchó que Héctor le explicaba a su padre que se dirigía a la comisaría para avisar a la policía.

Esquivando a la muchedumbre, se escabulló hacia un callejón oscuro donde nadie pudiera verla y alzó el vuelo. Retiró la lona azul que todavía tapaba la ventana sin cristal de su habitación y aterrizó en su cama, con la esperanza de calmarse lo bastante para conciliar el sueño.

La joven machacó varias filas de florecillas blancas y estériles. Era la primera vez que aterrizaba de un modo tan brusco y violento en el Submundo y sospechaba que tenía que ver con lo desesperada que estaba por llegar allí. Helena empezó a dar vueltas en círculo y descubrió que se hallaba en los espantosos prados de Asfódelo. Gracias a Dios, no estaba sola. De pronto atisbo la silueta sólida de Orión a unos pocos metros de distancia. Había estado preocupada por él.

—¡Orión! —gritó aliviada.

Echó a correr hacia él, pisando las flores del jardín. El joven se volvió para cogerla entre sus brazos y la miró con el ceño frunció.

—¿Qué pasa? —susurró mientras la abrazaba—. ¿Estás herida?

—Estoy bien —le tranquilizó. No pudo reprimir una risita ante la reacción tan emocional de Orión, pero aun así no se soltó del cuello. Por fin, cuando estaba más calmada, se apartó y le miró a los ojos—. Tengo un montón de cosas que contarte.

—Y yo me muero por escucharlas, pero ¿puedes hacer algo antes? Di en voz alta que no deseas que ningún animal, criatura o monstruo nos ataque mientras estemos rondando por aquí —suplicó.

—¡Deseo que ningún animal, criatura o monstruo nos ataque mientras estemos rondando por aquí! —repitió Helena con energía—. Buena idea.

—Gracias. Me gusta tu vestido. Pero… ¿quieres saber algo? Creo que los pantalones cortos con estampado de gatitos te tapaban un poco más.

Helena se dio media vuelta, muerta de vergüenza. No podía creerse que Orión todavía se acordara de su pijama con calabazas y motivos de Halloween.

—¡No te imaginas lo que me ha pasado esta mañana! No tuve más remedio que ponerme esto —replicó a la defensiva, esforzándose por no ruborizarse.

—Estás preciosa. Aunque eso no es ninguna novedad —añadió en voz baja.

Helena se quedó mirándole detenidamente, maravillada, pero enseguida apartó la vista hada una aburrida flor de asfódelo, como si en realidad fuera interesante. Orión se acercaba cada vez más y la joven intentó relajarse. No había besado a Orión la noche anterior se repetía una y otra vez. Aquel era

Morfeo con la apariencia de Orión, lo cual era muy distinto.

El de carne y hueso no se había enterado de aquel encuentro, así que no había motivo para ponerse tímida. Pero no podía evitarlo. En su cabeza, escuchaba la voz de Héctor, animándola a pasárselo la mar de bien con Orión si eso era lo que quería.

—A ver, explícame qué te ha pasado esta mañana —pidió con tono preocupado.

De repente, Helena volvió al mundo real y empezó a relatar su accidente, la revuelta estudiantil que Eris había causado en el instituto, la presencia de Tánatos paseándose por las calles de Manhattan y el escándalo que se había armado en la cafetería antes de descender. Orión oyó en silencio toda la historia, apretando cada vez más las mandíbulas.

—¿Estás bien? —preguntó con voz controlada.

—¡Sí, pero me siento fatal! —dijo sin querer—. ¡Abandoné a Kate y a mi padre en mitad de un motín! ¿Cómo he sido capaz de hacerlo?

—Héctor no permitirá que les ocurra nada —contestó el chico con convicción—. Los protegerá con su vida.

—Ya lo sé, pero en cierto modo eso empeora aún más las cosas —replicó Helena con tono de súplica—. Orión, ¿y si la familia Delos fuera a la tienda para averiguar cómo estoy y se topara con Héctor?

—Supongo que te refieres a qué pasaría si Lucas fuera a la tienda para averiguar cómo estás y se topara con Héctor. No estás tan preocupada por Jasón o Ariadna —aclaró, con un tono de voz que denotaba frustración.

—Los gemelos son distintos. Incluso antes de que Héctor se convirtiera en un paria, Lucas y él solían enfadarse muchísimo, y en mis de una ocasión se habían enzarzado en peleas a vida o muerte —explicó con voz temblorosa —. Han estado abocados a la violencia desde siempre y mucho me temo que sea otro de esos ciclos vástagos que están condenados a repetirse.

—Lucas y Héctor son prácticamente hermanos, y los hermanos siempre discuten y se pelean —justificó Orión, como si fuera algo obvio—. No todo en nuestras vidas forma parte de un círculo vicioso.

—Ya lo sé. ¡Pero las furias, qué! No serán capaces de controlarse.

—Por eso estamos aquí. Ahora tenemos todo el tiempo que necesitamos y, con un poco de suerte, podremos solucionar lo de las furias esta misma

noche —la animó. Le rozó la muñeca con las yemas de los dedos.

Helena se detuvo. Fue una caricia tímida, apenas perceptible, pero captó toda su atención.

—Solo si puedo encontrarlas —admitió Helena—. Orión. No tengo la más remota idea de dónde están.

El muchacho se alejó de Helena y se ajustó la mochila, mirándola de reojo, como si estuviera evaluándola.

—Estás a punto de perder los nervios, ¿me equivoco? Cálmate —le aconsejó con tono serio—. Estás donde debes estar en el Submundo, y no en el mundo real combatiendo con un motín de histéricos. Cualquier miembro de la familia Delos puede ocuparse de eso, pero tú eres la única capaz de cumplir con tu cometido. Vayamos paso a paso; primero, el agua.

Y luego ya veremos.

Tenía toda la razón. Debían hacer todo lo que estaba en sus manos en el Infierno o, de lo contrario, el mundo real jamás podría mejorar.

—De acuerdo. Hagámoslo —afirmó.

La joven levantó los brazos para posarlos alrededor del cuello de Orión y, de inmediato, él colocó sus manos sobre las caderas de Helena.

—Quiero que aparezcamos a orillas del río de la Alegría, en los Campos Elíseos —anunció con voz clara y autoritaria.

Una luz suave y cálida se filtraba entre un dosel de sauces llorones gigantescos. Un césped de hierba gruesa, verde, viviente, amortiguaba sus pies. Helena lograba percibir el sibilante flujo de agua al caer sobre unas rocas, no muy lejos. A poca distancia, distinguió un inmenso campo abierto de hierbas que crecían hasta la altura de la rodilla y que se mezclaban con flores silvestres de colores pastel que hacían la función de diminutas estrellas para las abejas y mariposas que revoloteaban a su alrededor.

No había un sol que brillara en el cielo, sino un resplandor que parecía irradiar del mismo aire, y creaba así la impresión de que, en cada zona del paisaje, reinaba un momento del día distinto. La luz que iluminaba los sauces llorones que albergaban a Helena y Orión era idéntica a la luz del anochecer. Sin embargo, en el prado parecía brillar el sol del alba, todavía inocente y cubierto de rocío.

Orión le soltó las caderas, pero enseguida entrelazó sus dedos con los de

Helena mientras se volvía para observar el paisaje en el que se hallaban.

Una suave brisa le acarició el rostro y le apartó los rizos de la frente.

Helena vio que el joven encaraba aquella suave y agradable ráfaga de viento, cerraba los ojos y respiraba hondo. Copió el gesto y descubrió que el aire era limpio y fresco, casi energizante, como si estuviera plagado de oxígeno. Helena no lograba recordar algo tan básico y puro que fuera tan placentero.

Cuando abrió los ojos se percató de que Orión la miraba con dulzura. Y entonces señaló el disfraz y meneó la cabeza.

—Ideaste las alas para esto, ¿verdad? —dijo con tono juguetón.

Helena rompió a reír.

—Lo siento, pero no soy tan lista.

—Ya, ya. Vamos, Campanilla. Creo que estoy escuchando el arroyo que estamos buscando —anunció Orión guiándola hacia el sonido.

—¿Cómo sabremos si es el río de la Alegría? —preguntó, pero antes de finalizar la pregunta se dio cuenta de la respuesta.

Cuando llegaron a la orilla de agua cristalina, Helena sintió una especie de hormigueo en el pecho. Tuvo unas ganas irreprimibles de bailar y, tras preguntarse qué sentido tenía contener esas ansias, empezó a danzar.

Extendió los brazos y comenzó a dar vueltas; Orión dejó la mochila en el suelo.

El muchacho se arrodilló y se desabrochó la chaqueta. Y, de pronto, se quedó inmóvil, pasmado. Posó una mano sobre el pecho y presionó con fuerza, como si tratara de empujar el corazón hacia la cavidad donde pertenecía. Orión observaba a Helena riéndose en silencio, aunque, en opinión de ella, el chico parecía estar a punto de echarse a llorar, así que dejó de bailar y se acercó a él.

—Nunca antes había sentido esto —informó, casi disculpándose—. Jamás creí que podría sentirlo.

—¿Pensabas que nunca podrías sentir alegría?

Helena se arrodilló delante del joven, contemplando en silencio su rostro desencajado. Orión sacudió la cabeza y tragó saliva y, sin que ella se lo esperara, abrió los brazos y la estrechó con fuerza.

—Ahora lo entiendo —susurró.

La soltó con la misma rapidez con que la había abrazado. No sabía qué había comprendido, pero tampoco le dio la oportunidad de preguntárselo.

El muchacho le entregó a Helena una cantimplora vacía y se dirigió hacia la orilla. Sacó un par de cantimploras más y las sumergió en las brillantes aguas del río.

En cuanto Orión tocó el agua, unas lágrimas como gotas de lluvia le humedecieron las mejillas y su pecho empezó a estremecerse con sollozos.

Helena se reunió con él en la orilla y, al hundir su cantimplora bajo la superficie, experimentó alegría. A diferencia de su acompañante, no era su primera vez, pero, tras semanas de profunda tristeza y sufrimiento, lloró como si lo fuera.

Cuando ambos rellenaron sendas cantimploras, las cerraron herméticamente. Ni siquiera consideró la idea de beber el agua de la alegría y, por el modo inquebrantable en que Orión enroscó los tapones de sus cantimploras, intuyó que él tampoco se lo planteaba. Helena presentía que, si tomaba un sorbo de esa agua cristalina, jamás querría abandonar aquel lugar. De hecho, en cuanto selló su cantimplora empezó a sentir añoranza, nostalgia de ese perfecto momento de dicha. Deseaba con todas sus fuerzas poder permanecer así para siempre, con los dedos sumergidos en las aguas del río de la Alegría.

—Volverás algún día.

Absorta en su ensoñación, alzó la mirada hacia Orión, que la contemplaba con una sonrisa en los labios mientras le extendía una mano para ayudarla a levantarse. El filtro de luz iluminaba al chico y creaba un halo sobre su cabeza. Se fijó en que tenía las pestañas húmedas de haber llorado. Deslizó su mano todavía mojada con el agua del río de la Alegría sobre la de él y se levantó. Después de la tormenta de éxtasis y frenesí se sentía un poco triste.

—Tú también —le contestó con un hipo lacrimoso.

El joven dejó caer la mirada y dijo:

—La verdad, me conformo con haber sentido alegría, aunque fuera solo una vez. Jamás olvidaré este día, Helena. Y tampoco olvidaré que fuiste tú quien me trajiste hasta aquí.

—Estás convencido de que no regresarás, ¿verdad? —preguntó ella un tanto incrédula mientras observaba al joven guardar las cantimploras en su

mochila.

Pero Orión no contestó a su pregunta.

—Dentro de unas ocho o nueve décadas volveré a verte en este preciso lugar —resolvió Helena.

Orión soltó una carcajada y se colocó la mochila sobre los hombros.

—¿Ocho o nueve? Te das cuenta de que somos vástagos, ¿no? —dijo arrastrándola hacia la pradera matutina—. Tenemos una vida de anaquel bastante corta.

—Nosotros seremos distintos —decidió—, y no solo tú y yo, sino toda nuestra generación.

—No tendremos más remedio —murmuró Orión ladeando la cabeza.

Helena echó una ojeada a su compañero, esperando encontrarle rumiando con melancolía, pero se equivocó. Tenía una sonrisa dibujada en el rostro y una expresión de optimismo. Ella también sonrió, dichosa de pasear por el prado cogida de la mano de Orión. La felicidad que sentía nada tenía que ver con el éxtasis del río, pero aquel estallido de alegría habría sido insoportable si hubiese durado mucho tiempo. En ese instante se dio cuenta de que, si se hubiera quedado, se le habría roto el corazón.

A medida que se fueron alejando del río de la Alegría, Helena notó que pensaba con más claridad. Miró una de sus manos y comprobó que estaba arrugada, como si hubiera estado en remojo durante horas. ¿Cuánto tiempo habían estado arrodillados en la orilla del río?

Con cada paso que daba, más se convencía de que Orión había hecho lo correcto al invitarla a irse de allí. De hecho, le estaba muy agradecida. Sin duda, Orión también habría estado tan embelesado y dichoso como ella, pero, de algún modo que no lograba entender había conseguido controlarse y armarse de valor para romper ese hechizo embriagador.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Helena en voz baja—. ¿Cómo conseguiste alejarte del agua?

—Hay algo que ansió aún más —respondió.

—¿Qué hay mejor que la alegría infinita?

—La justicia —respondió Orión se volvió hada Helena y le sujetó ambas manos antes de continuar—: Existen tres hermanas inocentes que llevan sufriendo años y años, no por algo que hirieron en el pasado, sino porque,

cuando nacieron, los destinos decidieron que el dolor sería su suerte en esta vida. Eso no es lo correcto. Ninguno de nosotros merecemos nacer torturados, y mi intención es defender a todos los que viven en continuo tormento. Para mí, eso es más importante que la alegría. Ayúdame. Sabes dónde están las furias, de eso no me cabe la menor duda. Piensa, Helena.

Hablaba con tal convicción y con tanta pasión que ella se quedó embobada mirándole, con la boca abierta. La mente se le quedó en blanco durante unos segundos y, de forma imprevisible una vocecita en su cabeza empezó a gritarle, enumerándole todos los lugares que había visitado.

Ella no era tan obstinadamente persistente como Claire, ni tan paciente como Matt. No poseía los implacables instintos de Héctor ni la astuta inteligencia de Lucas. Sin duda, no era tan generosa como los mellizos ni tan compasiva y entregada como Orión. Helena era Helena. No entendía por qué ella era la Descendiente, en vez de cualquiera de esas personas, mucho más dignas y respetables.

Para empezar, ¿cómo demonios había aceptado ese trabajo y había acabado allí, en el Submundo? No había hablado con nadie, simplemente se había ido a dormir y, al cerrar los ojos, se trasladó a un desierto.

«Un desierto tan seco, con rocas y espinos tan afilados que dejaba un rastro de pisadas sangrientas a mi paso. Un desierto con un único árbol aferrado a una ladera y, bajo las ramas del árbol, tres hermanas desesperadas que parecían ancianas y niñas al mismo tiempo. Querían tocarme y no dejaban de sollozar», recordó.

Helena soltó un grito ahogado y apretó las manos de Orión, casi estrujándoselas. Había sabido dónde encontrar a las furias desde siempre.

De hecho, las tres hermanas habían estado suplicándole ayuda desde el principio.

—Deseo que aparezcamos bajo el árbol de la colina, en las tierras áridas —anunció mirando a un sorprendido Orión.

Capítulo 13

Lucas se quedó flotando sobre el océano y observó a Helena remontar el vuelo para dirigirse al centro de la ciudad. Aquel disfraz junto con las malditas alas había sido una tentación difícil de soportar. No era la primera vez que preguntaba cómo era posible que los mortales que habían crecido con Helena no sospecharan que había algo sobrenatural en ella.

Aunque tuviera la cabeza bien amueblada, la belleza de Helena era de otro planeta. Sobre todo cuando extendía los brazos, ofreciéndole así un abrazo, y pronunciaba su nombre, tal y como acababa de hacer.

Había estado a punto de ceder. Solo pensar en lo que habría hecho si se hubiera entregado a sus deseos le revolvía el estómago. Estaban a pocos milímetros de cruzar una línea más que peligrosa y, a menos que Helena dejara de tentarle con su enloquecedora inocencia, Lucas sabía que, un día u otro, pasaría.

Le había mentido a Helena. La realidad era que ciertas noches, y no solo una, había asomado la cabeza por la lona azul que cubría la ventana rota de su habitación para verla dormir. No estaba orgulloso de lo que hacía, pero no podía refrenarse. Por mucho que intentara permanecer lejos de ella, al final siempre acababa metido en su habitación. Después se castigaba por haberlo hecho. Sabía que cualquier día, tarde o temprano, no podría reprimir las ganas de deslizarse bajo las sábanas para acostarse junto a ella. Y no solo la abrazaría. Precisamente por eso tenía que asegurarse de que, si ese día llegaba, Helena le sacaría de la cama de una patada.

Lo había intentado todo, incluso asustarla, pero nada parecía funcionar.

Orión era su última oportunidad. Cerró los ojos durante un segundo y confió en que hiciera aquello que se le daba bien. Lucas le había pedido que

consiguiera que Helena dejara de amarle. Así jamás volvería a intentar rozarle ni abrazarle, ni le miraría como acababa de hacerlo. Trató de convencerse de que lo mejor para los dos era que ella continuara con su vida, aunque ello implicara pasar el resto de sus días con otro chico. Y entonces se le iluminó una lucecita.

Helena tampoco podía estar con Orión, al menos no para siempre. Eso era lo único que mantenía a Lucas cuerdo y en sus cabales. Jamás podrían disfrutar de una vida juntos. Aunque eso no significaba que no pudieran… Súbitamente decidió librarse de aquellos pensamientos antes que le abrumaran. De hecho, unos zarcillos negros empezaban a manar de él, tiñendo el cielo de oscuro. Intentó calmarse y dejar de imaginarse a Orión y Helena juntos. Le resultaba demasiado fácil concebirlos juntos, como una pareja.

Aunque no conocía a Orión en persona, se podía hacer una idea de su aspecto. Era descendiente de Adonis, el amante favorito de Afrodita de todos los tiempos. Puesto que Afrodita le defendía y honraba sobre los demás, la casta de Roma legaba aproximaciones muy fieles del arquetipo de Adonis de forma habitual, del mismo modo que la casta de Tebas repetía el modelo de Héctor una y otra vez. Más de la mitad de lienzos y esculturas de la época de Renacimiento eran una viva imagen de Orión, ya que los antiguos maestros como Caravaggio, Miguel Ángel y Rafael habían pintado y tallado obsesivamente a los ancestros del joven. Florencia estaba repleta de reproducciones de los hijos de la casta de Roma.

Pero la leyenda iba más mucho más allá de un físico hermoso, puesto que su acervo genético parecía estar dotado de más talentos. No era fruto de la casualidad que Casanova y Romeo, los dos amantes más famosos de la historia de la humanidad, hubieran nacido en Italia. Describir a Orión como un «cabrón guapísimo» no basta para explicar el efecto que podía tener sobre una mujer, aunque era una expresión bastante acertada. Los hijos de Afrodita eran sexualmente irresistibles y la mayoría de ellos tenían el don de influir en las emociones de la gente, al menos hasta cierto punto.

No obstante, Orión le había confesado a Lucas que su talento era mucho más poderoso.

Ostentaba una extraña capacidad. Podía hacer que Helena se

desenamorara de Lucas con tan solo chasquear los dedos. Por si fuera poco, una vez desterrados todos sus sentimientos por él, Orión podía controlar el corazón de la joven para obtener una relación mucho más casual que no violara la Tregua, sin compromisos, sin ataduras: solo sexo.

Aquel indeseable podía hacer con Helena lo que quisiera, y Lucas no podía hacer ni decir nada para impedirlo.

La idea de que Orión pudiera utilizar su don con Helena provocaba en Lucas unas irrefrenables ganas de aporrear algo hasta destruirlo, pero pensó que su familia estaría preocupada por él y decidió dirigirse a su casa.

Afortunadamente, Orión se mostraba reacio a aprovecharse de su talento, incluso como arma de autodefensa. Se había ofendido sobremanera cuando Lucas insinuó que había rozado el corazón de Helena en la cueva solo para divertirse. Y después de verlos juntos en el Submundo, se convenció de que Orión jamás obligaría a Helena a hacer nada que, de forma voluntaria, no quisiera. De hecho, sabía que la protegería con su vida si llegaba el momento. Gracias a eso, despreciaba un poco menos a Orión, aunque eso solo complicaba más las cosas. En realidad, Lucas quería detestarle, pero, puesto que no podía, no le quedaba otra que odiarse a sí mismo.

Tomó rumbo hacia la costa este de la isla sin separarse demasiado de la superficie del océano, puesto que si alzaba mucho el vuelo se congelaría de frío. Se había dejado la chaqueta en la taquilla, pero en realidad poco importaba. Si quería entrar en calor, solo tenía que concentrarse. De hecho, empezaba a creer que, si se lo proponía, podía alcanzar una temperatura infernal. Pero ahora no tenía tiempo para ocuparse de ese nuevo y peculiar talento. Un segundo más tarde, aterrizó en el jardín trasero de su casa.

En cuanto puso los pies en el suelo, una sensación de culpa le embargó.

Empezó a buscar a su hermana pequeña con desesperación. No tendría que haberla abandonado en la escuela para proteger a Helena. Ahora que los destinos la asediaban día y noche, Cassandra se había convertido en una niña más frágil. Cada vez que la poseían le arrebataban toda su fuerza y energía, y el hecho de que hubiera sobrevivido cuando muchos oráculos del pasado hubieran fallecido le hacía sospechar que, probablemente, su hermana pequeña era más fuerte que él. Pero por muy resistente que fuera, tras cada aparición, Cassandra se quedaba tan cansada que apenas podía respirar.

Hacía poco se había encontrado a Cassandra sentada en un peldaño de la escalera, jadeando. Tras subir media docena de escalones, la pequeña no tuvo más remedio que pararse a descansar y recuperar el aliento. Lucas la había llevado en volandas hasta su habitación, pero le había costado una barbaridad acercarse a ella. El aura de los destinos seguía aferrada a su hermana pequeña y, aunque él la adoraba de corazón, la presencia de las parcas le estremecía.

Incluso la pequeña Cassandra estaba asustada. Y encima tenía que sufrir a las parcas en sus propias carnes varias veces a la semana. Lucas no podía imaginarse la sensación de aquella intrusión mental y física, pero, por su aspecto, suponía que debía de asemejarse a una violación.

El hecho de que su hermanita pequeña estuviera sufriendo aquella desgracia junto con la impotencia de no poder hacer nada para cambiarlo le enfurecía muchísimo.

Atravesó el jardín trasero a zancadas, esforzándose por controlar su rabia y repitiéndose que tenía que ser más cuidadoso, más cauto. Últimamente había muchas cosas que le sacaban de quicio. Desde aquella desastrosa cena en la que golpeó a su padre, había desarrollado un «efecto secundario» ligado a su ira.

Se había dado cuenta durante la concentración de atletismo de Helena, cuando los Cien Primos la rodearon, pero no se había originado allí. De hecho había empezado con su padre, como una pequeña semilla, una semilla que no había dejado de crecer.

Una parte de él creía que le resultaría más fácil de llevar si hablaba con Jasón o Cassandra sobre el tema, pero no tenía valor para hacerlo.

Contárselo a su familia solo serviría para preocuparlos todavía más.

Maldita sea, el propio Lucas estaba preocupado por el tema.

Lucas había estado a punto de revelarle su secreto a Helena ese mismo día pero no fue capaz de pronunciar las palabras. Creonte le había asustado muchísimo, y Lucas no sabía si podría soportar que Helena le mirara con temor. Todavía no había decidido si charlaría del tema con alguien, aunque la realidad era que, un día u otro, su hermana pequeña, la que todo lo sabía, la que todo lo veía, descubriría el pastel.

—¿Cassandra? —llamó Lucas en cuanto entró en la cocina—. ¿Jase?

—Estamos aquí —respondió Jasón desde la biblioteca.

Había algo en la voz de Jasón que no encajaba. Estaba tenso. Lucas asumió que seguiría enfadado con Claire por desaparecer con Helena todo el día, sin avisar. El modo en que manejaba la situación con aquella chica frustraba a Lucas. Quería que su primo abriera los ojos y se diera cuenta de que tenía un regalo entre las manos. Se había enamorado de alguien y nadie se interponía en su camino.

Las puertas dobles de la biblioteca estaban medio abiertas e incluso desde el pasillo percibió la tensión que se respiraba en la sala. No pudo ser evitar advertir el enfado controlado en las educadas voces de todos los presentes.

—¿Dónde estabas? —exigió saber Cassandra. Llevaba días sometiéndole a implacables interrogatorios sobre sus excursiones nocturnas, aunque en la mitad de las ocasiones conocía perfectamente la respuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas en vez de responder.

—Por fin Matt ha decidido compartir algo con nosotros —espetó Jasón.

Su primo estaba furioso y rojo de rabia. No era la primera vez que Lucas era testigo de esa rabia, y sabía de primera mano lo que costaba hacer enfadar a Jasón. Miró a Matt y arqueó las cejas a modo de pregunta.

—He estado en contacto con Zach. Me llamó antes de ayer para avisarme de que algo iba a suceder hoy, aunque no sabía exactamente qué —contestó Matt.

—¿Por qué no dijiste nada, Matt? —cuestionó Ariadna, dolida—. Aunque Zach no conociera todos los detalles, ¿por qué no quisiste advertirnos del peligro?

«Se avecina otro problema», pensó Lucas. Pero no había vuelta atrás. Los vástagos tendían a enamorarse jóvenes porque morían jóvenes. Al menos, Lucas no podía reprocharle a Ariadna su mal gusto con los hombres. Matt había demostrado su lealtad a la casta de Tebas infinidad de veces. De ahí que la situación que los ocupaba fuera tan desconcertante. En general, Matt tomaba mejores decisiones y solía mostrar buen juicio.

—No lo entenderíais —protestó Matt, huraño.

—Inténtalo —dijo Lucas, cuya temperatura interna crecía a un ritmo desenfrenado. Le irritaba que los mortales actuaran como si fueran distintos a los vástagos, como si no compartieran los mismos sentimientos.

—Si te hubiera contado lo que me dijo, ¿qué le habrías hecho?

¿Interrogarle? ¿Darle una paliza? —explotó Matt—. El tío es un mentiroso compulsivo. La mayoría de las cosas que dice son tonterías inventadas y, la verdad, pensé que la advertencia era más de lo mismo. ¡No tenía ni idea de dónde se ha metido!

—¿Y crees que eso te disculpa? —acusó Jasón.

La discusión continuó y, tras cada intervención, la situación se puso más tensa, más dolorosa. Lucas no había vivido mucho tiempo en Nantucket, pero aun así estaba en la misma aula con Matt en el instituto. Pasaba más tiempo con aquel chico que con su propio padre, y era la primera vez que le veía fuera de sus casillas. Al igual que Jasón, Matt era un tipo sensato y juicioso, pero en aquel instante aquel par de individuos calmados estaban tan furiosos que perdían la razón. De hecho, todos los presentes estaban molestos y enfadados.

«Tanta discordia no es normal», intuyó Lucas. «Discordia». Los motines, la ira incontrolada… incluso la angelical y santurrona Helena había querido quemar o destruir algo. Todo encajaba a la perfección.

—Eris —anunció en voz alta—. Escuchad. Si Ares intentó instigar algún tipo de conflicto con Helena en el Submundo, la única explicación posible es que su hermana intentara hacer lo mismo en el mundo real. La Tregua no la incluye, pues no forma parte de los Doce. Puede utilizar sus poderes aquí, en la Tierra.

—¡Oh, dioses! ¡Por supuesto! —le dijo Cassandra, felicitándolo, mientras se pasaba una mano por el rostro y sonreía a su hermano mayor—. ¿Cómo he podido pasarlo por alto?

—Bueno, he tenido más pistas que tú. De hecho, la vi con mis propios ojos —explicó—. En el pasillo de instituto, cuando Helena y yo nos estábamos escondiendo. Eris y Ares son muy parecidos, deben de ser gemelos o algo así. La única diferencia es que Ares estaba cubierto de una pintura azul.

Eso me desconcertó un poco.

—¿Cómo sabes qué aspecto tiene Ares? —preguntó Claire taladrando a Lucas con la mirada—. Los griegos le detestaban tanto que apenas se molestaron en relatar mitos sobre él. De hecho, lo único que sabemos es que su apariencia era autoritaria.

«Tenía que haberme imaginado que Claire sería la única que se daría cuenta», pensó Lucas. Suspiró y decidió contar toda la verdad.

—He visto antes a Ares. Hallé un modo de descender al Submundo; cuando Ares se enfrentó a Helena y Orión, yo también estaba allí.

Mientras todos le observaban con la mandíbula desencajada, Lucas continúo confesándose. Les explicó el robo en el museo Getty, las propiedades de los óbolos y admitió haberle regalado uno a Helena. No se arrepentía de nada y, por lo tanto, no tenía intención alguna de pedir disculpas.

—Y no nos contaste nada. ¿Por qué? —preguntó Ariadna con los dientes apretados.

—No lo habríais entendido —contestó, citando conscientemente las palabras de Matt había pronunciado unos instantes antes—. Lo importante es que Helena vuelve a soñar.

—Lucas, todos juramos protección a Helena y, si te hubieras acercado con esta idea, sabes perfectamente que habríamos estado de acuerdo con el robo para salvar su vida. Entonces, ¿por qué lo hiciste a escondidas? ¿Y si te ha visto alguien? —preguntó Jasón con seriedad—. El Getty está lleno de cámaras de seguridad.

—Eso no será un problema —replicó Lucas con seguridad.

Jasón le miró dubitativo, pero Lucas meneó la cabeza a modo de advertencia. Su primo le conocía de sobra para presagiar que trataba de desvelarle una confidencia. Pilló la indirecta y decidió dejar pasar el tema de momento, pero, ahora que Jasón sospechaba algo, no podría mantener durante mucho más tiempo si invisibilidad en secreto. Deseaba poder desahogarse y revelar a su familia que podía hacerse invisible. Así, por lo menos, nadie se preocuparía de su otro talento, mucho más espeluznante que la invisibilidad.

—¡Niños! —gritó Noel con ansiedad desde la puerta principal.

Todos reaccionaron ante el tono de alarma en su voz.

—¿Mamá? —llamó Lucas al mismo tiempo que se levantaba de la silla.

Un instante después, Noel apareció en el umbral, jadeando y sudando, y empezó a contar las personas que había en la biblioteca. Faltaba alguien.

—¿Dónde está Helena? —preguntó.

—La dejé en el trabajo —contestó enseguida Lucas.

—Oh, no —susurró Noel, que enseguida hurgó en sus bolsillos en busca de su teléfono móvil para marcar un número.

El número de su padre, intuyó Lucas. Cástor seguía en el Cónclave, reunido con los Cien Primos. Abandonar la reunión podía considerarse una infracción. Cada decisión que el Cónclave tomara a partir de ese momento podía verse influencia y desbaratada, y su madre era plenamente consciente de ello.

—¡Mamá! ¿Estás segura de lo que haces?

—¡Que se vaya a freír espárragos! Cástor y Palas tienen que regresar a casa ahora mismo. En el centro del pueblo no cesan los disturbios, Lucas.

¡Sal ahora mismo hacia la cafetería!

El calor era insoportable. Helena notaba la piel apestosa e irritada por el sudor. El aire seco olía a cerillas encendidas y se contoneaba como si fueran las aguas de un lago. La luz resultaba cegadora, aunque no podía distinguir un sol en el cielo.

Orión se soltó de la mano de Helena para darse media vuelta y atisbar el único árbol que emergía en aquel desierto. Las tres niñas yacían bajo su sombra. No dejaban de llorar y sus diminutos hombros temblaban con cada sollozo. El chico le indicó a Helena con un gesto que se dirigiera hacia allí para por fin enfrentarse a las furias. Las tres hermanitas se abrazaron las unas a las otras, como si estuvieran asustadas. Cuando él se acercó varios pasos, las tres se acurrucaron.

—Espera —comentó a Helena frenando a Orión—. No quiero asustarlas.

—¿Has venido a matarnos? —preguntó la cría del medio. La voz sonaba infantil, pero también ronca, por las lágrimas.

Ahora que Helena podía verlas con claridad, sin sentir su influencia, se preguntaba cómo podía haber creído que eran mujeres adultas. No eran más que niñas indefensas.

—Sabemos que los vástagos nos odiáis, que nos queréis ver muertas —lloriqueó la de la izquierda—. Pero no lo conseguiréis.

—No queremos haceros daño. Hemos venido a ayudaros —anunció

Helena uniendo ambas manos en un gesto de paz—. ¿No es eso lo que me pedisteis la primera vez que vine aquí? ¿Qué regresara algún día para ayudaros?

Las furias gimoteaban y se encogían, escondiéndose unas detrás de las otras, aterrorizadas. Orión se quitó muy despacio la mochila y la apoyó sobre el suelo. Las miraba con suma dulzura para evitar que se sobresaltaran. En opinión de Helena, el chico parecía un cazador acercándose a una manada de ciervos asustadizos, pero, por lo visto, su táctica funcionaba. Las furias le observaban con atención, con los ojos abiertos como platos y los labios fruncidos, pero estaban más sosegadas.

—Os hemos traído algo de beber —ofreció con amabilidad mientras abría la cremallera de la mochila para sacar las tres cantimploras.

—¿Veneno? —preguntó la llorica de la izquierda—. Un truco que nos envía Tártaro, sin duda. Ya os lo he dicho. No lo conseguiréis.

—Hermanas. Quizás esto sea lo mejor —caviló la más pequeña, situada a la derecha—. Estoy muy cansada.

—Sé que lo estáis —añadió Helena—. Creedme, sé cómo os sentís.

—Lo único que queremos es aliviar vuestro sufrimiento —dijo Orión.

Sonaba tan agradable y tierno que la hermana de la izquierda le saludó con la mano y dio un paso hacia delante.

—Nuestro sufrimiento es eterno —dijo la líder, ubicada en el centro, para contener a su hermana—. Vosotros, los vástagos, podéis encontrar paz, e incluso sentir felicidad de vez en cuando; pero nosotras, las euménides, siempre estaremos atormentadas. Nacimos de la sangre derramada de un hijo que atacó a su propio padre. Estamos destinadas a vengar las muertes injustas.

La cabecilla lanzó una mirada acusatoria a Orión, que enseguida reaccionó adoptando un ademán de súplica. Helena se acercó a él para mostrarle su apoyo. Empezaba a olvidarse del verdadero motivo por el que estaban allí.

Orión no era así.

—No asesiné a mi padre, por mucho que los destinos me empujaran a ello —declaró con voz grave—. Nací del resentimiento, pero he optado por no convertirme en un ser amargado.

—Pero nosotras no tenemos elección, príncipe —susurró la más pequeña —. Los crímenes siempre están dentro de nuestra cabeza.

—Nosotras, las euménides, jamás olvidamos la sangre que vuestra raza ha derramado a lo largo de la historia. Recordamos cada crimen —dijo la líder con profunda tristeza.

Y, de pronto, las tres niñas comenzaron a llorar otra vez.

—Y por eso estamos aquí. Mi amiga y yo consideramos que ya habéis sufrido bastante por los pecados de los vástagos —prosiguió Orión con su voz melódica—. Solo queremos daros un poco de agua. ¿No tenéis sed?

—Hace más de tres mil años que no probamos una gota de agua —confesó la niña de la izquierda.

Las tres hermanas se sentían tentadas, eso era obvio. El calor era tan sofocante y el aire tan árido, incluso bajo la sombra del miserable árbol, que hasta la propia Helena estaba desesperada por un trago de agua y eso que ya se había acostumbrado a sobrevivir deshidratada. Al fin, la pequeña de las tres hermanas dio un paso hacia delante. Tenía las piernas tan frágiles y flacuchas que apenas podían aguantar su peso.

—Tengo mucha sed. Quiero beber agua —anuncio con hilo de voz.

Cuando extendió las manos, los brazos empezaron a temblarle con violencia. Orión desenroscó la tapa y la ayudo a coger la cantimplora antes de llevársela a los labios. La niña tomo un pequeño sorbo y, de inmediato, miro a Orión, estupefacta. Agarro la cantimplora y la inclinó en vertical, tragando así todo su contenido y, cuando se bebió la última gota, la pequeña se desvaneció sobre Orión. El muchacho la cogió entre sus brazos y miro de reojo a Helena.

—¡La has matado! —exclamó la furia que no dejaba de llorar.

—No pueden arrebatarnos la vida —comento la líder—. Fíjate. Se está despertando.

La niña se agarró del cuello de la camiseta de Orión y enterró el rostro en su fornido pecho. El chico le acaricio el pelo con la mano libre y le susurro algo al oído al comprobar que la cría volvía a sacudir los hombros. Helena supuso que intentaba calmarla y asegurarle que estaba sana y salva. De repente, la niña echo la cabeza atrás y dejo a todos estupefactos. No estaba llorando ni gimiendo de dolor. Estaba riéndose.

—Hermanas —suspiró—. Esto es… ¡el paraíso! ¡Los herederos nos han traído una porción del cielo para beber!

Rápidamente, Helena entregó las otras dos cantimploras a las furias y observó con atención como se unían a la euforia de su hermana pequeña.

La cría besó a Orión en la mejilla para darle las gracias y después se arrojó a los brazos de sus hermanas mayores. Las tres niñas gritaban de alegría y se abrazaban, brincando, chillando y riéndose al mismo tiempo. Parecían tres niñas normales y corrientes pasándoselo en grande en una fiesta de pijamas.

Miró a Orión por el rabillo del ojo y le descubrió observando a las tres hermanas. Le abrumaba una serie de emociones tan intensas que, al mismo tiempo, parecían estar en conflicto. Se dio media vuelta y se aproximó a él, tratando de ofrecerle cualquier consuelo que necesitara.

Parecía abatido por la mención de su padre. Helena quería decirle que había todo eso había dejado de ser importante. Los vástagos se habían librado de las furias y muy pronto Orión y su padre podrían volver a estar juntos.

—Tenías razón —dijo Helena, Orión la miro con una sonrisa inquisitiva y esta añadió—: Liberarlas fue mucho mejor que la alegría eterna.

Los dos desviaron su atención hacia las niñas y disfrutaron viéndolas regocijarse y brincar de júbilo. Entonces Helena encogió los hombros y le dio un suave codazo, fingiendo que todavía le estaba dando vueltas al asunto. Orión le río el chiste, pero no musitó palabra alguna. Simplemente rodeó a Helena con el brazo y continuaron observando a las tres hermanas que no dejaban de abrazarse y bailar.

La hermana pequeña fue la primera en quedarse quieta. Al principio todos intuyeron que tantas emociones la habían dejado exhausta y necesitaba sentarse para recuperarse. Se alejó tambaleándose del grupo y se cubrió los ojos con una mano. Orión se levantó para acudir en su ayuda, pues creyó que estaba a punto de perder el conocimiento. La niña inclinó la cabeza y unas gotas rojas empezaron a mancharle el vestido. Estaba llorando lágrimas de sangre. Sus hermanas se acercaron a Orión y le preguntaron que ocurría. Poco después, las otras dos empezaron a sollozar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Helena a Orión.

—No lo sé. Lo único que ha dicho es que no podía quitarse sus caras de la

cabeza —contestó con el ceño fruncido.

Orión estaba preocupado. Las tres hermanas habían hecho un corrillo para mantener una conversación privada. Cuando llegaron a una especie de consenso, la líder se dirigió a Helena y a Orión.

—Al parecer, esta alegría no está destinada a durar —dijo Sus hermanas seguían abrazadas, llorando desconsoladamente. Helena quería ayudarlas de todo corazón. Orión se puso de rodillas y recogió las tres cantimploras para comprobar si quedaba alguna gota de agua.

Estaban vacías.

—Os traeremos más —prometió, pero la furia negó la cabeza.

—Por mucho que desee volver a sentir la alegría, me temo que jamás durará lo suficiente —comentó con aire triste—. No podemos devolveros este regalo, pero deseamos entregaros algo en cambio de los benditos momentos que nos habéis ofrecido.

—Un regalo por un regalo que recordaremos siempre —gimió la llorica.

—Os liberamos de todas vuestras deudas de sangre —anunció la líder antes de ondear la mano en el aire, como si los bendijera—. Jamás volveremos a atormentaros, a ninguno de los dos.

Dio un paso hacia atrás y se reunió con sus hermanas. Y entonces las tres regresaron a la sombra del árbol.

—¡Esperad! ¡No os rindáis tan rápido! —rogó Orión—. Quizá no os trajimos suficiente agua. Si conseguimos más…

—Orión para —dijo Helena impidiendo que el muchacho corriera detrás de ellas—. Tienen razón. Podríamos pasarnos la vida entera trayéndoles agua, pero a largo plazo la alegría es solo una experiencia. No puede durar.

Ahora me doy cuenta. Sin duda, Perséfone se refería a otro río distinto.

—¿Y si estaba equivocada? —protestó Orión, frustrado—. ¿Y si es nuestra forma de ayudarlas?

Helena observó los ojos verdes y brillantes de Orión, y sacudió la cabeza sin musitar palabra. No sabía que podían hacer. La más pequeña de las tres hermanas asomó la cabeza de entre las sombras.

—Gracias —susurró antes de sumergirse en la penumbra extrema del otro lado del tronco del árbol.

—Tenemos que ayudarlas —revolvió el chico—. ¡No podemos permitir

que sigan sufriendo de esta manera para siempre!

—Y no lo permitiremos. Te juro que seguiremos intentándolo hasta que consigamos dar con el río apropiado.

De pronto, a Helena se le nubló la vista y tuvo que agarrarse de la camisa de Orión para evitar caerse de bruces.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico.

El paisaje empezó a disminuirse y el mundo se ralentizó, como si estuviera a punto de despertarse.

—Creo que nos están echando —dijo.

Se abrazó al cuello de Orión e intentó no soltarse…

Matt y Claire dejaron el coche abandonado en la cuneta cuando descubrieron que el tráfico nocturno había quedado cortado y que ningún otro vehículo circulaba por la carretera. Se apearon del automóvil y empezaron a correr bajo los últimos rayos del sol que bañaban la calle desierta en dirección al centro del pueblo.

En teoría, ninguno de los dos debía de estar haciendo eso, pero no estaban dispuestos a quedarse cruzados de brazos mientras los vástagos salían a pelear. Matt se sintió más que insultado cuando Ariadna le rogó que se quedara en casa, como si fuera un crío incapaz de defenderse. Intentó rebatirle para exponer sus argumentos pero Ari, Lucas y Jasón salieron escopeteados de casa a tal velocidad que apenas pudo meter baza. Cuando se marchaban como balas, Matt no podía evitar sentirse molesto e irritado.

Cassandra los advirtió de que no se fueran de casa. A nadie le gustaba que lo regañaran. De hecho, Matt prefería que Cassandra utilizara su sentido común en vez de su talento como oráculo para dilucidar el futuro. No soportaba ver como los destinos se apoderaban de su diminuto cuerpecillo como si se arrastraran por debajo de su piel hasta alcanzar la cabeza.

Ese era uno de los muchos detalles que hacían a Matt poner en duda el valor de los dones y talentos que los vástagos habían heredados de los famosos dioses. ¿Qué bondad había en los destinos si su único propósito era utilizar a las personas como vasos que podían llenar y vaciar para después romper en mil pedazos? Por mucho que Matt aborreciera la violencia, cuando

reflexionaba sobre la influencia de los destinos sobre los vástagos le entraban ganas de hacer algo físico, preferentemente con un par de puños americanos en los nudillos.

De camino al centro del pueblo, Claire y él no dejaron de oír gritos y alaridos. Llegaron a un cruce donde oyeron claramente chillidos de miedo, pero cuando alcanzaron la siguiente manzana percibieron tremendas carcajadas de alegría. En cierto modo, daba la sensación de que cada zona del pueblo estuvieran proyectando películas distintas.

—Espera, Claire —dijo Matt cuando rodearon una esquina poco iluminada—. Las farolas están fundidas.

—Pero la cafetería de Kate está por ahí —protestó.

—Ya lo sé. Rodeemos la manzana y entremos por el callejón. Prefiero echar antes un vistazo y saber a lo que nos estamos enfrentando, en vez de entrar de sopetón.

Claire estuvo de acuerdo con la opción de Matt, así que se deslizaron hacia el oscuro callejón que daba a la cafetería. A pesar de estar bastante tranquilo, podían distinguir los gritos de la muchedumbre, como si hubieran entrado a hurtadillas por el vestíbulo lateral de un estadio mientras tocaba una banda de *rock* en el escenario. Intuyeron que algo desastroso estaba ocurriendo.

—Dios mío, está oscuro —murmuró Claire, un tanto asustada.

—Sí, y mucho me temo que no es una oscuridad normal —susurró Matt un tanto nerviosos mientras cruzaba la entrada trasera de la cafetería.

—Creo que esto ya lo he visto antes —musitó la jovencita mientras se frotaba los brazos tanto por el frío como por el miedo—. Cuando Automedonte y los Cien Primos atacaron a Héctor en mi reunión de atletismo, esta misma negrura cubrió todo el paisaje. Si no me equivoco, significa que un maestro de la sombra ha estado aquí.

Dentro, el local estaba hecho un desastre. Las mesas estaban tiradas de cualquier modo, los botes de cristal que solían contener caramelos estaban hechos añicos en el suelo y toda la tienda estaba cubierta por una fina capa de harina. Sin duda, algún enajenado había vaciado varias bolsas de forma deliberada. Matt y Claire se abrieron camino hasta llegar a la parte delantera. Buscaban clientes malheridos que hubieran quedado inconscientes, con la

esperanza de no encontrar ni a Jerry ni a Kate. Por suerte, la cafetería estaba vacía; no había ni un alma.

La penumbra parecía hacerse más intensa en la parte delantera, de forma que Matt y Claire tropezaron varias veces antes de salir a la calle. Tuvieron que detenerse en el umbral para dejar que la vista se ajustara a aquella oscuridad nebulosa que había dejado el maestro de la sombra a su paso.

Fue entonces cuando vislumbraron a una turba de personas disfrazadas encabezadas por una mujer alta y esbelta. A medida que la penumbra se disipaba, Matt instintivamente se encogió.

—Debe de ser Eris —murmuró a Claire.

—¿Y entonces quien es ese? —preguntó señalando la calle opuesta.

Se refería al chico delgaducho y alto que parecía estar cosido por partes de cuerpos ajenos. Tenía unos brazos demasiados largos para su constitución y caminaba patizambo. A pesar de su altura, daba la sensación de que reptaba en vez de caminar. Sin dejar de señalarle con el dedo y muerta de miedo, Claire optó por esconderse tras su buen amigo Matt. La joven estaba temblando y cada vez le costaba más respirar, como si cualquier momento se fuera a poner a gritar.

Matt la conocía desde la guardería; si había algo de lo que estaba absolutamente seguro, era que Claire Aoki no era una chica asustadiza.

Miró a su alrededor fijándose en el comportamiento de la muchedumbre.

La gente, aterrorizada, huía de aquel grupito disfrazado. Era como si los persiguieran sus peores pesadillas.

—Debe de ser otro dios, como Eris —sospechó con voz temblorosa—. ¡Piensa Claire! Eris es la hermana de Ares y es la personificación del caos.

Trastoca a los humanos y los incita a causar estragos. Dime, ¿qué sentimos cuando miramos a ese tipo?

—¿Pánico? —resolló Claire, esforzándose por no hiperventilar—. ¡Pero creía que el dios Pan era mitad cabra y mitad humano!

—¡No, no! ¡No me refiero al maldito sátiro! Había otro —refunfuñó Matt, rebuscando en su memoria. El enrevesado y endogámico árbol familiar de los dioses se le apareció en forma de esquema en su cabeza—. Ares, el dios de la guerra, pasea con su hermana Eris, la diosa de la discordia, y, con ellos, el hijo de Ares, Terror. Ese niño tan rarito tiene que ser Terror.

—Matt —jadeó Claire utilizando ambos brazos para apuntar a las dos calles—. ¡Las dos bandas se van a enfrentar!

A Matt se le encogió el corazón. Eris y su sobrino guiaban a sus enloquecidas manadas por las calles adyacentes que se cruzaban en una gigantesca intersección en cuya esquina se alzaba la cafetería de Kate.

Con cada paso, los detestables dioses conducían a sus desamparados seguidores a un choque inevitable. Hasta Matt y Claire, que intentaban con todas sus fuerzas controlar sus reacciones, se notaban más nerviosos a medida que los dioses se acercaban. Al fin, como el tapón de una botella de champán al descorcharse, el grupo que seguía los pasos de Terror alcanzó al séquito de Eris, y se produjo una estampida descomunal. Entre el alboroto Matt distinguió la figura de Eris, determinándose de la risa acompañada de su sobrino, Terror, que se reía satisfecho.

La gente estaba asustada y se peleaba con los alborotadores disfrazados, golpeándose en un frenesí de miedo y destrucción. Matt y Claire solo podían hacer una cosa, salir de inmediato. Matt agarró a Claire de la mano y la arrastró hacia un coche que había aparcado, se agacharon y el joven utilizó su cuerpo como escudo para proteger a su amiga de los cristales rotos y del mobiliario urbano que volaba por los aires.

Los dos se abrazaron para controlar sus emociones y evitar unirse a la refriega. El aire apestaba a leche agria y plástico quemado; en ese momento, Matt se dio cuenta de que los nauseabundos aromas influían en las emociones de las personas; cuánto más intenso era el hedor, más crecía la rabia entre la muchedumbre.

El tenue resplandor de la farola que los alumbraba se fue apagando poco a poco, hasta que Matt y Claire se vieron envueltos por un paño mortuorio que oscureció toda la intersección. En cuestión de segundos, el chico descubrió que no veía más allá de medio metro de distancia.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí? —gruñó una voz desde el interior de la penumbra.

«Es la voz de Lucas», acertó Matt.

—Vamos —ordenó Lucas. Alzó la mano entre la capa de sombras e hizo un gesto invitándolos a seguirle—. Os esconderé aquí hasta que pueda llevaros a un lugar seguro.

Matt y Claire vacilaron, pues les aterrorizaba acercarse a él. Se mostraron reacios a obedecer sus órdenes y, de repente, la penumbra se disolvió y se alejó de la figura de Lucas. Había algo amenazador en el sonido de la voz del joven y en el rastro de las tinieblas que dejaba a su paso. Su mirada azul se había ennegrecido y parecía muy pero muy furioso.

—¿Ah, Lucas? —preguntó Claire con cierta timidez, lo cual era muy poco característico de ella—. ¿Eres una especie de maestro de la sombra?

El chico bajó la mirada y asintió con ademán triste.

—¿Cuántos secretos más nos has ocultado? —dijo Matt, estupefacto ante la nueva noticia.

Lucas abrió la boca y miró varias veces a Matt y a Claire con expresión de disculpa pero antes de que pudiera articular palabra le interrumpieron.

Con una velocidad que Matt no logró apreciar, Jasón y Ariadna aparecieron mágicamente a su lado, haciendo una docena de preguntas al mismo tiempo. Lucas alzó las manos y procuró explicarles que recientemente había descubierto que poseía el talento de los maestros de sombras; en mitad de su discurso, le volvieron a interrumpir por segunda vez.

—¡Chicos! ¡Dónde está Helena! —gritó Kate, desesperada.

Todos se dieron media vuelta y vieron que la mujer avanzaba cojeando.

Llevaba la ropa rasgada y rota; el pelo, alborotado, y estaba manchada de pies a cabeza con mugre y harina, como si hubiera dado volteretas en el suelo durante la pelea.

Héctor apareció junto a ella, con Jerry entre los brazos. El padre de Helena estaba inconsciente y tenía una herida en la sien que no dejaba de sangrar.

De inmediato, Héctor abrió los ojos de par en par, sorprendido. Matt se giró para comprobar la reacción de Lucas, Ariadna y Jasón. Los tres tenían el vello de punta y estaban rígidos, en tensión. No tenía el oído tan agudo como ellos, pero, a juzgar por sus miradas, todos los vástagos estaban poseídos por las furias.

—¡Jasón, no! —gritó Claire abalanzándose sobre él para impedir que atacara a su hermano.

—¡Tengo a Ari! —chilló Matt tras abordarla.

Ariadna le bufó como un felino y le arañó el cuello y el pecho, pero al ver

que Matt empezaba a sangrar, enseguida se detuvo. Haciendo caso omiso a las heridas, el chico tapó los ojos de Ariadna con la mano y la estrechó entre sus brazos mientras ella se sacudía con rabia. Miró hacia arriba y vio a Lucas, que ladeaba la cabeza como un león antes de cazar a su presa.

No quedaba nadie que pudiera contenerlo.

Capítulo 14

Helena abrió los ojos y vio la almohada congelada y vacía junto a ella, lo cual significaba que estaba de vuelta en su habitación. Asomó la cabeza por la ventana y, a pesar de estar oscuro, intuyó que acababa de atardecer, pues las estrellas no titilaban con toda su fuerza. Se tumbó boca abajo y reparó en que se había tumbado sobre algo irregular y cálido, algo que, sin duda, no era su colchón.

Se apoyó sobre los codos para comprobar de qué se trataba y advirtió el rostro durmiente de Orión. Se repitió varias veces que tenía que levantarse de allí, pero vaciló. El joven tenía el ceño fruncido mientras soñaba y, por alguna razón, a Helena le parecía adorable.

En el Submundo, Orión era hermoso, pero ahora que lo contemplaba en el mundo real, cambió de opinión: era hipnótico. Cada rasgo encajaba a la perfección con los demás, formando así un equilibrio armonioso, como si fuera una sinfonía visual. Recorrió con la mirada la curva de sus mejillas y el cuello hasta alcanzar el suave balanceo de su pecho. Como hijo de Afrodita, Helena sabía que la belleza irresistible era uno de sus dones vástagos, pero el hecho de saberlo no le hacía menos magnético. Seguía necesitando con urgencia un buen corte de pelo, pero, aun así, era un verdadero Adonis, el pináculo de la belleza masculina. Helena se dio cuenta de que, cuánto más tiempo pasaba observándole, más le costaba apartar la vista.

Incapaz de controlarse, le acarició los labios con un dedo curioso. Solo quería comprobar que eran tan suaves como lo recordaba, tan dulces como Morfeo los había imitado.

De pronto, el cuerpo de Orión se contrajo de forma espasmódica y el muchacho abrió los ojos. Sin detenerse a mirar dónde se encontraba, agarró a

Helena y a punto estuvo de la lanzarla contra el suelo.

—¡Soy yo! —gritó Helena aferrándose a los hombros de Orión para impedir que la propulsara contra la pared.

El muchacho se incorporó en la cama y echó un vistazo a la habitación, un tanto absorto y desconcertado. Soltó a Helena y pasó la mano por encima de la fina capa de hielo que cubría la cama y el resto de la habitación.

Dibujó una divertida sonrisa en sus labios al frotar los cristales de hielo para fundirlos.

Helena intuyó que Orión empezaba a atar los cabos sueltos en su cabeza.

Enseguida hizo la conexión entre la gélida temperatura que reinaba en su habitación y el constante e insoportable frío de la cueva que actuaba como portal. La chica se maravilló al percatarse de cómo comprendía las expresiones de Orión. Le resultaba tan familiar que incluso creía que podía leerle la mente. Era como si le conociera de toda la vida. O incluso de antes, pensó tras sentir un pequeño escalofrío.

—¿Esta es tu habitación? —preguntó. Helena sonrió y asintió con la cabeza. Orión la miró con la frente arrugada y añadió—: Esto… ¿por qué utilizas sábanas para niños que mojan la cama?

Los dos se echaron a reír.

—¡No tuve más remedio que comprarlas! ¡Manchaba mis sábanas con barro cada noche que descendía al Submundo! —se justificó. Helena empezó a golpear a Orión en la pierna hasta que este le cogió la mano y la sostuvo contra su muslo.

—Helena, sé sincera —bromeó—. Sigues meándote en la cama, ¿verdad?

Ella sonrió y negó con la cabeza. Con una sola mirada le hizo saber que dejara el tema. Las risas juguetonas se silenciaron y una delicada tensión sustituyó al divertimiento anterior. No sabía por qué, pero Helena seguía con la mano apoyada sobre el muslo de Orión. Al darse cuenta, la apartó enseguida, pero de inmediato volvió a posarla sobre la pantorrilla del joven.

El chico se echó hacia atrás, acomodándose entre las almohadas y palpó el brazo de Helena, como si necesitara asegurarse de que ella estaba allí verdaderamente.

—No te estoy atacando —susurró mirando al infinito. Acarició el brazo de la joven con los dedos y acunó el codo en la palma de la mano—. Las

furias nos han liberado.

—Así es —murmuró—. Ahora puedes irte a casa.

Orión esbozó una mueca.

—Nos han absuelto, pero aún no hemos acabado —dijo.

—Todavía no —añadió Helena sin alzar el tono de voz—. Pero entendería que tuvieras cosas más importantes que atender ahora.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con curiosidad.

—Eres libre. Puedes estar con tu padre —declaró Helena, incapaz de mirarle a los ojos. Al buscar algo con qué entretenerse, se percató de que seguía llevando las alas de hada. Se las quitó y, tratando de controlar la voz, añadió—: Comprendería que no quisieras volver a acompañarme al Submundo.

Orión quedó boquiabierto y miró a Helena entrecerrando los ojos.

—Increíble —musitó—. Después de todo lo que te he contado sobre mí.

El muchacho apartó las sábanas con un gesto furioso y brusco, pero Helena le cogió del brazo para detenerle.

—Eh, no has podido ver a tu padre desde que cumpliste los diez años. Y, no nos engañemos, no eres tú quien debe cargar con el peso de la responsabilidad, sino yo. Lo menos que podía hacer era plantear el tema —explicó con tono serio.

—Ya te lo he dicho. Estoy contigo en esto, hasta el final. Pase lo que pase.

—Esperaba que dijeras eso —bisbiseó, regalándole una sonrisa de agradecimiento. El gesto adusto se suavizó en una sonrisa y dejó que Helena le empujara de nuevo hacia la cama.

La chica no podía parar de tocarle, rozarle, acariciarle. Con toda probabilidad Orión se había pasado la vida apartando a las chicas como a moscas y le avergonzaba saber que ella no era distinta a las demás.

—No te quites esto de momento, ¿vale? —dijo Helena señalando la Rama de Eneas, que seguía con la apariencia de un brazalete dorado que se enroscaba por su muñeca.

No opuso resistencia cuando el joven le pasó la mano por la espalda, pero tras aquella placentera sensación decidió apartar las manos de su cuerpo.

—De todos modos, no creo que pueda quitármelo —murmuró.

Mientras se miraban fijamente, a Orión se le aceleró la respiración. Por lo visto, podía relajarse a la vez que ponerse en guardia. La joven se preguntaba si Orión podría verle el corazón latiendo bajo el pecho. En ese instante, Helena creyó que el muchacho se inclinaría para besarla.

Empezó a ponerse nerviosa, pensando qué haría si decidía plantarle un beso. Aquello no era ningún sueño, y Helena no sabía si estaba preparada para un contacto físico, por mucho que lo deseara. Orión parpadeó, rompiendo así el momento de tensión.

—Está bien. No tengo prisa, Helena —comentó—. De hecho, preferiría que te tomaras el tiempo que necesites.

Al oír la palabra «tiempo», una oleada de pánico tensó cada músculo del cuerpo de la chica. Bajó de un brinco de la cama, corrió hacia la ventana y alzó la lona azul que hacía las veces de cristal. A pesar de la distancia, oyó unos ruidos poco habituales que provenían de una de las calles más céntricas del pueblo.

—¡Oh, Dios mío, no me lo puedo creer! ¡Me había olvidado! —se quejó. Histérica, retrocedió para coger a Orión del brazo y saltó por la ventana rota —. ¡Dejé a mi familia en medio de un motín!

Los dos aterrizaron al mismo tiempo sobre el jardín y arrancaron a correr, con Helena a la cabeza. Pocos segundos después llegaron al centro del pueblo y se detuvieron. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Personas a las que veía a diario, con las que charlaba mientras les servía una magdalena y un café con leche, intentaban hacerse trizas entre sí. Incluso los agentes de policía uniformados y todo el cuerpo de bomberos correteaban por las calles destrozando ventanillas de coches y armando camorra.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Orión, preparado para una batalla—. No conozco este lugar ni a toda esta gente. ¿Quién es el malo?

Helena encogió los hombros como respuesta mientras observaba la batalla campal. Giró sobre sus talones, formando un círculo, para decidir a quién proteger y a quién atacar. Pero todos eran sus vecinos y, a juzgar por lo que veía, la inmensa mayoría de ellos se peleaban presa del pánico. De pronto, entre el enjambre de personas, advirtió un pequeño camino libre de peligro y salió disparada hacia él.

Automedonte, seguido muy de cerca de su viejo colega Zach, apartaba a

gente inocente de su camino sin prestar la debida atención. Con su fuerza inhumana, arrojaba a todo el que se interponía ante él por los aires, como si fueran cometas a las que un maléfico niño cortaba los hilos. La intención del esbirro no era hacerles daño. De hecho, le resultaba indiferente si todas aquellas personas sobrevivían o perecían.

Justo en medio de la calle por la que avanzaba Automedonte había un tipo tendido en el suelo. Junto a él había una niña pequeña disfrazada de princesa y un niño vestido de oso y miles de caramelos de Halloween desparramados. La cría berreaba sin consuelo mientras golpeaba la espalda del señor, tratando inútilmente de reanimarlo. El niño hizo acopio de valentía y se enfrentó a Automedonte, apretando los puños bajo las peludas garras de oso, preparado para defender al hombre inconsciente y a la niñita indefensa. Fue en ese preciso instante cuando Helena se percató de que el tipo era Luis, y de que la princesa y el oso eran sus hijos, Mariví y Juan.

Automedonte no se tomó la molestia ni de mirar abajo. Pateó a Juan para apartarlo en el último momento y propulsó su diminuto y débil cuerpo hacia la muchedumbre. Orión desapareció en un abrir y cerrar de ojos, pero Helena se quedó anclada en el suelo, aturdida y estupefacta.

Entonces, el rostro de Zach se quedó petrificado en una mueca de terror y se agachó para esquivar un relámpago blanco como la nieve que despidió Helena. El arco de luz llegó hasta Automedonte.

No se lo pensó dos veces. Ni tan siquiera se fijó en si la gente la estaba mirando y tampoco se planteó si quería eliminar a ese insecto por motivos estratégicos. En su mente, lo único que veía era la imagen de Juan, ataviado con su amoroso disfraz de oso, volando por los aires. Alzó la mano izquierda y apuntó la corriente de energía pura hacía su objetivo, Automedonte. El esbirro se incendió de inmediato, convirtiéndose así en una especia de antorcha humana.

Automedonte se retorcía de agonía, como un gusano que alguien ha aplastado. La piel de la criatura pasó de naranja butano a roja pálido en cuestión de segundos. El esbirro se desplomó sobre las rodillas, se dejó caer hacia un lado y, carbonizado de pies a cabeza, por fin se quedó quieto.

—¡Helena, para! —gritó Orión—. ¡Está muerto!

Detuvo la electricidad con un chasquido, retiró la mano izquierda y

observó la cáscara de carbón que solía ser Automedonte. Zach se escabulló gateando y después huyó como un cobarde. Helena dejó que se marchara y se dirigió hacia Orión.

El vástago sostenía al pequeño Juan. Entre aquellos descomunales y gigantescos brazos, el niño parecía un osito de peluche. Helena se tapó la boca con la mano, con miedo a preguntar cómo estaba el crío.

—Está bien, le cogí antes de que se golpeara contra el suelo —la consoló Orión mientras se aproximaba a ella—. Pero, aun así, deberíamos sacarlos de aquí.

Ambos miraron a la pequeña Mariví. La niña observaba a Helena con los ojos como platos y la boca abierta.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Helena. Mariví asintió, sin pestañear ni cerrar la boca—. ¿Vienes con nosotros?

Ella volvió a asentir con la cabeza.

Helena extendió los brazos y, de un brinco, la pequeña se colgó de su cuello y rodeó su cintura con sus piernas, como si fuera un koala. Orión colocó a Juan sobre la cadera libre de Helena y después se agachó para auxiliar a Luis, quien todavía parecía respirar.

—Está inconsciente, pero se pondrá bien —concluyó Orión mientras le alzaba en volandas—. ¿Hay algún lugar seguro cerca de aquí? Supongo que los hospitales estarán desbordados esta noche.

—Esto… ¿la cafetería? —propuso Helena, a quien no se le ocurrió nada más—. Hay un botiquín de primeros auxilios y puede que mi familia esté allí.

—Perfecto —respondió Orión, indicándole a Helena que cogiera la delantera.

Mientras se alejaban, el cuerpo carbonizado de Automedonte se movió.

Oyeron un crujido quebradizo y en su espalda se abrió una gigantesca brecha, que dejó al descubierto una piel húmeda y rosada. Aquella criatura respiraba. Mariví hundió la cara en el cuello de Helena.

Orión y Helena intercambiaron miradas de sorpresa. De pronto, la cáscara que envolvía a Automedonte se partió por la mitad y el esbirro salió trepando de su piel churruscada como un cangrejo al dejar su carcasa.

Recubierto de una mucosidad pegajosa y encogido junto a los restos de su cascarón, Automedonte reveló sus ojos, de color lechoso y cubiertos por una

tela casi invisible, y, mirando a Helena, sonrió.

—Eso ha dolido —anunció de un modo frío, casi robótico. El esbirro miró a Orión, fijándose en la pulsera dorada que decoraba su muñeca, ajustando la mirada para enfocar—. El tercer heredero. Me alegro de volver a verte, general Eneas.

Automedonte escupió un tubo pegajoso que mantenía enroscado bajo su lengua humana en dirección a Orión. Tras menear la peculiar lengua, volvió a enrollarla y casi se atraganta. Por un segundo, Helena pensó que iba a vomitar.

—¡Vámonos! Antes de que pueda mantenerse en pie —gruñó Orión al oído.

De inmediato, los dos salieron corriendo tan rápido como las piernas les permitían con los pasajeros malheridos en los brazos.

Antes de que la cafetería apareciera en el horizonte, Helena intuyó que algo terrible estaba sucediendo. Notó que el suelo bajo sus pies temblaba y miró de reojo a Orión.

—¡No soy yo! —se quejó—. Son temblores de impactos.

Tras doblar la última esquina, ambos se encontraros encerrados en una nube oscura.

—¡Un maestro de la sombra! —gritó Helena a Orión—. Los Cien deben de andar por aquí. Tienen un nuevo miembro. Lo vi en mí encuentro de atletismo… Helena aminoró el paso y, de inmediato, la oscuridad empezó a disiparse, aunque de forma muy ligera, casi imperceptible. Conocía aquella negrura; no era la primera ni la segunda vez que se sumergía en ella. Entre las distintas cortinas de sombras, que se movían como manos de humo, distinguió la figura de Héctor, golpeando a su contrincante. En ese momento, Helena se dio cuenta de que el enemigo al que Héctor castigaba contra la acera era el origen de tal oscuridad. Era Lucas. Como un rayo, el joven cambió de postura, alzó la mano y aplacó a Héctor tras asestarle un salvaje puñetazo. De repente, salió de su aturdimiento y empezó a gritar algo incomprensible mientras corría el resto del camino con Orión pisándole los talones.

—¡Helena! —gritó Kate, y la joven frenó en seco.

Siguiendo el rastro de la voz de su amiga, la chica escudriñó entre las

penumbras y vio a Kate, agachada junto a Jerry, que estaba inconsciente y con la sien sangrando. Junto a ellos, Claire y Matt sostenían a Jasón y Ari respectivamente, impidiéndoles ver y oír lo que estaba sucediendo. Helena entregó a los niños a Kate, miró a su padre con preocupación y enseguida se abalanzó sobre Lucas.

Justo cuando saltó para arrojarse sobre él, vio a Orión lanzarse hacia Héctor para agarrarle por el cuello con una llave de artes marciales. Helena utilizó su fuerza sobrehumana para empujar a Lucas hasta el suelo. Trató de inmovilizarlo contra los adoquines, pero el joven Delos siempre se las arreglaba para escabullirse e invertir la postura. Lucas le sujetó las manos sobre la cabeza; a pesar de que Helena era mil veces más poderosa, sabía que estaba atrapada. Pensó en electrocutarle, pero freír a Automedonte la había dejado tan deshidratada que no se veía capaz de dominar sus descargas eléctricas.

—¡Por favor, Lucas, no lo hagas! —rogó como último recurso.

Al escuchar su voz, el joven paró, como si se hubiera despertado de un trance. Miró a Helena, confundido, y enseguida la soltó.

—¡Yo me encargo de sacar a Héctor de aquí! —gritó Orión mientras forcejeaba con Héctor, que trataba de soltarse—. Vamos, tipo duro. ¡Es la hora del baño!

A una velocidad supersónica, Orión consiguió desequilibrarlo y le arrastró hasta la orilla del océano. En cuanto el paria se alejó lo suficiente como para no tener efecto alguno sobre su familia, su conducta cambió de la ira al arrepentimiento. Claire y Matt dejaron libres a Jasón y a Ari. Lucas hundió la cabeza entre sus manos sangrientas y se cubrió los ojos. Helena quería acariciarle el hombro para consolarle, pero sabía que no debía hacerlo, así que se quedó mirándole con el corazón en la garganta.

—Siempre supe que había algo más en ti. Algo oculto, pero jamás… ¿Qué está pasando? —preguntó Kate entre susurros. Helena se volvió hacia ella y vio que apenas estaba alterada—. ¿Tu padre lo sabe?

—No, Kate. Por favor —farfulló Helena.

Al mirar la herida de Jerry, le abrumó la preocupación. No tenía ni idea de qué tenía o quería decir.

—Entremos en la cafetería —ofreció Matt para tranquilizarlos a todos.

Además, en las calles todavía había disturbios y alborotadores que están destrozando el pueblo—. Lo primero es lo primero. No podemos quedarnos aquí, en mitad de la calle.

Trasladaron a los heridos a los sofás de la zona trasera de la cafetería y, de inmediato, los mellizos se concentraron para evaluar la gravedad de las heridas. Luis solo había sufrido una contusión, pero el pequeño Juan tenía cuatro costillas fracturadas, un brazo roto y una herida en la cabeza. Los hermanos se miraron con solemnidad y se prepararon para el trabajo que les esperaba.

—Apartaos un poco —previno Claire a Kate y Mariví cuando dejaron escapar un grito ahogado al ver las manos de los gemelos—. De veras, todo irá bien. La curación es uno de sus talentos.

—¿A qué te refieres con talentos? —preguntó Kate—. Helena, ¡tienes que contarme qué está ocurriendo aquí!

La chica no sabía qué decir. Echó un fugaz vistazo a su padre y, abrumada, se dirigió a Kate.

—Soy una semidiosa —espetó por fin—. Lo lamento mucho, pero ahora no tengo tiempo de explicártelo.

—¡Muy bien! —exclamó Claire al ver la reacción petrificada de Kate—. Yo me encargo de esto, Helena. Por cierto, se te da muy bien dar primicias con tacto. Kate, agárrate bien que vienen curvas.

Claire empezó a dar a la pobre Kate un curso rápido de mitología antigua y Helena articuló la palabra «gracias» antes de indicarles a Matt y a Lucas que se reunieran con ella. Les contó su encuentro con Automedonte, cómo le había dejado frito en el suelo y cómo el maldito esbirro había salido de su propia piel carbonizada delante de sus ojos.

—¿Zach está bien? —preguntó Matt.

—La última vez que le vi corría hacia Surfside —respondió Helena, aunque le daba bastante igual—. Estaba con Automedonte, Matt, no influido por él, como Luis y los niños, así que seguro que estará a salvo.

Matt se volvió hacia Lucas.

—¿Los esbirros pueden resistir relámpagos o lanzar descargas de energía?

—No —respondió Lucas—. A diferencia de los vástagos no poseen

ningún talento, pero su fuerza es infinita. Son mucho más fuertes que la mayoría de los vástagos.

—Aunque fuera diez veces más fuerte que tú, no podría haber sobrevivido a eso —dijo Helena con aire misterioso—. Creo que Automedonte es inmortal. Quizá se haya hecho hermano de sangre con un dios, tal y como sugirió Cassandra. Lucas, le golpeé con un rayo que podría haber derretido el plomo.

El chico frunció el ceño, pensativo. Había miles de preguntas que Helena deseaba hacerle, la mayoría respecto a su nuevo título de maestro de la sombra, pero un destello de luz cautivó su atención y decidió que ese interrogatorio tendría que esperar. Lucas, Matt y Helena se acercaron a los heridos. Los mellizos habían decidido curar primero a Juan, para que se despertara tranquilo, sin angustiarse por su padre. Ariadna y Jasón pasaron unos momentos observando a Luis y concluyeron que estaba en perfecto estado.

Todavía débil, pero sin daños permanentes, Luis cogió a sus dos hijos y se apresuró a salir de la cafetería, desesperado por comprobar si su esposa estaba en casa. Antes de que su padre saliera por la puerta, Mariví se llevó el dedo índice a los labios, imitando el gesto de silencio, para prometerles que no revelaría el secreto a nadie.

Cansados y sin apenas color en la tez después de invertir tantos esfuerzos para curar a Juan, los mellizos desviaron su atención hacia Jerry. Tras una revisión rápida, ambos compartieron la ya clásica mirada; Helena estaba convencida de que era su modo de leerse la mente. Pero antes de que la joven pudiera preguntarles sobre la gravedad el estado de su padre, Orión regresó del mar. Tenía magulladuras por todo el cuerpo y estaba completamente empapado. En cuestión de segundos pasó de estar calado hasta los pies a estar seco.

—¿Cómo está Héctor? —preguntó Lucas con voz temblorosa.

—Está disgustado, pero a salvo —informó Orión.

Lucas bajó la cabeza y asintió.

—¿Cómo es posible que estés aquí? —preguntó Jason con incredulidad —. ¿Por qué no tenemos ganas de atacarte?

—Bueno, la versión corta es que Helena y yo no acertamos con nuestro

plan, aunque no ha salido del todo mal. Al final acabamos obteniendo lo que supongo que podríamos llamar «el perdón de las furias». ¿Verdad Helena?

—Pero no solucionamos el problema. Todavía —añadió. No era capaz de mirarlos a los ojos. Que Orión y ella se hubieran librado del tormento de las furias mientras el resto de la familia estaba condenada a seguir sufriéndolo la hacía sentir culpable.

—¿Eres la hermana pequeña de Héctor? —preguntó Orión dirigiéndose a Ariadna con tono cariñoso—. Me hizo prometer que te dijera que no te preocupes. Dice que te preocupas demasiado por la gente.

Ariadan intentó sonreír, pero la emoción pudo con ella y rompió a llorar.

Les dio la espalda para secarse las lágrimas con la manga y se tranquilizó.

Helena miró de reojo a Lucas, que parecía exhausto.

Él había sido el único en atacar a Héctor. Los demás habían logrado controlarse, dominar su rabia frente a Héctor. Todos, excepto él. Siempre cargaría con ese peso sobre sus espaldas. Lucas era el Paris de esta generación y estaba destinado a ser el cabeza de turco en esta epopeya. Y, como guinda del pastel, ahora también tenía que soportar el estigma de ser un maestro de la sombra.

Algo oscuro estaba creciendo en su interior. Helena se preguntaba si esa semilla negra siempre había estado ahí, esperando a que alguien la regara o si, por lo contrario, lo que había ocurrido entre ellos la había plantado.

Era evidente que Lucas estaba a punto de perder la paciencia. Solía ser un chico tan seguro de sí mismo, tan lleno de vida… Solía brillar, y ahora estaba rodeado de penumbra.

De repente, una bombilla se encendió en la mente de Helena. Estaba harta de ver a la gente que apreciaba sufrir por cosas que no dependían de ellos, que no podían controlar. No podía hacer nada para ayudar a su padre, pero sí para ayudar al resto de su familia.

—Estoy hasta la coronilla. ¿Y tú? —preguntó a Orión.

—Sí, por favor. Hasta la mismísima coronilla —respondió, comprendiendo de inmediato las palabras de Helena.

Le echó una mirada penetrante, jurando una promesa y exigiendo otra a cambio.

—Descenderemos. Nos quedaremos allí abajo hasta que demos con el río

acertado —anunció Helena, convencida—. No importa el tiempo que tengamos que pasar en el Submundo; pondremos punto final esta misma noche.

Las comisuras de los labios de Orión formaron la más débil de las sonrisas cuando el joven relajó la mandíbula.

—No puedo correr a velocidad de vástago por la gruta de cuevas porque hay riesgo de derrumbe. Tardaré unos minutos en llegar a las cuevas, en tierra firme, pero no podré cruzar el portal hasta media hora más tarde —dijo bajando la barbilla, como si se estuviera preparando para irrumpir en una ciudadela—. Me reuniré contigo entonces.

Y el joven se dio media vuelta y salió disparado.

—Cuidad de mi padre —les rogó Helena a los mellizos y a Kate antes de dirigirse hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —inquirió Lucas cerrándole el paso.

—A casa. A la cama. Al Submundo —enumeró Helena, como si estuviera citando una lista de armas mortales.

—¿De veras piensas tumbarte boca abajo en la cama de una habitación sin ventana después de carbonizar a un esbirro? —preguntó él, enfadado—. ¿Eso te parece seguro?

—En fin, yo… —farfulló Helena, que no lograba explicarse cómo podía haber pasado por alto esos detalles.

Lucas la cortó murmurando que un día de estos sufriría un ataque de nervios por su culpa. La cogió del brazo con firmeza, le dio media vuelta y la guió hasta la puerta.

—Vigilaré a Helena mientras desciende —informó a Jason—. Si ocurre algo, avisadme por teléfono.

—De acuerdo —musitó mientras trataba de recuperarse—. Trasladaremos a todo el mundo a nuestra casa. Podremos ocuparnos de Jerry y proteger a la familia al mismo tiempo.

—Buena idea —dijo Lucas.

—Mantennos informados, hermano —añadió Jasón, recalcando la palabra «hermano».

Lucas desvió la mirada, pero le sonrió agradecido antes de cruzar la puerta de la cafetería.

Helena y Lucas se zambulleron en el caos de las calles y, cuando advirtieron un callejón, levantaron el vuelo, observando desde el aire los enjambres de personas. Ella notó que su acompañante volaba con lentitud y observó aquello que había captado su atención. Eris corría por una calle secundaria desierta, perseguida por dos matones que la apuntaban con espadas.

—Mi padre y mi tío —gritó Lucas, pero el gélido viento amortiguó el sonido.

—¿Deberíamos echarles una mano? —preguntó Helena castañeteando los dientes por el frío.

Lucas la rodeó con un brazo y le frotó los hombros desnudos con sus cálidas manos para ayudarla a entrar en calor. A Helena la maravillaba el don que tenía que irradiar calor.

—Pueden encargarse solos —dijo, estrechándola entre sus brazos y tomando el rumbo hacia su casa—. Céntrate en tu cometido Helena, no en el suyo.

La chica no lograba comprender cómo Lucas era capaz de separar sus emociones, su padre andaba por la calle enfrentándose a una diosa y él seguía ocupándose de su trabajo. «Como un soldado», imaginó Helena. Le sorprendía la autodisciplina que Lucas se había impuesto; por mucho que intentara seguir su ejemplo, le era prácticamente imposible. No podía dejar de pensar en Jerry, los mellizos y Héctor, y mucho menos olvidar el hecho de que Lucas estaba abrazándola.

El chico descorrió la lona azul y ambos aterrizaron en su habitación. En cuanto sus pies tocaron el suelo, la obligó a meterse en su desordenada cama para intentar conciliar el sueño lo antes posible.

—No sé qué hacer —dijo Helena, poco dispuesta a dormir.

—¿Por qué no empiezas tumbándote en la cama? —sugirió.

—Después de mi valiente discurso prometiéndoles a todos que pondría punto final a este asunto esta noche… Y ahora me doy cuenta de que estoy estancada. No tengo la menor idea de cómo continuar —confesó reprimiendo el llanto.

—Ven aquí —invitó. Lucas la cogió de la mano y tiró de ella.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo?

—¿Qué?

—Ahora mismo todo esto me importa bien poco —admitió mientras unas lágrimas humedecían sus mejillas—. Me da igual que seas un maestro de la sombra y que hayas vuelto a guardarte los secretos solo para ti.

—Intenté contártelo hoy, cuando estábamos en el pasillo, te lo juro. Pero no pude. Supongo que no quería afrontarlo, y contártelo era una forma de hacerlo real.

—¡Pero me da lo mismo! —exclamó—. Me importa un pimiento que seas un maestro de la sombra, o mi primo. De hecho, me da absolutamente igual que en cuestión de diez minutos tenga que descender para salvar a la raza de los vástagos. Lucas, el mundo entero podría arder en llamas y mi único pensamiento sería recordar lo feliz que me siento cuando estoy a solas contigo. ¿No te parece enfermizo?

Lucas cerró los ojos y suspiró.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé —farfulló mientras se acurrucaba en su regazo—. Pero nada ayuda.

—Debes seguir con tu vida, Helena —musitó, ya desesperado.

—¡Ya lo sé! —gritó apoyando la barbilla en su hombro. Cada vez que pensaba en dejarle marchar la estrechaba con más fuerza—. Pero no puedo.

—Olvídame —insistió—. Es el único modo de sobrevivir a esto.

—¿Y cómo se supone que debo olvidarme de ti? —preguntó Helena, riéndose ante aquella sugerencia tan absurda—. Formas parte de mí.

Tendría que olvidar quién soy para poder olvidarte.

Acunada entre los brazos de Lucas, alcanzó a ver su reflejo en el espejo del tocador, justo frente a su cama. No pudo evitar sobresaltarse, puesto que mientras pronunciaba la palabra «olvidar» distinguió la palabra «recordar» escrita sobre el cristal.

Ni siquiera se acordaba de que tenía un tocador en su habitación.

De hecho, hacía más de un mes que ni siquiera se fijaba en él. Escritas sobre el espejo con un lápiz de ojos verdes leyó: «El río que no puedo recordar» y «Lo he vuelto a ver». Qué curioso. Orión y ella estaban buscando un río, ¿verdad?

—Un segundo —dijo Helena apartándose de Lucas para mirarle frente a

frente—. ¿Hay algún río en el Submundo que te haga olvidar todo?

—El Leteo —contestó Lucas de inmediato—. Las almas de los muertos beben de sus aguas para olvidar sus antiguas vidas antes de renacer.

—Las furias se definen como «las que jamás perdonan y nunca olvidan», ¿verdad? Pero ¿y si fueran obligadas a olvidar todo su pasado, incluso quiénes son?

—Ignorarían todas las deudas de sangre. Y los vástagos quedarían libres —susurró Lucas, dejando al descubierto su esperanza.

Estaban confusos. El tren de pensamientos de Helena había descarrilado y se deslizaba chirriando por los raíles de la vía.

—¿Puedes volver a repetir el nombre del río, por favor? —preguntó un tanto avergonzada—. Lo digo por el modo en que tengo que navegar por allí. Tengo que ser específica y precisa o, de lo contrario, nunca seré capaz de llegar a los sitios que deseo.

—Ah… Ahora lo pillo… —dijo Lucas, riéndose de sí mismo por ser tan despistado—. ¡Leteo! ¡El río que buscas se llama Leteo!

—Leteo. Genial. En fin… ¿Qué tengo que hacer cuando llegue allí?

—En eso ya no puedo ayudarte —comentó con un poco de miedo—. ¿Te das cuenta de lo que está ocurriendo?

—Sí —confirmó Helena apretando los puños para no perder la concentración—. Este río me borra la memoria cada vez que centro mi atención en él. Eso significa que no debería pensar tanto en el maldito río, ¿verdad?

—Así es. No pienses en él, solo haz lo que tengas que hacer.

Lucas se dio media vuelta para hurgar en la mesilla de noche de Helena; al fin cogió un viejo bolígrafo. Garabateó las palabras «Leteo» y «furias» en el antebrazo de la joven y se quedó sentado, mirándola distraído.

—No tengo ni idea de por qué acabo de hacer eso.

—De acuerdo. Genial. Voy a descender —proclamó. Sin embargo, al articular la última palabra su memoria empezó a borrarle así que decidió que debería actuar antes de darle demasiadas vueltas al asunto—. Y, por si se me olvido de todo, incluido el camino de regreso, quiero que sepas que sigo queriéndote con toda mi alma.

—Y yo a ti también —le respondió con una tierna sonrisa—. ¿No llegas

tarde a algún sitio?

—Eso creo. Será mejor que me mache.

Helena se recostó sobre la cama, incapaz de apartar la mirada de Lucas, que no dejaba de sonreírle con dulzura. A pesar de que no había nada que temer, tenía la ligera sospecha de que debería estar asustada.

—¡No se lo cuentes a Orión! —se apresuró a añadir Lucas, como si se le acabara de ocurrir—. De lo contrario, él también se olvidará. Recuerda hacia dónde debes dirigirte y explícale qué tenéis que hacer cuando lleguéis allí.

—De acuerdo —suspiró Helena arrebujándose entre las sábanas. Hacía muchísimo frío—. Separar las emociones. Esa es la clave para ganar una batalla.

—Así es —dijo con voz distante.

Lucas contemplada el rostro durmiente de Helena con una sonrisa de plena satisfacción.

—¿Por qué nos empeñamos en alejarnos el uno del otro? —se preguntó Helena en voz alta; le costaba mantener los ojos abiertos—. Juntos, somos perfectos.

—Lo somos —musitó. De repente, a Lucas le sobrevino un escalofrío—. Cada vez hace más frío, como si la temperatura descendiera en picado.

—Aquí dentro siempre hace tanto frío… —protestó haciendo pucheros mientras apartaba los cristales de hielo que se habían formado sobre la manta —. ¿Por qué no te metes debajo del cubrecama y me das un poco de calor?

—De acuerdo —aceptó Lucas.

El joven frunció el ceño, como si una vocecita le dijera que meterse en la cama con Helena no era buena idea. Pero decidió desoír esa voz interior y se deslizó junto a Helena, arrimándola contra su pecho. Ella trató de darse la vuelta y besarle, pero se lo impidió.

—Estás cansada. Duérmete, Helena —ordenó castañeteando los dientes.

Se sentía más que cansada, agotada. De hecho, estaba medio dormida. Por mucho que ansiara disfrutar de la compañía de Lucas, los ojos se le cerraban solos. El mundo empezó a difuminarse ante ella y, al cabo una décima de segundo, apareció en el Submundo.

«¿No tenía que reunirme con alguien? —pensó—. ¡Ah, sí! Orión…»

Capítulo 15

Automedonte se arrastraba por el fondo del océano como una araña, tratando de avanzar lo más rápido posible para seguirle el ritmo al tercer heredero. Bajo el agua era rápido, de hecho el más veloz que jamás había visto, y seguir su camino era lo único que podía hacer para no perderle de vista. Tenía su esencia, de modo que podría rastrearlo hasta los confines de la Tierra, pero bajo la superficie marina su olor se desvanecía en un instante. No podía permitirse el lujo de que Orión huyera.

Debía encontrar el portal que el vástago usaba para llevar a cabo la misión que le había encomendado su amo y señor, por muy caprichoso que le pareciera al esbirro. Su maestro parecía tener debilidad por situaciones que, a su parecer, eran «poéticas». A juzgar por lo que había escuchado en la cafetería, mientras los herederos prometían con valentía cumplir con su misión o morir (eso era cuestión de tiempo, en opinión de Automedonte), el joven príncipe estaba de camino.

Eran tan jóvenes, tan confiados e inocentes que ni se molestaron en mantener en secreto la conversación sobre su encuentro con las furias. Ni tan siquiera comprobaron si había alguien escuchando a hurtadillas. El Rostro mostró un carácter sincero e ingenuo, nada que ver con la astucia de su madre. Esa era capaz de cambiar su aspecto, alterar su esencia y trastornar la realidad ante el primer signo de peligro. Era imposible seguir el rastro a Dafne, y mucho menos ahora que había adoptado a Héctor como aprendiz. Por lo visto, tenerlo a su lado agudizaba sus sentidos, como una tigresa con sus cachorros.

El nuevo Héctor era formidable y, por primera vez en trescientos cincuenta años, Automedonte no se burló al conocer al vástago que llevaba el

nombre del gran guerrero. Era el único que merecía ese nombre aunque todavía le quedaba mucho que aprender.

El príncipe tampoco era un vástago al que no tener en cuenta. Y el amante.

En fin. Al igual que el señor de los muertos, gozaba de los encantos de la diosa Nix y, precisamente por eso, blandía una magia más ancestral que los dioses, más antigua que los titanes. Ese era un ser peligroso. Cuanto más pensaba en esa cosecha de héroes, más se convencía de que su maestro terna razón. Tenían que fulminar a toda esa generación antes de que alcanzara su potencial máximo. Ninguno de sus antecesores se parecía a ellos, ni siquiera el Rostro.

Ella era, con diferencia, la más poderosa de todos. Esa nueva Helena había utilizado una ínfima parte de todo su potencial sobre él hacía cuestión de segundos, y le había parecido una maravilla de agonía, un verdadero renacer para el esbirro. Tenía la esperanza de volver a experimentar esa sensación muy pronto.

Corrió con todas sus fuerzas hacia la playa de arena de Massachusetts, ya en tierra firme, o, mejor dicho, el lugar donde los europeos construyeron su asentamiento para iniciar su invasión. Justo allí distinguió la esencia de Orión y, casi de forma simultánea, la perdió de nuevo. La estela del vástago no continuaba. Automedonte trató de mantener la calma, pero sin dejar de husmear.

Ese no podía volar, ¿verdad? Pegó un buen salto y, tras unos momentos de desconcierto, al fin logró percibir huellas del joven príncipe en la brisa marina. Trató de alargar el salto el máximo tiempo posible y, de pronto, el esbirro descubrió que el rastro de Orión esbozaba un amplio arco que, al final, conducía de nuevo al suelo del planeta.

Orión había brincado hacia lo más alto en cuanto rozó la arena de la playa.

La única razón que podía impulsarle a hacerlo era que alguien le estuviera pisando los talones. «Muy listo —pensó Automedonte, impresionado—. Es obvio que le han perseguido en otras ocasiones. Pero jamás yo.»

De nuevo sobre tierra firme, a Automedonte le costó una barbaridad mantener el ritmo de Orión, pero al menos el rastro de su aroma era más fácil

de seguir que debajo del agua. El joven príncipe intentó varias veces volver sobre sus pasos para confundir a quien fuera que quisiera darle caza. Sin duda, los esbirros eran mucho mejores rastreadores que cualquier perro.

El joven príncipe guio a Automedonte hasta el interior de una cueva oscura. El esbirro no tuvo más remedio que quedarse rezagado para evitar que Orión oyera sus pasos entre los pasadizos. La penumbra no le preocupaba en absoluto, tan solo tenía que encargarse de seguir el rastro químico que el príncipe dejaba en el suelo.

De repente sucedió algo muy extraño: la temperatura empezó a bajar en picado, lo que indicaba que había un portal cerca de allí. Automedonte se acercó a Orión y se mantuvo quieto como una estatua, llamando en silencio a su maestro con una oración ancestral. De inmediato, empezó a oír una bandada de buitres dentro de su cabeza; su maestro había escuchado su plegaria.

El heredero abrió el portal y se sumergió en el mundo de los muertos. En la fracción de segundo en que la grieta permaneció abierta, Automedonte se arrojó hacia el portal y empujó también a su maestro hacia la zona neutral.

Helena aterrizó junto a Orión con un ruido sordo. Ambos deambularon por una playa que parecía infinita, pues no lograban avistar el mar ni la tierra en ninguna dirección. Helena miró a su alrededor con la esperanza de hallar alguna pista que la orientara, que le indicara qué hacer después.

Cada dos por tres pensaba en un río. Estaba un poco desconcertada porque no tenía ni idea de qué hacía allí, paseando por una playa desierta junto a un desconocido y, aparentemente, sin nadie más a un kilómetro a la redonda. Lucas era el único que merodeaba por playas desiertas con ella. Era su «lugar secreto».

¿Estaba engañando a Lucas con otro?

¡Imposible! Ni siquiera un tipo tan atractivo como el que la acompañaba (su nombre había desaparecido misteriosamente de su memoria, aunque creía conocerle) podía despertarle los mismos sentimientos que Lucas.

Aunque, a decir verdad, en aquel preciso instante tampoco lograba recordar muy bien qué sentimientos despertaba Lucas en ella, porque, de

hecho, apenas conseguía recrear su rostro en la cabeza.

¿Y dónde diablos estaba el sol, o la luna, o las estrellas? ¿No se suponía que algo debía brillar en el cielo?

—Creo que alguien me ha seguido, pero mucho me temo que no ha logrado cruzar el portal —informó su hermoso acompañante—. No pude verle muy bien, pero, sea quien sea ese tipo, da bastante miedo.

«Estoy en el Submundo —recordó Helena justo antes de perder el control —. Y estoy aquí porque tengo algo muy importante que hacer.»

—Hola —saludó un tanto insegura.

—Hola —respondió Tío Bueno con inquietud—. ¿Helena? ¿Qué ocurre?

—No sé qué hago aquí contigo —dijo con toda sinceridad y más aliviada porque al menos la había reconocido y la había llamado por su nombre—. Pero tú sí lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo Tío Bueno, un poco ofendido—. Estamos aquí para…

—¡No lo digas! —interrumpió Helena tapándole la boca con la mano, para impedirle que dijera una palabra más—. Tenemos que separar las emociones, o algo así. Creo que ya sé dónde vamos, pero tú tienes que acordarte de lo que debemos hacer una vez que lleguemos allí o, de lo contrario, jamás conseguiré lo que se supone que debo conseguir. Creo que eso fue lo que dijo Lucas.

—De acuerdo, puedo hacerlo. Pero ¿por qué te comportas de esa forma tan rara? ¿Te ha pasado algo malo? Por favor, cuéntamelo… —rogó Tío Bueno—. ¿Estás herida?

—¡No consigo acordarme! —respondió Helena con una sonrisa.

Su risa dejaba entrever imprudencia a la par que profunda preocupación.

Aquel joven se mostraba muy atento con ella, y a Helena le pareció muy dulce por su parte.

—Todo va a salir bien. Tú ocúpate de recordar tu parte, pero no me digas de qué se trata, y yo ya me encargaré de lo otro. Ya sabes, de esa cosa que se supone que debo hacer porque este es mi pequeño cometido en la vida.

—¿Porque eres la Descendiente? —adivinó.

—¡Eso es! —exclamó Helena con el entusiasmo de un niño pequeño—. Pero ¿qué es exactamente eso que solo yo soy capaz de hacer?

—Puedes hacernos aparecer como por arte de magia a orillas del río que

necesitamos tan solo diciendo el nombre en voz alta —explicó con cautela.

—¡Muy bien!

Siguiendo su instinto, Helena abrazó a Tío Bueno por el cuello, pero luego no supo qué hacer. Apartó la mirada de los carnosos y atractivos labios del joven para no distraerse y, de repente, vio delante de sus propios ojos las palabras «Leteo» y «furias» escritas sobre el antebrazo. Se le antojó seguir adelante. Pensó, qué diablos, que tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de que eso saliera bien.

—Quiero que aparezcamos mágicamente a orillas del río… ¿Leteo?

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró junto a las aguas de un río que fluía por un páramo baldío e inhóspito. Ante ella, un tipo asombrosamente guapo. Tenía los brazos alrededor de su fornido cuello y posaba las manos sobre sus caderas. Sin embargo, no lograba acordarse de cómo habían llegado hasta allí.

—Eres tan hermoso —dijo. No encontraba motivos para no decírselo.

—Tú también —contestó él algo sorprendido—. Por alguna razón, presiento que te conozco, pero no consigo acordarme de dónde nos conocimos.

¿Alguna vez has estado en Suecia?

—¡No lo sé! —gritó Helena desternillándose de la risa—. Puede que sí.

—No, no es de eso —dijo frunciendo el ceño—. Tenemos que hacer algo. ¡El agua! —exclamó soltando a la chica para quitarse la mochila de los hombros.

Helena sabía que había visto ese gesto antes, pero, por mucho que intentaba hacer memoria, no le venía a la cabeza el nombre de aquel chico.

—Me da la sensación de que estoy sufriendo el caso más extraño de *déjà vu* de la historia —comentó Helena, ansiosa—. Es como si te conociera de antes.

—Me conoces. Simplemente no puedes acordarte, porque de eso se trata.

De olvidar —dijo con voz preocupada y áspera mientras sacaba las tres cantimploras de la mochila—. Mira, Helena, si esta idea tuya no fuera tan aterradora, te puedo asegurar que estaría felicitándote y asegurando que es la más brillante que jamás he oído. Soy Orión, y tú eres Helena, y estamos aquí para recoger un poco de esta agua tan especial para llevársela a las tres

hermanas, que están muy sedientas.

—No sé por qué, pero creo que tienes toda la razón. Espera —dijo. Alargó el brazo y mantuvo extendida la mano hasta que Orión cedió a darle las cantimploras—. Me da la impresión de que debo hacerlo yo.

—Es verdad, esta tarea te pertenece. Ahora viene mi parte —anunció apretando la mandíbula, concentrado—. Solo tengo que recordar cuál es.

Helena contempló las aguas turbias del río con recelo. Unos pececillos pálidos nadaban bajo la superficie chocando los unos con los otros, como fantasmas patosos. No parecían lo bastante listos como para tenerle miedo. Helena estaba convencida de que podía sumergir la mano en el río y pescar cualquiera de ellos en un santiamén, pero aborrecía la idea de tocar aquel agua.

Sabía que tenía que llenar las cantimploras, pero no podía imaginarse que alguien estuviera dispuesto a beber de esa agua, por mucha sed que tuviera. Sujetando las cantimploras por las asas, Helena las hundió en las aguas del río. Tío Bueno extendió una mano para coger una de las cantimploras y ayudarla a enroscar los tapones, pero Helena se negó en rotundo y las apartó de su alcance.

—¡No la toques! ¡No toques el agua! —chilló cuando una gota estuvo a punto de rozarle la mano. Al ver la cara de asombro de su compañero no pudo evitar sentirse un poco estúpida por el arrebato que acababa de tener—. Perdón. Es que no me parece muy higiénico —añadió con un tono más reservado.

—Tenemos que viajar, Helena —trató de razonar—. Es mejor que cerremos bien las cantimploras.

—Yo me encargo.

Enroscó los tapones de cada cantimplora y después las guardó en la mochila que el muchacho mantenía abierta. Helena se secó una gota de agua que había quedado entre los dedos con la manga mientras el joven cerraba con cremallera la mochila y se la ponía sobre los hombros. Acto seguido, como si fuera algo de lo más normal. Tío Bueno colocó sus manos sobre las caderas de Helena, que se ruborizó.

Era increíblemente guapo y atractivo, pero, aun así, ¿no debería al menos presentarse primero?

—Lo siento, pero ¿quién eres? —preguntó con desconfianza.

—Orión —respondió, como si no le sorprendiera que tuviera que presentarse y, justo entonces, su mirada se tornó triste e intensa—. Una pregunta rápida: ¿sabes quién eres?

La chica se quedó callada, asustada.

—Qué raro —dijo—. Creo que he olvidado mi nombre.

—Claire, ayuda a Kate —ordenó Matt cambiando de postura a Jerry para cargar con más peso—. Tiene problemas.

La chica obedeció sin rechistar y cogió una de las piernas de Jerry para equilibrar más el peso. El coche de Claire estaba más lejos de lo que Matt recordaba. Con un poco de suerte, seguiría aparcado en el mismo lugar donde lo habían dejado. Confiaba en que nadie lo hubiera incendiado y en que no hubieran rajado los neumáticos. Si, por alguna desgracia, no podían utilizarlo, Matt tendría que cargar con Jerry hasta la cafetería él solito. Kate y Claire estaban al borde de desfallecer y los mellizos estaban tan agotados que apenas podían mantenerse en pie.

Ariadna y Jasón habían atendido a Jerry, lo suficiente como para mantenerle estable, pero el panorama no era muy alentador para el padre de Helena. Tenían que trasladarle hasta el recinto de los Delos para que los mellizos pudieran curarle de forma gradual y sin interrupciones, pues resultaba inútil además de agotador.

Ariadna tenía la tez morada, lo cual resultaba bastante espeluznante. Matt deseaba echarle una mano, ayudarla con cualquier cosa, pero no sabía qué necesitaba. Si fuera un vástago, quizá podría ser de más ayuda.

Durante los veinte minutos de camino hasta el coche de Claire, los mellizos no se despegaron ni un segundo, hablando en voz baja, como si estuvieran animándose el uno al otro con frases cortas y privadas que solo ellos eran capaces de comprender. Tardaron una eternidad en subir a todos al coche.

Después, Matt rodeó el vehículo para cerrar la puerta del conductor; donde se hallaba Claire, pues ella se había quedado sin fuerzas y apenas era capaz de levantar los brazos.

—Llámame si necesitas algo —dijo Matt.

—¿De qué diablos estás hablando? —gritó con las manos pegadas al volante—. ¿No piensas volver con nosotros?

—No. Voy a buscar a Zach.

—¿Qué? —protestó Ariadna, con debilidad, desde el asiento trasero—. ¡Matt, Zach es un traidor!

—Un traidor que me tendió una mano, que intentó contarme lo que iba a suceder. En cambio, yo le di la espalda. Zach es mi amigo, Ari —dijo Matt sin alterar la voz—. No puedo permitir que se hunda. Tengo que ayudarle.

—No es culpa tuya. —Ariadna parecía querer empezar a discutir, pero Jason se lo impidió.

—Ahorra fuerzas. Sabes que debemos tener mucho cuidado —susurró. Ariadna le miró a los ojos y, de inmediato, se calmó. Jasón miró a Matt y añadió—: Ve a por tu amigo. Buena suerte, Matt.

Tras dedicarles un pequeño adiós con un suave golpe sobre el capó del coche de Claire, Matt se dio media vuelta y empezó a correr hacia el centro del pueblo. Era su pueblo, se recordó, furioso, no el de los dioses. Y entonces comenzó a buscar a Zach entre la muchedumbre envilecida y enmascarada.

—Rodéame con los brazos —dijo el joven.

—¿Por qué? —preguntó algo nerviosa, reprimiendo una risa floja.

Tío Bueno le sonrió.

—Pon los brazos alrededor de mi cuello y ya está —insistió. Trató de convencerla con una serie de halagos y al final ella cedió—. Ahora, repite conmigo: «Deseo que aparezcamos…, hum». —No finalizó la frase y se mordió el labio, pensativo.

—Deseo que aparezcamos…, hum —repitió ella como un loro para tomarle el pelo.

—No me acuerdo de lo que debía decir —reconoció avergonzado.

—Entonces no debía de ser muy importante, ¿no crees? —dijo de manera lógica—. Además, ¿qué estamos haciendo aquí?

—No me acuerdo. Pero sea cual sea la razón, gracias.

El muchacho retiró las manos de las caderas de Helena y empezó a

acariciarle la espalda, acercándose peligrosamente a ella.

—¿Estamos saliendo juntos? —preguntó.

—No sé, eso parece —comentó señalando con la mirada su abrazo—. Comprobémoslo.

Y entonces Orión inclinó la cabeza y la besó.

La joven se derritió. Ese tipo besaba tan bien… El único problema era que no tema ni la más remota idea de quién era. Se apartó y parpadeó varias veces para despejar su visión, como si hubiera algo en todo aquello que no encajara.

—Espera. ¿Te llamas Lucas? —preguntó.

—No. Me llamo… un momento. Esta me la sé. Soy Orión —decidió al fin.

—Seguramente me arrepentiré de esto después, pero mucho me temo que no eres mi novio.

—¿De verdad? —preguntó algo dubitativo—. Porque eso ha estado genial.

—Sí, tienes razón —respondió meditabunda—. ¿Sabes qué? No me perdonaría si estuviera equivocada, así que creo que deberíamos comprobarlo una segunda vez, solo para cercioramos.

Helena le besó, y esta vez se dejó llevar para poder asegurarse. Una vocecita en su cabeza le susurraba una y otra vez: «No es él», pero, para ser sincera, estaba disfrutando del beso con el tal Orión.

El joven la empujó con suma suavidad hacia el suelo, procurando no aplastarla. La ya familiar vocecita empezó a vociferar. Helena trató de ignorar los gritos porque estaba muy pero que muy a gusto. Sin embargo, el bienestar que sentía no impedía que esa maldita voz se callara y, al final, decidió apartarse de él.

—Lo siento, pero creo que esto no está bien —dijo a regañadientes.

No pudo resistirse a la tentación de acariciar los suaves rizos de Orión por última vez. Ese gesto le resultó extrañamente familiar. Cuando levantó la mirada se fijó en la expresión confusa del chico y algo llamó su atención.

Tenía algo atado a la espalda, lo cual sorprendió bastante a Helena, teniendo en cuenta que estaban en plena fase de coqueteo.

—¿Por qué llevas una mochila?

—No lo sé —admitió mientras la palpaba, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que la llevaba puesta. Entonces, al adivinar los objetos que cargaba en su interior, abrió los ojos de par en par y se quedó casi sin aliento. Al agitar aquella especie de botellas, escuchó el ruido del agua—. ¡El agua! ¡Helena, déjame ver tu brazo! —exigió mientras se inclinaba para leer las palabras.

Al oír el nombre de «Helena», enseguida se acordó de que era el suyo.

—Perdona, he estado a punto de perder el control —reconoció con voz temblorosa mientras salía de encima de ella y la ayudaba a ponerse de pie.

Colocó los brazos de Helena alrededor de su cuello y acto seguido posó sus manos sobre las caderas de ella, como si fuera un ritual somero y mecánico, sin un ápice de seducción.

—Repite conmigo. «Deseo que aparezcamos cerca de las furias.»

Helena visualizó un árbol retorcido y la ladera de una montaña repleta de rocas afiladas y espinos. Algo le decía que ese detalle era fundamental y, por lo tanto, decidió incluirlo.

—Deseo que aparezcamos en la ladera, bajo el árbol de las furias —dijo con perfecta dicción.

El calor era insoportable, pero aquel brillo cegador resultaba, de lejos, mucho peor. Helena se cubrió el rostro con la mano y parpadeó varias veces, tratando de aliviar la sensación asfixiante que la maldita e incluso insultante luz le provocaba en los ojos y las pupilas. El aire era tan árido y seco que se presentía amargo y mordaz, como si quisiera arrebatarle a Helena cualquier gota de humedad.

Se humedeció los labios agrietados y miró a su alrededor. A apenas unos pasos distinguió un árbol tan anciano y mortecino que fácilmente podía confundirse con una soga retorcida. Bajo la sombra de ese árbol se hallaban tres niñas temblorosas.

—Ya os advertimos de que no perdierais más tiempo —dijo la niña del medio—. Somos una causa perdida.

—Tonterías —dijo Orión de buen humor.

Tomó a Helena de la mano y ambos se dirigieron hacia el árbol. Las tres furias dieron un paso hacia atrás, manteniendo la distancia.

—¡No, no lo entendéis! No creo que pueda soportar volver a sentir esa

alegría para después perderla —protestó la menor de las tres hermanas, con el mismo hilo de voz que el susurro de las hojas.

—Yo tampoco —añadió la líder con suma tristeza.

—Ni yo —admitió la tercera.

—En mi opinión, no deberíamos beber, hermanas —decidió la pequeña —. Nuestra carga ya es lo bastante pesada.

Las furias comenzaron a recular alejándose poco a poco de Helena y Orión, para esconderse bajo la oscura sombra de su árbol. Helena reparó en que las tres hermanas se distanciaban de algo que podía devolverles la felicidad, aunque fuera una alegría efímera.

En aquella abnegación Helena se vio a sí misma y, de repente, una bombilla se le encendió. ¿De veras lograría algún día olvidar a Lucas por completo? Las compuertas se abrieron de par en par, y todos sus recuerdos inundaron su memoria con imágenes en tres dimensiones.

Vislumbró el faro de Great Point, el lugar donde solía quedar con Lucas a escondidas. También vio otro faro, del tamaño de un rascacielos, y de forma octagonal. Lucas estaba esperándola allí para, más tarde, suplicarle que huyeran juntos. Bajo la sesgada luz de invierno, él brillaba como el sol, ataviado en su armadura. ¿Armadura?

—Os entiendo perfectamente, de veras —murmuró dirigiéndose a la más pequeña de las tres hermanas mientras trataba de borrar la imagen de Lucas deshaciéndose de una suerte de coraza de bronce que nublaba su pensamiento —. Y, por lo que a mí respecta, el debate sobre «mejor haber amado y haber perdido» sigue sobre la mesa. Pero esto es distinto. Esta sensación no os abandonará, como siempre pasa con la dicha. Os hemos traído algo que esperamos dure para siempre.

—¿Qué es? —preguntó la líder tratando de contener una creciente ilusión.

—Felicidad absoluta.

Orión la miró un tanto desconcertada. Ella le contestó asintiendo con la cabeza. Todavía confuso, el chico dio un paso hacia delante y se quitó la mochila. Mientras sacaba las tres cantimploras, las furias escucharon el sonido de un líquido moviéndose en su interior. No podían resistir tal tentación.

—Tengo tanta sed… —lloriqueó la tercera, desesperada y tambaleándose

para coger la cantimplora.

Sus dos hermanas enseguida sucumbieron y siguieron su ejemplo. Las tres furias se bebieron el agua.

—¿Realmente lo crees? ¿Que la ignorancia es la felicidad absoluta? —le farfulló Orión a Helena.

Por el modo en que la miraba, intuyó que el chico también había recuperado la memoria.

—¿Para ellas? Sin duda.

—¿Y para ti? —persistió, pero Helena no tenía respuesta a eso. El joven apartó la mirada y se puso tenso antes de añadir—: No quiero olvidar lo que ha pasado esta noche. Ni a ti.

—No me refería a eso —empezó a disculparse tras darse cuenta de que había herido los sentimientos de Orión.

Quería explicarle que no estaba hablando de olvidar su beso, aunque, al volver a recordar; se ruborizó. Pero Orión sacudió la cabeza y señaló a las furias, que ya se habían terminado hasta la última gota del agua de sus cantimploras. Se miraban extrañadas, con timidez, y se reían tontamente, a la espera de que sucediera algo.

—Hola —saludó Helena.

Las furias se miraron de reojo, temerosas.

—No pasa nada —susurró Orión con esa voz capaz de calmar al animal más salvaje—. Somos vuestros amigos.

—Hola, ¿amigos? —farfulló la líder. Y después levantó las palmas de la mano, en un gesto inquisitivo—. Perdonad mi confusión. Pero creo que no sois amigos nuestros; de hecho, no sé ni quiénes somos nosotras.

Las hermanas sonrieron y miraron al suelo, más animadas ahora que habían compartido el motivo de su ansiedad.

—Sois tres hermanas que os adoráis. Se os conoce como las euménides, las bondadosas —explicó Helena recordando lo poco que podía de la *Orestíada*, de Esquilo. Fue el primer texto de la literatura griega que había leído, incluso antes de averiguar que era un vástago. Le parecía que había pasado mucho tiempo desde entonces—. Tenéis un trabajo de vital importando que es…

—Escuchar a personas que han sido acusadas de cometer crímenes

terribles; si son inocentes, les ofrecéis protección —finalizó Orión por Helena al ver que esta se atrancaba.

Las tres furias se miraron sin reprimir una sonrisa, pues sabían que el chico estaba diciendo la verdad. Se abrazaron y se saludaron como hermanas, sin acabar de entender qué les había sucedido, lo cual preocupaba a Helena.

—Creo que me salté varias páginas. No sé mucho más acerca de las euménides —admitió Helena en voz baja.

—Yo tampoco —musitó—. ¿Qué vamos a hacer? No podemos abandonarlas así.

—Os presentaré a alguien que quizá pueda explicaros esto mejor —dijo alzando la voz para incluir a las niñas en la conversación—. A ver, cogeos de las manos. Os llevaré hasta la reina.

Las tres niñas se sonrojaron de vergüenza al enterarse de que iban a conocer a una reina en persona, pero obedecieron a Helena sin rechistar.

Todo el grupo entrelazó sus manos formando un círculo. Helena jamás había intentado transportar a tanta gente al mismo tiempo, pero intuía que podría hacerlo.

Por lo visto, Perséfone estaba esperándolos. O quizá solo estaba sentada en su jardín, con la mirada perdida hacia el infinito, quién sabe. Fuese como fuese, ni se inmutó ante la inesperada llegada de Helena, Orión y las renovadas euménides.

Les dio la bienvenida con su típica cortesía. No necesitó que Helena y Orión le facilitaran mucha información sobre lo acontecido y, sin perder un segundo, Perséfone se hizo cargo de las tres hermanas y prometió prepararlas para la nueva vida que les estaba esperando. Helena las imaginaba como las futuras abogadas de la defensa. Lo primero que ofreció a las euménides fue refugio en su palacio y, acto seguido, un buen baño.

Las tres hermanas se morían por deshacerse del polvo del desierto.

Perséfone guio al grupo hasta el borde del jardín, donde había una magnífica escalera que conducía hasta el oscuro palacio de Hades. A los pies de los escalones adamantinos, Perséfone se detuvo y, con unos modales propios de la realeza, informó a Helena y a Orión de que no podían avanzar más. A medio camino, la reina se dio media vuelta para despedirlas con un elegante gesto. Helena supuso que era una especie de ritual, como una

bendición, o quizás una maldición.

—A lo largo de los milenios, muchos han descubierto que su destino era tratar de conseguir lo que tú has hecho. Todos fracasaron en sus intentos.

La mayor parte de los descendientes y sus protectores solo ansiaban matar a las furias, o romper el hechizo utilizando trucos de magia, incluso chantajes. Habéis sido los únicos con suficiente humildad para escuchar mis indicaciones y con la valentía necesaria para utilizar la compasión como cura, en vez de la fuerza bruta. Espero que recordéis esta lección en los días venideros.

De repente, alzó el tono de voz, como si quisiera anunciar algo a un público expectante.

—He sido testigo de la encarnación de los dos herederos, y debo decir que han triunfado. Como reina del Submundo, los considero dignos.

Las palabras de Perséfone caían como piedras.

Helena tenía la extraña sensación de que millones de ojos fantasmagóricos los observaban mientras presenciaban ese juramento. Imitando a Orión, cruzó los brazos en forma de equis sobre el pecho y realizó una reverencia a la reina. Una oleada de pensamientos fluyó por el aire como una suave brisa, dejando tras de sí la estela de miedos, dudas y esperanzas de los muertos. Esos recuerdos quedaron suspendidos en el aire como preguntas a medio hacer. El ritual había acabado.

—¿Dignos de qué? —murmuró Helena a Orión, pero él encogió los hombros con aire distraído, pues tenía toda su atención puesta en la puerta oscura que conducía al palacio.

Una figura envuelta en una capa se asomó por la puerta, en la cima de las escaleras. Aunque le habían prohibido la entrada a palacio, Orión empezó a subir los peldaños, como si aquella aparición le atrajera como un imán.

—¡Orión, no! —le reprendió Helena cogiéndole del brazo para impedirle que diera un paso más—. Es Hades. Ni te atrevas a acercarte más a él.

Prefirió no soltarle, pues sabía de buena tinta que, si el dios y el joven se enfrentaban cara a cara, algo terrible sucedería. Al percibir la desesperación en los gritos de Helena, Orión transigió y volvió a reunirse con ella a los pies de la escalera.

—Descendiente —dijo Hades con voz amable y serena como si el

comportamiento agresivo de Orión no le hubiera afectado en absoluto. Habló en voz baja, pero, aun así, el sonido retumbó en el espacio. Todos percibieron un ápice de reproche en su tono de voz—. Veo que no has seguido mis sugerencias.

—Le pido disculpas, señor —murmuró Helena estrujándose el cerebro para recordar exactamente qué le había sugerido el dios.

De repente, una serie de imágenes confusas y borrosas inundaron su cerebro. La imagen de un trayecto en el transbordador que unía la isla de Nantucket hasta tierra firme se mezclaba con la de una cubierta de madera de un gigantesco barco de guerra cuyos remos se rompían uno detrás de otro. Un paseo a lo largo de una playa de arena blanca y aguas cristalinas se transformaba en una pesadilla y la arena estaba manchada de sangre. Parpadeó para deshacerse de aquellas fotografías mentales tan espeluznantes. Sabía que había visto con sus propios ojos todas y cada una de aquellas imágenes, pero no sabía cómo ni dónde.

—Asegúrate de remediarlo, sobrina. A los vástagos se les termina el tiempo —advirtió Hades con tono triste. Y entonces su reina y él desaparecieron entre las sombras de su palacio.

—¿Qué significa eso? —preguntó Orión con cierta urgencia—. ¿A qué viene eso de que a los vástagos se les termina el tiempo?

—¡Yo…, yo no lo sé! —balbuceó.

—A ver, ¿qué te sugirió Hades?

Orión trataba de mantener la calma, pero era más que evidente que estaba algo decepcionado.

—Helena, ¡piensa!

—¡Se suponía que tenía que preguntarle algo al oráculo! —espetó con voz aguda—. Algo sobre el cometido.

—¿El qué?

—Tenía que averiguar la opinión de Cassandra respecto a la liberación de las furias. Esperaba que le preguntara si lo consideraba una buena idea o no, lo cual es bastante absurdo, pues ha estado ayudándome con esto desde el principio, ¡así que por supuesto que cree que es lo correcto!

Orión frunció el ceño y ese gesto bastó para que Helena se diera cuenta de que lo había estropeado todo. Ahora que lo estaba pensando mejor, haber

ignorado el consejo de un dios le parecía de lo más estúpido.

—Lo siento —farfulló, sintiéndose como una imbécil.

—Bueno, de todas formas ya es demasiado tarde. Además, no tengo tanta fe en los oráculos. No te preocupes —dijo con aire desdeñoso.

Seguía sin mirarla a la cara, así que Helena decidió pedirle disculpas una vez más y le prometió que se lo preguntaría a Cassandra en cuanto pudiera, pero Orión siguió mirando con la frente arrugada el suelo, sumido en sus pensamientos. Alargó la mano para rozarle el brazo y así captar su atención.

Pero antes de que llegara a tocarle, notó cómo una monstruosa mano la cogía del suelo. Helena se tambaleó hacia Orión y trató de aferrarse a él.

Matt levantó a la mujer que yacía inconsciente sobre la calle, abrió la puerta de un coche abandonado y la dejó con sumo cuidado en el asiento.

Con un poco de suerte, allí estaría a salvo. Muchísimos ciudadanos habían recobrado el buen juicio, después de ser pisoteados por estampidas de personas enloquecidas. Y todos le pedían ayuda. Él hizo todo lo que pudo, pero en cuanto se ocupó de los más vulnerables, se fue corriendo con la sensación de estar traicionando a todo aquel que dejaba atrás.

Deseaba ayudarlos a todos, pero sabía que antes debía encontrar a Zach. Y no podía malgastar sus fuerzas con otros quehaceres. Le dolía cada músculo del pecho y los brazos; incluso notaba repentinos calambres, como si se hubieran puesto de acuerdo para hacerle saber lo poco satisfechos que estaban con su nueva afición de cargar con personas inconscientes de aquí para allá.

Matt se masajeó la espalda dolorida y dibujó un círculo en el suelo. No tenía la menor idea de qué camino tomar. Recordó que Helena había asegurado haber visto a Zach dirigirse hacia Surfside, quizás hacia el instituto de Nantucket. Decidió jugársela a una única carta y arrancó a correr en esa dirección, impulsado por una corazonada.

Había alguien en el campo de fútbol americano; lanzaba con acierto hacia la portería. Matt atravesó el campo de hierba helada y rígida justo a tiempo para ver cómo Zach enterraba la pelota en el fondo de la red.

—¿Lo has visto? —preguntó Zach sin molestarse en mirar a Matt—. Ha

sido bonito.

—Sí sin duda. Aunque siempre has tenido un gran brazo. Podrías lanzar esos pases si practicaras más —respondió Matt. Se había acercado bastante y la luz de la luna iluminaba la figura de Zach. Tenía un aspecto horrible: pálido, sudoroso, obsesionado. Si Matt no lo conociese mejor, habría creído que estaba tomando algún tipo de droga—. ¿Todo es por el deporte? ¿Por el fútbol?

—¿Cómo lo haces? —preguntó Zach con expresión de desprecio—. ¿Cómo has conseguido hacerte amigo suyo? ¿Cómo puedes ver lo que son capaces de hacer y no odiarlos por eso?

—A veces es muy duro —reconoció Matt—. Maldita sea, me encantaría poder volar.

—¿Verdad? —dijo Zach tras soltar una carcajada. Sin embargo, por el tono de voz, Matt intuyó que en cualquier momento rompería a llorar—. Te levantas un día por la mañana y esta panda de invasores te arrebatan todas tus oportunidades. ¿No son de Nantucket y además tenemos que agachar la cabeza y competir contra ellos? No es justo.

Había un tono nada halagüeño en la voz de Zach. Parecía calmado, pero Matt sabía que esa serenidad no era más que fachada. Solo por si Zach decidía hacer algo estúpido, Matt mantuvo la distancia.

—Conozco a un puñado de vástagos que piensan lo mismo que tú —dijo Matt al fin—. Entiendo cómo te sientes, Zach, de veras. En muchas ocasiones he sentido envidia, incluso resentimiento. Pero entonces me acuerdo de que no escogen ser vástagos y, si quieres que te sea sincero, no he conocido a ninguno que no haya sufrido por ello. No puedo culparlos por haber nacido así, especialmente cuando todos han perdido muchas cosas por ser lo que son.

—Bueno, tú siempre has sido mejor persona, ¿no? —se burló Zach antes de darse media vuelta para marcharse.

—Ven conmigo. Acompáñame a casa de los Delos. Allí ya se nos ocurrirá algo —invitó Matt cogiendo a Zach del brazo para obligarlo a mirarle a los ojos.

—¿Estás loco? ¡Mírame, tío! —exclamó mientras se soltaba de Matt con violencia. Acto seguido, se levantó la camiseta para que Matt pudiera ver los gigantescos moratones que le cubrían las costillas—. Así es como me trata

cuando soy leal.

—Ellos te protegerán. Todos lo haremos —juró Matt, horrorizado por los malos tratos que había recibido su amigo, pero esforzándose por mantener la voz tranquila.

Zach entrecerró los ojos, mirándole desafiante, y se bajó la camiseta.

—Oh, así que ahora te sientes mal. Ahora quieres echarme una mano.

Déjame adivinar, quieres algo a cambio.

—¡Lo único que quiero es que sigas con vida!

Matt se sintió tan insultado y ofendido por el comentario que hubiera pateado a Zach, pero al fin se decantó por desahogarse gritándole.

—¡Me equivoqué! Debería haberte prestado atención la primera vez que acudiste a mí. Ahora lo entiendo, y me arrepiento muchísimo de mi actitud. Pero aunque nunca me perdones y te pases cincuenta años reprochándomelo, ¡no quiero que te mueras, tonto del culo! ¿De verdad necesito otra razón para querer ayudarte?

—No —musitó Zach tras la lección de humildad—. Eres la única persona del mundo que está dispuesta a ayudarme. Pero es inútil. Tarde o temprano me matará —sentenció. Y entonces se dio media vuelta y empezó a caminar por el césped del campo.

—Entonces tendremos que adelantarnos y matarle a él primero —gritó Matt para que Zach le oyera.

—No tienes ni idea de cómo hacerlo —disparó Zach con sorna.

—¿Por qué? ¿Acaso es hermano de sangre de algún dios?

Zach estiró la espalda y aminoró el paso.

—¿Cuál de todos ellos? —insistió Matt acercándose varios pasos a su viejo amigo—. ¡Dime qué dios y quizá podamos encontrar el modo de hacerle frente!

El muchacho se dio media vuelta, pero alzó las manos para avisar a Matt de que no le siguiera. Su mirada dejaba entrever pesimismo y pena. Al hablar, no se detuvo y siguió caminando hacia atrás.

—Vete a casa, tío. ¡Y deja de ayudar a los vástagos! Los disturbios de esta noche no son nada comparado con lo que nos espera, y no quiero que te pase nada malo. Los dioses tienen reservado un lugar especial en el Infierno para todos los mortales que deciden luchar en su contra, ¿de acuerdo?

—¿Cómo puedes conocer los planes de los dioses? —gritó Matt—. ¿Automedonte ya no trabaja bajo las órdenes de Tántalo? Zach, ¡respóndeme! ¿Qué dios está hermanado con Automedonte?

Pero Zach ya había desaparecido en la oscuridad de la noche.

Capítulo 16

—¿Helena? —farfulló Orión desde una distancia muy muy lejana.

—Dios, cuánto pesas —gruñó Lucas.

La chica no podía entender por qué estaban armando tal jaleo mientras ella intentaba dormir. Qué poca delicadeza.

—Lo siento, pero no esperaba que hubiera tanta gente aquí —replicó Orión algo molesto.

Helena trató de adivinar a qué lugar se refería con ese «aquí».

—No es lo que piensas. Vine para vigilarla mientras descendía —protestó Lucas—. ¿Sabes qué? Si Helena no se despierta, destápala.

—¿Por qué estáis haciendo tanto ruido? —masculló Helena con malos modales después de abrir por fin los ojos.

En ese instante se percató de que estaba tumbada boca abajo encima de Orión y que este, a su vez, tenía a Lucas casi ahogado debajo. Los tres estaban apilados sobre su pequeña cama, enredados entre las sábanas y las mantas. Toda la habitación estaba cubierta por una fina capa de hielo, como el glaseado de un pastel. Después de todo lo acontecido en el Submundo, Helena había olvidado por completo que había descendido abrigada entre los brazos de Lucas. Y, aunque habían sucedido un montón de cosas en el universo del Infierno, intuía que tan solo habían pasado milisegundos antes de reaparecer en su cama abrazada a Orión.

Contempló la escena y procuró no sonrojarse. De hecho, no había ninguna razón para avergonzarse de eso, ¿no?

—¿Por qué pesáis tanto? —preguntó Lucas, jadeando, sin una pizca de aire en los pulmones—. He levantado autobuses escolares con menos esfuerzo.

—No lo sé —murmuró Helena, que enseguida intentó abandonar su estado gravitacional. Pero el intento fue en vano—. ¿Qué demonios está ocurriendo?

—¿Qué pasa? —preguntó Orión.

—¡No puedo flotar! —exclamó.

En cuanto se deshizo el hielo que se había asentado sobre su cabello, unas gotas de agua helada le recorrieron el cuello y la joven empezó a temblar.

—Relájate e inténtalo de nuevo —dijo Lucas con tono comprensivo.

Lo hizo y, tras unos segundos, funcionó. Planeó encima de Orión para deshacer el lío de sábanas y mantas que mantenía unidos a los dos vástagos.

—Eso es increíble.

Orión estaba fascinado con la habilidad de Helena. La observó asombrado, sin apartar la mirada de ella, y se bajó de la cama. Por fin Lucas pudo volver a respirar.

—¿Nunca la habías visto volar? —preguntó Lucas, que adivinó la respuesta antes de que Orión pudiera contestarle—. No tenéis vuestros poderes en el Submundo. Claro —farfulló.

El joven observaba meditabundo cómo los copos de hielo se fundían sobre Helena.

—Lucas, lo hemos conseguido —anunció Helena.

Aquellas palabras lo sacaron de su profundo ensimismamiento.

—Somos libres. Todos. Los vástagos, las furias. Todos nosotros.

—¿Estás segura? —preguntó, sin atreverse todavía a sonreír de alegría.

—Solo hay un modo de averiguarlo —comentó Orión. Sacó su teléfono móvil, marcó un número y esperó hasta que alguien, al otro lado de la línea, contestó su llamada—. Héctor, creemos que esto ya ha acabado. Ven a casa de Helena lo más rápido que puedas —dijo.

Después colgó el teléfono y miró a Helena y a Lucas, impertérrito. La mirada de este, en cambio, dejaba entrever preocupación e inquietud.

—¿Estás seguro de que ha sido una buena idea? —preguntó ella, insegura.

—No, tiene razón —intercedió Lucas, que parecía ansioso por reunirse con su primo—. Es mejor que lo descubramos si estamos los cuatro presentes.

Es más seguro.

—De acuerdo. Pero ¿podemos hacerlo en el jardín? —rogó Helena con cierta timidez—. A mi padre le encanta esta casa.

En cuanto soltó su súplica, la preocupación por su padre la abrumó.

Había preferido mantener el estado de salud de Jerry en un segundo plano para poder concentrarse en lo que tenía que hacer pero ahora que al fin había dejado de correr como una loca de un lado para otro para solucionar todos los problemas, se moría por saber qué le había pasado a su padre.

Sin duda, estaba siendo el día más largo de su vida.

Guio a Lucas y Orión hasta el jardín y sacó el teléfono para llamar a su mejor amiga.

—¿Cómo está mi padre? —cuestionó Helena en cuanto Claire descolgó la llamada.

—Emm… Vivo —respondió con indecisión—. Mira, Lennie, no voy a mentirte. Las cosas no pintan muy bien. Ahora estamos de vuelta en casa de los Delos. Jasón y Ari van a hacer todo lo que esté en sus manos para ayudarle. Aparte de eso, no puedo decirte nada más. Estoy conduciendo, así que tengo que dejarte. Te llamo luego si tengo más noticias, ¿vale?

—Vale —susurró Helena. Pulsó el botón de finalizar llamada y se secó las lágrimas con la manga antes de levantar la mirada.

Orión y Lucas la contemplaban.

—¿Jerry está…? —empezó Orión.

—No está bien —finalizó Helena.

Empezó a dar vueltas por el jardín, sin saber qué hacer con las manos ni los pies. Hurgó en los bolsillos vacíos, se peinó el cabello con los dedos y se estiró la ropa. Estaba inquieta y tenía la impresión de que había perdido toda la fuerza en sus extremidades.

—Jasón y Ariadna son muy poderosos, Helena —murmuró Lucas—. Lucharán por la vida de tu padre. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —acordó Helena de forma distraída, sin dejar de caminar—. Y si no consiguen salvarle, te juro que bajaré allí y…

—No lo digas, Helena —interrumpió rápidamente Orión—. Puede que seas la Descendiente, pero Hades sigue siendo el señor de los muertos.

¿Recuerdas qué ocurrió cuando prometiste liberar a Perséfone? ¿Con qué

facilidad se deshizo de ti? Ni se te ocurra intentar robarle algo.

—No le permitiré que me arrebate a mi padre —prometió. De repente, se quedó inmóvil, observando a Orión, retándole con la mirada—. Pondré el Submundo patas arriba y lo sacudiré hasta que suelte a Jerry si hace falta, pero no me arrebatará a mi padre.

—Helena —musitó Lucas, con expresión temerosa—, ningún mortal puede engañarle ni vencerle. Por favor, escucha…

—¿Luke?

La voz procedía del otro extremo del jardín, donde reinaba la oscuridad.

Lucas se dio media vuelta y vislumbró a Héctor, que se acercaba a zancadas por el jardín. De inmediato olvidó el consejo que estaba a punto de ofrecer a Helena. Héctor se detuvo para mantener una distancia prudente con su primo, y ambos se observaron con tensión, a la espera de que las furias hicieran su estelar aparición, pero no había rastro de ellas.

—Hijo de puta —susurró Lucas, demasiado aturdido como para reaccionar. Miró a Helena, atónito y añadió—: Realmente lo has conseguido.

Los dos primos se acercaron y se fundieron en un emocionado abrazo mientras se pedían mil disculpas por todo lo sucedido. Helena contemplaba a Lucas y a Héctor, y notó la mirada de Orión clavada en su nuca. Le miró de reojo y se dio cuenta de que la estaba observando con preocupación.

—¡Princesa! —chilló Héctor, apartándose de Lucas para estrechar a Helena entre sus brazos—. Sabía que lo conseguirías.

—He contado con mucha ayuda —confesó ella entre risas mientras Héctor la apretujaba aún más.

—Eso he oído —contestó el chico antes de dejarla en el suelo para saludar a Orión. Le dio el típico abrazo de oso, le hizo crujir todos los huesos de la espalda y después volvió a dirigirse a Lucas—. ¿Dónde está el resto de la familia?

—La mayoría está en casa, pero hace menos de una hora vi a nuestros padres enfrentándose a Eris entre los disturbios. Me dio la impresión de que la tenían acorralada, pero no estoy seguro de que alguien estuviera encargándose de Terror. Podría seguir campando a sus anchas por la ciudad —informó Lucas con la precisión de un soldado.

—Ojalá supiera por qué estos dioses de segunda categoría están

merodeando por la Tierra después de tantas décadas de silencio —dijo Héctor mordiéndose el labio.

En cuanto Helena y Héctor intercambiaron una mirada, la joven entendió la indirecta y dejó caer los hombros, frustrada. ¿Por qué siempre todo tenía que ser culpa suya?

—Esperad. ¿Dónde más se han dejado ver? —preguntó Orión, que miró a Lucas con confusión.

Héctor les explicó a Orión y a Lucas que Tánatos había irrumpido en el Cónclave, en Nueva York, y que Automedonte seguramente había roto su contrato con Tántalo.

—¿Dónde está Dafne? —quiso saber Orión, preocupado por ella.

—La última vez que la vi estaba electrocutando a la Huesuda. ¿Por qué? ¿Acaso quieres iniciar una guerra de forma unilateral? —le preguntó Héctor con una sonrisa maléfica.

—Huy, sí —replicó Orión de inmediato con otra sonrisa de oreja a oreja.

A Helena le daba la sensación de que tanto Héctor como Orión tenían ganas de enfrentarse con los pequeños dioses. Quizá demasiadas ganas.

Tuvo que sacudir la cabeza para hacer desaparecer unos recuerdos que, sin duda, no eran propios. Por alguna razón que no lograba entender, no dejaba de imaginar a Orión y a Héctor vestidos con una armadura de guerra. Cuando Héctor se volvió para incluir a Lucas, su *déjà vu* se volvió más perturbador. Durante un segundo, vislumbró a Lucas con una especie de toga.

—Esperad, chicos. El padre de Helena está herido, y la idea de que ella esté en medio del caos con Automedonte por ahí suelto no me gusta —intercedió Lucas antes de salir escopeteados. Al ver su expresión, el joven le guiñó el ojo y le dijo—: Eh, Helena, ¿estás bien?

—Sí —respondió ella tras salir de su ensoñación, frotándose las sienes—. Estoy tan cansada que creo que empiezo a sufrir visiones.

«Como un palacio de mármol iluminado por antorchas; con todos los presentes engalanados con ropaje de cuero y bronce.»

—Entonces ve con tu padre —le ordenó Héctor—. En mi humilde opinión, creo que podrías ocuparte del esbirro y vencerle, pero qué más da. Quédate a salvo. Nosotros tres nos encargamos de todo esto sin ti.

—No, debería echaros una mano.

—Vete —insistió Orión poniendo los ojos en blanco—. Si nos metemos en algún lío, ya vendrás a salvarnos con tus rayos todopoderosos, ¿de acuerdo?

—¿Estáis seguros? —preguntó con una sonrisa de agradecimiento. Antes de que uno de los jóvenes pudiera responder, Helena ya estaba en el aire.

—De veras, es alucinante —suspiró Orión.

El muchacho no podía dejar de mirar maravillado a Helena, que planeaba justo sobre él. De forma impulsiva, alargó la mano y acarició la pantorrilla de Helena con los dedos. Ella intentó tragarse el nudo que tenía en la garganta y desvió la mirada hacia Lucas, quien parecía estar mirando a otro lado. Orión siguió la mirada de Helena y, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, dejó caer la mano.

—Vete de aquí, princesa —dijo Héctor con complicidad, consciente de aquella situación tan incómoda—. Ve a cuidar a Jerry.

Helena no pudo evitar mirar a Lucas por el rabillo del ojo y articular las palabras «ten cuidado» cuando Héctor y Orión se giraron para encaminarse hacia el centro del pueblo.

—Tú también —musitó.

Sentía el aleteo de varias mariposas en la boca de su estómago por la íntima caricia de Orión, pero ahora el número había aumentado hasta 747.

Lucas se dio media vuelta y salió disparado para alanzar a Héctor y Orión, dejando a Helena colgada en el aire y sin aliento. Mientras observaba al trío de vástagos alejarse por la calle, no sabía a quién seguir con la mirada, si a Lucas o a Orión. Su atención estaba tan dividida que le daba la sensación de estar mirando un partido de tenis.

Turbada y confundida, Helena voló hasta Siasconset, aterrizó en el jardín trasero de la familia Delos y trató de centrar toda su atención en su padre.

Corrió hacia la casa y se dirigió directamente hacia la matriarca, Noel, que estaba en la cocina preparando un banquete para la cena.

—¡Helena! —exclamó sin apenas echar un vistazo a la olla de casi setenta litros de capacidad que estaba removiendo—. Baja las escaleras y ve al sótano, que está pasando el gimnasio, por favor. Allí encontrarás tres congeladores. Abre el más pequeño y saca un enorme asado que hay ahí.

¡Date prisa, va! Estarán muertos de hambre.

—El más pequeño. Enorme asado. Lo pillo —respondió Helena antes de salir como un rayo.

Ni se molestó en intentar llevarle la contraria. Pese a no haber pasado muchos meses conviviendo con la familia Delos, era plenamente consciente de que cuando estaba en la cocina de Noel debía acatar todo lo que le dijeran. Regresó medio segundo más tarde y dejó el asado congelado del tamaño de un buey sobre el fregadero que Noel le estaba señalando.

—Están ocupándose de Jerry en la habitación de invitados donde solemos acomodarte a ti —informó la madre de Lucas, que al fin se volvió hacia Helena con una mirada de compasión—. No hagas mucho ruido. Si los mellizos están durmiendo, no los despiertes. Podrías causarles graves secuelas.

—De acuerdo. Gracias.

En mitad del pasillo, empezó a arrastrar los pies y a retorcer las manos, sin saber qué hacer. En teoría, solo tenía que dirigirse a la primera planta y entrar en la habitación donde estaba su padre. Pero no quería verle herido.

Al ver el ataque de nervios que estaba sufriendo Helena, Noel abrió los ojos de par en par y de inmediato dejó la cuchara de madera, algo chamuscada por el uso; se secó las manos en el delantal y la envolvió con un suave abrazo. Al principio la chica estaba algo rígida, pero enseguida se dejó llevar y disfrutó de aquel gesto tan emotivo. Noel olía a masa de pan y polvos de talco para bebés. No conseguía recordar a nadie tan esponjoso, tan reconfortante, excepto Kate. Era como estar abrazando a una magdalena recién salida del horno.

—¿Mejor? —preguntó Noel echándose hacia atrás para poder ver bien a Helena—. Pareces agotada. ¿Has vuelto a dejar de soñar?

—No, puedo soñar —contestó la chica. No pudo reprimir una risa floja cuando Noel le estiró el vestido de hada, sucio y hecho jirones. Se preguntaba cómo era posible que Noel se hubiera enterado de su pequeño problema con los sueños—. Pero ha sido un día muy muy largo.

—Ya lo sé, cielo. Y has trabajado mucho —murmuró Noel. Cogió la cara de Helena entre sus manos y la miró con intensidad, mostrándole así agradecimiento y añadió—: Gracias por devolvernos a Héctor.

Noel la besó en la frente y ese gesto le recordó a Lucas, lo cual, a su vez,

le recordó que…

—Espera. ¿Cómo te has enterado de eso? Ha ocurrido hace, no sé, cinco minutos.

—Los chicos me llaman en cuanto tienen una noticia, ya sea buenísima, ya sea malísima. Aunque no son tan cumplidores cuando se trata de una noticia simplemente buena o mala —respondió con una amplia sonrisa—. Ya lo comprobarás por ti misma algún día.

Y entonces regresó a la encimera, cogió un cuchillo gigante y empezó a cortar algo a dados, casi con violencia, como si estuviera enfadada, y arrojó los lastimados pedazos en la olla.

Helena rodeó a Noel con los brazos y le robó un rápido abrazo, un guiño que sorprendió a ambas. La mujer plantó un beso sobre la cabeza de Helena de forma distraída y le acarició el pelo sin dejar de menear el cocido, como si estuviera acostumbrada a aquellas muestras de afecto inesperadas. Un poco más tranquila, la chica se sintió preparada para subir las escaleras y ver a su padre.

Automedonte abandonó a su maestro en aquel mundo extraño que separaba los dos universos, en el fondo de la cueva, e invocó a su esclavo.

El mortal no estaba acostumbrado a su nueva vida de servidumbre, pero, afortunadamente para él, era bastante inteligente y cometía pocos errores.

En cuanto le dio instrucciones y se aseguró de que el muchacho tenía las provisiones acordadas, regresó corriendo a Nantucket, sin saber a ciencia cierta si la maldición de las furias se había roto por fin o no. Estaba deseando aprovechar su oportunidad y seguir adelante con el plan, pero tardó treinta y ocho minutos exactos en regresar y localizar al Rostro.

Al principio, la buscó en su casa, pero lo único que encontró fue su aroma danzando en el jardín. A juzgar por su afinado olfato, no había estado a solas. De hecho, podía notar la presencia del paria, lo cual significaba que Héctor había estado con ella. Tras un fugaz vistazo al jardín, intuyó que no se había producido confrontación alguna, así que las furias no se habían asomado por allí. Solo cabía una explicación a todo aquello.

¡La Descendiente lo había logrado! Después de tantos días de eterna

espera y vigilancia, después de que tantas generaciones hubieran fracasado en sus intentos, por fin había llegado el momento. Su maestro tenía razón. Lo único que la joven había necesitado era un pequeño empujón, un incentivo para dar con la solución, y así había sucedido. No era un espejismo. Ella era la princesa que llevaba tanto tiempo esperando, la verdadera Helena.

Animado por la nueva victoria, saboreó el rastro de sus aromas. Eran tan recientes que incluso podía palpar las emociones de los vástagos. En el aire se respiraba hermandad y amor eterno. La estela del amor se desvanecía entre los vientos turbulentos de la atmósfera. Sin duda, Helena se había marchado volando. Los hombres que la acompañaban habían salido corriendo hacia el centro del pueblo juntos, siguiendo como un rebaño de ovejas la distracción que, con mucho cuidado, él mismo había organizado para mantener ocupado al pequeño ejército de poderosos vástagos que protegían a esta nueva y verdadera Helena. Automedonte podía jurar ante los dioses que eso era cierto. De momento, todo iba según el plan, excepto por un detalle más que importante.

Automedonte se quedó inmóvil. No podía permitirse el lujo de malgastar un movimiento. Aquello había tardado tres mil quinientos años en suceder.

Todo estaba en orden, en el lugar donde debía estar, excepto por una cosa.

Tenía que encontrar a Helena.

No estaba en casa de su padre mortal. Tampoco estaba con su amante, ni en el instituto. A menos que hubiera abandonado la isla, lo cual casi nunca se atrevía a hacer, solo quedaba un lugar donde buscar… La residencia de la casta de Tebas, en Siasconset.

Los dos mellizos estaban profundamente dormidos junto a la cama donde descansaba Jerry. Era la misma cama blanca donde Helena se había curado después de la tremenda caída con Lucas. Su padre tenía un aspecto pálido y hundido, como si alguien le hubiera deshinchado.

Tumbados sobre las mantas y enroscados como felinos, los hermanos tenían los ojos cerrados, sumidos en un sueño poco reparador.

Jasón y Ariadna resollaban y tenían los dedos apretados. Fruncían las

cejas al mismo tiempo, como si estuvieran compartiendo la misma pesadilla. El aire que reinaba en la habitación era seco, como si estuvieran en el desierto. Helena sabía que aquello significaba que estaban siguiendo a Jerry por el margen de las tierras áridas, justo en la frontera del Submundo tratando de guiar su espíritu asustado hacía su cuerpo.

Estaban luchando como locos, eso era obvio, pero los dos estaban cubiertos de sudor y blancos como la pared. Helena estaba segura de que no aguantarían mucho más tiempo.

Kate se levantó de una silla de la esquina y se abalanzó sobre Helena en cuanto esta entró por la puerta. Abrazada a Kate, Helena distinguió la figura de Claire, sentada en el suelo, junto a Jasón. Su amiga la miró con tristeza y le dedicó una sonrisa lánguida antes de ponerse en pie con torpeza, como si las piernas se le hubieran quedado dormidas. Las tres decidieron salir en silencio de la habitación para poder hablar sin molestar a los mellizos.

Avanzaron por el pasillo y, por casualidad, Kate abrió la puerta de la habitación de Lucas. Helena retrocedió varios pasos, pero, al ver que no podía resistirse a la tentación de estar cerca de algo que perteneciera al joven Delos, cedió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helena.

—Jasón dijo que Jerry se había perdido allí abajo. Aseguró que todo esto tendría que haber acabado incluso antes de entrar en el coche y venir hasta aquí —informó Claire manteniendo la calma.

De repente, Kate se levantó de un brinco, incapaz de contenerse.

—Pero un horrible dios interfirió. Sin duda habrá guiado el espíritu de Jerry en la dirección equivocada mientras nosotros le trasladábamos al coche —farfulló Kate con voz temblorosa—. Y ahora los mellizos no le encuentran.

—Morfeo se reunió con Ariadna en la frontera de su reino para comunicarle que Ares había despistado a tu padre —dijo Claire entre murmullos, buscando a Kate con la mirada para que corroborara su versión.

—Helena, ¿por qué el dios de la guerra está intentando matar a tu padre? —preguntó Kate, que estaba al borde de la histeria.

Era una mujer pragmática, poco acostumbrada a los arrebatos emocionales, y todavía estaba asimilando que todo lo que ella había aprendido como mitos griegos y leyendas eran una realidad. Helena la cogió

de la mano y la apretó con fuerza.

—Tendría que habértelo contado —dijo, incapaz de mirarla a los ojos—. Pensé que, si os mantenía apartados de todo esto, os protegería. Creí que mi padre y tú podríais seguir con vuestra vida si no os enterabais de nada.

Sé que ahora, al decirlo en voz alta, suena estúpido, pero de verdad que pensaba que podría funcionar, y lo lamento mucho. Ares está tratando de llegar a mí. No sé por qué lo hace, pero está utilizando a mi padre como cebo.

—De acuerdo —respondió Kate, secándose una lágrima—. ¿Y qué podemos hacer al respecto? ¿Cómo podemos salvar a Jerry?

—No hables en plural —susurró Helena, que en ese instante recordó la advertencia de Morfeo. El dios de los sueños le había confesado que Ares soñaba con hacerle daño—. Habla en singular. Ares me quiere a mí.

—Y estás dispuesta a ir corriendo allí abajo para enfrentarte a él, ¿me equivoco? —preguntó Cassandra desde el umbral de la puerta. Helena se volvió un poco sobresaltada y encontró a la pequeña de brazos cruzados, enfadada—. ¿Incluso a sabiendas de que probablemente sea una trampa?

—Sí. Y tengo que ir ahora mismo.

—Lennie, es la decisión más absurda que jamás has tomado —espetó Claire con cara de incredulidad—. Hasta Matt es mucho mejor luchador que tú y ni siquiera es un vástago. ¿Y piensas enfrentarte a Ares sola?

—Sí —respondió Helena, impávida ante la expresión de asombro de todas las demás—. Yo soy la Descendiente. Puedo controlar el Submundo, a diferencia de Ares. No sé lo que dice sobre mí, pero yo tengo poder sobre ese lugar. En el mundo real no tendría ni la más mínima oportunidad de vencerle, sin duda. Pero creo que en el Submundo podré derrotarle, o al menos dejarle lo bastante malherido para traer a mi padre de vuelta. Lo sé, lo presiento.

La chica se dirigió hada la cama de Lucas y deslizó las sábanas.

—Helena. Tu padre no querría que pusieras tu vida en peligro para salvar la suya —murmuró Claire colocando una mano sobre el hombro de su amiga.

No recordaba la última vez que Claire la había llamado por su nombre completo. Las tres estaban decididas a detenerla, lo cual les resultaba muy fácil. A menos que convenciera a Claire, Cassandra y Kate, ninguna dejaría que se durmiera.

—Sé que mi padre no querría esto, pero… ¡mala suerte! —soltó al fin la

joven, tratando de controlar el tono de voz—. Jerry morirá si no le alejo de la influencia de Ares, y, si los mellizos se quedan mucho más tiempo vagando por esa tierra desierta, también fallecerán. Sabes que tengo razón, Claire. Tú misma lo viviste. Sabes que cada segundo en la frontera de las tierras sombrías dura una eternidad.

Claire bajó la mirada con pesar. Conocía aquella sensación: su mero recuerdo todavía la atemorizaba.

—Por favor, espera a que Orión te acompañe —rogó Cassandra antes de cruzar la habitación y subirse a la cama de su hermano mayor.

—No puedo. Orión tarda media hora en llegar al portal, que está en el fondo de una cueva en tierra firme. En el Submundo, el tiempo avanza de otro modo, pero el espíritu de mi padre todavía no merodea por el Infierno.

El tiempo no se ha detenido para él y los mellizos, sino que ha extendido.

Cada segundo que pierdo aquí arriba equivale a días y días allí abajo. Ni Jasón, ni Ari, ni mi padre aguantarán media hora más en ese desierto.

Tengo que irme ahora mismo.

Kate, Claire y Cassandra se miraron con aire triste. Las tres sabían que Helena no se equivocaba.

—Ojalá pudiera decirte que todo va a salir bien, pero hace días que no consigo ver tu futuro. Lo siento mucho —se disculpó la pequeña Cassandra, que enseguida se inclinó sobre Helena para darle un beso en la mejilla—. Buena suerte, prima —susurró con ternura, agarrada con firmeza al cuello de Helena.

Helena arrastró a Kate y a Claire hacia ese gigantesco abrazo.

—Es mejor que os marchéis y cerréis la puerta —concluyó soltando a las tres—. En cuestión de segundos esto parecerá el Polo Norte.

El oráculo andaba cerca. Y eso suponía un problema. Sus queridas amigas mortales podían perecer, puesto que eso no alteraría el plan de los Doce, pero el oráculo era una pieza tan importante como la misma Helena y, por desgracia, mucho más frágil.

Los verdaderos oráculos, aquellos que eran lo bastante fuertes como para soportar el terrible peso del futuro, eran pocos y muy valiosos. Sin embargo,

aunque los dioses dependían de los destinos igual que los humanos, jamás habían tenido un oráculo propio. Obtener uno siempre había sido una de las prioridades más importantes. Y esta Cassandra en especial era la favorita de Apolo. Llevaba esperándola milenios.

Al escuchar a hurtadillas la conversación entre la princesa y el oráculo, entendió que Helena había mordido el anzuelo. Por muy peligroso que resultara, seguiría a su padre hasta las tierras sombrías, tal y como su maestro había vaticinado.

Automedonte tenía una pequeña oportunidad. Solo podía actuar después de que Helena creara un portal, pero justo antes de descender. Si no lo hacía entonces, el colgante que la princesa siempre llevaba alrededor del cuello la protegería de cualquier daño. Peor aún, la joven podía desbaratar todo su plan utilizando sus relámpagos y arrojarlo por los aires. Solo era vulnerable durante un segundo. El frío del vacío era la señal, esa fracción de segundo que tenía para actuar.

Dando vueltas por las afueras de la mansión, olisqueó el aire en busca de la esencia de alguno de sus protectores. Por suerte, estaban entretenidos en el centro del pueblo. Automedonte escuchó a la heredera, princesa de la leyenda, despedir a sus siervas con un emotivo abrazo. Percibió como se relajaba para deslizarse hacia un profundo sueño, ese estado mental a partir del cual conjuraba el portal. Por fin había llegado el momento.

Automedonte dio un salto hacia delante y derribó la puerta principal de la casa. Echó a correr por la casa y subió las escaleras como un animal, apoyándose en las cuatro extremidades. La madre mortal alzó la mano para echar la maldición de Hestia sobre él, pero era demasiado lenta.

Brincó por encima del valioso oráculo para no hacerle ningún daño, pero no tuvo la misma delicadeza con las dos preciosas pero inútiles siervas.

Destrozó la puerta del amante en mil astillas, se arrojó sobre la cama y sostuvo la cabeza dormida de la princesa en su mano derecha en el instante anterior a descender, en el instante en el que era más vulnerable.

Ella abrió sus maravillosos ojos color ámbar, sobresaltada. Por debajo de la manga de su brazo izquierdo, Automedonte deslizó una fina aguja que enseguida clavó en la garganta de Helena. A medida que el veneno se extendía por la sangre, la princesa empezó a agitarse. El esbirro oyó gritos

procedentes del pasillo y del pie de la escalera, pero el ruido le resultaba intrascendente. Tenía su premio, y no había nadie en aquella casa lo bastante poderoso como para arrebatárselo.

De repente, la princesa se quedó quieta. Automedonte levantó a la chica inconsciente de la cama, cargó su cuerpo paralizado en volandas y se alejó a toda prisa de la isla de Nantucket.

Héctor se esfumó en busca de su padre, como un dibujo animado que deja tras de sí una estela de humo. Orión y Lucas prefirieron quedarse atrás para ayudar a un puñado de personas heridas. Se había creado una especie de hospital de campaña y las personas que vivían en el barrio no dudaban en ofrecer cuanto tenían para ayudar a los demás, como botellas de agua, vendas y todo cuanto contenía su botiquín familiar. Lucas y Orión quisieron acompañar a Héctor en su búsqueda, pero no tuvieron más remedio que quedarse, pues no podían ignorar los gritos de ayuda de todos los afectados.

—Deberíamos echar un vistazo en la siguiente manzana —propuso Orión tras atender a todos los heridos. De inmediato, los dos empezaron a correr a una velocidad humana por el callejón más cercano.

—Un momento —dijo Lucas al notar que le vibraba el teléfono móvil en el bolsillo del pantalón.

Miró la pantalla y descubrió que su madre le estaba llamando. No tardó en contestar; intuía que algo no andaba bien y sintió un retortijón en los intestinos.

—Lucas, se la ha llevado —le informó ella sin alterar la voz pero con urgencia—. Helena estaba a punto de descender para ayudar a su padre y a los mellizos cuando Automedonte echó la puerta abajo, le clavó una aguja y saltó por la ventana con ella entre los brazos.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó él con frialdad.

Orión montó en cólera al captar y entender las emociones caóticas de Lucas.

—Hace unos minutos. Esa criatura golpeó a Claire y a Kate, las dejó inconscientes, pero siguen vivas, respiran —contestó su madre, angustiada—. No consigo comprenderlo, Lucas. ¿Cómo ha podido herir a Helena? El

cesto…

—Tengo que irme —espetó antes de colgar el teléfono, no porque estuviera enfadado, sino para poder pensar con más claridad. Tras contarle a Orión lo que había sucedido, se quedó en silencio, meditando.

—¿Deberíamos regresar a tu casa? ¿Intentamos seguirle el rastro desde allí? —sugirió Orión.

—No habrá rastro alguno —respondió Lucas en voz baja, deseando que Orión cerrara el pico para poder concentrarse.

—¿Y entonces qué sugieres? —insistió el otro escudriñando a Lucas.

Al ver que Lucas no respondía a su pregunta, alzó las cejas y continuó.

—Lucas, puedo leer tus sentimientos, ya lo sabes. Dime qué estás pensando para que podamos encontrar una solución juntos.

—¡Estoy intentando explicarme cómo demonios alguien ha sido capaz de capturar a Helena! ¿Alguna vez te has enfrentado a ella? ¡Incluso cuando se contiene es una bestia! —exclamó. Estaba furioso. Ansiaba asestarle un puñetazo a Orión, pero en vez de eso optó por gritarle—. Ni siquiera yo podría vencerla y, en realidad, creo que solo me ha mostrado una minúscula parte de su potencial. ¿Puedes imaginarte cómo reaccionaría si alguien intentara raptarla y retenerla en contra de su voluntad? ¡La mitad del estado de Massachusetts ardería en llamas!

Orión clavó la mirada en el pecho de Lucas, preocupado.

—Estás perdiendo el control. Y ahora mismo tenemos que mantener la calma. Por Helena —murmuró agarrando a Lucas por el hombro.

El chico notó una oleada de calor reconfortante. Su corazón dejó de latir con tanta fuerza y una serie de sensaciones balsámicas le abrumaron.

Sabía que Orión era hijo de Afrodita y por lo tanto, podía manipular emociones, pero Lucas jamás había sentido algo así antes. Era como un cambio físico, como una droga con efecto instantáneo que actuaba sobre su cuerpo y su mente y, por un breve instante, se preguntó hasta qué punto Orión podía influir en él. Sí el muchacho podía hacerle sentir tan bien, le parecía razonable asumir que, del mismo modo, podía hacerle sentir fatal. Lo que aquello implicaba le llenaba de intranquilidad.

—Lo lamento —se disculpó Orión, apartando la mano de Lucas—. No me gusta hacerlo sin pedir antes permiso.

—No, está bien. Lo necesitaba —admitió Lucas con amabilidad.

Era evidente que no se sentía cómodo utilizando su talento, aun cuando podía ser beneficioso. Cuando Lucas volvió a hablar, lo hizo desde la serenidad.

—¿Te fijaste en la fina capa de hielo que cubría la cama de Helena cuando regresasteis del Submundo? ¿En cómo no pudo alzar el vuelo de inmediato? ¿Y en cómo yo no era capaz de levantaros de encima de mí?

¿Esa pérdida de poderes es habitual cuando Helena desciende?

—Es normal en todos los portales que conducen al Submundo. Son zonas muertas. Sin calor, sin organismos vivos que crezcan en las paredes y sin talentos vástagos. Creo que Helena crea un portal temporal cuando desciende. Debe de tardar unos segundos en desaparecer después de que ella lo desmantele —explicó Orión con el ceño fruncido.

—¿Piensas que Automedonte conocería toda esa información sobre los portales?

—No lo dudaría. Ha habido otros descendientes a lo largo de la historia, y ese esbirro es perro viejo. Sin duda, ese monstruo habrá visto de todo —opinó Orión—. Aunque no debe de disponer de mucho tiempo. Recuerda que, después de unos segundos, Helena recuperó su poder y voló.

—Sin duda, no dispone de mucho tiempo. Pero si lo sabía de antemano, le bastará. Lleva vigilándola semanas. Supongo que Automedonte tenía la certeza de que Helena seguiría a su padre hasta el Submundo —adivinó Lucas, que tenía la sensación de que iba por el camino correcto. Aquello formaba parte de un plan muy bien tramado—. Automedonte solo tenía que asegurarse de que Jerry saliera malherido, lo cual es muy sencillo entre disturbios, y entretener a todos los vástagos de la isla con Eris y Terror merodeando por las calles. Entonces…

—No habría ningún vástago que se encargara de protegerla mientras iba a buscar a su padre —finalizó Orión. Al advertir una grieta en su lógica, añadió —: Pero Automedonte podría haber llevado a cabo su plan cualquier día de los últimos meses. Helena descendía cada noche, y nadie la vigilaba.

¿Para qué esperar?

—Bueno —dijo Lucas, que bajó la mirada algo avergonzado—. He estado a su lado casi cada noche, escondido en el tejado. Pero nadie, ni

siquiera el esbirro, habría podido notar mi presencia.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Soy un maestro de la sombra. Puedo hacerme invisible.

Orión puso los ojos como platos. Para evitar desviarse del tema principal que los ocupaba, Lucas continuó.

—Pero eso no es lo importante. Automedonte esperó a que Helena finalizara su tarea en el Submundo para capturarla. Tántalo jamás osaría actuar en contra de Helena antes de eso.

—Pero ¿por qué raptarla ahora? Tántalo ha oído hablar de mí y seguramente también de las docenas de granujas que habitan el mundo. A menos que nos mate a todos, no conseguirá Atlantis. ¿Crees que su intención es empezar con Helena?

El mundo entero se detuvo durante un instante, mientras Lucas pensaba acerca de ello. ¿Y si Helena ya estaba muerta? ¿Era posible que la mitad de su corazón se marchitara sin él darse cuenta? El joven metió la mano en el bolsillo y palpó el último óbolo de amapola que quedaba en el mundo, y lo frotó con el pulgar y el índice. Ya sabía qué haría si Helena perecía.

—No lo sé —susurró, olvidándose de esa opción por el momento. Miró a Orión con intensidad y continuó—: Tienes razón. No tiene mucho sentido que Tántalo haya decidido secuestrarla ahora, pero recuerda que no es el único que dirige esta orquesta. El nuevo amo y señor de Automedonte también quería apartar a las furias del camino antes de dar la orden de cazar a Helena. Si dejamos a un lado la razón de por qué Automedonte ha esperado tanto, solo se me ocurre un lugar donde alguien pueda mantener a Helena prisionera.

—Un portal permanente. Mi portal es el más próximo a la isla; además, esta noche alguien me siguió —dijo Orión con arrepentimiento. Se hubiera dado de cabezazos contra la pared. Empezó a avanzar en dirección oeste y preguntó—: ¿Prefieres esperar aquí a tu familia mientras yo voy hacia allí?

Lucas le dedicó una sonrisita de suficiencia, sin molestarse siquiera en responder a su pregunta.

Lo más inteligente y prudente era contactar con su primo Héctor para enfrentarse al esbirro, para ser tres contra uno, pero Lucas no pensaba perder un instante más, así que salió corriendo tras Orión y, un segundo después,

alcanzaron la orilla de la isla.

—¡Oh, Dios mío, Matt! Tienes que venir aquí —dijo Zach con voz ronca, al otro lado del teléfono. Le costaba respirar y no dejaba de rozar la mejilla con el altavoz, como si estuviera corriendo o caminando muy rápido—. ¡Tiene a Helena y va a hacerle daño!

—Espera. ¿Dónde es «aquí»? —interrumpió Matt.

Hizo una serie de aspavientos con el brazo para llamar la atención de Héctor, Palas y Cástor, de hecho, de todos los que, por casualidad, estaban merodeando por la cocina de Noel, tratando de averiguar dónde podría haber llevado Automedonte a Helena. Zach seguía hablando, escupiendo las palabras sin pensar.

—Se suponía que yo tenía que llamar a Lucas y a ese tal Orión —balbuceó—. Se supone que ahora mismo me estoy encargando de eso, tal y como él espera, y pienso hacerlo, porque, si no, me matará, pero sé que ese es su plan, así que no puedo seguir todas sus instrucciones, ¿verdad?

Imaginé que si te lo contaba quizá se nos ocurriría algo.

—¡Para el carro! ¿A qué te refieres con su «plan»?

—¡Su plan de iniciar la guerra! ¡Los necesita a los tres para llevarlo a cabo!

Capítulo 17

A Helena le ardían las mejillas.

Pero el resto de su cuerpo estaba sumido en un frio helador. Por fin empezaba a recuperarse, dejando atrás aquella negrura absoluta para volver a un estado consciente. Tenía muchísimo frío, y algo que había muy cerca desprendía un olor asqueroso, como a óxido y putrefacción.

—¡Ya está aquí, ha venido a jugar! ¡Faltan dos por llegar! ¡Después, las bombas! —canturreó una voz aduladora entre risas—. Linda, linda diosecilla.

Ares.

Helena se quedó muy quieta, esforzándose por no ponerse a gritar como una loca. Necesitaba pensar. Lo último que recordaba era el rostro de Automedonte, un pinchazo en el cuello y la sensación de un dolor líquido recorriéndole todo el cuerpo, hasta que, de repente, su mente se apagó en un impulso de autodefensa.

—Te estoy viendo, mi linda mascotilla —dijo Ares, esta vez sin reírse—. No puedes esconderte tras tus párpados. Ven. Abre los ojos. Déjame ver los ojos de tu padre.

Percibió un ápice de creciente ira en su voz y, al mismo tiempo, notó una amenaza. Ares se acercaba peligrosamente a ella. Le había puesto en evidencia y abrió los ojos aterrorizada. Se soltó de su gravedad para huir volando, pero no funcionó y de inmediato adivinó por qué. Incluso la atmósfera estaba saturada de cristales de hielo. El frío era tan insoportable que agudizaba los sentidos hasta su límite, hasta retorcerlos e invertirlos, hasta que el hielo ardía como el fuego.

Bajo la luz parpadeante del brasero de bronce, Helena pudo apreciar que Ares la tenía atada con unas cuerdas y clavada con estacas en la entrada de un

portal. Miró a su alrededor, desesperada. En el fondo de su corazón, sabía que se encontraba en una cárcel perfecta. En el Submundo, podía distanciarse de Ares con tan solo pronunciar una seria de palabras. En el mundo real, al menos podía enfrentarse en una peligrosa pelea y, quizás, huir. Pero en un portal, cuando no estaba ni allí ni aquí, Helena no era más que una adolescente, atada y a merced de un maníaco. Todo aquello estaba planeado, sin duda. Y muy probablemente lo habían tramado desde hacía muchos años.

—¡Lágrimas! ¡Me encantan las lágrimas! —dijo Ares con entusiasmo, como si estuviera hablando con un par de cachorrillos—. Mira cómo llora la linda diosecilla… ¡Pero sigue siendo bonita! Cambiemos eso.

Ares le asestó un tortazo en la boca. Helena notó que algo se partía.

Respiró profundamente. El momento había llegado. Le escupió mirándole a los ojos, sin derramar una lágrima más. Ahora que el proceso había empezado, sabía que no tardaría mucho en acabar y, en cierto modo, lo prefería antes que estar esperando el momento. Al menos si Ares la torturaba, no se ocuparía de entretener al espíritu de su padre, despistándole por las tierras del Submundo. Este no era el resultado que esperaba obtener al cerrarlos ojos para seguir la pista de su padre en el Infierno, pero era mejor que nada. Alzó la mirada hacia el dios y asintió con la cabeza, preparada para recibir todos los golpes, pero al menos su padre estaba a salvo.

Ares volvió a golpearle en la cara y después se puso en pie para patearle el estómago. Se quedó sin aire en los pulmones y dejó escapar un extraño rebuzno, como si fuera un asno. El dios siguió asestándole más y más patadas. Si Helena trataba de esquivar los golpes, retorciéndose hacia un lado o dándole la espalda, Ares la pisoteaba con fuerza. Le partió el antebrazo, y ella intentó alzar la pierna para protegerse el costado, pero eso solo sirvió para provocar un ataque aún más violento. Cuando dejó de eludir los golpes, el dios desistió.

Helena dio varias vueltas en el suelo, tratando de encontrar una postura que le posibilitara respirar con la mitad de las costillas rotas y las manos atadas a la espalda. Resollando y retorciéndose de dolor, por fin descubrió que apoyarse sobre las rodillas y con la cabeza inclinada sobre el gélido hielo que cubría el suelo era la mejor opción. El ruido áspero y asfixiante que emitía cada vez que inspiraba aire con uno de sus pulmones perforados

sonaba como una carcajada.

—Divertido, ¿verdad? —chilló Ares antes de ponerse a dar brincos en círculo—. Pero no debería haberte pateado en la tripa, porque ahora no puedes gritar. Y eso es justo lo que necesitamos, ¿verdad? ¡Qué bobo soy!

Bueno, podemos esperar un poquito antes de volver a jugar.

El dios se arrodilló junto a ella y pasó los dedos por su larga cabellera.

Sintió un escalofrió por la nuca cuando Ares cogió un mechón de cabello.

«En cualquier momento lo arrancará. Relájate y no te opongas. Así será más sencillo», se dijo.

—Estás demasiado callada —suspiró Ares mientras empezaba a hacer una trenza del mechón de pelo—. Y eso es un problema. ¿Cómo van a encontrarte los otros herederos si no gritas como una condenada? Se supone que debes chillar: «¡Sálvame Lucas! ¡Oh, sálvame, Orión!».

Durante unos instantes imitó el registro soprano de una damisela en apuros, pero de inmediato volvió a utilizar su voz habitual.

—Justo así. Venga. Inténtalo.

Helena sacudió la cabeza. Ares se inclinó sobre ella, acercando los labios al cuello encogido de la joven. Soltó su aliento nauseabundo y putrefacto por el cuero cabelludo de Helena. Incluso en el frío del portal, la peste a muerte y descomposición de Ares seguía abrumándola.

—Grita —ordenó en voz baja. Ares ya no sonaba como un chiflado. Por primera vez, había dejado a un lado su melódica y santurrona forma de hablar. Parecía una persona cuerda, lo cual le convertía en un ser mucho más aterrador—. Llámalos para que vengan a salvar tu vida. Llámalos, Helena, o te mataré.

—Les estás tendiendo una trampa —farfulló la chica entre jadeos—. No pienso morder el anzuelo.

—¿Cómo puedo atraparlos? En este lugar soy tan vulnerable como un mortal. Sería un dos contra uno —respondió con lógica—. Puede incluso que me ganen.

No estaba mintiendo. Los puñetazos y las patadas de Ares habían dolido muchísimo, pero no había una fuerza divina tras esos golpes. Echó un fugaz vistazo a los nudillos de su mano izquierda, la que había utilizado para darle la paliza, y distinguió la sangre dorada, el néctar de los dioses manando de

los rasguños de su puño. Le hizo sonreír saber que, a pesar de haber perdido varios dientes y la visión de su ojo derecho, Ares también se había roto la mano en el proceso.

—Llámalos —rogó, como si todo fuera por el propio bien de la joven—. ¿Por qué no gritas, diosecilla rota? Desean salvarte.

Helena sabía que tenía razón. Lucas y Orión estaban buscándola, y ninguno de los dos necesitaba su fuerza de vástago para enfrentarse y vencer a Ares. Eran dos tipos fuertes. Ella, en cambio, era una adolescente delgaducha, agotada, maniatada y envenenada por un esbirro, incapaz de encararse a un descomunal dios que le doblaba el tamaño. Lucas y Orión eran guerreros por naturaleza. Quizá debía dejar que fueran ellos los que se encargaran de las peleas cuerpo a cuerpo. De hecho, lo disfrutaban.

No muy lejos, oyó a Orión llamar a Lucas, guiándole por el laberinto de cuevas.

—¿Lo estás oyendo, Helena? Tu salvación está muy muy cerca.

Ares apretó los dedos alrededor de la trenza de pelo y tiró con fuerza, hasta arrancarle todo el mechón, rasgando así el cuero cabelludo de Helena. La joven no pudo reprimir un chillido agudo, pero se las arregló para mantener el volumen al mismo nivel de un susurro. No gritaría por nada del mundo. Ares cogió otro mechón, esta vez más grande, que ocupaba la parte inferior de la cabeza y, por lo tanto, cubría una piel mucho más sensible.

Por el único ojo que veía, Helena advirtió que un hilo de sangre procedente de la nuca le recorría todo el cuello, hasta alcanzarle la barbilla, tiñendo la capa de hielo a su paso. Las gotas de sangre habían creado un pequeño charco, brillante y vibrante, que la tela de la camisa de Helena absorbía como si estuviera muerta de sed.

—No van a encontrarte como por arte de magia, si eso es lo que crees. Hay docenas de portales en estas cuevas. Orión conoce la mayoría de ellos, pero aun así, podrían tardar toda una noche en dar con el adecuado —explicó Ares, como si estuviera hartándose del jueguecito—. Llámalos ahora y conservaras la piel que te queda.

Mirando fijamente el charco de su propia sangre, Helena vislumbró dos ejércitos. Los vio avanzar con un brillante destello de metal sobre metal.

Avistó una bahía de aguas azul celes que, en un principio, parecía estar

contaminada con la porquería de un cerco, pero luego esas mismas aguas cristalinas se tornaban turbias y las cenizas de cuerpos incinerados las obstruían. Al fin, distinguió la figura de Lucas, que yacía sin vida en una habitación en llamas.

«Eso fue lo que ocurrió la última vez que permití que otros lucharan por mí.»

—No los llamaré —murmuró Helena, derramando lágrimas ardientes—. Antes preferiría morir.

—¿Quieres tanto a Orión y a Lucas que estás dispuesta a morir por ellos? ¿Por los dos? —preguntó Ares en voz baja. El dios la empujó hacia un lado para mirar su rostro destrozado.

Helena trató de enfocar con el único ojo bueno y le respondió sin vacilar.

—Sí. Los quiero, a los dos. Y moriría por ambos.

Ares se quedó mudo. Al ver que retorcía los músculos de la cara, Helena asumió que estaba pensando en qué más decir. Pero entonces el dios se echó a reír a carcajada limpia.

—¡Uno menos! ¡Solo quedan dos! —exclamó Ares como si no diera crédito a su nuevo descubrimiento—. ¡Automedonte tenía razón! Tan dispuesta a morir desangrada… Y no solo tú. Lo que verdaderamente me asombra es que él dice que tus dos nobles defensores también darían su vida por ti. ¿Y sabes lo que eso significa diosecilla rota? ¿Sabes qué pasaría si mezclo toda esta sangre que tanto tú como los otros dos herederos estáis dispuestos a derramar para salvar vuestras vidas? Cuatro castas, convenientemente unidas en tres cariñosos, valientes y, gracias a Zeus, «cándidos» herederos.

La mente de Helena iba a mil por hora. Forcejeó hasta ponerse de rodillas y clavó la mirada en el charco de sangre, que ya se había helado sobre el suelo. Pensó acerca de qué tipo de condiciones especiales se habían dado para lograr que su cuerpo, que solía ser inmune, sangrara. Reflexionó sobre el camino que Ares habría tenido que recorrer para hacerla llegar hasta allí. Y entonces empezó a darle vueltas a todo lo que tenía que haber sucedido para conseguir que Lucas y Orión trabajaran codo con codo, cuando unas pocas horas antes, no habrían soportado estar siquiera en la misma habitación por culpa de las furias. Solo existía un motivo que los pudiera unir, una única

razón por la que tanto Lucas como Orión estarían dispuestos a luchar, sangrar y morir: ella. Y la propia Helena ya había sangrado y había prometido sobre esa sangre que haría lo mismo por los dos vástagos.

—Hermanos de sangre. Seremos hermanos de sangre —musitó con el labio roto—. Las cuatro castas se unirán.

—Y nosotros, los dioses, seremos libres. Saldremos de nuestra cárcel del Olimpo —dijo Ares con solemnidad—. ¡Llevo esperando este momento tres mil quinientos años! —exclamó. Pero su discurso se detuvo de repente, como si la garganta se le hubiera cerrado.

—No. No permitiré que eso suceda —tartamudeó ella, incapaz de aceptarlo.

—¿Y sabes, para mí, que es lo más apetitoso de todo esto? Además de la parte en que puedo torturarte, por supuesto —continuó, ignorando por completo la débil amenaza de Helena—. Una vez más, ¡todo es por el amor de Helena! Jamás imagine que no una, sino dos guerras mundiales se hubieran desencadenado por el amor de una mujer. Pensaría en el dinero, claro. O en propiedades, desde luego. Se han librado miles de guerras por dinero y propiedades, pero ¿por amor? Y, sin embargo, aquí estamos.

¡Afrodita vuelve a ganar! ¡Y todo por tu amor, por los dos vástagos a los que amas y las tres patéticas furias! Y el amor, amor, amor será la razón por la que el mundo entre en guerra, guerra, guerra. ¡Esto es poesía para mis oídos!

Mientras Ares gorgoteaba con la risa demente, la gravedad de los múltiples errores que Helena había cometido empezó a hacerse patente. Morfeo había expresado cierto recelo respecto a su cometido, pero ella jamás se había preguntado por qué. Hades, por otro lado, la había advertido de forma explícita no solo una, sino dos veces, de que debía consultar al oráculo. No a Cassandra, la hermana pequeña de Lucas, sino al portavoz de los tres destinos. Tenía que preguntarle si liberar a las furias era lo más apropiado. Incluso su buen amigo Zach había intentado decirle que estaba en peligro, pero ella no le concedió ni la oportunidad de explicarse.

Y, por si fuera poco, Héctor también le había lanzado una advertencia. Le dijo que lo más importante era que no se enamorara de Orión. Héctor siempre había sabido que la batalla era por amor, aunque Helena lo ignoraba por

completo. Cuando le aconsejó que no se quedara prendada de Orión, lo que en realidad le estaba diciendo era que el amor, el verdadero amor, siempre creaba una familia, aunque esta no fuera la más tradicional. El amor era lo más importante, y no las leyes, las normas o los dioses.

Helena podía despotricar y gritar que le habían tendido una trampa, que nada de aquello era culpa suya, pero no serviría de nada. Se había empeñado en llevar a cabo su cometido sin detenerse a pensar en las consecuencias negativas. Desde el principio estuvo convencida de que hacia lo correcto, una buena obra, una hazaña tan heroica que ni siquiera se molestó en escuchar que no opinara lo mismo. Lucas le advirtió que la arrogancia era el mayor peligro de los vástagos, pero hasta ahora no le había prestado más atención. Ser buena persona y realizar buenas obras no quería decir que uno siempre tuviera la razón.

En la caverna colindante, oyó que Orión y Lucas hablaban entre susurros desesperados, animándose el uno al otro a dirigirse hacia la luz parpadeante del brasero.

—Por favor —sollozó en voz baja—. Mátame ya.

—Pronto, pronto, mascota. Chis —arrulló Ares.

De repente, el dios extrajo una pequeña daga de bronce de su cinturón y se arrodillo justo a su lado. Helena notó un calor palpitante en el cuello.

Con una precisión eficiente, Ares le rajó la garganta.

—Morirás, pero el corte es bastante superficial para que aguantes un poco más. Mucho me temo que no podrás hablar. No puedo arriesgarme a que desveles mi plan a los otros dos herederos antes de pelearnos un poquito para hacerles sangrar, ¿no te parece? No quieres arruinarlo, créeme.

Procuró gritar a pleno pulmón, pero solo consiguió escupir una delgada membrana de sangre que aterrizó en la mejilla de Ares. El dios sonrió con placer, y se lamió los labios.

—¿Quién es una buena chica? —dijo como si hablara con un bebé mientras hacía muecas grotescas. Entonces se puso de pie, se encaminó hacia el muro de piedras y dijo algo en voz baja.

Helena estuvo a punto de ahogarse cuando no era más que una niña.

Desde entonces, siempre había tenido pavor al agua, a pesar de haberse criado en una isla en medio del océano. Después de tantos años de pánico al

agua, daba la sensación de que fuera a ahogarse en tierra firme.

Mientras la sangre le inundaba los pulmones de espuma y le quemaba el tímpano, se dio cuenta de que su sangre sabía igual que el agua salada del mar. De hecho, podía escuchar un diminuto océano en su interior, y que inundaba cada latido de su corazón. ¿O eran esos tremendos pisotones que hacían temblar el suelo helado de la gruta?

—¡Tío! Déjame pasar —susurró Ares un poco más alto a la pared de piedra.

Pero no ocurrió nada. La mirada de Ares se tornó desesperada.

—¡Helena! ¡No! —gritó Lucas desde la boca de la cueva.

El grito retumbó en los pasillos de la cueva, llenando así las esquinas oscuras de las cavernas que multiplicaban el estruendo en su interior.

Ares se dio media vuelta y empuñó el cuchillo con el que había rasgado el cuello de Helena. La mirada del dios desveló a la joven su plan: Ares estaba meditando convertirla en su rehén para salir de ahí indemne.

El suelo tembló con violencia y, al perder el equilibrio, Ares se vio obligado a poyarse en la pared, distanciándose de Helena.

—Apártate de ella —gruñó Orión.

Incapaz de darse media vuelta para verlos, Helena se quedó mirando el rostro petrificado de Ares, aunque solo fuera con el ojo bueno. El dios observaba a Orión y a Lucas mientras retrocedía varios pasos en dirección a la pared del portal. El primero de ellos había dado en la diana. El dios de la guerra era un cobarde.

—¡Hades! ¡Tienes órdenes que debes acatar! —gritó Ares histérico mientras golpeaba repetidamente la pared de piedra congelada—. ¡Déjame pasar!

El portal absorbió su cuerpo y Ares desapareció. Tras una breve pausa, Helena oyó unos pasos apresurados tras ella.

—Luke. Oh, no —gimió Orión.

—No está muerta —anunció Lucas apretando los dientes—. No puede estar muerta.

Helena notó que Lucas y Orión se agachaban junto a ella. Sintió unas manos que la agarraban del hombro y la cadera para alzarla con suma suavidad. Se retorció en un intento de librarse de ellos. Si hubiera tenido

fuerzas, se habría levantado para huir de allí a toda prisa. Incluso el suave y delicado tacto de los dos chicos parecían látigos sobre su piel, pero el dolor no era la razón por la que quería que dejaran de tocarla. No podía permitir que se mancharan las manos con su sangre.

—Tranquila, tranquila. Todo está bien, Helena —murmuró Lucas—. Sé que duele, de verdad, pero tenemos que moverte.

No. Tenían que alejarse de ella lo antes posible. Trató de decirles que se marcharan, pero lo único que salió de su boca fue un chorro de sangre.

—Tengo un cuchillo —ofreció Orión antes de cortar las cuerdas que mantenían a Helena maniatada.

Lucas la cogió en brazos. Ella se resistió en vano. Helena no se rindió y volvió a intentar soltarse de él. Quería perecer en el portal, antes de que el ritual de hermandad pudiera completarse, aunque la continua tos y las sacudidas solo empeoraban la situación. Su cuello era como un aspersor de sangre que rociaba a Lucas y a Orión. Quizás Ares fuera un cobarde, pero sin duda era un experto en hacer daño a las personas. Las heridas de cada golpe que le había propinado le aseguraban que cualquiera que se acercara a pocos metros de ella quedara empapado de sangre.

—Sígueme —dijo Orión con urgencia.

Helena percibió un suave balanceo y, al iniciar su ascenso, distinguió la silueta de Orión delante de ella. Había recuperado el oído y su visión no era tan borrosa, pero todavía no era capaz de moverse ni hablar. Intentó mover los dedos de los pies y las manos, pero ninguna de sus extremidades respondía. Intentó pestañar, pero ni siquiera consiguió cerrar su ojo sano. Estaba encerrada dentro de su cuerpo, pero sin perder el conocimiento. Se rindió. No tenía más remedio que observar los acontecimientos sin poder hacer nada al respeto. Se preguntaba si esa sería otra tortura que Ares había preparado para ella. ¿Había envenenado el filo del cuchillo para paralizarla?

«O puede que solo esté muriéndome —pensó esperanzada—. Si me doy prisa, quizás pueda parar esto.»

—Ahí está la salida —informó Orión un tanto más aliviado.

Helena podía trazar su hermosa silueta, iluminada por el suave resplandor de la luna y miles de estrellas que tintineaban en el exterior de la cueva.

De repente algo llamó su atención, y la sonrisa de Orión se desvaneció. El

muchacho se dio media vuelta para regresar hacia el interior de la cueva, encorvando los hombros sobre Lucas y Helena para protegerlos. De pronto, Orión dejó escarpar un grito ahogado y abrió los ojos de par en par. Y en ese mismo instante Helena se fijó en la punta de un cuchillo que asomaba por el esternón del joven. La tierra vibró. Por encima del hombro de Orión, distinguió los ojos de insecto de Automedonte, vigilándola.

—¡Orión! —gritó Lucas.

El joven Delos retiró una mano de Helena para agarrar a su compañero por el hombro, tratando de sostenerle. Los dos chicos se arrodillaron, con Helena estrujada entre ambos. La punta del cuchillo desapareció cuando el esbirro tiró de ella y el brillante metal fue sustituido por un chorro de sangre oscura. Helena contemplaba el espectáculo a cámara lenta, fijándose en cómo cada gota de sangre de Orión se sumergía entre sus muchas heridas, mezclándose.

«Ahí van dos», pensó Helena sin poder hacer nada. Unos tremendos relámpagos iluminaban el cielo despejado.

—Mi cuchillo —suspiró Orión.

Lucas asintió casi imperceptiblemente. Helena quiso hablar, confiando en que ya se había curado lo bastante, para advertir a Lucas de que no se enzarzara en ninguna pelea, pero lo único que consiguió articular fue una tos ahogada.

—¿Puedes cogerla? —musitó Lucas, mirando a Orión a los ojos, suplicándole que fuera sincero. Como respuesta, el joven deslizó los brazos bajo Helena y la sostuvo.

Lucas desenvainó el enorme cuchillo de Orión bajo su camiseta y, en un movimiento rápido como el mismo viento, se puso en pie, saltó por encima de Orión y Helena, alejó a empujones a Automedonte de la pareja herida.

Orión mantenía a Helena sujeta contra su pecho y no dejaba de jadear, como si estuviera concentrándose para curarse más rápido. Con un gruñido de dolor, por fin se puso en pie y se dirigió arrastrando los pies hacia la boca de la cueva, con Helena entre sus brazos.

En el exterior, apretujado contra la pared de la gruta, Helena avistó a Zach, que, anonadado, observaba lo que sucedía delante de sus narices.

Todavía paralizada, gritó con todas sus fuerzas, pero no se oyó sonido

alguno. El chico echó un rápido vistazo a la cara destrozada de Helena y soltó un suspiro desesperado, lo cual llamó la atención de Orión, que se quedó mirándole. La mirada penetrante de Orión aterrorizó al pobre muchacho.

Helena notó que Orión bajaba la cabeza para fijarse en la espada que empuñaba Zach antes de volver a mirarle a los ojos. Sin pensárselo dos veces, Zach entregó la empuñadura de la espada a Orión, ofreciéndole así que cogiera su arma.

—Soy amigo de Helena. Ve a luchar. Yo me quedaré con ella y la protegeré —dijo sin alterar la voz.

Orión desvió la mirada hacia Lucas y, muy de refilón, le vio arrodillado frente a Automedonte. No tardó en tomar una decisión.

Ella trató de forcejear cuando Orión la dejó sobre el suelo, a los pies de Zach. Trató de escupir la palabra «traidor», pero solo consiguió balbucear la letra «T» varias veces, tartamudeando.

—Te aseguro que le traeré de vuelta —prometió Orión rápidamente antes de besar a Helena en la frente. Se llevó una mano al pecho, como si ejercer presión sobre la herida aliviara el dolor y cogió la espada de Zach. Acto seguido, se preparó para entrar en la refriega, junto a Lucas.

—No te preocupes, Helena. Acabo de llamar a Matt y vienen hacia aquí.

Héctor dijo que incluso tu madre estaba de camino.

Zach intentó que estuviera más cómoda. Le colocó todos los jirones del vestido tal y como el patrón indicaba y le acarició el cabello, manchado de sangre. Y, de repente, el muchacho empezó a temblar y a llorar desconsoladamente.

—Lo siento muchísimo, Lennie. Dios, ¡mira lo que te ha hecho en la cara!

Le costaba respirar y, cada vez que tosía, echaba sangre por la boca.

Helena clavó la mirada en Zach y concentró toda su energía en mover su lengua petrificada.

—Ma… me —fueron las únicas sílabas que articuló.

Zach entrecerró los ojos, esforzándose por comprender el significado de sus palabras. Helena reunió valor y volvió a intentarlo.

—Ma…, mátame.

Cuando por fin pudo mover los dedos, la joven se palpó la garganta

rasgada en busca del colgante del corazón. Quería arrancárselo para que Zach pudiera arrebatarle la vida. El muchacho negó con la cabeza sin dejar de mirar a Helena. Prefería pensar que había malinterpretado sus palabras y, en lugar de obedecerla, le inmovilizó las manos, se quitó la camiseta y presionó la tela contra la herida de su garganta.

Furiosa e indignada, Helena veía desde el suelo cómo Lucas y Orión luchaban contra Automedonte. Los tres se deslizaban con tal velocidad que apenas distinguía las tres siluetas por separado. El esbirro estaba entre los dos y se mostraba mecánico y certero. Cada movimiento lo iniciaba y acababa con una precisión quirúrgica.

A pesar de no ser una experta en artes marciales, tenía suficientes conocimientos como para darse cuenta de que estaba ante el guerrero perfecto. Era más fuerte, rápido y paciente que cualquier otro combatiente que hubiera visto hasta entonces. Si Orión o Lucas se abalanzaban sobre él para herirlo, dejaba que la espada le atravesara sin tomarse molestia alguna en esquivar el golpe. De sus heridas se desprendía un líquido verdoso que a Helena le parecía asqueroso. Sin embargo, no podrían derrotar al esbirro así. La criatura solo estaba esperando a que tanto Orión como Lucas se cansaran.

La herida del pecho de Orión seguía sangrando y, en un descuido, el chico titubeó y recibió otra puñalada en el estómago. Al desplomarse, Automedonte quiso aprovechar el momento. En vez de atacar a Orión, que yacía indefenso sobre el suelo, se cernió sobre Lucas. Con un coletazo hábil, le arrebató al chico la pequeña daga que sujetaba en la mano y la arrojó por los aires. Y entonces, mientras Lucas estaba desarmado, decidió dar la estocada mortal.

—¡Luke! —gritó Orión. La voz del joven dejaba entrever su agotamiento.

Acto seguido lanzó a Lucas su espada. Automedonte no opuso resistencia.

Lucas alzó el vuelo y planeó encima de Automedonte hasta aterrizar justo delante de Orión, quien seguía quejándose del dolor de su nueva herida.

Intentó levantarse, pero resbaló con un gruñido mientras borbotones de sangre salían de su estómago. Lucas permaneció frente a Orión, dejándole así claro al esbirro que, si quería matar a su compañero, antes tendría que pasar por encima de su cadáver.

Helena pilló a Automedonte sonriendo y notó un estremecimiento de pánico que nacía de sus entrañas y se expandía por los brazos y las piernas. Aquello era exactamente lo que quería. Confiaba en que todos se comportaran de modo valiente y desinteresado. Y esa sería su perdición.

Toda su piel chisporroteó con energía desesperada, pero aún no tenía fuerza suficiente para generar un relámpago. Haciendo caso omiso al salvaje dolor que le causaba, se las ingenió para dejarse caer sobre sus antebrazos rotos y empezar a gatear hacia ellos.

—¡Helena, no lo hagas! —dijo Zach, sorprendido.

El chico intentó detenerla, pero, en cuanto la rozó, salió propulsado de un salto, medio electrocutado.

—¡Deja de luchar con él! —intentó gritar mientras se arrastraba como una serpiente. Aunque se estaba curando rápido, las cuerdas vocales seguían dañadas. El único sonido que podía emitir era ronco, áspero.

Automedonte levantó la espada con seguridad y empezó a oscilarla sobre su cabeza.

—Prepárate —le dijo Orión a Lucas.

Y antes de que Automedonte pudiera dejar caer su espada sobre ellos, el suelo tembló con violencia.

Un sonido atronador emergió a través del gigantesco abismo que se abrió entre el esbirro y Lucas. Orión había partido la tierra en dos. Automedonte se derrumbó sobre sus rodillas y empezó a gatear como un histérico por la cueva antes de que la grieta lo engullera. Lucas se deshizo de su gravidez y se quedó flotando en el aire. Por lo visto, Automedonte había conseguido recobrar el equilibrio, lo cual era un milagro. Al parecer podía sobrevivir a un terremoto como un surfista a una gigantesca ola. Al ver que el esbirro no se había ni inmutado, Orión y Lucas perdieron toda esperanza.

Cuando el temblor amainó, Lucas aterrizó delante de Orión, ajustó su agarre alrededor de la espada y volvió a enfrentarse a Automedonte. Al parecer, tanto Orión como Lucas eran conscientes de que no podrían ganar esta batalla, pero ninguno estaba dispuesto a rendirse sin más.

Automedonte se colocó frente a los dos vástagos y después realizó una cortés reverencia.

—Desde luego, sois los tres que llevo miles de años esperando —dijo

desde el otro lado del profundo abismo—. Le agradezco a Ares que me haya entregado estos mil años de guerras y batallas para entrenarme; de lo contrario, no estaría preparado. Pero el momento ha llegado, y estoy preparado.

Automedonte saltó hábilmente por encima de la brecha, aterrizó y se dio media vuelta para ponerse cara a cara con Lucas y Orión. En cuestión de tres movimientos, el esbirro desarmó a Lucas. Con dos más, lo obligó a arrodillarse, protegiendo a Orión con su propio cuerpo. Unos chorros de sangre manaban de una profunda herida en el hombro.

Helena oyó a Lucas gritar y su dolor se esfumó. Se levantó y su pálida piel se tornó azulosa por la electricidad que fluía por debajo.

—¡No te atrevas a tocarle! —murmuró con voz ronca, llena de rabia y rencor.

Alargó la mano izquierda y un rayo de luz blanca cegadora brotó de la palma y, formando un arco deslumbrante, conectó con Automedonte, quien de inmediato se derrumbó sobre el suelo, convulsionando de agonía.

Helena dejó caer el brazo y se tambaleó hacia un lado.

Cuando por fin consiguió ponerse en pie después del tremendo terremoto que Orión había causado, Zach se dirigió a trompicones hacia Helena y procuró evitar que se cayera, pues tras generar el rayo estaba a punto de desfallecer. Volvió a sentir una corriente eléctrica al rozar a la joven, pero apretó los dientes y se mantuvo aferrado a ella y se encaminó hacia el lugar donde se hallaba Lucas.

Helena se derrumbó junto a Lucas y le presionó la herida del hombro con la mano, confiando en que de ese modo podría amortiguar el dolor. Apenas prestó atención a las descargas eléctricas que emitía; a pesar de saber que su sangre se estaba mezclando con la del chico, poco le importó. No podía evitar tocarlo. Y lo único de lo que debía ocuparse era de alejar al joven Delos de Orión antes que dos gotas de su sangre se unieran. Así pondría punto final al ritual que ella misma había iniciado.

De repente, notó que alguien le agarraba del tobillo desnudo. Al volverse, distinguió a Automedonte, que no dudó en arrastrarla por el suelo para impedir que interfiriera en el proceso.

—Es demasiado tarde, princesa —dijo con voz calmada.

Helena echó la vista atrás y distinguió a Orión ayudando a Lucas a incorporarse. Los dos vástagos tenían los brazos extendidos hacia ella, como si quisieran arrebatársela al esbirro. La herida del pecho de Orión estaba empapándose de la sangre que manaba del hombro de Lucas. Un increíble relámpago iluminó el cielo por tercera y última vez.

—Ya está hecho —anunció Automedonte, cerrando los ojos, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Helena observó a Lucas y a Orión. A juzgar por sus expresiones confundidas, sospechó que ambos habían notado un cambio en sí mismos, aunque todavía no sabían cómo describirlo.

—Y ahora me encargaré de ti, esclavo —dijo Automedonte antes de saltar con destreza, del todo recuperado de la descarga de Helena—. Juraste sobre esta espada que servirías o morirías. Y, al final, no fuiste fiel a tu promesa.

Desenvainó una daga de bronce con joyas ensartadas de su funda de cuero. Antes de que Helena pudiera desplomar su cuerpo maltratado sobre las rodillas en un intento de proteger a su buen amigo, Automedonte atravesó el pecho de Zach.

Helena no permitió que el cuerpo sin vida del chico cayera sobre el suelo y lo cogió entre sus brazos. De repente, se acordó fugazmente de un día, en segundo curso de primaria, en que Zach se cayó de un columpio y se torció el tobillo. Aquel niño tenía la misma mirada de perplejidad que ahora. Por un instante, Zach pareció volver a tener siete años, a ser el mismo crío que intentaba comerciar con el bocadillo del almuerzo.

—Oh, no, Zach —susurró Helena, recostando al joven mortal sobre el suelo con el mayor cuidado posible.

Automedonte dio la espalda a la carnicería que él mismo había provocado y levantó las manos hacia los primeros destellos azules del alba.

—He cumplido mi parte del trato, Ares —dijo con entusiasmo—. Ahora concédeme mi petición. Déjame reunirme con mi hermana.

—Helena —resolló Zach con cierta urgencia mientras Automedonte le hablaba al amanecer—. Su hermano de sangre… No era un dios, como Matt pensaba.

Agarró la empuñadura de la espada que el esbirro le había clavado en el

pecho y empezó a tirar de ella, haciéndose aún más daño.

—No, déjalo. ¡Podrías morir desangrado! —le reprendió Helena con un áspero susurro, pero Zach no se rendiría hasta que ella decidiera ayudarle a extraer el filo de la espada. El muchacho envolvió las manos de su amiga alrededor de la empuñadura y, con solo una mirada, le dio a entender que le suplicaba que le arrancara el puñal.

—Era Aquiles.

Zach dejó caer la cabeza hacia atrás. El joven moribundo se quedó mirando los pies de Automedonte, que estaban a tan solo uno milímetros de su mirada agonizante. Sin pensárselo dos veces, Helena volteó la espalda sobre su mano, sujetó la empuñadura con firmeza y la clavó directamente en el tobillo de Automedonte.

Acto seguido, el esbirro se dio media vuelta para mirar a Helena. Su rostro era una máscara de estupefacción e incredulidad absolutas. En cuestión de fracciones de segundo, todo su cuerpo se solidificó hasta convertirse en una estatura de piedra que empezó a agrietarse y después a desmenuzarse hasta al final desintegrarse en una pila de cenizas. Helena desvió la mirada hacia Zach. El chico estaba sonriendo.

—Aguanta —graznó mientras miraba a su alrededor en busca de algo con que tapar la herida de Zach. Vio su camiseta, manchada de sangre, a unos metros de distancia y decidió ir a buscarla, por muy cansada que estuviera.

—No te vayas —suplicó Zach, sujetando a Helena por el brazo. Con la otra mano, hurgó en el cúmulo de cenizas que había dejado Automedonte hasta encontrar la hermosa daga, que entregó a su amiga—. Dile a Matt que siempre le consideré un gran amigo.

El cuerpo de Zach por fin se relajó y su mirada perdió ese brillo vital.

Había muerto.

—¿Ves?, Eris; no le engañé. Al esbirro se le ha concedido su deseo —se rio una voz que encogió el corazón de Helena, que, durante un segundo, dejó de latir—. Se ha reunido con Aquiles. ¡Pero no en la Tierra, donde le hubiera gustado, claro!

—Al menos su esclavo estará junto a él en el Submundo —bufó una voz femenina.

Helena cerró los párpados de Zach, prometiéndole en silencio que ella

misma se aseguraría de que consiguiera cruzar los Campos Elíseos, beber de las aguas del río de la Alegría y de que jamás volviera a estar bajo las órdenes de nadie. Después se volvió hacia la criatura, cuyo aroma había infestado la atmósfera.

La figura de Ares se alzaba el otro lado del abismo, flanqueado a ambos lados por su hermana Eris y su hijo Terror. Helena agachó la cabeza y empezó a resollar. Era cierto. Los Doce Olímpicos eran libres. Notó una mano sobre el hombro y, al alzar la vista, observó a Lucas y a Orión acuclillándose junto a ella.

—¿Cómo? —mustió Orión boquiabierto haciendo señas a Ares.

—Los tres —respondió Helena—. Nos hemos convertido en hermanos de sangre.

Lucas y Orión intercambiaron una mirada afligida, pues ya era demasiado tarde. Se habían dado cuenta de que habían utilizado su buena voluntad en contra suya.

—¿Puedes volar? —susurró Lucas, abrazándose el abdomen con el brazo herido.

Orión estaba junto a él, pálido y temblando después de perder una cantidad considerable de sangre. Ninguno estaba en condiciones de luchar. Helena miró al otro extremo de la profunda grieta que partía el suelo, clavando su mirada en Ares.

Había sentido rabia antes, peor esta sensación era distinta. Pensó en lo vulnerable e impotente que se había sentido cuando estaba maniatada, en los tremendos golpes que le propinó el dios a sabiendas de que estaba desamparada. Seguramente no era la primera persona a la que le propinaba tal paliza. Y ahora volvía a estar en libertad. Helena se sentía responsable de asegurarse de que jamás volviera a torturar a nadie. Ella había dejado suelto a ese monstruo, y ahora tenía que matarlo.

—No pienso irme a ningún sitio —anunció mientras se levantaba.

Una de las piernas no le respondía demasiado bien, pero para lo que tenía planeado no importaba.

—¿Has perdido la cabeza? —espetó Orión, sujetándola del brazo para obligarla a agacharse.

La chica le apartó la mano sin dudarlo.

—Helena, no te fíes, no puedes vencerle —dijo Lucas con resignación, como si supiera de antemano que había perdido aquella discusión. Se alzó junto a ella, la tomó de la mano y miró a Orión—. ¿Cómo estás? —preguntó.

—Fatal —reconoció con un gesto de insoportable dolor al levantarse del suelo—. Y mucho me temo que mi estado de salud va empeorar.

Helena quería dedicarles una sonrisa y decirles lo mucho que los quería, pero le dolía tanto la maldita cara que apenas podía hablar, así que se conformó con estrecharles las manos en un gesto de agradecimiento.

—¿Tenemos un plan? —le preguntó Lucas. Suponía que la respuesta sería negativa, pero de todas formas quiso confirmarlo.

—¿De veras vais a intentar enfrentaros a mí, diosecillos? —gritó Ares desde el otro lado del abismo con tono incrédulo.

Helena ignoró su comentario.

—¿Qué profundidad tiene esa fisura, Orión? —murmuró Helena.

—¿Qué profundidad necesitas que tenga?

—¿Alcanza las cuevas? ¿Las grutas con los portales? —continuó.

Orión asintió, todavía confuso.

—¿Y puedes «ensancharla» cuanto te lo pida?

—Claro, pero… Orión enmudeció cuando, de forma repentina, intuyó qué pretendía Helena. Frunció el ceño y empezó a menear la cabeza, pero no tuvo tiempo de expresar en voz alta sus objeciones.

Ares alzó su espada de filo dentado y oxidado sobre su cabeza hasta que estalló en llamas. Sin embargo, si su intención era aterrorizar a Helena con el fuego, se había equivocado, y de qué manera. Antes de que el dios pudiera ahogar su grito de guerra, la joven se lanzó hacia la sima y aterrizó sobre él en su estado de máxima gravidez.

Le hundió al menos un metro en el barro que asomaba por el borde del abismo. Ares trató de degollarla en más de una ocasión, pero Helena arrancó el filo de su espada con el dorso de su mano, como si hubiera apartado a una mosca molesta. El arma abominable salió disparada por los aires y aterrizó justo en el canto de la grieta. Ares contemplaba el arco que dibujó la espada en el aire con la mandíbula casi desencajada.

Antes de poder recuperarse de tal impacto, Helena clavó las rodillas alrededor de la caja torácica del dios y hundió los dedos en su garganta para

ahogarle. Las llamas ardían con más intensidad, como si Ares quisiera chamuscarla, pero eso solo sirvió para que ella le asfixiara con más fuerza. Sus relámpagos eran diez veces más ardientes que cualquier hoguera y, para demostrárselo, lanzó dos rayos directamente al cuello de aquel monstruo.

Mientras Ares se convulsionaba bajo la implacable y despiadada arremetida de la joven, Lucas y Orión se abalanzaron sobre Eris y Terror.

Ambos dioses se habían despistado por el espectáculo que estaban presenciando, lo cual los chicos aprovecharon para empezar a golpearlos sin cesar. Ningún vástago podía matar a un inmortal, pero a Helena le daba igual. La muerte hubiera sido una bendición para Ares, de todos modos.

—¡Orión! ¡Ahora! —gritó cuando tuvo agarrado a Ares en un abrazo de oso.

Notó que el dios crecía a pasos agigantados, haciéndose cada vez más y más grande mientras bramaba de ira. Desesperada, Helena trató de no soltarle. Por un momento, pensó que Orión no lo lograría.

El suelo retumbó bajo sus pies y empezó a temblar y, de repente volvió a ceder. Abrazados, Helena y Ares se deslizaron hacia el profundo abismo, dando volteretas y girando hacia el gélido portal que resplandecía tenuemente al final.

La chica no sabía si funcionaría o no. Mientras dormía podía ir y venir del Submundo siempre que se lo propusiera, pero esta era la primera vez que lo intentaba despierta. No sabía si, cada vez que descendía sumida en un profundo sueño, abría un portal permanente o si creaba portales nuevos cada noche. Se concentró para mantener la calma, tal y como hacía cuando se relajaba hasta dormirse para descender. «Que sea lo que Dios quiera», se dijo. Justo antes de alcanzar el fondo de la grieta, Helena exclamó:

—Abre, Tártaro; toma a Ares y enciérrale para siempre con todas las almas malignas a las que ha engañado —dijo.

No podía matar a un inmortal, pero estaba bastante segura de que, si conseguía que Ares cruzara un portal, podría encarcelarle en el Tártaro hasta la eternidad. Sabía por propia experiencia que eso era mucho peor que la muerte.

El hielo se partió en dos, y tanto Ares como ella dejaron de deslizarse hacia el vacío y quedaron suspendidos en el aire. Cientos de manos

atravesaron las rocas y el hielo para hacerse con distintas partes del cuerpo de Ares.

—Imposible —musitó con la mirada clavada en la de Helena.

—Vete al Infierno —murmuró ella.

Y justo entonces le soltó. Con un grito ensordecedor, las decenas de manos arrastraron a Ares hacia la fosa oscura del Tártaro. Un incalculable número de brazos le arrancaron la ropa hasta que por fin Ares, el dios de la guerra, desapareció entre todos ellos para siempre.

Entonces el portal se cerró. Helena quedó suspendida en el aire que cubría el fondo de una grieta, a oscuras. El único sonido que podía percibir eran sus jadeos de cansancio.

Se le nubló la vista. Casi incapaz de flotar, empleó las manos para guiarse por los muros de la fisura. Su cuerpo comenzó a tiritar con violencia. A medida que iba subiendo, empezó a oír varias voces que gritaban su nombre. Buscaba a tientas el camino que conducía hacia ese sonido mientras sollozaba por el agotamiento y el dolor.

Justo cuando se quedó sin fuerzas, dos manos amigas aparecieron en la fosa para ayudarle a alcanzar el exterior, bañado por la luz rosa de un nuevo amanecer.

Capítulo 18

—Yo le apuñalé, pero en realidad todo fue gracias a Zach. Fue él quien adivinó cómo podíamos matar a Automedonte —informó Helena. Entonces apartó la mano de Matt de la muñeca de Zach y le regaló la hermosa daga—. Quería que te diera esto y que te dijera que siempre fuiste un gran amigo. Y, desde luego, tenía toda la razón.

Matt echó un vistazo al antiguo artefacto y sacudió la cabeza.

—No puedo aceptarlo.

—Cógelo —insistió Helena—. Fue su última voluntad. Y además me duele mucho la garganta como para empezar a discutir.

Matt le dedicó una apenada sonrisa y un leve abrazo. Se quedó mirando el puñal con la mirada vacía y después se ató la funda al cinturón, bajo la camiseta. Les dolía tener que abandonar el cuerpo sin vida de Zach en las calles de Nantucket, pero sabían que el mejor modo de disimular el verdadero motivo de su muerte era echar la culpa a los disturbios.

—No pienso permitir que su recuerdo ocupe un lugar poco respetable, te lo prometo. Lamento mucho la pérdida de tu amigo, Matt —dijo Palas con una voz sorprendentemente tierna y comprensiva.

El vástago apoyó una mano sobre el hombro del muchacho de modo tranquilizador, hasta que Matt le miró a los ojos y asintió, indicándole que estaba listo para irse. Palas recogió a Zach del suelo y despegó con tal rapidez que pareció que había desaparecido sin más.

Sin esperar a que Helena se lo pidiera, Matt le cogió del brazo y lo colocó sobre su hombro para ayudarla a trasladarse hacia la pequeña asamblea que se había organizado en el borde del abismo. Ares le había roto la pierna por varios sitios, por lo que no podía caminar, pero, al igual que el resto de su

cuerpo, se estaba curando poco a poco. Al menos había recuperado la visión en ambos ojos, aunque el derecho seguía hinchado, lo cual le daba un aspecto un tanto monstruoso. Helena tenía que estar muy agradecida. En cuanto pudo abrir los ojos, Dafne le aseguró que su padre y los mellizos estaban vivos. A diferencia de Zach, Matt la dejó entre Orión y Lucas, y se dirigió a observar el profundo agujero junto a Héctor y Dafne.

—Ya te lo he dicho —musitó Orión, envolviéndose las heridas con gasas —. El portal está cerrado. Fíjate en mi muñeca —dijo alzando la Rama de Eneas—. ¿No ves que no brilla? Eso significa que no hay ningún portal cerca. ¿Me permites cerrar la grieta ahora, para que los granjeros que cuidan de estas tierras no se caigan accidentalmente por ahí?

Lucas empezó a troncharse de la risa por el tono de voz de Orión, pero enseguida acalló las carcajadas y se agarró el hombro que su padre estaba vendando con suavidad. Helena sabía que Orión estaba harto de responder preguntas. De hecho, tendía a ser más sarcástico cuando estaba enojado, o molesto, así que decidió que ya era hora de tomar cartas en el asunto y dejar de atosigarle.

—Cerré el portal, y lo cerré para siempre —murmuró con voz áspera, pues aún no había recuperado la sensibilidad en las cuerdas vocales—. Ares no podrá salir jamás de allí. Ve y tapia la grieta, Orión.

—Pero ¿cómo puedes estar segura? —intervino Dafne, un tanto exasperada—. ¿Existe algún modo de que bajes y lo compruebes por ti misma, Helena?

—Dafne, échale un vistazo, por favor. Ya ha sufrido bastante hoy. Deja de insistir —rogó Cástor con su habitual buen juicio mientras acababa de curar el hombro de Lucas—. Si Helena y Orión consideran que ha llegado el momento de cerrar la fisura, deja que lo hagan.

Dafne alzó las manos, en un gesto de rendición, y se dio media vuelta.

Soltó un par de resoplidos más que ruidosos para dejar claro a todos los presentes que, aunque la habían desautorizado, seguía sin estar de acuerdo con la decisión. Héctor puso los ojos en blanco e intercambió una mirada con Orión. Por lo visto, ambos estaban más que acostumbrados a aquello, aunque era la primera vez que Helena veía tal comportamiento en su madre.

—Ciérrala —le ordenó Héctor a Orión.

Acto seguido, el suelo tembló con un gemido chirriante y el abismo se selló tras un pequeño estallido.

—Bueno, al parecer jamás podremos saberlo —soltó Dafne con aire insolente.

Helena sintió unas ganas enormes de abofetear a su propia madre, pero no era capaz de ponerse en pie sin la ayuda de Matt, quien merodeaba a bastantes metros de distancia. Estiró la cabeza y le descubrió rebuscando algo entre las piedras del suelo. De repente, el muchacho se agachó, hurgó entre las cenizas de Automedonte y extrajo algo muy brillante. Helena distinguió que el fulgurante objeto era la funda de la espada y no pudo evitar preguntarse por qué Matt la quería.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó Orión. El chico apoyó un dedo sobre su barbilla para obligarla a quedarse quieta y observó el ojo malherido. Sin apartar la mirada, se inclinó hacia un lado y por encima del hombro llamó a Lucas—. Eh, Luke, ¿has visto esto?

—Sí —confirmó Lucas, mirándole también el ojo y asintiendo con la cabeza—. ¿Te has fijado en la forma?

—Claro. Muy apropiada.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Helena.

—Tienes una cicatriz color añil en el iris derecho, Helena. Es el tipo de cicatrices de las que ningún vástago puede librarse —explicó Lucas—. Tiene la forma de un relámpago.

—Pero… ¿da repelús mirarla? —preguntó la joven a Orión, un tanto paranoica ante la idea de que nadie quisiera volver a mirar su ojo derecho jamás.

Él se echó a reír, aunque enseguida tuvo que parar. Se presionó las heridas y esbozó unas muecas de terrible dolor, tal y como había hecho Lucas instantes antes.

—De hecho, en mi opinión es bastante imponente, formidable. Aunque no me gusta cómo la has obtenido —dijo un tanto afligido.

—A mí tampoco —añadió Helena.

Con o sin cicatriz, Helena siempre recordaría esa noche. Su única esperanza era que Morfeo se comportara como un caballero y no la obligara a tener pesadillas sobre tal episodio.

—Tendremos que convocar una cumbre —informó Dafne a Cástor—. Con todas las castas: Atreo, Tebas, Atenas y Roma.

—Lo sé —admitió Cástor. Entonces se dirigió a Orión y se encogió de hombros antes de preguntarle—: ¿Cuándo te va bien a ti?

Helena, Lucas y Orión se desternillaron de risa ante la pregunta, pero el momento de frivolidad se esfumó enseguida, cuando se dieron cuenta del verdadero motivo para convocar una reunión a la que acudieran todas las castas. Debían contar a todos los vástagos que la guerra había iniciado.

Tenían que elaborar un plan.

—Mientras tanto, creo que deberíamos llamar a todos los que podamos. Debemos avisarles, para que tengan los ojos bien abiertos —aconsejó Héctor.

—¿Crees que los dioses quieren eliminarnos uno a uno? —preguntó Lucas, algo dubitativo.

—No —intervino Matt, que se había unido de nuevo al grupo—. En mi opinión, quieren una verdadera guerra. Algo grande y heroico.

—Más divertido así —comentó Helena, pensando en Ares y en su retorcida idea del entretenimiento.

—Esto no es un juego —les recordó Héctor a Matt y Helena, sin querer sonar demasiado brusco—. Los dioses han visto el potencial de Helena y aquello a lo que se enfrentan es peor que la muerte. No sé vosotros, pero yo preferiría pasar una eternidad en los Campos Elíseos que en el Tártaro. Si fuera Zeus, Helena sería mi primer objetivo, aunque no creo que Orión y Lucas estén muy por debajo en la lista de los dioses. Nos guste o no, las castas están unidas y, a partir de ahora, debemos permanecer así, todos juntos. No quiero a ninguna oveja del rebaño descarriada.

Todos asintieron. Héctor era, y siempre sería, su héroe.

Por un segundo, Helena lo vio ataviado con una coraza en el pecho y sujetando una lanza mientras dirigía a sus tropas. Jasón estaba detrás de él, guardando su casco con plumas con orgullo. En la base de las murallas del castillo, oleadas y oleadas de valientes soldados gritaban el nombre de Héctor, cubriéndole de gloria.

—Conseguir las condiciones apropiadas para encerrar a Ares en el Tártaro fue un golpe de suerte —dijo Helena, que no paró de parpadear hasta que la visión de Héctor, bañado por el resplandor dorado y rojizo de la luz del

sol, se disipó—. No es algo que ocurra todo el tiempo.

—Pero ocurrió —intervino Dafne, que se volvió hada Héctor un poco emocionada—. Y ahora todos los dioses deben saber que, si le ha pasado a Ares, también podría pasarles a ellos. Deberían tenernos miedo. Para variar.

Helena observó atentamente a su madre, que jugueteaba con los labios mientras se paseaba de un lado a otro, sumida en sus pensamientos.

Daba la sensación de que Dafne deseaba que la guerra se desencadenara, pero ¿por qué? Podía ser muchas cosas, pero no una suicida. Desterró esa idea, convenciéndose a sí misma de que su madre se sentía feliz porque existía la posibilidad de que los dioses intentaran evitar una guerra, ahora que veían la amenaza del Tártaro a la vuelta de la esquina.

Estaba contenta por eso, sin duda. Cerró sus ojos hinchados para frenar aquella constante tormenta de pensamientos cruzados. Justo entonces notó que Lucas la cogía de la mano y se la estrechaba para llamar su atención.

—Mi padre dice que Jerry y los mellizos están despiertos —dijo. Arrugó la frente al ver que los ojos de Helena se llenaban de lágrimas—. ¿Estás bien?

La chica esbozó una apenada sonrisa y negó con la cabeza. No estaba bien. Ninguno de ellos estaba bien. Y entonces tomó la mano de Orión.

—¿Quieres conocer a mi padre? —lo invitó.

—Sí. Supongo que tú también deberías conocer al mío —dijo, aunque no parecía muy entusiasmado. Parecía triste. Empezó a cabecear y parpadeó varias veces, esforzándose así para mantenerse consciente.

—De acuerdo. Hora de irse —concluyó Cástor, preocupado—. Vosotros tres tenéis muy mal aspecto. Tenemos que volver a Siasconset ahora mismo. ¿Dafne? ¿Héctor? Vámonos de aquí.

Helena, Lucas y Orión seguían muy débiles y no podían ponerse en pie; necesitaban que alguien cargara con ellos hasta Nantucket. Helena se resistió al principio, pero al final cedió y Dafne la cogió entre sus brazos.

Estaba agotada. Le sorprendió darse cuenta de que el abrazo de su madre era más familiar de lo que podría haber imaginado.

Miró de reojo a Orión y después desvió la mirada hacia Lucas. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Dafne y se quedó dormida escuchando el latido del corazón de su madre.



JOSEPHINE ANGELINI (Massachusetts, EEUU, 2013). Es la menor de ocho hermanos e hija de un granjero. Se graduó en la facultad Tisch de Artes Escénicas de la Universidad de Nueva York, donde se especializó en los clásicos. Ahora vive en Los Ángeles con su marido guionista y sigue siendo capaz de conducir un tractor.